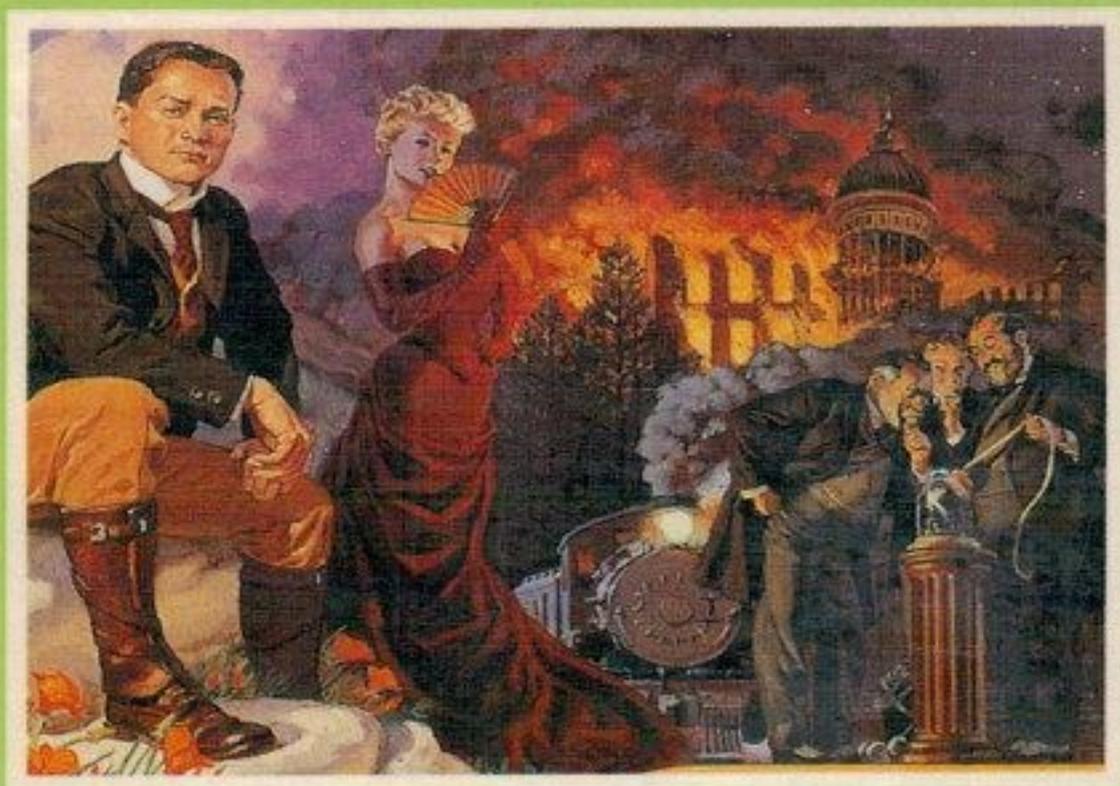


Elena  
Garro



REENCUENTRO  
DE  
PERSONAJES

se

Lectulandia

En *Reencuentro de personajes*, Elena Garro convoca a sus espectros literarios —ciertos protagonistas de las obras de Scott Fitzgerald y Evelyn Waugh— con el misterioso designio de retornarlos a la vida dentro del espacio real de la novela. Así, mediante una operación que tiene mucho de acto mágico, desarrolla una inquietante experiencia de literatura en la literatura, sin precedentes en nuestro ámbito.

Pero lejos de ilustrar la estrecha tesis de que la literatura sólo puede referirse a la literatura y no a la realidad, lo que Elena Garro se ha propuesto revelar con su acto de recreación es la forma en que lo real se confunde con lo literario, el prodigio que hace posible la inserción de un mundo novelesco dentro de la propia realidad. Relatada a un ritmo vertiginoso y dentro de una eficaz estructura emparentada de alguna manera con el *thriller*, esta novela ha marcado desde su aparición un parteaguas definitivo en el desarrollo de la narrativa mexicana contemporánea.

**Lectulandia**

Elena Garro

# **Reencuentro de personajes**

ePub r1.0

Titivillus 08.07.18

Título original: *Reencuentro de personajes*

Elena Garro, 1982

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

VERÓNICA SE MIRÓ en el espejo del retrovisor colocado arriba del parabrisas y tuvo la certeza de que al final de esa noche iba a saber. Cuando el auto entró en la carretera que bordeaba el Lago Mayor sintió que cruzaba una frontera, un límite invisible que le permitía verse como un personaje ajeno a ella misma. El mundo se volvió irreal como el de una película y su rostro se agrandó como el de una estrella de cine. Sintió alivio al saber que al final de esa noche aparecería la palabra fin. Lloró como en las películas. Era el principio del otoño y la humedad que se levantaba del Lago la hacía tiritar de frío. En la oscuridad, las playas vacías se alejaban hasta confundirse con el agua sombría de las olas aún más sombrías. Apenas distinguía sus perfiles movedizos barridos por la lluvia. Las colinas y la interminable fila de hoteles apagados pasaban de derecha a izquierda según fueran los recodos del camino. La temporada había terminado. En la carretera no había nadie. Las terrazas vacías eran una interminable colección de cráneos inmóviles. El mañana no existía ya, todo era el pasado.

Detrás de ella se alzaba su vida extraña e impenetrable. No sabía por qué iba corriendo esa noche a la orilla del Lago Mayor. Nadie podía darle la respuesta. Decir: el destino, le pareció una banalidad. Sin embargo, cada paso, cada vuelta del camino, cada minuto de su vida, la había llevado a ese momento en el que corría a la orilla del Lago Mayor. Corría en un tiempo imprevisto y lo que sucediera a partir de esos instantes no era su tiempo ni era su vida; por eso tuvo la seguridad de asistir a la proyección de una película. Miró a Frank, su perfil estaba fijo en la carretera; no le quedaba ni una palabra. El automóvil lo apaciguaba, era su manera tranquila de ser. En cuanto bajaba a tierra sus silencios se volvían peligrosos, tomaba su maleta y resignado a su cólera, se recogía en el cuarto que le tocaba en suerte. Desde el retrovisor sus ojos muy abiertos la miraban con asombro. Por el espejo que se agrandó como una pantalla vio a Frank avanzando, impasible, con el nudo de la corbata muy pequeño, la piel oscura y los ojos verdosos. De repente, junto a un piano, sentada en el taburete, estaba ella, tostada por el sol y metida en un traje de seda amarillo muy diferente del que ahora llevaba. Un hombre gordo se acercó a ella y miró con gula sus piernas, después se inclinó y con la punta del dedo índice le acarició una rodilla desnuda. Desde una esquina del salón de los Verdía, Frank vio el gesto y sonrió. Una mujer vestida de blanco avanzó hasta ella y Verónica pensó que era un ángel cansado. En su mano delicada llevaba una copa de champagne que parecía un cáliz. Su traje blanco flotaba alrededor de la fragilidad de sus huesos pálidos. Verónica la miró deslumbrada.

—Verónica, es usted muy despreocupada, no tiene experiencia...

Verónica la miró sorprendida. La mujer alta y rubia estaba frente a ella con su copa luminosa en la mano, inclinó el cuello.

—Frank es muy diabólico... —agregó.

Verónica vio los ojos trágicos y la piel disecada, como una rosa presa entre las páginas de un libro, de la mujer de blanco, y no supo qué decir.

—Usted no lo conoce... es muy diabólico —repitió.

La mujer se alejó dejando tras de sí un perfume que se disolvió en la fiesta después de unos segundos.

—¿Qué te dijo la Chachis? Después de su fracasado suicidio se quedó muy neurótica... —le murmuró Frank, que se había acercado a ella.

—No me dijo nada.

En el momento en el que abandonaba la fiesta coincidió con la Chachis. Avanzaron juntas por un sendero del jardín buscando las rejas frente a las cuales se hallaban estacionados los automóviles. Detrás de ellas venía el marido de Verónica, hablando con alguien. La Chachis iba sola, estaba divorciada.

—Tal vez hice mal en prevenirla, pero parece usted muy inexperta y le aseguro que Frank es muy diabólico —insistió la Chachis.

La vio abordar su automóvil y partir sola. ¿Qué había querido decirle?

—Esa mujer lleva el traje blanco de su última comunión —comentó Ted, el acompañante de su marido y éste se echó a reír. Verónica tuvo una desagradable premonición, quiso decir algo, Ted se inclinó para preguntar qué le sucedía.

—¡Déjala! No te preocupes por Verónica. ¿No sabes que es Circe y convierte en cerdos a los hombres? —exclamó su marido, disgustado, apartando a Ted y tomándola a ella con violencia...

Una multitud de cuartos de hotel desfilaron por el espejo del retrovisor. Verónica cruzaba los vestíbulos iluminados de los hoteles, iba desaliñada, con su vestido de verano que despertaba la curiosidad de los empleados, mientras Frank permanecía esperando en el automóvil.

—Dos cuartos con baño —pedía.

—¿Comunicantes?

No, separados...

Frank tomaba su maleta y entraba en el cuarto que le tocaba en suerte. En el maletín de Verónica ya no quedaba ropa. Buscaba algo que ponerse, se miraba al espejo y encontraba una cara cada vez más extraña. Casi no se reconocía en los ojos aterrados y los cabellos en desorden que encontraba en los espejos. Tiritando de cansancio entraba en las tinas que le parecían ser la misma bañera. A veces los baños eran blancos, a veces verdes o amarillos, algunos eran negros; pero todos eran inhóspitos y silenciosos. A fuerza de jabón y ausencia de cremas, la piel se le secaba como un papel mojado puesto al sol.

Qué graciosa te ves, pareces vaguito —repetía Frank, echándose a reír.

Así iba ahora, con la piel tirante y los ojos desvelados corriendo a la orilla del Lago Mayor. No sentía cólera. Tuvo la seguridad de que no era ella la que viajaba junto a Frank. Ella estaba en un punto del espacio escrutando el perfil del hombre que avanzaba alerta hacia un peligro próximo. Algo se conjuraba esa noche, algo extraño

que anunciaba la llegada al centro de la pesadilla. Los hoteles apagados se sucedían unos a otros con sus balaustradas y sus columnas batidas por la lluvia. Las filas de cipreses miraban pasar al automóvil. De cuando en cuando Frank le echaba ojeadas.

—¿Por qué no te detienes frente a ningún hotel? —preguntó Verónica.

Frank no contestó. «Quisiera salir de esta película sin sentido», se dijo ella y agregó en voz alta:

Ya terminó la temporada. Va a ser difícil encontrar cuarto —quería romper el silencio que surgía de la oscuridad húmeda que la rodeaba.

Frank no contestó, parecía dirigirse a un lugar preciso, como si alguien desde lo oscuro lo guiara con firmeza. Verónica sintió miedo. Había vivido con él unos meses y apenas si lo conocía, ignoraba sus motivos, y a qué se debía su conducta singular. Pensó que estaba loco, o que quizás guardaba algún secreto. Había convivido con él en una región solitaria en donde nada tenía sentido y en donde las palabras no correspondían a los hechos. Había descubierto que para Frank el amor era la degradación del ser amado, ni siquiera era la destrucción. Se volvió a mirar a los cipreses que desfilaban como sombras frente a los hoteles apagados. Continuaba lloviendo. Se sintió terriblemente sola, sin pasado y con el futuro abolido. En el retrovisor se reflejó una Verónica sentada en un rincón de un cuarto vacío, sola, despeinada y mal vestida. «¿Y ahora qué?», le preguntó su imagen desde el espejo. Los hoteles empezaron a escasear: se separaban, dejaban claros negros en las colinas. ¿Cuántos cientos de cuartos habían pasado? Pensó que ya había dormido en todos ellos y que en cada uno había perdido una parte de ella misma. Los días eran siempre el mismo día junto a aquel desconocido que llevaba el volante. Frank se inclinaba, se acercaba al parabrisas para distinguir mejor entre la lluvia; se diría que se acercaba al final de aquel viaje, parecía emocionado. Pasaron frente a un hotel como los anteriores, blanco, de construcción reciente, situado lejos de la carretera, en la profundidad de un jardín de arbustos recortados. Algo en la inmovilidad del edificio llamó la atención de Verónica: el edificio existía más que los anteriores, les hacía señas. Frank pasó de largo. Al cabo de unos instantes detuvo el automóvil y luego le metió reversa. Avanzó reculando hasta el frente del hotel y detuvo el coche con decisión.

Baja y pregunta si hay cuartos —le ordenó a Verónica, según era la costumbre.

Frank se recargó sobre el volante para mirar con atención el hotel elegido. Verónica bajó del auto, para ella era penoso entrar en los hoteles a pedir cuarto. Cruzó el jardín oscuro y silencioso. La lluvia arreciaba y ella no tenía impermeable. Con el cabello y el traje empapados, llegó frente a la puerta de cristal, sintió vergüenza, trataría de no fijar la mirada en ningún sitio, recordó que cada vez que le concedían habitación se desconcertaba, ya que iba segura de que la rechazarían. En general los empleados la miraban con benevolencia. Se decidió a cruzar la puerta. Entró a un vestíbulo amplísimo, amueblado con sillones de colores vivos. El vestíbulo yacía quieto, encerrado por ventanales y la gran puerta de cristal. De pronto se sintió muy

sola en ese recinto silencioso y abandonado. Guiada por la luz que se filtraba de la terraza buscó la recepción: no había nadie. El hotel respiraba silencio.

—¿No hay nadie?— gritó.

Su voz sonó extraña en el hotel vacío. Se asustó de sus palabras, que rebotaron contra los muros de mármol y luego vibraron inútiles sobre los pisos.

—¿No hay nadie? —gritó con más fuerza y empezó a dar palmadas que resonaron rápidas y huecas. Nadie acudió a su llamado. Era absurdo que el hotel estuviera clausurado y con la puerta abierta. Siguió llamando a voces.

— ¿No hay nadie?... ¿No hay nadie?...

De pronto calló. ¿Y si Frank hubiera hecho este viaje extraño para dejarla en ese hotel abandonado? Buscó a través de los vidrios de los ventanales empañados por la lluvia, la carretera y la mancha clara del coche de Frank. Allí estaba, esperando, con los faros apagados. Una luz blanca iluminó de golpe el vestíbulo del hotel y una voz de hombre surgió sin ruido a sus espaldas.

—¿Busca algo?

Se volvió estremecida: un hombre vestido de negro sonreía untuoso.

—Dos cuartos con baño.

—¿Comunicantes?...

—No, separados... Sólo para esta noche...

El hombre se dirigió con ceremonia hacia el mostrador de la recepción, se colocó detrás y sin una palabra le tendió las fichas para la policía. La miraba con fijeza, sus ojos oscuros se volvían más oscuros con las sombras del pelo y el traje también negro. Verónica miró las largas manos del desconocido, con dedos finos que contrastaban con el pulgar grueso y redondo como un mallet. Turbada buscó su pasaporte en el fondo del bolso. La mirada imperturbable del desconocido le impedía encontrarlo: tenía las pupilas dilatadas y fijas como si quisiera hipnotizarla. Se le cayeron unos papeles del bolso, se inclinó a recogerlos y salió corriendo en busca de Frank. El hombre permaneció inmóvil detrás del mostrador. Verónica llegó corriendo al automóvil.

—Vamos a buscar otro hotel, hay un hombre horrible...

A lo lejos, detrás de los vidrios de la puerta de entrada, el hombre los miraba. Frank le lanzó una mirada de desprecio:

—¡Loca!...

Encendió el motor del coche y arrancó para conducirlo a un lugar seguro. Verónica lo vio entrar por un camino del jardín y perderse en una curva. Había decidido pasar la noche allí y Verónica no tuvo más remedio que volver al hotel. Vio al hombre salir del vestíbulo provisto de un enorme paraguas para dirigirse hacia el lugar en donde Frank había guardado el auto. Entró en el vestíbulo y se dejó caer en un amplio sillón de cuero rojo. Estaba cansada. Esperó largo rato. El vestíbulo era amplio y de forma irregular; un bar de bambú envejecía en una esquina. A un lado del bar, un jardincillo de plantas de sombra crecía carnoso al amparo de la luz blanca de

neón. El jardín estaba quieto y tenía la tristeza sórdida, casi indecente, de los jardines interiores de los edificios modernos. Todo el hotel vivía alrededor de aquellas hojas gruesas y malolientes. Los pisos de linóleo, los muros de colores brillantes, el bar, los ventanales, estaban en contacto con el jardincillo pornográfico y de acuerdo con los materiales groseros y chillones. Verónica sintió náuseas. Se volvió a mirar la noche y la lluvia. A través del jardín, Frank y el empleado avanzaban con lentitud amparados por el enorme paraguas negro. Le pareció que al cruzar la puerta interrumpieron una confidencia, pues penetraron graves, como si fueran más extraños el uno al otro de lo que en realidad eran. Era como si fingieran... La miraron con fijeza. Verónica se dirigió a Frank, mientras el hombre se fue a la recepción y les tendió las llaves.

—Yo haré sus fichas. Dejen aquí sus pasaportes —dijo.

Verónica tendió el suyo y Frank la detuvo con un gesto.

—Vamos a llenarlas ahora —dijo Frank, lanzando una mirada viva al empleado.

Este sostuvo imperturbable su mirada y les tendió las hojas sin agregar una palabra. Frank llenó su fórmula y miró con atención la de su amante.

—¿Cuáles son los números de los cuartos?

—El mío es el 8-7 —contestó Verónica, mirando la placa de metal que pendía de la llave.

—El suyo es el 8-10 —dijo el hombre, mirando a Frank con intensidad.

Frank se inclinó sobre su ficha y escribió en ella el número de su habitación. Verónica lo imitó. El hombre recogió las boletas y las colocó en el escritorio. Salió de detrás del mostrador y recogió las maletas. Escondida por unas columnas cuadradas se hallaba la puerta del ascensor. Subieron los tres en silencio y salieron a un largo pasillo estrecho, con ventanas al Lago. Frente a las ventanas estaban las puertas de los cuartos. El linóleo rojo apagaba los pasos. La habitación 8-7 estaba antes que la 8-10, perteneciente a Frank. El hombre se detuvo frente a la 8-7, la abrió y les cedió el paso con gesto grave. El cuarto era un cuarto más de hotel: dos camas iguales formaban una enorme cama. Una puerta negra comunicaba con un cuarto de baño intacto. Un enorme ventanal de cortinas abiertas daba a una terraza.

—Esa es mi maleta —dijo Verónica.

El hombre la colocó sobre el maletero.

—Vamos a la otra habitación —pidió Frank.

Salieron los tres al pasillo. Tres puertas más adelante estaba la número 8-10. La habitación era exactamente igual a la otra. Frank la contempló distraído, mientras el hombre colocaba su exiguo equipaje. El empleado los miró de arriba abajo y permaneció quieto, esperando órdenes.

—¿Quieres un café?... Anda, chiquita, ¿quieres un café?

Verónica iba a rehusar, pero la inesperada amabilidad de su amante la conmovió.

—¿Es posible?...

—Lo subo en diez minutos —contestó el empleado.

—No, no. Nosotros bajaremos a tomarlo —declaró Frank, con una voz que a

Verónica le resultó extraña.

El hombre hizo una reverencia y salió sin ruido. Frank se dejó caer en la cama, se aflojó la corbata y miró con ojos extraviados a Verónica.

—¡Ven!...

La mujer se acercó, él la tomó de una mano y con fuerza la arrojó en la cama. Le acarició las piernas, estaba concentrado y pálido, reconociendo el cuerpo conocido de su amante. Ella cerró los ojos. De pronto Frank interrumpió las caricias íntimas y se levantó de un salto.

—Vamos, nos debe estar esperando.

Verónica aceptó sin protestar, estaba acostumbrada a aquellas interrupciones en el acto amoroso. Se diría que Frank era un experto en provocar su sensualidad y luego detenerse. Salieron juntos al pasillo y tomaron el elevador. «Siempre que hace esto desaparece...», se dijo Verónica, mientras descendían. Contempló a Frank, tranquilo, ausente, ocupado en pensamientos extraños. Al llegar al vestíbulo lo encontraron apagado. Sólo una luz verdosa salía del bar de bambú. Allí estaba esperándolos el hombre, Frank se sentó en un taburete justamente frente a él y lo contempló con ojos fijos. Con mano segura el empleado preparó el café, les tendió las tazas y desapareció. Frank lo buscó un rato con la mirada, pero él parecía haberse esfumado definitivamente.

—¡Qué extraño!... Es joven y la primera impresión que me dio era que tenía mucha más edad —dijo en voz baja Verónica.

Frank la miró con los ojos turbios, colocó una mano sobre uno de sus muslos desnudos y la acarició con aire ausente. Necesitaba tocarla siempre, se diría que un impulso extraño lo movía ciegamente hacia su cuerpo, aunque luego dejara los actos inconclusos. Bebieron el café absurdo y volvieron a sus habitaciones. En el ascensor, Frank se colocó a buena distancia de Verónica, él siempre prefería acariciarla casi en público.

Afuera continuaba la lluvia. Por las ventanas del pasillo contemplaron el lago negro y móvil. Verónica se hallaba muy cansada, entró en su cuarto y vio que Frank entraba tras ella. La mujer cogió su maletín de viaje y se dirigió al cuarto de baño, sacó una pastilla de jabón, luego se lavó los dientes. Pensaba tomar una ducha, pero vio a Frank recargado contra la puerta mirándola. Tenía los ojos vidriosos, avanzó hasta ella, la tomó por las caderas.

—¡Ven!

Le besó la nuca y le acarició los muslos. Ella se echó a reír y trató de apartarse, pero Frank avanzaba tras ella sin cejar en el abrazo. Sin que ella se diera cuenta Frank la condujo al pasillo. Salieron.

—¡Estás loco, nos van a ver!

—Vamos a mi cuarto... —suspiró Frank. Empujándola y acariciándole los muslos llegaron hasta la puerta del cuarto de Frank. El abrió la puerta y entraron danzando aquel baile erótico. Verónica vio de pronto su traje en el suelo, lo miró casi a pesar

suyo, una de sus sandalias estaba junto a la pata de una silla, la otra cerca de la puerta. No sabía cómo había perdido las prendas de vestir. Frank la recostó sobre la cama.

—Adoro este cuerpecito...

La voz de Frank estaba rota y su rostro descompuesto en una mueca. De pronto se sentó en la orilla de la cama y cesó en las caricias. Se cogió la cabeza entre las manos; entonces Verónica vio que estaba completamente vestido y sintió que sufría intensamente.

—Se me cierran los ojos de sueño... —dijo Verónica.

Cerró los ojos y permaneció quieta sintiendo cómo se alejaba sin ruido la tormenta en la que su amante la había hundido unos momentos antes. Se volvió a la ventana, pues sintió que alguien la miraba, abrió los ojos y miró la noche húmeda y llena de viento sobre la terraza de su habitación.

—¡Alguien nos miraba!... ¡No corrimos las cortinas!... —gritó Verónica, levantándose de un salto y corriendo hacia la ventana para correrlas. Las manos veloces de Frank la detuvieron. Las mismas manos volvieron a jugar sobre su cuerpo y luego la llevaron a la cama.

—Duerme aquí... Mañana yo te traigo tu maletín. ¡Mira qué carita tienes!...

La metió bajo las mantas y la miró con tristeza. Verónica se sintió aliviada, le agradeció que durmiera con ella en aquel hotel enorme y vacío.

—Cierra las cortinas... —suplicó.

Frank se dirigió a la ventana, antes de tirar del cordón contempló la noche con melancolía. Después se dirigió a su maletín abierto y sacó varios cepillos de dientes. Siempre tenía dos en uso y los demás en reserva. Cogió dos y el tubo de dentífrico y se acercó a la cama.

—Sueña con los ángeles —le dijo, inclinándose para verle los ojos de cerca.

Verónica observó el rostro extraño que la contemplaba con fijeza. Estaba exhausta, le pareció que el cuarto se llenaba de niebla y que el cuerpo le pesaba como si llevara auestas un cuerpo que no era el suyo. Frank introdujo la mano por debajo de las mantas y la pasó por todo su cuerpo desnudo, luego, con velocidad, se dirigió a la puerta. Verónica lo vio alejarse, alto, con espaldas de deportista y la nuca llena de pensamientos indescifrables.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí?

Frank pareció muy acongojado. Afuera la lluvia continuaba cayendo. Se diría que la congoja de Frank se extendía por toda la habitación e invadía la noche. Verónica sintió que el sueño pesado se quedaba a la mitad de su ascensión. Tenía el cuerpo profundamente dormido y un pensamiento seco y preciso le hacía aparecer una vez tras otra la pregunta, que siempre era la misma, y para la cual no había respuesta. La pregunta era tan seca que bebía toda la humedad de la noche. Estaba aislada, vivía momentos aislados de la realidad. Nada se concluía, nada tenía fin, nada terminaba, ni siquiera hacer el amor. Un espacio vacío se formaba alrededor de ella y de Frank, y

en ese espacio todo carecía de continuidad. La lluvia tenaz seguía cayendo detrás de las cortinas de la ventana. Afuera estaban los hoteles apagados, uno detrás del otro, como un pasado indescifrable y sin mañana.

—Mañana todo habrá terminado...

Vio salir a Frank de su habitación como si saliera de una película. Se vio a ella misma saliendo a una calle iluminada.

—¿Entendiste la película, Verónica? —le preguntaba alguien.

—No, no la entendí, pero era terrible... —contestaba ella, apresurando el paso en una acera llena de espectadores que se cerraban los cuellos de los abrigos y sacaban los llavines de sus automóviles. Verónica vio la puerta cerrada por Frank, en la que se escribía la palabra fin. Quiso dormir. Se volvió en la cama, dentro de su cerebro se abrían corredores vacíos, en ellos no llovía ni había películas absurdas. Se volvió otra vez para dar la espalda a la ventana. Muy lejos, entre la bruma de la habitación, estaba la puerta que daba al pasillo. «Allí está la puerta», se dijo y se le cerraron los ojos. La puerta se abrió de golpe. Contra la luz de la noche que se filtraba a través del ventanal del pasillo de linóleo rojo, Verónica vio la silueta del hombre del hotel.

—¿Qué quiere?... —preguntó ella, sin levantar la cabeza de la almohada.

El hombre permaneció inmóvil en la puerta y no contestó.

—¿Qué quiere? —repitió ella, sin saber si el hombre estaba allí o lo soñaba.

El hombre avanzó un poco, cerró la puerta y encendió la luz con gesto decidido. El fogonazo de la luz la hizo enderezarse de un salto. El hombre estaba muy pálido, la miró directamente y detuvo los ojos sobre sus senos pequeños y desnudos.

Nada. No quiero nada. Usted me llamó con el timbre... —dijo el hombre, sin levantar los ojos de los pechos desnudos.

—¿Yo?... Yo no llamé —exclamó ella, irguiéndose aún más hasta ponerse de rodillas sobre la cama. Tenía tanto miedo que olvidaba que se hallaba desnuda. Quería gritar, pero la voz no le salía, tampoco podía correr, sentía su cuerpo ligero extrañamente pesado.

—Sí llamé. Tal vez me llamó en sueños. ¿Duerme usted sola?...

—Sí...

—Sentiría algún peligro— dejó caer el hombre con voz fría.

—¿Qué peligro? —preguntó ella aterrada y sintiéndose en el rincón más oscuro de la sala del cine en que veía la película que había vuelto a correr.

—Nunca se sabe. Las mujeres desnudas siempre están en peligro.

—Las mujeres desnudas... —repitió Verónica, tiritando de miedo.

—Desnudas se ponen nerviosas —agregó el hombre, con la voz aún más fría.

—Yo no llamé...

—Perdone, buenas noches.

Se acercó a ella, se inclinó, alargó la mano y sacó de debajo de la almohada un timbre que colocó sobre la mesita de noche. La miró imperturbable.

—Buenas noches.

Apagó la luz, salió y cerró la puerta con sigilo. Verónica permaneció arrodillada sobre la cama. La cara del hombre, brillante y untuosa, seguía llenándola de grasa. Hizo un esfuerzo y saltó de la cama. Se acercó a la puerta y temblorosa hizo girar la manecilla de la cerradura, estaba abierta. La cerradura era moderna. Verónica le dio varias vueltas y no supo si la cerraba o si la abría. Ensayó muchas veces y al final volvió a la cama vencida por un sueño extraño. Ignoraba si el hombre volvería más tarde. Tenía miedo, el hotel estaba demasiado solo y afuera continuaba lloviendo. «No me dormiré», se dijo medio dormida y dormida siguió vigilando la puerta. La despertaron unos quejidos prolongados, se quedó quieta. No pudo mover la cabeza, el cuerpo lo tenía pegado a las sábanas. Nunca había tenido tanto sueño. A través de los muros le llegaron alaridos que cesaron de pronto. Algo le sucedía a Frank. Quiso levantarse, las sábanas se habían vuelto tan pesadas que la derribaron sobre las almohadas «El café... el café tenía algo...», se dijo. Quizás Frank sólo tenía una pesadilla producida por el café con «algo»... Se quedó tendida sobre la cama esperando. Poco a poco se encendió una luz débil detrás de las cortinas de la ventana y la tela empezó a volverse transparente. Llamaron a la puerta.

—¿Quién?

—Abre, chiquita...

Asombrada, escuchó la voz de Frank. Se levantó dando traspiés, volvía el personaje solo, fuera de la historia banal del cine. Entró. Estaba muy pálido, con los ojos apagados y la boca colgante. Traía la maleta de ella en la mano.

—Coge mi maleta... ¡No, vístete!... ¡Vístete! —ordenó súbitamente y con furia.

—Apenas está amaneciendo... —replicó Verónica.

La mirada de odio de Frank la hizo vestirse con precipitación. La prisa de su amante no le permitió pasarse un peine por los cabellos. Se metió el vestido amarillo, se calzó las sandalias, cogió el maletín y la maleta de su amigo y juntos salieron al pasillo que se hallaba abandonado y silencioso. Al pasar frente a la puerta de su cuarto la 8-7, Verónica se preguntó si no había soñado los alaridos. Quiso detenerse, entrar y ver si no había olvidado algo, pero Frank con una orden detuvo su gesto.

—¡Loca! ¿Adónde vas? ¡Camina!

La puerta del cuarto 8-7 estaba tan cerrada como si ocultara algo terrible. Frank apresuró el paso y esperó frente al ascensor. Ella lo miró interrogante. Dentro del aparato que descendía con lentitud Frank miró al techo con desesperación. Verónica descubrió un arañazo, una herida sobre el labio superior de su amante, como si una uña o un colmillo se hubiera insertado con ferocidad en ese lugar.

—¿Qué me ves?

—Nada...

Salieron al vestíbulo. Frank se dirigió con paso rápido a la recepción. Todavía estaban encendidas las luces de la terraza y la luz verdosa del bar de bambú. Frank no llamó a nadie. Decidido entró con rapidez detrás del mostrador, abrió el cajón del escritorio y tomó una llave de entre un manojito de ellas que llevaba en la mano;

enseguida buscó las fichas que ambos habían llenado unas horas antes para la policía. Las examinó con detenimiento, se las echó a la bolsa de la americana y se volvió junto a su amiga, que lo miraba atónita.

—¿Y el hombre?...

Verónica lo vio colocar el llavero sobre el tablero, y sin una palabra Frank se dirigió a la puerta de salida. Ella lo siguió. Tenía el cuerpo dolorido y el aire húmedo de la mañana le hizo bien al soplar sobre sus ojos. Casi corrió detrás de Frank que avanzaba de prisa, rodeando el edificio, para llegar a los *garages* del hotel. Al dar vuelta a una terraza, vio venir, ya en automóvil, a Frank, que sin detener la marcha abrió la portezuela para darle paso. Verónica se acomodó a su lado y salieron a la carretera. Frank dio vuelta para retomar el camino que ya habían recorrido la noche anterior. Imprimiendo velocidad al automóvil. Verónica no quiso preguntarle porqué no iban ahora a la frontera. Sucedió algo más grave de lo que habían anunciado los hoteles apagados de la noche anterior. Ahora Verónica volvía a pasar frente a ellos, entraba otra vez a la película que proyectaban del final al principio. Del final partían otra vez hacia adelante y las imágenes presentadas a la inversa se volvían ininteligibles. Frank imprimía cada vez mayor velocidad al automóvil y los hoteles se sucedían unos a otros con una velocidad aterradora. Ritz... Gran Hotel... Europa... Hotel del..., apenas si tenía tiempo para leer sus nombres escritos con enormes letras sobre las balaustradas o los arcos. La mañana violeta se abría paso entre la lluvia que había amainado y las olas vertiginosas. Los cipreses se volvieron uno solo en la carretera. Frank, inclinado sobre el volante, miraba atento la ruta resbaladiza. Parecía otra vez seguro de sí mismo, tranquilo, impasible. El volante giraba entre sus manos como un juguete. La herida sobre su labio superior parecía crecer con cada mirada de Verónica. Se sintió observado; entonces extendió una mano, la puso sobre la rodilla desnuda de Verónica y ordenó:

—¡Peínate!

Verónica buscó un peine, pero no lo encontró en su bolso revuelto. Frank buscó en el bolsillo interior de su americana. No disminuyó la velocidad del automóvil, que giraba zumbando sobre el pavimento mojado.

—Busca mi peine —ordenó, asido otra vez al volante con las dos manos.

Verónica buscó con mano insegura, no quería distraer al hombre en su carrera. No quiso ver el velocímetro, que pasaba de los 140. La aguja temblorosa saltaba entre dos cifras, indecisa. Afuera el mismo ciprés seguía delante del motor del coche. También seguía la misma balaustrada. «Hot...», no alcanzó a ver más letras. Junto al poderoso corazón de Frank estaba el peine. Detuvo la mano para oírlo, no corría, iba al paso, sonoro, acompasado como una campana.

—¡Peínate!

Se peinó sin chistar. Trató de arreglar las mechas que le caían en desorden, luego buscó su lápiz labial y con dificultad lo pasó por sus labios. Se volvió a mirar a Frank, y sin saber por qué escribió sobre el parabrisas la palabra «FIN». Frank vio las

enormes letras rojas y sin decir una palabra imprimió más velocidad al automóvil, que rugió como si fuera a estallar. Al cabo de unos instantes ordenó.

—¡Borra eso!

Verónica no llevaba pañuelo y buscó uno en los bolsillos de su amante. El corazón de Frank continuaba latiendo como una campana. Despacio, abrió el botón de la camisa y metió la mano para acariciar la piel del hombre y luego hundió las uñas en el pecho. Frank, al sentir el dolor, volvió el cuerpo con violencia y ella se irguió en el asiento. Estaba harta de aquel juego interminable.

—¡Putá! —rugió Frank.

Nadie antes la había llamado puta. Frank lo hacía siempre que fallaba en algo o siempre que algo lo violentaba. Verónica sintió que dentro de ella la palabra puta abría la espita del odio y se volvió a ver a aquel hombre de piel oscura, labios gruesos y ojos verdosos que conducía sentado junto a ella. «Es un salvaje, un infeliz salvaje. Cuando pueda tomaré venganza, ¡me lo juro!», se dijo.

—¡Borra esa palabra! —volvió a ordenar Frank.

¿Y por qué Frank? Se llamaba Francisco, sólo que su familia lo había enviado a estudiar a un colegio inglés y él había guardado aquella traducción: ¡Frank! Cogió el pañuelo de su amigo y con ira borró la palabra escrita en el parabrisas. Sobre el vidrio quedó un vapor grasiento y rojizo. Devolvió la prenda al bolsillo del hombre y mirándolo con descaro volvió a introducir la mano por la abertura de la camisa y a arañar el pecho del hombre. Ahora el corazón de Frank iba tan de prisa como el del automóvil. Verónica sonrió satisfecha. Los muros de piedra se acercaban y huían de la trompa del coche. Ya casi habían rodeado el lago. Verónica se acercó a él como una gata.

—¿Qué muro te gusta? —le dijo con voz infame.

—Cualquiera es bueno —respondió él sin mirarla. Sabía que de la decisión de su mano dependía la suerte de la mano que continuaba arañándole el pecho hasta hacerlo sangrar.

—Para mí también cualquiera es bueno— respondió ella, arañando la piel con ferocidad.

Los muros de piedra rozaban silbantes el auto. Era verdad que cualquier muro era bueno como final. Había que escribir la palabra con grandes letras rojas.

—¿Llegaré al final sin saber qué querías de mí? —preguntó ella con ira, haciendo sangrar con odio la piel de él.

Francisco miró con rapidez las rodillas desnudas de Verónica. Un golpe las destruiría para siempre. Los muros y los postes de cemento armado se sucedían unos a otros. ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál? Las rodillas de Verónica permanecían intactas.

—¡Putá! —volvió a repetir con ira.

Detuvo el coche en seco, miró a Verónica, ansioso, se derribó sobre el volante y se echó a llorar. Ella lo miró sacudida por los sollozos. Así estuvieron largo rato. Frente a ellos un hotel mostraba las persianas blancas bajadas y las hortensias

solitarias; estaba cerrado. Ya había pasado el tiempo de habitarlo. Ya no quedaba ningún cuarto para ellos, los habían visitado todos. Ya no había nadie que contemplara la derrota de Verónica ni el llanto de Frank.

La mañana avanzaba con rapidez sobre el lago. La quietud del automóvil dejaba correr de prisa a la luz. Verónica se contempló la mano con curiosidad, para ver si guardaba un trozo de la piel que había desgarrado antes. De pronto se preguntó asombrada: «¿Por qué hice eso?», y sin querer recordó los alaridos nocturnos en el hotel abandonado donde pasó la noche. No quiso repetirse lo que había imaginado mientras rasgaba la piel de Frank: «es un asesino». Prefirió mirar el lago y la lluvia imperturbable. La magnitud de la palabra asesino era tan aterradora que no quiso entender su contenido. Se enderezó para mirarse en el espejo retrovisor. Frank la tomó por el talle y alzó los ojos hacia ella; tenía el rostro bañado en lágrimas. Ella le lanzó una mirada desde arriba, estaba de rodillas sobre el asiento y el hombre apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Le diste cita...

Verónica se soltó de sus manos y se recargó sobre la portezuela para mirarlo con fijeza.

—¿Y lo mataste? —preguntó con ira.

—No lo sé...

«No lo se», «no lo sé», «no lo sé», la frase se hundió en el cerebro de Verónica, como una respuesta inesperada que la dejó aturdida. Era un final con el que no contaba. ¿Qué quería decir Frank? Ella le hizo la pregunta con la seguridad de que él respondería indignado: «¡No. Tú estás loca!» La figura impasible del empleado del hotel se instaló en el parabrisas, negra, como su aparición contra la luz de la ventana del pasillo. «Las mujeres desnudas siempre están en peligro.» La voz del hombre había pronunciado esas palabras en el cuarto 8-10, que era el de Frank. Después el hombre se había ido al 8-7 que era el cuarto de ella; pero era Frank el que había dormido allí. ¿Y a qué fue allí ese hombre?

—Lo sabía y lo esperé... —contestó Frank a la pregunta que ella misma se formulaba.

«Las mujeres desnudas siempre están en peligro.» El hombre había dicho esas palabras en el cuarto de Frank. Luego fue a que lo mataran o a «No lo sé...» Observó a Frank, aterrada. ¿Decía la verdad? Recordó aquella especie de baile erótico con el cual Frank la había sacado de su habitación para llevarla a la de él, recordó que mientras ella estaba desnuda entre sus manos alguien observaba desde la oscuridad de la terraza. Frank se había opuesto a que ella corriera las cortinas, la había atrapado al vuelo, del fondo de su conciencia surgió una seguridad: sí, Frank había matado al hombre. ¿Por qué? Frank mentía, ella no había citado al hombre, él lo sabía. Frank, como ya había ocurrido muchas veces, iniciaba el amor para cortarlo súbitamente y desaparecer. Ahora había matado a aquel desconocido en la habitación registrada a su nombre. Guardó la cabeza fría en medio de aquel horror terrible, de aquella enorme

confusión provocada por Frank y su mentira premeditada. «¡Premeditada!», se dijo y lo miró con miedo.

—Vamos a la frontera —ordenó Verónica.

Frank se enderezó; puso los codos sobre el volante y permaneció inmóvil.

—Vamos a la frontera —repitió ella.

—Saldremos por otra frontera— contestó Frank, con desgana.

Unos minutos después, sin ganas también, echó a andar el automóvil. Se encontraron otra vez en la carretera a ciento cuarenta kilómetros por hora. Los postes y los muros continuaron durante largo rato. Cualquiera serviría en cualquier instante. Esa seguridad los dejó quietos.

Por la noche continuaban corriendo, cruzando carreteras, ciudades y pueblos. Muy tarde, Frank detuvo el automóvil frente a un hotel elegante, en una ciudad bastante iluminada. Se recargó en el volante, la miró con tedio y le ordenó. —Ve a ver si hay cuartos.

Entró en el hotel iluminado por grandes candiles de cristal cortado; los espejos reflejaron sus sandalias gastadas y su traje amarillo arrugado. Trató de no ver su imagen reflejada, esta vez no sólo tenía vergüenza, también se sintió asfixiada por un pánico desconocido, pues recordó la noche anterior, cuando le pidió habitaciones a aquel hombre vestido de negro en aquel hotel abandonado. Frank se negó durante el largo día a comprar los periódicos «Tal vez ya apareció...» se dijo y sintió que iba a desmayarse. Los empleados la observaron con una curiosidad alegre.

—Dos cuartos con baño...

—¿Comunicantes?

—No. Separados...

El hombre pareció reflexionar, consultó sus registros, la observó un largo rato.

—Lo siento, no tenemos nada libre —contestó con pedantería.

Esa noche bajó en diferentes hoteles y cruzó diferentes vestíbulos sin encontrar cuartos. Frank estaba iracundo. Se encaminaron a un hotel viejo: Hotel del Comercio, utilizado precisamente por viajeros de comercio; allí encontraron dos habitaciones separadas. Cruzaron los pasillos pesados, que desembocaban en una escalera de madera que olía a los remiendos de pintura verde. Verónica ocupó su cuarto y Frank siguió de largo hasta el suyo. Se desvistió despacio, mareada por el olor a pintura, y examinó con atención los muebles viejos. Eran muebles pesados, cubiertos de polvo y olorosos a humores humanos. Se dejó caer en la cama, se hallaba confusa y los ruidos que venían de fuera la sobresaltaban. En el cuarto vecino dormía un hombre que roncaba con estrépito. Sus ronquidos atravesaban la puerta de madera que comunicaba las dos habitaciones y que estaba cerrada con llave. Los ronquidos cesaron de pronto y Verónica sintió que alguien la observaba, paralizada por el miedo no se atrevió a apagar la luz. Una voz poderosa y baja la llamó por el agujero de la cerradura.

—Monina, ¿quieres que vaya a hacerte compañía?

Aterrada, escuchó la voz sin alientos que salía por el enorme agujero de la cerradura de la puerta situada justamente frente a su cama.

—¿Voy monina?... ¿Voy?... —repetía la poderosa voz, inundando su cuarto de pavor. Verónica se quedó quieta, mientras la voz del hombre repetía su ofrecimiento una y otra vez. Recordó lo sucedido la noche anterior y empujada por el miedo, se levantó de un salto, llegó corriendo hasta la puerta del cuarto de Frank. Este apareció soñoliento en el dintel.

—¿Qué quieres?

—Hay un hombre que me llama por el agujero de la cerradura...

—¿Un hombre?... di que quieres que te haga el amor... di que estás...

Verónica permaneció muda de asombro. Quiso explicarle que después de lo sucedido la noche anterior tenía miedo y la voz aguardentosa del vecino de cuarto la aterraba. «Las mujeres desnudas siempre están en peligro», le había dicho el hombre del hotel del Lago y ahora una voz extraña salía de las tinieblas y la espiaba. Frank se echó a reír divertido.

—Es inútil. No pongas esa carita, no te voy a tocar.

Cerró la puerta de su cuarto de golpe y la dejó en el pasillo. Apesadumbrada por el miedo regresó a su cuarto y apagó la luz. El hombre de la cerradura continuó llamándola mientras arañaba la madera de la puerta. Verónica no durmió escuchando aquella voz que parecía salida del fondo del infierno y que se mezclaba pegajosa al olor de los remiendos de pintura verde. No podía explicarse su presencia en una habitación de hotel de cuarta clase en aquella ciudad desconocida. Sabía muy poco de Frank, no entendía su conducta aterradora. ¿Qué se proponía? ¿Por qué aquella carrera por los hoteles de Europa? Recordó de nuevo lo sucedido la noche anterior y el silencio total del hombre que viajaba con ella respecto al empleado de aquel hotel del lago. Se había negado a detenerse a comprar los diarios. Ella quería ver, deseaba leer si la noticia de la muerte ya estaba impresa.

—Estás salpicado de sangre —le dijo la víspera, mientras corrían a gran velocidad por una carretera desconocida.

—¡Mientes! ¡Es imposible, yo estaba desnudo!... me vestí después... —contestó él con tranquilidad. «Se vistió después», se repitió sentada en la cama del cuarto verde, mientras esperaba a que Frank la llamara. La frase la dejó inmóvil; entonces: ¿era un asesino? El hombre de la habitación de al lado había cesado de llamarla hacía ya un buen rato, debería ser tarde pues escuchaba movimiento en los pasillos del hotel y Frank continuaba durmiendo o a lo mejor había salido y volvería unos días más tarde, como acostumbraba hacerlo, si esta vez volvía... «Se ha escapado... me ha dejado sola para enfrentarme a la policía», se dijo, pensando que podía caer fulminada allí mismo. No tenía ningún dinero en su bolso, Frank se cuidaba de que jamás lo tuviera. Era curioso, en ese aspecto y en otros muchos, se parecía a su marido, tal vez por eso eran tan amigos. «¿Qué voy a hacer?»... «¿Con qué voy a pagar la cuenta?» se repitió, sintiéndose asfixiada entre los muros viejos de aquel

hotel enorme pintado de verde. Estaba vestida, necesitaba un café para reconfortarse; pero no tuvo valor para salir del cuarto o para llamar a un criado para pedirle un café. «Si se fue no tendré con qué pagarlo», se dijo, dejándose caer sobre la cama deshecha. Permaneció echada mirando el techo de la habitación hasta muy tarde. Una mujer gorda y sucia vino a hacer el cuarto, parecía estar de mal humor y ella no quiso preguntarle por Frank, aunque deseaba saber si ya había salido o simplemente continuaba durmiendo. Se sintió muy cansada, la noche anterior creyó que iba a liberarse de Frank, que algo importante sucedería y que ella iba a saber el porqué de su desenfrenada carrera por los hoteles de Europa... «No he sabido nada, nada, nada, excepto que tai vez mató a aquel empleado...» Hasta ese momento el verbo matar le había parecido el más grave de los verbos, el único imperdonable; y la palabra asesino, una palabra literaria, útil únicamente en las novelas o en los diarios. En cambio, ahora esas palabras le resultaban casi familiares y no podía separarlas del rostro oscuro y salvaje de Frank. «Es un salvaje que pretende tener buenas maneras», se dijo. Quería no tenerle tanto miedo, pues una voz pequeña y a la que no deseaba escuchar le repetía una y otra vez: «Eres su cómplice... Te trae como cómplice, ¡es un cobarde!» No, ella no podía ser cómplice de un asesino. Temblorosa se levantó de la cama; en ese cuarto interior ninguna luz podía darle indicios de la hora: podía ser muy tarde o muy temprano, aunque ella sentía que era demasiado tarde. «Sí, demasiado tarde para todo», se dijo, al tiempo que paseaba por el cuarto de paredes verdes. Ya ni siquiera sentía hambre, había olvidado la existencia del café y sólo deseaba romper aquel silencio atroz que la aturdía. «¿Dónde está ese canalla?», se repitió muchas veces; luego agregó: «Esto debe terminar. ¡Terminar!» ¿Y si saliera a la calle corriendo y pidiendo auxilio, qué sucedería? «Quizás alguna persona caritativa podría ayudarme», pensó consolada a sabiendas de que esa persona caritativa no existía. «Lo más probable es que me lleve a un manicomio o que llame a la policía», se dijo, sintiéndose perdida.

«En la pendiente del mal sólo cuesta dar el primer paso», le habían repetido en su casa. Era verdad. Su primer mal paso había sido desobedecer a su padre y casarse sin su consentimiento; después había caído sobre ella el diluvio y desde ese día el terror se apoderó de ella. El miedo la había llevado a huir de su marido, más tarde de Frank, que luego le dio alcance, y ahora debía huir nuevamente. ¿Adonde? Era tarde, ni siquiera podía huir, la detendría la policía.

Al oscurecer la despertaron unos golpes discretos en la puerta.

—¿Quién es?— preguntó aterrada.

—Abre chiquita —contestó la voz de Frank.

Su amante entró con paso tranquilo, la miró y se echó a reír.

—¡Qué graciosa te ves! Pareces un vaguito.

Ella observó su corbata impecable, su camisa hecha a la medida, su traje de verano y sus zapatos lustrosos. El hombre respiraba riqueza y orden. Se apoderó de ella un odio implacable y trató de componer sus gestos y sus palabras.

—Frank, no sé que hacemos juntos. Yo necesito irme. No quiero continuar contigo y te suplico que me facilites el dinero para irme.

Frank permaneció quieto, luego estalló en palabras y gestos soeces; se diría que un ser extraño lo habitaba cuando se enfurecía. Su furor era espantoso y a ella había logrado aterrarla; sin embargo en esta ocasión se mostró firme y repitió.

—Necesito irme.

—¡Perra!... ¡Putas!... —gritó Frank, acercándose a ella para golpearla.

Verónica alcanzó la puerta y salió al pasillo. El hombre la alcanzó en la escalera.

—Recoge tu maleta. Nos vamos ahora mismo —le ordenó.

En el vestíbulo enorme y maloliente, Verónica sintió que los empleados de la administración la miraban con recelo mientras Frank pagaba la cuenta. Hubiera deseado saber si la «noticia» se hallaba en los periódicos y si ello era el motivo de los ojos desconfiados de los hombres de la administración. Se sintió aliviada cuando se vio nuevamente en una carretera corriendo a gran velocidad. Ya era de noche y hasta ella llegó el olor a mar. Se volvió a Frank, que conducía con gran placer.

—El Adriático... —dijo él con simpleza.

No entendió aquella vuelta o quizás la entendió muy bien: Frank trataba de borrar la pista. Corrieron en silencio. A media noche llegaron a Rimini, un mundo que le pareció gigantesco y horrible. El lugar los esperaba con sus enormes edificios turísticos y apretujados los unos contra los otros. Frank detuvo el automóvil.

—Vamos a comer algo —dijo sin más explicaciones.

Caminaron por calles fabricadas para el turismo, que se abrían entre los conjuntos de edificios modernos e iguales como colmenas. Algunos jóvenes rubios, tostados por el sol, caminaban solitarios por las calles estrechas y extrañas. Eran los últimos turistas alemanes. El bullicio veraniego había terminado y quedaban únicamente aquellos rezagados. Un pequeñísimo restaurante de *hot dogs* se mantenía abierto. Allí, bajo sus luces anaranjadas, comieron una salchicha y bebieron un café. Verónica sintió terror cuando Frank empezó la búsqueda de un hotel para pasar la noche.

—¡No!... ¡no!... Otra vez un hotel vacío... ¡no! —gritó.

—¡Calla, estúpida! —contestó Frank, y ella reconoció que tenía miedo de ella.

Salió del enjambre turístico y decidió entrar en la ciudad. Detuvo el auto frente a un hotel céntrico.

Verónica bajó a pedir cuartos.

—Dos habitaciones con baño.

—¿Comunicantes?

—No. Separados.

Subieron en silencio. Verónica se encerró en su cuarto, no deseaba saber nada del hombre que viajaba con ella. Contempló en el espejo sus cabellos rubios desordenados y sus ojos sumidos en cercos profundos. Tenía la piel reseca, le pareció que iba a caérsele a trozos. Se echó sobre la cama con intenciones de llorar, pero no pudo, ninguna lágrima se asomó, ni corrió por sus mejillas. Dormirse también le

producía pánico, temía las pesadillas nocturnas después de las pesadillas diurnas.

Despertó llena de rencor y en el automóvil no le dirigió la palabra a Frank. En Venecia tomaron habitaciones en el hotel más elegante de la ciudad. Los brocados, los candelabros, los muebles antiguos y magníficos la hicieron avergonzarse de su traje amarillo arrugado y de sus cabellos en desorden. El lujoso comedor los acogió para la cena y Frank pidió una mesa en la terraza para contemplar el mar y los barcos anclados junto al mismo hotel. El espectáculo era magnífico. Junto a la nitidez del mantel, las rosas y la elegancia de los candelabros, ella resultaba extravagante. Los criados la miraban como un objeto desplazado. Frank la observó divertido y luego contempló a los comensales, elegantes y frívolos.

—Pareces un vaguito...

A Verónica le temblaron las manos y perdió los cubiertos. La riqueza que emanaba de la persona de Frank lo protegía de las miradas impertinentes de los comensales y de la curiosidad de los camareros. Turbada, derramó su copa de vino y la mancha se extendió vertiginosa en el mantel. Frank se inclinó con curiosidad y se echó a reír con carcajadas bajas y breves.

—¿De qué te ríes?

—No sé, no sé, te ves tan graciosa...

Un camarero alto y hermoso se acercó a enjugar el vino derramado. Verónica le sonrió y el hombre admiró sin pudor el escote veraniego que descubría a medias los pechos de la mujer.

—Usted parece irlandés... —dijo ella, por decir algo.

El camarero guardó silencio y se entretuvo más de la cuenta en colocar la servilleta debajo del mantel manchado. Frank la contempló con ira y miró en derredor suyo hasta abarcar el interior del comedor cubierto de espejos, de cortinajes rojos y de plantas. Apenas se alejó el camarero, Frank exclamó en voz muy alta.

—¡Putá!

Los comensales se volvieron asustados hacia el lugar que ocupaba la pareja. Frank se levantó, arrojó sobre el mantel un puñado de billetes y salió con precipitación. Los comensales contemplaron la escena en silencio. Verónica, impasible, fijó los ojos en el *filet de sole*. «Humillación inesperada. Humillación inesperada», se repitió mientras mascaba la carne incolora del pescado. Sintió que todos los comensales la miraban desde sus mesas silenciosas y que el *Maitre d'Hotel* iba hacia ella. Le lanzó una mirada suplicante y el hombre se detuvo a observarla desde una cortina de damasco. Los demás comensales dejaron de mirarla, estaban incómodos. Ella lanzó una mirada alrededor suyo, esperó unos segundos y salió de la terraza; luego cruzó el comedor pisando apenas las alfombras con sus sandalias gastadas, columpiando su falda amarilla y arrugada. Se dirigió a la administración a pedir la llave de su habitación.

—Hubo un error, señorita. Su cuarto estaba reservado, el nuevo huésped llega dentro de dos horas.

—¿Señorita? —repitió maquinalmente, mientras escuchaba aterrada al hombre de la administración, que la contemplaba impecable desde su bien cortado *jaquet*.

La cara del hombre y la palabra «señorita» eran irrevocables. Su pasaporte decía «casada». Subió a su habitación, recogió sus cosas y se detuvo a mirar por la ventana el Gran Canal. Mujeres impasibles vestidas de muselinas claras se deslizaban en las góndolas negras; grupos anónimos de turistas pasaban en los vaporetos rumbo a la terminal de los autobuses; los motoscafos llevaban casi por los aires a los dueños de los palacios. En otro tiempo había cenado con ellos en sus palacios y algunas de las mujeres de las góndolas habían sido sus amigas. Ahora no reconocía a nadie y nadie la reconocía. Al principio se comentó el escándalo de su matrimonio, después se olvidó y ella cayó en el anonimato. Frank la escondía o se perdía durante días enteros. Verónica pensaba que él frecuentaba a algunas amistades mientras ella, aterrada, lo esperaba en el hotel. Pensó que lo que le acababa de suceder era más de lo que podía soportar. «Si supieran que él es un asesino...» se dijo al recordar al hombre de la administración que le había pedido el cuarto, y dejó de sentir pena por el otro, el hombre de la administración del Hotel del Lago. Era para echarse a reír. Reconfortada con este pensamiento bajó al vestíbulo a buscar a Frank y se encontró con un grupo elegante de viejos amigos, que la miraron fijamente para no reconocerla, dejándole la sonrisa del saludo entre los labios. Desconcertada volvió a su cuarto y se dejó caer sobre la cama; después de un salto se colocó junto al reglamento que marcaba los precios y la hora de abandonar el cuarto. «¿Cómo voy a pagar la cuenta?» Revisó nerviosa su cartera y se sentó a esperar. Oyó que alguien llamaba con los nudillos y luego introducía la llave maestra. Entró un camarero con sábanas limpias, que la vio en silencio.

—¿Si?...

—El cuarto está dado, señorita...

Detrás de él entraron dos hombres más que recogieron su escaso equipaje y lo bajaron al vestíbulo. Verónica los siguió sumisa. Los hombres depositaron su maleta frente al mostrador y el elegante administrador la miró con despego. Verónica se dirigió a un sillón sin atreverse a preguntar si Frank ya había abandonado el hotel. Estaba aterrada. Esperó un largo rato tratando de abstraerse o de parecer indiferente. El elegante vestíbulo empezó a llenarse de personas que acudían a citas mundanas y que al pasar junto a ella le lanzaban una mirada sorprendida. De pronto vio entrar a Frank acompañado de dos jovencitos elegantes. Verónica no se movió. Frank al verla pareció recordar algo y se dirigió al administrador; habló con él unos minutos y firmó un cheque. Permaneció quieta, viendo cómo Frank desaparecía en el suntuoso bar del hotel. Un mozo se acercó a ella.

—El señor pagó su cuenta. Dice que puede usted ir al hotel Minerva.

El nuevo hotel era de tercera clase. Se encerró en su habitación a esperar y a pensar en lo que debía hacer. Como siempre, no podía hacer nada, absolutamente nada. No durmió, tenía la certeza de que Frank había abandonado la ciudad esa noche

y que era ella la que debía afrontar el crimen del Lago. Nadie le creería que no era ella la que había dormido en la habitación en donde yacía el cuerpo del hombre asesinado; además, la escena atroz que Frank había preparado en el hotel elegante la privaba de dignidad y credibilidad delante de los ojos, no sólo de la sociedad, sino también de la policía. Pasó la noche sin dormir; por la mañana una criada entró con la bandeja del desayuno. La mujer parecía querer ignorarla mientras colocaba la bandeja sobre una mesita; se diría que no deseaba darse cuenta de que la muchacha no se había desvestido, pues la servía sin verla. Cuando se halló otra vez a solas bebió un poco de café y para ocultar su angustia se asomó a la ventana a contemplar la mañana húmeda. Afuera, el cielo transcurría apacible, escuchó el arrullo de las palomas y voces lejanas. Estaba perdida, corrió a la cama y se dejó caer ocultando el rostro en la almohada. «¿Qué haré?»... «¿Con qué voy a pagar la cuenta?», se repitió durante todo el día. Así le había sucedido muchas veces: Frank desaparecía y ella lo esperaba aterrada. Cuando reaparecía no debía decir nada. Un «¿Qué hiciste, Frank?», provocaba siempre la violencia. El hombre levantaba los puños, gritaba, hacía gestos soeces y después durante varios días no le dirigía la palabra, ni siquiera la veía. Ella ignoraba si continuaba en el hotel. Encerrada en su cuarto esperaba su reaparición. «¿Qué haré?»... «¿Con qué pagaré la cuenta?» Comía en la habitación, sin atreverse a preguntarles a los criados si el señor continuaba en el hotel. Los camareros la servían sin verla, como si les apenara su situación. Ella trataba de mirar por la ventana mientras los criados preparaban la cama y limpiaban la habitación. «¿Qué haré?» «¿Con qué voy a pagar la cuenta?», se repetía como un reloj que da la hora. Los canales negros y rosas de Venecia, los canales blancos y azules de Estocolmo, los relojes de Berna, el lago de Ginebra, las calles de París, las plazas de Roma, la llevaban siempre a la misma pregunta: «¿Qué haré?»... «¿Con qué voy a pagar la cuenta?» Se despertaba en camas anchas o en camas estrechas, en verano y en invierno, sola, preguntándose siempre: «¿Qué haré?»... ¿Con qué voy a pagar la cuenta? Y Frank, ¿qué hacía? ¿Para qué o por qué había inventado ese amor inexistente? Había gritado: ¡Amo a Verónica! El escándalo se agitó con ferocidad a su alrededor, ella salió huyendo, él la siguió al extranjero y luego empezó aquel loco correr por todos los hoteles de Europa. Había un error, el gran amor de Frank era un error y ahora el error se complicaba con el crimen del Lago... Se enderezó en la cama, estaba sudando frío; a través de la ventana vio que empezaba a amanecer. Alguien llamó a la puerta, se levantó para entreabrir la y entró Frank, muy pálido. Tambaleante, se dejó caer en una silla.

—Chiquita, tú no conoces el asco... la vida es un asco...

La miró con tristeza y se quejó de un fuerte dolor en la nuca. Hablaba interrumpiéndose, era como si sólo le quedaran frases sueltas o comentarios amargos sobre sucesos que había olvidado.

—Tú no crees en lo que te digo, porque tienes un cuerpecito inteligente. Los cuerpos inteligentes no conocen la pesadez de la carne...

La miró con tristeza y ella pensó que hablaba para evitar hablar de lo que le sucedía. La mañana avanzaba y él continuaba allí, como si quisiera decirle algo que no se atrevía a nombrar.

—¿Qué hiciste anoche? —pregunto haciendo un esfuerzo.

—Nada —contestó con rencor.

—¿Estuviste sola?

Verónica se volvió a la pared y colérica cerró los ojos, era capaz de matar a aquel sujeto que la atormentaba sin ninguna razón. Adivinó la ira que se posesionó de él y guardó silencio en espera de sus injurias. Lo escuchó levantarse, dirigirse a la puerta, abrirla y desde el dintel escupir su palabra favorita:

—¡Putá!

Se enderezó en la cama para contestar; pero no tuvo tiempo, pues Frank cerró la puerta de golpe. Ahora sólo le quedaba aguardar su regreso. Pasó el resto del día encerrada en el hotel, tratando de adivinar lo que había sucedido con el hombre del hotel del lago. Por la noche no logró conciliar el sueño, no entendía a Frank, ni entendía su tranquilidad después de lo sucedido. Si pudiera comprar un periódico sabría al menos si la noticia de la muerte de aquel desconocido se había hecho pública. Por la mañana su angustia aumentó, tuvo la sensación de que el agua que salía de los grifos del baño tenía un sonido extraño y que de la bañera se levantaba un vapor azufroso. Salió del agua, se envolvió en una toalla y corrió a su habitación. Frank entró casi al mismo tiempo que ella, se detuvo para contemplarla detenidamente, se diría que gozaba con su desasosiego y su ruina visible.

—¿Cuándo va a terminar esto? —preguntó Verónica, con ira.

El rostro de Frank no dio ninguna respuesta. El espejo le devolvió a ella una cara despavorida con los cabellos en desorden y chorreando agua. Se asustó de sí misma.

—¡Quiero ir a peinarme!

—Las mujeres son despreciables, sólo piensan en componerse para atrapar macho.

—¡Estúpido! Y tú ¿por qué vas al peluquero?

—Es distinto, por higiene —contestó Frank, y se dejó caer en la cama, para lamentarse de dolores en la nuca y de la perversidad de los seres humanos a los que sólo mueven intereses mezquinos y personales.

«No, no existen actos desinteresados», repitió una y otra vez. Verónica lo dejó hablar, como siempre sus palabras eran incoherentes. Debía estar muy cansado, pues de pronto se quedó dormido. Entonces, se le acercó, buscó su cartera sacó dinero y abandonó la habitación de puntillas. Una vez en la calle buscó un salón de belleza. Sentada frente al gran espejo del peinador trató de no mirar al rostro lívido que era el suyo y que la observaba aterrado. Apenas habló, se diría que había olvidado el arte de sostener una conversación banal con sus semejantes. De vuelta al hotel compró los diarios y buscó afanosamente la noticia temida. Allí estaba: «Sin huellas de los asesinos». Las rodillas le temblaron y corrió a refugiarse en el hotel. Frank

continuaba dormido, lo sacudió con ira.

—¡Lee esto!

El hombre le arrebató el diario, le lanzó una mirada furiosa y señaló su peinado.

—¿Fuiste a peinarte?

—Eso ya no importa. Lee el diario.

Frank arrugó con rabia el periódico y lo arrojó lejos.

—No necesito leer estupideces, yo no estoy en la lista de los sospechosos.

Frank se dirigió al espejo, rehizo el nudo de su corbata, se alisó los cabellos que comenzaban a escasear y más calmado anunció:

—Vamos a comer con la señora Dupuy. Le dije que eras mi secretaria. Lo hice por ti, no lo olvides.

Al mediodía se encontró sentada en una terraza en compañía de la señora Dupuy, alguien a quien jamás había visto y que quizás Frank había conocido por casualidad. La mujer era de edad madura y procuraba tener buenas maneras; tan buenas que resultaban equívocas. Verónica ignoraba quién era ni que deseaba, pero era evidente que gozaba de algún poder sobre Frank. ¿Cuál poder? Con Frank todo era extravagante. La señora se levantó unos instantes y Verónica se inclinó para preguntar.

—¿Quién es?

Él miró hacia los naranjos colocados en macetones enormes y no contestó.

—A ti sólo te gusta el hampa —dijo ella.

—Contigo sólo puedo frecuentar el hampa —contestó él.

Luego, se inclinó a mirarla con sus ojos verdosos, y agregó.

—Chiquita, ya no eres lo que crees. Ahora sólo eres una mujer dudosa.

Verónica cogió su copa de vino y tuvo la intención de arrojársela a la cara del hombre, pero se contuvo.

Así es la sociedad —terminó Frank, con frialdad.

La señora Dupuy volvió satisfecha y Verónica la observó sin saber en qué nivel social colocarla.

Quiso hacerle una pregunta, pero Frank la interrumpió con violencia.

—¿Qué le parecería, señora Dupuy, que alguien que trabaja para usted le robe dinero de su cartera?

La señora Dupuy se echó a reír; ella enrojeció de ira, mientras pensaba que Frank obedecía los mandatos de un demonio. El hombre continuó.

—¿Y con lo robado se fuera a un peluquero de moda?

Verónica se dejó insultar poseída de un odio desconocido. La señora Dupuy la miró con benevolencia, era vieja, levantaba mucho la cabeza para obtener un aire de distinción y luego se hurgaba los dientes con las uñas. A partir de ese instante, Verónica sintió que su vida alcanzaba la verdadera infamia. Nunca perdonaría esa afrenta y, sin embargo, continuaba allí sentada, rodeada de personajes desconocidos, escuchando la voz hueca de Frank, que ahora hablaba de su madre.

—Recibí carta de mamá... cree que viajo solo, por eso me escribe.

En efecto, en cada pueblo, en cada ciudad, lo esperaban cartas y telegramas de su madre. La invitada pareció interesarse en la correspondencia de Frank, mientras que Verónica evitó escuchar las frases hirientes que antes provocaban escenas violentas. Ahora, por miedo a las cóleras de Frank, se dejaba insultar, poseída por un odio creciente, que la dejaba atónita, incapaz de moverse o de pronunciar una palabra. ¿Por qué no se iba el maldito? ¿Por qué permanecía a su lado? ¿Qué buscaba cerca de ella? Sentada en las terrazas elegantes, bebía aperitivos y cafés para mantenerse despierta. Estaba cansada y podía quedarse dormida en cualquier rincón. Le era indiferente su aspecto y su traje arrugado. «¿Por qué fui a peinarme?», se preguntó con rabia.

Abandonaron la terraza y los tres se dirigieron a un lugar de moda a tomar un café especial; las mujeres la miraron con malicia y los hombres con curiosidad. Luego continuaron la ronda por los lugares de moda, cuyos espejos le devolvían su imagen cada vez más degradada. La vista de un policía la llenó de ánimos. «Iré a decirle: nosotros somos los asesinos», se dijo y miró triunfante a Frank, que, al sentir el peligro, con una extrema cordialidad se despidió de la señora Dupuy.

—Chiquita, me voy a mudar a tu hotel —le dijo, pasándole el brazo alrededor del talle.

Verónica guardó silencio, era evidente que la vista del agente de policía le había avisado su decisión de entregarlo y entregarse a la justicia. Una vez en el cuarto del hotel, Frank se volvió a ella como una fiera.

—¡Loca maldita! —gritó.

Cuando tenía accesos de sus cóleras, Frank se convertía en un extraño demonio; gesticulaba, hacía señas soeces, cambiaba de voz, sacudía los muebles, se ponía en jarras. Se convertía en algo indescriptiblemente bajo y temible, por lo que Verónica prefería guardar silencio para contemplar aquel horrible espectáculo. Cuando le pasó la crisis, anunció.

—Voy a buscar mi equipaje. Vuelvo enseguida.

Verónica lo vio marcharse en silencio. Esperó largo rato. Al oscurecer decidió salir a ver la ciudad. La Plaza de San Marcos brillaba en todo su esplendor; las palomas ya se habían recogido y en las mesas de los cafés había pocos clientes, la temporada estaba terminando y la humedad empezaba a subir de los canales. Se sentó en una mesa a reflexionar sobre su situación, le quedaban algunas liras y podía permitirse el lujo de tomar un café. Cerca del *campanile* vio la figura gruesa y llamativa de la señora Dupuy, enfundada en un traje de ramos rojos. Llamó al camarero, tal vez él sabía quién era esa mujer. El camarero la miró con asombro, después de haber observado a la señora Dupuy.

—Es una... digamos... alcahueta... No la frecuente, señorita. No, no la frecuente... aquí en Venecia la conocemos muy bien...

A Verónica no le asombraron sus palabras, le dio las gracias y permaneció

cavilando. Una mano pesada cayó sobre su hombro.

—¿Nos vamos? Mis maletas están listas...

Era Frank. El camarero se acercó y Verónica notó su sorpresa. «Lo conoce...», se dijo preocupada. Sabía que Frank frecuentaba grupos de amigos mientras la dejaba encerrada en los hoteles. Se levantó y ambos se alejaron de la Plaza San Marcos. Una hora después viajaban en el automóvil sin rumbo fijo.

## II

—¡NO QUIERO IR a Florencia!... ¿Me oyes?

Frank, impasible, encendió la radio del automóvil y una música de jazz apagó la voz de Verónica. Rencorosa miró su perfil imperturbable.

—¡No quiero ir a Florencia! —le gritó a través de la música.

Los postes indicadores de la carretera anunciaban con letras cada vez mayores: «Firenze», «Firenze», «Firenze». Frank imprimió velocidad al automóvil y Verónica se hundió en el asiento para no ver la tierra rosada, ni las casas de muros ocres que el auto dejaba atrás. «Me vengaré», se repitió siguiendo el ritmo del jazz que milagroso brotaba frente a ella. Afuera de la música, las casas y los olivos desaparecían vertiginosamente en la solitaria luz del crepúsculo. «Parecen chiricos», se dijo casi a pesar suyo. Europa siempre era una sorpresa y ella la miraba desde afuera como si hojeara un libro de reproducciones.

Cuando entraron en Florencia ya había oscurecido. Se encontraron sentados frente a frente, en una mesa al aire libre, extraños y silenciosos. La Plaza de la Señoría estaba casi desierta. Verónica levantó la vista y contempló la cara mestiza de Frank; su mirada furtiva era la de un salvaje y la huella profunda del arañazo o mordisco dejados en el labio superior por el hombre del hotel del lago todavía era muy visible. La cara del hombre estaba tan cerca que bastaba extender una mano para tocarla y, sin embargo, se hallaba separada de ella por barreras infranqueables. Algo que venía del fondo de los siglos lo empujaba a conducirse de una manera bárbara y lo dejaba solo, en posesión de un universo ajeno al suyo, en el que tenían sucesos oscuros, olvidados hacía ya mucho tiempo. Lo observó comer: manejaba el tenedor y la cuchara con habilidad y comía los tallarines con decisión. Verónica dio unas palmadas y se acercó el camarero.

—Vino rojo —ordenó.

—¿Vino? —Frank levantó la cabeza sobresaltado, ya que él sólo bebía agua.

—¡Vino! —repitió.

La vista de aquel salvaje vestido a la inglesa le resultaba insoportable, sólo bebiendo podía continuar en aquella mesa. Él la miró sombrío, los menores deseos suyos lo volvían rencoroso.

—¡Perra! —le dijo en voz baja.

El camarero trajo una jarrita de Chianti que ella bebió mientras contemplaba la plaza a esas horas casi vacía. Un viento frío barría al Palazzo Vecchio. Detrás de la cabeza de Frank, blanco y gigantesco se elevaba el David de Miguel Angel. El vino le subió a la garganta, a los ojos, le corrió por el cuerpo esparciendo dulzura. A un lado estaba la Loggia oscura, con sus estatuas inmóviles y frías mirando al tiempo con sus ojos sin ojos.

—Todos están muertos, también Verónica... —dijo.

Frank no contestó, continuó comiendo. Los palillos dorados de pan hacían un ruido de arenilla adentro de su boca; ella escuchó con atención aquel ruido que de repente pareció crecer hasta inundar toda la plaza. Se volvió al David y lo contempló con una sonrisa despectiva.

—Es maravilloso... —comentó Frank, volviéndose a mirarlo.

Verónica hizo un gesto de desprecio. ¿Qué le importaban a ella las opiniones de aquel salvaje? Hacía ya mucho tiempo que la voz del salvaje interrumpía sus pensamientos. Lo vio llegar, enemigo y oscuro, siguiéndola por los vericuetos de un salón y de unas conversaciones, después estaba siempre al lado espiándole los pasos, las comidas, las palabras y ahora los sueños, interrumpiendo su vida, separándola del mundo, de las fiestas, de las calles, de los amigos, encerrándola en su automóvil y en los cuartos de los hoteles. Lo vio comer un pastel, levantarse, caminar y acercarse al David de Miguel Angel. Se quedó un buen rato mirando a aquel joven blanco y gigantesco que se dejaba contemplar desnudo en el aire frío de la plaza. Después regresó pensativo, se sentó y pidió la cuenta.

—El cuerpo masculino es más perfecto que el cuerpo femenino —comentó con seguridad.

Verónica se echó a reír y recordó que su marido afirmaba lo mismo.

—Es mucho más hermoso —insistió Frank, con aire ofendido.

Verónica miró al David con aire divertido.

—¡Puaf! es un atleta de feria... —exclamó, sacudida por la risa producida por el vino.

—¡Estúpida!

La palabra le produjo un cansancio enorme, vivía en el desorden de la injuria. Cuando era niña, en su casa de niña las palabras, el pan y los gestos tenían un lugar exacto y los efectos eran tan permanentes como los colores de Fra Angélico, las Puertas del Paraíso de Gluberti o la música de Mozart. Ahora no tenía casa, sus hermanos se hallaban perdidos entre cuñados y cuñadas extrañas, la selva había invadido a su familia. Sintió que iba a ponerse a llorar y se sirvió más vino. El Palazzo Vecchio la miró desde la noche, como la había mirado su padre antes de morir. Frank la observaba muy de cerca, como si estuviera en una cacería.

—Joseph Conrad tiene razón... la selva devora...

Frank la miró con despego.

—¡Vámonos! —ordenó.

Caminaron por la ciudad, se detuvieron frente a las Puertas del Paraíso. «Un día las cruzaré y entonces todo esto habrá terminado», se dijo ella con alivio. La Torre del Giotto, translúcida como la torre vista en sueños, parecía la torre de la Letanía: «Torre de marfil»... «Torre de marfil», se repitió mientras buscaban un hotel. En todos los espejos de los hoteles estaba ella con los cabellos rubios en desorden y el traje amarillo y arrugado. Se dejó caer en un sillón mientras Frank llenaba las fichas. El joven de la recepción la miró con simpatía y ella le regaló una sonrisa.

—Mañana por la mañana —escuchó decir a Frank.

Se levantó de un salto y se colocó junto a él.

—¿Mañana qué? —preguntó.

—Nos vamos —contestó Frank, con sequedad.

Verónica apoyó los codos sobre el mostrador de la recepción y movió negativamente la cabeza.

—Eso sí que no. Eso sí que no...

Frank recogió las llaves de las habitaciones y se alejó, mientras ella permanecía con los codos apoyados sobre el mostrador contemplando al joven que le sonreía. «No se parece en nada a aquel hombre siniestro», pensó. Frank volvió junto a ella, la tomó con violencia por el brazo y juntos entraron en el ascensor. Salieron a un pasillo lujoso y sin adornos. El cuarto de Frank estaba al principio del pasillo, el de Verónica al final. La acompañó hasta su puerta, metió la llave en la cerradura y le cedió el paso. El mozo depositó el pequeño equipaje y se alejó.

—Buenas noches, chiquita.

La habitación era interior, ni siquiera podía contemplar la plaza. Se tiró sobre la cama y observó sus pies dorados por el sol. Sus sandalias estaban muy gastadas. ¿De verdad estaba en Florencia? «Soy como Dios, estoy en todas partes.» Las paredes forradas de seda blanca giraron despacio. «Me estoy volviendo loca», se dijo. Se miró las palmas de las manos. «Buscaré la estrella de la locura.» La lámpara de la mesita de noche daba una luz tan blanca como los pétalos de una camelia, sus manos brillaban casi anaranjadas, una pelusa rubia cubría sus brazos. Se olvidó de buscar la estrella de la locura, para mirarse la piel cubierta de pequeños puntos dorados. «Son pecas», se dijo aburrida y volvió a pensar en la locura y volvió a mirarse las palmas de las manos; estaban llenas de rayas. ¿Adonde conducían esos caminos rosados? Al cuarto del hotel Diana, de Florencia. Cuántos vericuetos, cuántos senderos estrechos y misteriosos. ¿Cuál era el camino de su casa? El que partía de la base de su dedo pulgar, hacía una hermosa curva, se dividía en caminitos y desembocaba en su muñeca. «Es la línea de la vida, mi casa está al final, con mi padre y mis hermanos y mi madre...» Verónica se tiró sobre la almohada y escondió el rostro. «¿Por cuál camino salí de mi casa?» Se enderezó con violencia para buscar el camino que la llevó al hotel Diana, de Florencia. Un reloj la sobresaltó, dio una media pero ¿de qué hora? «La Leona tiene la raya de la suerte», había dicho su abuelo. Volvió a mirarse las líneas de la mano, ya no la tenía. «¡Ese me la borró!» Agitada, se dirigió al cuarto de baño, llenó la bañera y desde la tibieza del agua volvió a escuchar el mismo reloj. Eran las once de la noche y Frank ya la había encerrado en un hotel, y ella ignoraba cuándo volvería a salir a la calle. Saltó de la bañera, se vistió, salió al pasillo y llamó a la puerta de su amigo.

—Pasa, chiquita.

Frank se colocó un dedo sobre los labios y la llevó hasta la ventana. Abajo había un patio perfumado, una fuente de piedra, unos claustros y un grupo de frailes

girando en silencio. —Mira...

Verónica miró un largo rato a los monjes girando en la noche fría y olvidó su cólera. El espectáculo era de una belleza increíble, olvidado en el diario trajín de automóviles, ruidos y gentes caminando por las calles sin ningún fin aparente.

—Ahí quisiera estar... —murmuró Frank, en voz baja.

Verónica no contestó, fascinada se inclinó a mirar aquel inundo apacible y recogido que se movía en silencio bajo la ventana.

—Ahí... —insistió Frank, mientras sus manos empezaron a girar alrededor del talle y las caderas de Verónica.

—¡Farsante!... ¡Miserable! —exclamó ella volviéndose a mirarlo.

Forcejearon un rato y la lucha terminó sobre la cama.

—Eres muy hombrecito —dijo la voz de Frank, con un tono admirativo.

Verónica se arrancó el vestido.

—Pareces un muchachito...

Se quedó quieta; observó al hombre sumiso y se echó a reír. Alargó la mano y le torció la boca, mientras él se dejó dominar. «Tal vez lo que fascina a los homosexuales es que los posean», le había dicho Frank alguna vez. ¿Por qué recordaba esa frase ahora? Saltó de la cama, se acercó a la ventana, cogió un cigarrillo y lo encendió. Desnuda, se inclinó a ver a los monjes que continuaban girando en silencio.

—Chiquita... no me dejes...

Verónica se acercó al borde de la cama y observó a su amante con frialdad.

—Después. Vamos a dar una vuelta.

Buscó su vestido y se lo puso.

—Ven ahora...

—¡Después! —le dijo, dándole un puntapié en el pecho.

Ante su asombro, Frank se levantó con docilidad y aceptó el paseo que ella proponía. Caminaron largo rato por la ciudad. Las cúpulas brillaban, blancas y rosas en la noche fría. Frank la llevaba cogida por el talle, iba sumiso, aceptaba las vueltas y se detenía donde ella lo deseaba. Ella lo guiaba sin dirigirle la palabra. «Huye, huye, huye...», se repetía buscando la manera de hacerlo.

—Tú puedes hacerlo, tú puedes salvarme... —susurró Frank.

—No digas tonterías. ¡Salvarte!... ¿De qué?

Cuando volvieron al hotel, Frank continuaba acariciándola.

—Mi muchachito... —suspiró frente a la puerta del cuarto de Verónica.

—Estoy muy cansada.

Verónica cerró la puerta de golpe y echó doble llave. Afuera quedó Frank. Oyó que la llamaba. La salud no estaba en Frank, como tampoco había estado en su marido, sino más allá; pero más allá ¿de qué? «Sólo en su madre puede confiar el hombre», decía Frank, con seriedad, Verónica se echó a reír al recordar sus palabras.

Al despertar descubrió que se había quedado dormida con la ropa puesta. Su traje

estaba tan arrugado que no podía salir. Llamó y se presentó un criado.

—Plánchelo, por favor.

Ordenó a aquel criado que parecía un millonario. El mozo cogió el vestido con el mismo respeto con el que antes los criados recogían sus trajes de sedas y de gasas y salió haciendo una reverencia. Se sintió humillada. ¿Cómo era posible que no tuviera otro traje con el que cubrirse? Se metió a la bañera a esperar la devolución de su vestido. Desde allí escuchó las llamadas del teléfono, pero no se molestó en contestarlo. «Debe ser Frank», pensó. Más tarde llamaron a la puerta. Abandonó el agua de mal talante. Frank estaba en la puerta.

—¿Todavía no estás lista?

Verónica se ajustó la toalla.

—No. No estoy lista. Además, no quiero irme hoy de Florencia.

Frank cerró la puerta tras de sí, parecía asombrado. Los dos quedaron frente a frente y de pronto, poseída por la cólera, le dio un empujón que lo hizo perder el equilibrio. Cayó sentado en el borde de la cama y guardó silencio, atónito. Verónica levantó el pie y le propinó una lluvia de patadas; había perdido las maneras. Al darse cuenta de que el hombre aceptaba los golpes, le dio nuevas patadas cegada por la ira. En unos segundos le había perdido el miedo.

—Chiquita, haremos lo que quieras; pero ven aquí...

Lo miró con frialdad, con gesto despectivo; arrojó la toalla y subió a la cama donde la esperaba Frank, con ojos lastimeros.

—Mi muchachito...

A partir de esa mañana Frank se volvió humilde y sumiso. Recorrían juntos la ciudad, entraban en los museos, las librerías, los cafés. Después, en su habitación ella leía un libro sobre la ciudad mientras Frank la llamaba por teléfono para rogarle que le permitiera entrar en su cuarto. Luego se acercaba a su puerta una y otra vez.

—Entra, pero te quedas quieto.

Salieron a recorrer la ciudad. Atraída por el oro de la vitrina de un joyero, Verónica se detuvo a contemplar las joyas guardadas en la pequeña vitrina. Frank las contemplaba por encima de su hombro, con su cuerpo pegado al de ella, pues cualquier pretexto le servía para estar en contacto con las espaldas de su amante. Sobre el terciopelo azul oscuro brillaban los brazaletes de piedras de reflejos graves.

—Quiero verlas de cerca.

Frank entró con ella sin soltarla del talle, y ella se probó los brazaletes más pesados.

—Quiero estos tres.

El joyero la miró con simpatía. Por la noche el ruido de los dijes de oro los acompañó en la cama. Pasaron dos días más caminando y durmiendo noches agitadas. Al amanecer Frank se enderezó en la cama.

—¿Por qué te gustan tanto las Puertas del Paraíso?

Verónica calló, miró su perfil oscuro, recortado sobre los muros de seda blanca:

había cosas indecibles y entre ellas estaban las puertas de Guhiberti, que pertenecían al mundo que no podía compartir con él y se empeñó en guardar silencio. Frank miró con hostilidad el techo de la habitación y cruzó los brazos sobre la nuca. De pronto le dio un empujón.

—¡Lárgate a tu cuarto!

Verónica salió sin decir una palabra. «¿Acaso volvía a empezar el ciclo de locura de Frank?» No le importaba, dormiría como si nada hubiera sucedido, aunque el terror se instaló nuevamente en su pecho. Por la mañana ella llamó al cuarto de Frank y éste apareció sombrío. Juntos visitaron las tumbas de los Médicis y él, en actitud arisca, contempló largo rato las estatuas de Lorenzo y de Julián. Se diría que no pensaba moverse de aquel lugar; cuando por fin lo hizo, llamado por Verónica, su gesto cobró una inusitada violencia. Frente al Palacio de los Médicis, Frank se detuvo en seco y se negó a entrar.

—Entra tú... —le dijo, lanzándole una mirada despectiva.

Se fue directamente a la capilla, quería contemplar otra vez los frescos de Benozzo Gozzoli. Se quedó triste frente al luminoso cortejo de los reyes y los ángeles. Ese mundo de gracia alejado del mal, la dejó melancólica. Ella vivía en la oscuridad de la violencia, lejos de aquellos caminos transitados por príncipes angélicos y arcángeles principescos. «Hemos expulsado a los ángeles», se dijo, y pensó en la miseria de su vida, en el hotel y en la cama que cada noche se volvía más sórdida. «Los hemos olvidado», añadió, y estuvo segura de que ellos se habían alejado de los hombres para dar paso al crimen y al fango. Alrededor de ella no flotaba ninguna palabra de amor, sino frases y exclamaciones encarnizadas y violentas, al gusto del demonio. La cara oscura de Frank le producía miedo. ¿Por qué la miraba de aquella manera extraña? Recordó a la señora vestida de blanco en aquel salón: «Frank es diabólico», era verdad, cerca de él el aire se cargaba de miasmas y la luz se convertía en reflejos nublados por las tinieblas. El recuerdo del hombre del hotel del lago le produjo escalofríos; quizás no sabría nunca lo ocurrido en aquella habitación destinada a servirle de albergue aquella noche. El pensamiento de que tal vez Frank tenía planeado asesinarla no la conmovió, hacía ya mucho tiempo que lo había pensado y de hecho trataba de hacerlo todos los días. El cortejo de los reyes continuaba fluyendo en los muros como una constante corriente de inocencia.

—La *signorina* es un ángel, por eso los visita con frecuencia —escuchó decir.

Se volvió para encontrarse con el guardián de la capilla, que la observaba con una sonrisa rubia. Nunca había estado tan lejos de los ángeles como ahora con los brazaletes resplandecientes, el traje amarillo y las noches sombrías. «Cuando vi a Scott Fitzgerald, Eddy me dijo, ‘Míralo es la idea que tengo de los ángeles...’ pero Scott era ya un ángel caído, destruido por un demonio. Tenía el pelo rubio sin color y la cara rubia sin color...» Hacía ya mucho tiempo que Frank le había dicho eso. Después, cuando ella le preguntó quién era Eddy y en dónde había conocido a Scott Fitzgerald, Frank había contestado: «Yo no tengo una memoria tan exacta como la

tuya; fue hace tiempo, en Lausanne...» Se diría que toda la vida de Frank había transcurrido en Lausanne. ¿Cuándo? Hacía ya veinte años que Scott Fitzgerald estaba muerto. ¿Cómo había podido Frank conocerlo? El guardián de la capilla del Palacio de los Médicis, continuaba observándola y sonriéndole; tenía el cabello rubio y liso y el uniforme azul gastado en las bocamangas, se diría uno de los personajes del muro de Benozzo Gozzili, pobre y cansado. Salió de prisa. «No volveré», se dijo y se sintió avergonzada bajo la mirada dulce del guardián.

Frank la esperaba sentado en la banca de piedra adosada al muro del Palacio. Tenía la actitud ausente del que observa sin que lo observen, parecía muy extraño, hundido en un mundo oculto. Lo vio sombrío, con la piel amarillenta, cerca del agente que dirigía el tránsito desde una especie de nicho instalado en una esquina del Palacio Médicis. Parecía aburrido y sin su actitud alerta se veía muy viejo, tenía algo de un objeto muy usado tirado en una calle cualquiera. Sintió compasión y asco. Un asco violento delante de su rostro verduoso y su mirada apagada. Era ajeno a la ciudad y ajeno a ella, le asustó su vejez que respiraba corrupción.

—¡Frank!

Levantó la vista molesto por haberse dejado sorprender en aquella actitud y se puso de pie para seguirla. En el camino le preguntaría en que año había conocido a Scott Fitzgerald. En lugar de eso y al comprobar que sobre la cabeza de Frank se formaban nubarrones violentos le propuso:

—Si quieres nos vamos de Florencia...

Frank no contestó, la dejó en la puerta del hotel y se alejó sin decir una palabra. Descorazonada entró a su habitación, tomó un baño y esperó la vuelta de Frank. Pasó un gran rato y nadie llamó a su puerta. Permaneció absorta, oyendo al tiempo que entraba girando en su habitación, era milagroso estar en Florencia, el tiempo estaba intacto, los personajes de la ciudad pasaron rozándola, vivos, en un esplendor de cenizas en el que ella participaba activamente. El pasado, el presente y el futuro eran al mismo tiempo indivisibles y esa noche la única noche. Frank estaba en otro día, escondido y escondiendo algo. ¿Qué escondía? ¿Cuál verdad ocultaba? Un pensamiento la puso alerta: ella era la pieza viva de la mentira de Frank. Con ella se escondía de los demás, le servía de escudo, de disfraz y de careta. Se puso de pie, se metió el vestido y se amarró las sandalias. «Tal vez ya se fue». Sabía que alguna vez, cuando ya no la necesitara, lo haría. «¿Por qué no hoy?» Llamó al cuarto de su amante, nadie contestó. Insistió varias veces, el silencio y la ausencia venían del interior de la habitación. Despacio bajó las escaleras y salió al *hall* del hotel, que en aquel momento estaba iluminado por una luz blanquísima. La escalera se hallaba situada al fondo, oculta de la administración por la irregularidad de los muros. Trató de tranquilizar el gesto antes de enfrentarse a los empleados. El joven de la administración sonrió al verla. No podía rebajarse y preguntar si Frank había abandonado el hotel. Se acercó al mostrador para mirar con atención forzada las tarjetas postales con ángeles translúcidos de Fra Angélico y los gestos imperceptibles

y frágiles de Simoneta Vespucci.

—El señor está en la cabina hablando a Londres. La comunicación telefónica tardó dos horas; parecía muy impaciente...

El joven la miró con simpatía y le dijo las frases al mismo tiempo que le pasaba las tarjetas. Verónica contempló las diminutas imágenes sin mirarlo, sólo veía las manos rubias que le pasaban las estampas.

—Me pidió la llamada con mucha reserva...

Verónica sintió que el miedo le enfriaba los labios y las ventanillas de la nariz. Los demás empleados hablaban entre ellos. Miró a su interlocutor: su rostro era un portal abierto a la tibieza, la amparaba de las corrientes de aire frío que le paralizaban la nariz y los labios. El joven cerró los ojos un instante, como si no quisiera ver el pánico reflejado en los ojos de Verónica. La cabina se abrió y el joven se lo dijo con los ojos.

—Adoro Florencia... —dijo Verónica, reconfortada por el ángel rosa y oro que el joven le tendía.

—Un ángel florentino para otro ángel —le dijo el muchacho, al mismo tiempo que una mano conocida la tomaba por el talle.

—¿Qué haces aquí, chiquita?

Verónica se alejó del mostrador con rapidez para evitar que le mintiera delante de aquel joven que la miraba con tristeza.

—Nada... —y Verónica se concentró en el ángel de Fra Angélico.

—Yo llamando a tu puerta y tú aquí... —le reprochó Frank.

En la calle buscaron un restaurante. A Verónica le daba vergüenza que Frank mintiera con tanto descaro, para no ver el rostro impasible de su amante colocó sobre el mantel la tarjeta del ángel y la miró con fijeza.

—No fuiste a mi cuarto —le dijo sin verlo.

—Me quedé dormido y cuando fui a llamarte ya habías volado. ¿Y ese ángel?

—Me lo regaló el joven de la administración: «un ángel florentino para otro ángel», me dijo. Frank se echó a reír a carcajadas y la miró divertido: «Un ángel... un ángel...» Ella se alisó los cabellos, se sintió desamparada bajo la mirada burlona de su amante y sus comentarios irónicos.

—Tengo hambre —anunció Frank, con alegría.

En el camino de regreso al hotel iban separados y mudos. Al llegar a la plaza vacía Frank la tomó por las caderas, a unos metros brillaba la luz blanca de la puerta del hotel y Frank la detuvo con fuerza contra el muro para acariciarla como si estuvieran en la intimidad de su habitación.

—¡Déjame entrar! —gritó ella.

Su amante no la escuchó y en cambio aumentó las caricias. La torre de la iglesia dio las doce de la noche. La mano que sostenía el ángel de Fra Angélico le dijo que el joven de la administración terminaba su turno a media noche y que Frank deseaba que la sorprendiera en aquella actitud indecente. Se escapó de sus manos con

violencia y corriendo se dirigió a la entrada del hotel. Al llegar se volvió para ver a Frank de pie haciéndole señas obscenas. El joven empleado se cruzó con ella.

—Buenas noches. ¿Sola?...

Frank avanzó abrochándose el pantalón.

Subieron juntos en el elevador y Frank la hizo entrar en su habitación. Ella deseaba saber con quién había hablado por teléfono a Londres, aunque no tenía esperanzas de que él dijera la verdad. Lo vio echarse sobre la cama y hundirse en el mundo remoto del que parecía no poder escapar; había vuelto a la mentira. Pasó la noche sin que lograra saber a quién había llamado por teléfono y sin obtener ninguna respuesta a sus preguntas acerca del empleado del Hotel del Lago. Por la ventana abierta llegaron los ruidos del convento y las primeras luces del amanecer. Frank estaba otra vez sumiso y ella se fue a su cuarto sabiendo que sólo había pasado otra noche sombría. Perpleja, se dejó caer en su cama. No entendía, pero sabía que la acechaba un peligro. Se despertó muy tarde, la llamaban por teléfono.

—Te estoy esperando, chiquita...

—¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde...

Mientras se bañaba sintió que iba a llorar: el agua no la limpiaba de la noche pasada y el día se presentaba tarde e impenetrable. Lo encontró en el *hall*, elegante, tranquilo. Él le echó una ojeada rápida y se soltó riendo, no cabía duda de que Verónica tenía algo que le divertía y cuanto más afligida se hallaba, más divertida le resultaba a su amante. No comieron, pasearon por los alrededores de la ciudad. A medida que la tarde avanzaba ambos se hundían en un mutismo sombrío. La piel oscura de Frank adquiría reflejos enfermizos, sólo la noche lo animaba con una extraña energía que atemorizaba a Verónica.

—Si quieres nos vamos de Florencia...

Frank, con el perfil petrificado junto al parabrisas, no contestó. Alargó una mano y le acarició los muslos desnudos sin mirarla. Se diría muy afligido.

—¿Qué te pasa?

Detuvo el automóvil y permaneció silencioso y abatido. Al cabo de unos minutos preguntó:

—¿Crees que puedo escapar?

Verónica recordó al empleado del hotel del Lago Mayor: recordó la noche lluviosa, los alaridos sofocados y luego el viaje precipitado y no supo qué decir. Una barrera que se erguía entre Frank y lo demás se espesó en unos instantes y ella se sintió más lejos que nunca de aquel hombre extraño.

—Aunque sea lo peor... ¡dímelo!

Volvió los ojos a ella, la miró largo rato como si buscara palabras para expresarse, estaba oscureciendo y la media luz favorecía las confidencias. Su mano se quedó quieta sobre las piernas de Verónica. Necesitaba tocar algún cuerpo, era el único puente entre él y el mundo; cuando interrumpía el contacto físico se encerraba en un

mundo peligroso.

—¿Conoces el Beau Rivage de Lausanne?...

—No —contestó ella.

—Qué raro que no lo conozcas. A veces íbamos a Ginebra y en las noches aparecía Kat... Yo sólo la veía de noche...

—¿Quién es Kat?

—Una loca guapísima... —contestó él, sonriendo.

La noche cayó sobre el automóvil. Un frío delicado se instaló en el campo, sobre las copas de los árboles esparcidos en grupos pequeños. La mano de Frank continuó acariciando los muslos de la mujer.

—Dime ¿qué pasó en el hotel del Lago Mayor?

Sintió que la mano de Frank escribía algo sobre su piel, como si la acariciara con un mensaje que ella no entendió. Se puso alerta, descubriría las letras que se encimaban las unas sobre las otras. El hombre sintió que ella trataba de leer su respuesta y la miró a los ojos con fijeza. Después, con el brazo libre la tomó por el cuello y la besó. A través de los besos Verónica se puso a contemplar el cielo: «Tengo que irme... tengo que irme», se repitió. Quería encontrar la salida de aquel laberinto; pero ¿cómo irse y dónde refugiarse? Frank estaba agitado, complacido con aquella situación, tratando de prolongarla y olvidado de la pena que lo había embargado un rato antes. La noche avanzaba en ondas cada vez más frías, el aire helado se detuvo en los brazaletes y en las piedras de sus dijes y de allí corrió al brazo y al pecho de Verónica. Miró la mano que jugaba con la piel de sus piernas, los números verdosos del reloj pulsera de Frank marcaban las nueve y catorce minutos de la noche. Enseguida el hombre le bajó la falda con esmero, le dio golpecitos sobre las rodillas, se enderezó y se dispuso a echar a andar el automóvil.

—Vamos al cine —dijo con aire grave.

Una vez en la ciudad no dudó ni un instante, con mano segura se dirigió a un cinematógrafo y detuvo el auto. Verónica tuvo la certeza de que antes de abandonar el hotel tenía premeditado ir justamente a ese cine y sintió miedo.

—Creía que me ibas a decir... —dijo ella, mientras él trataba de estacionar el coche cerca de la acera.

—Ya se lo dije, chiquita. ¿No entendió? Se lo escribí aquí —dijo, tocándole con brusquedad las piernas.

Se echó a reír y se bajó del auto. Cerró la portezuela de un golpe y la miró con astucia. En el cine se condujo con gravedad y aire enigmático. Apenas vieron la película, ambos sabían que estaba sucediendo algo y Verónica en vano trataba de adivinarlo. Salieron en silencio, ella adelante, él caminando detrás, pegado a su cuerpo, casi impidiéndole avanzar.

—¡Frank! ¿Qué haces aquí?

Sorprendido, buscó con la mirada la voz que lo llamaba, Verónica se dio vuelta y vio a Frank tendiéndole la mano a un hombre alto de edad mediana, vestido con el

mismo cuidado que Frank. Se diría que casi con el mismo traje, la misma camisa, la misma corbata y las mismas maneras.

—¡Beto, qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —exclamó Frank, entusiasmado.

—Ya ves, dando una vueltecita por Europa...

—¿De dónde vienes?

—De Venecia. La misma gente...

—Beto, te presento a la señora Arias.

Beto le tendió una mano floja, la examinó con frialdad y pronunció su nombre casi con disgusto.

—Alberto Rayón.

El cine se quedó vacío. Salieron juntos a la calle y buscaron uno de los últimos cafés que permanecían abiertos. Los dos hombres hablaron de gentes conocidas y comentaron los chismes sobresalientes de la temporada, sin prestar ninguna atención a Verónica; era como si ella no estuviera presente. Beto tenía algo extraño, una especie de idiotez que lo obligaba a moverse como un maniquí, a mirar con los ojos vacíos y a pronunciar las palabras con suma lentitud.

—¿Cómo está tu mamá?

—Muy bien, la pobre no pudo acompañarme en este viaje —contestó Beto.

—¿No es casado? —preguntó Verónica.

Frank se echó a reír y Beto se volvió a mirarla con ojos ofendidos. ¿Quién era esa mujer para preguntarle nada?

—No. No puedo dejar sola a mi mamá —contestó con su tono de voz aburrido. Después clavó la vista en su taza y bebió el chocolate a pequeños sorbos.

La pregunta de Verónica cortó la conversación entre los dos amigos, se diría que ambos habían perdido el entusiasmo del encuentro.

—¿En qué hotel estás?

—¿Y tú? —preguntó elusivo Beto.

—En el Diana.

—Te llamaré —prometió Beto.

Lo dejaron en una esquina, pues no quiso que lo llevaran hasta su hotel. Bajó del automóvil con torpeza y Verónica lo vio alejarse con pasos inseguros y sin volver la cabeza. De alguna manera se sentía ofendido o tal vez ella no le había sido simpática. Volvieron al hotel en silencio y cada uno se encerró en su habitación. Durante la noche se hizo el propósito de hablar con Frank en términos de dinero; le exigiría que le pagara su billete de regreso a México. Buscó las palabras, imaginó la actitud que debería tomar para hablar de ese tema y trató de dormir. Estaba muy cansada y pensó «muy humillada». Al despertar, la luz que entraba por la ventana le indicó que era tarde. Se bañó y se sentó a esperar; el telefono permaneció mudo. Oyó que un reloj daba las cuatro de la tarde, trató de no asustarse y se puso a leer el libro sobre los Médicis; pero no logró pasar de la primera línea. Empezó a oscurecer. Sintió náuseas, no sabía si de hambre o de miedo, se acurrucó en una esquina de la cama y a oscuras

lloró largo rato. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién la había empujado con aquel hombre aterrador? Desde luego no había sido ella, recordó que se había enamorado de otro y a partir de entonces su vida se había convertido en un espantoso laberinto. Nadie entendería su problema, nadie comprendería su estúpida debilidad, su miedo que la había conducido a aquel cuarto de hotel en el que se hallaba a merced de ese hombre extraño. Entró la doncella que preparaba las camas de la noche.

—Deje... deje...

Avergonzada escondió la cara en las almohadas. La criada salió de puntillas. «Ni siquiera tengo dinero para suicidarme...», se dijo, sintiendo que estaba en una orilla y que del otro lado la locura le hacía gestos. Se quedó quieta, no encendió la luz; las tinieblas la cobijaban, sentía vergüenza de ser mirada y de mirarse a sí misma. El tiempo no pasaba. El teléfono llamó.

—Ya cenaste? Yo voy a cenar con Beto. Espérame, no tardo. ¿Sabes, chiquita? adoro tu cuerpecito inteligente. ¿No me dices nada? —preguntó Frank.

—¿De qué?

—De amor...

—Ah... —y aburrida colgó el teléfono.

Frank no llegó. Durante tres días Verónica no abandonó su habitación en espera de que Frank la llamara o regresara al hotel. Ni siquiera sabía si continuaba en Florencia. No se atrevía a salir a la calle para no pasar frente a los empleados de la administración. «Si no salgo, si no reacciono me va a pasar algo...» Decidió salir. Se bañó, se vistió y se acercó al espejo: estaba muy pálida y tenía los párpados hinchados. «Necesito aire.» Se sobrepuso al temor y a la vergüenza que la embargaban y salió al pasillo; pasó frente a la puerta del cuarto de Frank sin detenerse aunque deseaba saber lo que sucedía detrás de aquella puerta cerrada. Para Frank todo era fácil, la había perseguido hasta Europa sin arriesgar nada; en cambio, ella lo había perdido todo. Tuvo la certeza de que el hombre se escondía en su habitación. Llamó al ascensor y el jovencito que lo manejaba la observó con curiosidad. «Abajo deben comentar acerca de mí», pensó. Entregó su llave en la recepción, sin querer mirar al joven rubio que le había regalado el ángel de Fra Angélico. Sintió en las «Buenas tardes» que le regaló el empleado una especie de compasión, y con la cabeza erguida y sin volverse salió a la calle sin saber adónde dirigirse. El coche de Frank no estaba estacionado frente al hotel y sin embargo en el casillero de las llaves tampoco se hallaba la llave del cuarto de su amante.

Ya era tarde y los museos estaban cerrados; pero aunque hubieran estado abiertos, ella no tenía dinero para pagar la entrada. Tampoco podía sentarse en un café. Caminó sin rumbo por las calles iluminadas; luego, para fijarse una meta, preguntó por la estación nueva y dirigió sus pasos hacia allí. Sentía que todos los transeúntes la miraban. Poseída por el terror avanzó olvidando su traje escotado y el viento frío que corría por la ciudad. Se encontró frente a la estación, de allí salían los trenes. ¿Adónde iría? No recordaba a nadie. Había tenido amigos. Ahora su pasado se

deshacía en una sombra informe, ya no era ella y su imagen antigua le resultaba tan desconocida como la de cualquier mujer que pasara a su lado. Se detuvo a leer los horarios, la palabra Suiza la dejó atónita «Yo estuve allí...», se dijo con incredulidad y recordó la nieve, los trineos, los pinos y las tabernas humeantes de té y de *kirsh*. Los viajeros, con maletas y abrigos de pieles, la observaban con curiosidad. Se acercó a una ventanilla y preguntó a qué hora salían los trenes para Lausanne. Había uno que partía de la estación a las once y once minutos de la noche. Se alejó de la ventanilla y se sentó en una banca sin saber qué hacer, a sabiendas de que lo único que le quedaba era volver al hotel. Willy Weisberg vivía en Lausanne y era muy amigo de ella. Su nombre le llegó con tal sonoridad, que vio la cara rubia de Willy diciendo palabras divertidas, y sin querer sonrió al recordar a su amigo. ¿Cómo estaría? Volvió a la calle, algunos hombres la siguieron haciéndole proposiciones. «Si tuviera valor me iría con alguno de ellos y le cobraría, con eso podría tomar el tren», se dijo; pero el miedo la paralizó. No, no era capaz de entrar en un cuarto con un desconocido. «Las prostitutas deben tener un valor excepcional», se dijo con admiración y apretó el paso. La puerta del hotel estaba iluminada. Era tarde y el turno del joven que le sonreía había terminado. En su lugar estaba un velador viejo y enrojecido por el vino. Pidió su llave sin preguntar por Frank. La llave de la habitación de su amante todavía no estaba en el tablero. Pasó trente a la puerta del cuarto de Frank sin atreverse a llamar. «Tal vez se llevó la llave y no está», se dijo. Tenía que pensar en lo que debía hacer, se tendió en su cama y trató de ordenar su cabeza embrollada; no había probado bocado y quizás eso le impedía ordenar sus pensamientos. Esperó un largo rato y descolgó el teléfono para pedir que la comunicaran con Frank. Al cabo de un rato el viejo velador le anunció:

—No contesta.

—Insista.

—No contesta, quizás está fuera —dijo el hombre, apenado.

Trató de dormir. «Algún día acabará como un perro», se repitió mirando el techo blanco de su cuarto. Con Frank, la espera, la comida, el amor, la charla eran sólo una larga humillación, Verónica había entrado en su juego y mientras más cedía, él la ofendía más gravemente. La había dejado sola, aislada del mundo; la tenía en sus manos y se vengaba, ¿de qué? Sólo matándolo se liberaría de ese demonio de destrucción que era Frank. Recordó con pavor lo sucedido en el Hotel del Lago, durante muchos días siguió el caso en los diarios, esa misma noche había leído en un kiosko de periódicos, en letras muy pequeñas, que no existía ninguna huella que condujera a los asesinos del empleado. La palabra «asesinos» la había petrificado de horror. Su desdichada vida no le permitía reflexionar, apenas le restaban fuerzas para sobrevivir. Le hubiera gustado llamar al hotel del Lago Mayor; pero Frank revisaba las cuentas con ferocidad y si sorprendía su llamado era capaz de matarla en el momento y el lugar más inesperados. Antes de dormir pensó que la policía era estúpida. ¿Por qué no sospechaban de Frank? Simplemente porque se trataba de un

turista rico que se hospedaba en hoteles elegantes. ¡Sería tan fácil dar con él! Imaginó que antes del crimen del hotel del Lago, Frank ya había matado, de otra manera no lo hubiera hecho con tanta frialdad, ni se hallaría tan seguro de sí mismo. ¿Por qué los empleados del hotel no daban cuenta a las autoridades de la pareja irregular que hospedaban? La conducta de Frank era criminal ante los ojos de las personas normales. En cuanto a ella, siempre encerrada en los cuartos, también resultaba sospechosa. No pudo dormir. Las primeras luces del amanecer la encontraron despierta, luego cayó dormida por agotamiento. Se despertó sobresaltada y llamó con urgencia al camarero; era la una y media del día. Se bañó de prisa y se dirigió al cuarto de Frank. Llamó, pero no recibió ninguna respuesta. Descorazonada bajó y entregó su llave. Ahora la llave de Frank tampoco estaba en el tablero y su automóvil tampoco aparecía frente al hotel. ¿Se escondía en su cuarto? ¿A sangre fría la condenaba a la angustia y al hambre? Le avergonzaba pedir algún *sandwich* al bar del hotel y comerlo encerrada en su habitación. Caminó las calles mirando con atención el interior de los cafés y de los restaurantes y volvió descorazonada al hotel. ¡Frank se había esfumado! El joven de la recepción le tendió su llave con afecto. Ella vio que la de Frank estaba en el tablero.

—El señor salió hace unos minutos...

Verónica subió a su cuarto a esperar. Al cabo de un rato volvió a salir, la habitación con sus muros tapizados de seda blanca le producía miedo. Si tuviera dinero iría a una cabina pública y llamaría a todos los hoteles de Florencia para localizar a Beto, pues estaba segura de que Frank se encontraba con él. Desde su habitación no quería llamar, se sentía humillada, los empleados observaban sus movimientos con lástima. Volvió a recorrer los cafés, de pronto le pareció descubrir el automóvil de Frank cruzando un puente. Echó a correr a lo largo del Arno, cruzó el puente y al poco rato se halló en una hermosa plaza en la que se erguía un hotel elegante. Estaba oscureciendo y desde lejos contempló la escalinata y las columnas del edificio, solitarias y exclusivas. Entre los automóviles estacionados estaba el de Frank. No tuvo valor para subir la escalinata y preguntar por él o por su amigo Beto. Regresó a su hotel y se encerró en su habitación sin decidirse a llamarlo, pues temía su cólera y su acusación de que se dedicaba a espiarlo. Bajó a la administración y se dirigió al joven rubio.

—Comuníqueme con el Excélsior —le pidió en voz baja.

El joven le indicó la cabina y temblorosa descolgó el auricular. —¡Pronto! —contestó una voz masculina.

—Con el señor Rayón —pidió en italiano.

Escuchó mientras llamaban a la habitación de Beto. Le contestó una voz de hombre desdeñosa e italiana.

—Momento... ¡Beto!... ¡Beto!...

Escuchó varias voces de hombre, daban órdenes, contraórdenes, como si el llamado hubiera producido una gran confusión; alguien tapó el teléfono... Por fin la

misma voz volvió a hablar.

—¿Dijo el señor Rayón?

—Sí...

—Se ha equivocado —y el hombre colgó el aparato.

Verónica se puso pálida, se detuvo unos instantes en la cabina para reponerse. ¿Por qué la habían comunicado con su habitación y luego lo negaban? Le había parecido escuchar las voces de Frank y Beto junto a la voz italiana. Al salir de la cabina vio que el empleado la miraba con pena. Subió a su cuarto y se cubrió los ojos con las manos. De pronto el teléfono sonó con insistencia. Era la voz del empleado.

—Señora, el señor la llama. Me preguntó si había usted telefoneado, dije que usted no había llamado a nadie. La comunico con el señor —agregó antes de que ella le pudiera dar las gracias.

—Chiquita, ¿todavía no quieres verme?

—¿Yo? —Verónica se mordió la boca con ira.

—Necesito verte ¿no crees que ya es bastante castigo?

—No lo sé...

—Te espero abajo.

—¿Estás ahí? —preguntó asombrada, ante su capacidad para mentir.

—Sí, chiquita, esperando que salgas...

—Bajo en un cuarto de hora.

Colgó el teléfono y bajó de prisa. Sabía que Frank no estaba en el hotel, pero hubiera deseado que estuviera para perderle el terror que le inspiraba desde hacía tiempo. Si bajaba después nunca sabría si era capaz de una mentira tan inútil. ¿Por qué y para qué le mentía? Pero Frank no se hallaba en el vestíbulo.

—Llamó del Excélsior —le confió el empleado, mientras recibía la llave.

Verónica se sentó a esperarlo. Ahora no le cabía duda de que Frank le mentía hasta en los detalles más pequeños. Un grupo de turistas tomaba *dry martinis* en el bar y hasta ella llegaron sus conversaciones despreocupadas. Era increíble que todavía existieran gentes que vivieran fuera del infierno. Entró Frank y se detuvo frente a ella grave, amarillento, como si hubiera asistido a un duelo.

—Te pareces a Kat cuando aparecía de rubia...

No se inclinó para besarla, parecía desconcertado con sus palabras.

—Cómo tardabas salí a comprar unos cigarrillos —agregó.

Enseguida pareció darse cuenta de la estupidez de su afirmación, ya que el bar del hotel estaba lleno de cigarrillos de todas clases. La tomó del brazo y salió a la calle con ella. Iba muy de prisa.

—Frank, necesito irme.

La detuvo en seco y la miró con ira.

—¿Adónde?

—No lo sé, quiero irme. No deseo verte nunca más.

El hombre no contestó, la miró con una desesperación profunda. Era difícil fingir

el espanto que reflejaban los ojos de Frank cuando Verónica le pedía la separación.

—¿Irte?... ¿Dejarme?... ¿Qué hago? ¿Has pensando qué haría sin ti?

Su voz aumentó como si pidiera auxilio y algunos paseantes se volvieron a verlos.

—¡Sí! Irme, necesito irme. Dame cien dólares y adiós —afirmó Verónica, con voz decidida.

Frank la miró con alegría y lanzó una carcajada salvaje.

—¡Te doy esto! —gritó, al tiempo que le hacía una seña terriblemente obscena. Verónica permaneció inmóvil de pie junto a la portezuela del coche. Frank abrió la puerta y ella entró en el auto maquinalmente.

—Me iré de cualquier manera —dijo cuando el hombre tomó el volante.

—¿Cuándo? —preguntó él, tembloroso de ira y dando un arrancón violento al automóvil.

—No lo sé.

Dieron varias vueltas por la ciudad sin dirigirse la palabra. De cuando en cuando Verónica miraba el perfil encolerizado y obtuso de Frank. «Es curioso odiar a alguien», se dijo.

—Beto nos invitó a cenar —anunció él mientras detenía el automóvil en una calle estrecha y elegante.

En el interior del restaurante iluminado por lámparas de luz rosada estaba Beto esperándolos en una mesa de cuatro cubiertos. A su lado un joven vestido con elegancia hablaba en voz muy alta, parecía fuera de lugar e incómodo, veía hacia todas partes y se diría que no sabía dónde colocar las manos. Verónica no lo conocía, se lo presentaron simplemente como Jaime.

—Mi ahijado... —agregó Beto.

La conversación se inició entre Beto y Frank. Ni el joven ni Verónica tomaron parte, era como si no estuvieran allí. Beto ignoraba deliberadamente la presencia de ella en la mesa. Se acercó el camarero y Verónica ordenó su cena en italiano, Frank en francés y Beto y Jaime en inglés.

—¿No hablan italiano? —preguntó Verónica sonriendo.

—¿Italiano? Si acabamos de llegar de Londres hace cuatro días —exclamó Jaime, soltando una carcajada estrepitosa.

Beto y Frank se cruzaron miradas rápidas.

—¿De Londres?... Creía que de Venecia —contestó Verónica.

—Jaime estaba en Londres con sus padres, yo en Venecia y Frank aquí... el mundo es un pañuelo —dijo Beto, con una expresión estúpida.

—Sí, un pañuelo... —afirmó Verónica.

La cara de Frank permaneció impasible. Verónica observó sus ojos verdosos, su piel oscura brillante bajo la luz rosada de las lámparas y sus labios gruesos inmóviles. «¿Quién contestó en italiano?», se preguntó mientras comía el salmón ahumado y escuchaba trozos de la conversación. Los dos amigos sacaban nombres de mujeres elegantes y les colocaban un adjetivo, un traje, una fiesta, un hombre y desaparecían

con el siguiente bocado. De cuando en cuando Jaime levantaba los ojos al techo, como si buscara una escapatoria. Comía con evidente desgano y se aburría profundamente. Sus maneras eran forzadas, esperaba a que los otros empuñaran un tenedor para tomarlo él y lo manejaba con evidente cuidado. No escuchaba la conversación, de pronto se quedaba con la boca abierta, como si también él estuviera idiotizado como su padrino. Su tez lívida y sus cabellos envaselinados lo convertían en un personaje mortuorio; se diría que al igual que Frank y su padrino no tomaba nunca el sol y que su vida se reducía a habitaciones cerradas y a la luz eléctrica.

—Entonces ¿no vienes con nosotros? —preguntó Beto.

—Depende de Verónica... —contestó Frank, sonriente.

Beto invitaba a Frank a ir a Londres, repetía la invitación una y otra vez para obligar a Verónica a aceptarla; pero ella se empeñó en guardar silencio.

—Para mí sería maravilloso. ¡Hace tantos años que no voy! —suspiró Frank.

Verónica continuó bebiendo su café sin darse por aludida.

—La madre de Jaime me espera en Londres —dijo Beto, mirándola con sus ojos vacíos en los que una rabia súbita apareció repentinamente.

—¿Su madre? —preguntó ella al joven que permanecía indiferente a las palabras de todos.

—¡Ah!... Sí, mi mamá...

En la calle, Frank se acercó a su amiga y con aire confidencial le confió al oído.

—La madre de Jaime es el gran amor de Beto... Quiere que lo acompañemos para disimular delante del chico...

—¡Ah!...

Se unieron a ellos los otros dos.

—Vamos a dar una vuelta a pie, estoy entumido de tanto encierro —propuso Jaime. Beto y Frank se separaron de ellos un poco, parecía que querían decirse algo.

—¿Su padrino no sale? —preguntó Verónica.

—Es un viejo idiota y no me deja salir. Estamos en el mismo cuarto ¿sabe?

Verónica le advirtió en voz baja que podían oírlo llamándolo «viejo idiota».

—¡Qué me importa! Me aguantará todo... Además, desde que tuvo el accidente de caballo dice que no oye bien o finge que no oye —contestó Jaime, con cinismo.

Frank se volvió y la tomó del brazo para cruzar la calle. Beto se acercó a ella procurando no rozarla. Su traje inglés, su corbata gris clara, sus maneras de autómatas y sus ojos apagados le repugnaban. Sintió que la repugnancia era mutua. Sentía la alevosía y la desconfianza de aquel hombre y pensó que era asombroso que el destino los hubiera puesto cerca el uno del otro, aunque sólo fuera por unos minutos. Era un encuentro que no debería haberse efectuado nunca. Volvieron tarde al hotel y Frank la hizo entrar a su cuarto, se tiró sobre la cama y la miró divertido.

—¿Qué? ¿Me vas a hacer un juicio sumario?

—No. Solamente te voy a pedir que me prestes o regales cien dólares.

—Ya te dije lo que te doy —contestó él con ira.

Se enderezó en la cama y repitió el gesto obsceno.

—¡Y ahora, lárgate a tu cuarto!

Se levantó de un brinco y abrió la puerta enfurecido.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Loca! ¡Todas las mujeres son unas locas!

Cuando ella cruzó la puerta le dio un empujón que la hizo rebotar contra el muro del pasillo. Verónica no quiso volver los ojos. Le pareció que si lo hacía la afrenta era completa. Lo escuchó reír a carcajadas a sus espaldas.

En la mañana no se movió de su habitación. «No puede dejarme ir, tiene miedo de que diga algo sobre lo ocurrido en el hotel del Lago Mayor», se dijo. Luego se preguntó: «¿Cuántas veces habrá ocurrido algo parecido?», y tuvo miedo. Al final, el golpe sería contra ella, era muy fácil, en cualquier camino solitario se podría deshacer de su presencia inoportuna. Recordó el asco profundo que sentía por su mujer: «Cuando entraba en el baño dejaba un olor espantoso. El hedor a mujer sucia...», repetía una y otra vez. A ella le aterraba oírlo hablar así de ella, o bien: «Se compró un liguero negro, y entró en mi habitación a provocarme. ¿Sabes lo que le dije? Mira, chiquita, Su Santidad dice que sólo se pueden tener relaciones sexuales para procrear», y se echaba a reír con cinismo. «Pero, si tú no crees en nada», le reclamó Verónica. «En nada. Pero ¿cómo querías que me deshiciera de una mujer ávida de sexo?», y continuaba riendo. Ahora, en la habitación del hotel le pareció escuchar sus confidencias y permaneció quieta y aterrada... Frank no la llamó. Esperó la tarde, bajó a la recepción, entregó su llave y salió a la calle. En el casillero estaba la llave de Frank. ¡Así era mejor! Afuera hacía frío y cuando entró en la joyería donde compró los brazaletes, tiritaba. El joyero la vio entrar con alegría. Al saber que no iba a comprar joyas sino a venderle las que había comprado unos días antes la miró con desconfianza y le ofreció una suma ridícula. Ella lo miró con asombro.

—¿El señor ya se marchó de Florencia?

—No, no... —contestó ella enrojeciendo.

—Entonces, ni ese precio puedo darle.

Salió de la joyería avergonzada. Decididamente Frank tenía razón y ella no conocía el mundo. «Estoy perdida, perdida, perdida», se repitió una y otra vez. «Si se deshace de mí nadie lo sabrá, nadie preguntará...», y recordó al empleado del hotel del Lago. Caminó en círculo, sin saber adónde dirigirse. Debía irse antes de que Frank desapareciera, que era otra posibilidad, y la dejara con la enorme cuenta de las dos habitaciones. Volvió al hotel. El joven rubio le sonrió con afecto y le entregó su llave. La llave de Frank continuaba colgada en el tablero. Verónica subió, era menos difícil afrontar la voz separada de la persona. Temblorosa, descolgó el teléfono.

—¿Puede apartarme un billete para el expreso a Montreux de las once y once minutos?

—Enseguida señora.

Cuando colgó el teléfono apenas podía respirar. Si el joven rubio conseguía el billete se iría esa misma noche. Se sentó a esperar, no tenía equipaje. «La dignidad es

irrecuperable...» se repitió y supo que la había perdido en el mismo momento en el que se casó. «¿Por qué se parecerán tanto los dos?», se preguntó asombrada. Los vidrios se ahumaron con las primeras sombras de la noche. Sonó el teléfono.

—Su billete está listo, señora. Saqué coche cama. ¿Hice bien?

—Sí, muy bien.

—Lo puse en la cuenta del señor Frank. ¿Está bien?

—Sí, muy bien, gracias...

Deberían ser las siete de la noche, sólo le quedaban cuatro horas de espera. A las nueve saldría del hotel para llegar a buen paso a la estación. Llenó la tina y se dio un baño largo. Se puso compresas calientes sobre los ojos. ¿Qué diría Willy Weisberg cuando la viera llegar en esas trazas? Trataría de explicarle lo que le había ocurrido, aunque era inútil, corría el riesgo de que la tomara por una embustera. Sería mejor inventar una mentira, siempre las mentiras eran mas creíbles. Tenía vergüenza. ¿Había cambiado tanto? Se acercó a mirarse a un espejo, ya no recordaba cómo era antes de la catástrofe. Ahora pertenecía a una especie nueva, no parecía una señora, ni una obrera, ni una prostituta. No sabía de qué tenía tipo. Cuando encontraba amigos en las playas o en los hoteles se detenían unos segundos: «Yo he visto esta cara», se decían y se marchaban desconcertados. Cogió su bolso, revisó su pasaporte, y se pasó por la boca el rojo de labios. Dejaría el maletín con la ropa interior que le quedaba. No valía la pena arriesgarse a encontrar a Frank y que éste la sorprendiera en su fuga. Era curioso: había perdido todo huyendo de aquel hombre. La primera vez, para escaparse, dejó su casa, la segunda su equipaje y ahora, la tercera, hasta su ropa interior. «La tercera es la vencida», se dijo, y salió al pasillo. «Así la quiero, toda mía, sin nada que recuerde tu pasado», le decía Frank cuando ella se quejaba de haber perdido todo. Le pareció que iba a echarse a reír. En el vestíbulo del hotel se encontró con los empleados. Su amigo se colocó en un extremo del mostrador para poder hablar con libertad.

—Aquí está todo —le dijo, entregándole un sobre cerrado.

Verónica iba a abrirlo, pero el joven pareció inquietarse, miró a sus compañeros de trabajo.

—Buen viaje, señora —le dijo en voz muy baja.

Verónica salió a la Plaza oscura y se alejó a buen paso del hotel. Se sintió perdida en la mitad del mundo. En el hotel quedaba el único amigo que había hecho en este viaje a Europa. ¿Qué pensaría de ella? «Buen viaje, señora», en la voz del joven había afecto. Se pasó a las aceras más oscuras; no quería que los paseantes vieran que lloraba. ¿Por qué lloraba? No entendía lo que había ocurrido en su vida, ni por qué caminaba llorando por las calles de Lorenzo el Magnífico. Llegó a la estación. En la cafetería las gentes bebían bebidas calientes y comían bocadillos. «Mi reino por un café», se dijo a sabiendas de que no tenía reino y volvió al gran vestíbulo de la estación a buscar una banca. «La vida de los pobres es atroz», pensó asombrada. Se le ocurrió mirar el billete y acercarse a la ventanilla para preguntar la hora exacta de la

salida de su tren. Abrió el sobre y encontró el billete y la reservación del coche cama. Adentro del sobre había otro sobre, lo rasgó asombrada y encontró una carta. Al abrirla halló dos billetes de diez dólares. «Perdone esta ofensa, tal vez le sean útiles. ¡Es usted tan bonita! Carlo Cerruti.»

¡Carlo Cerruti!, así se llamaba su amigo de Florencia. Anonadada por el descubrimiento miró en derredor suyo. Le dio miedo que alguien la viera con aquel dinero; pero nadie se ocupaba de ella. Se levantó de allí para no despertar sospechas, se dirigió a la ventanilla; el tren salía a las once y once minutos. Podía tomarse un café. Al entrar en el café sintió que alguien la miraba con intensidad; se volvió para encontrar los ojos que la veían, pero no vio a nadie. Incomodada, pidió un café, la seguían viendo no sabía quién ni desde dónde, pero la veían. Miró los ventanillos cubiertos por cortinas de hilo. Tal vez la miraban desde la calle. Pidió unos cigarrillos, fumó haciéndose la desentendida, pagó y salió veloz; no había nadie y, sin embargo, la miraban. Caminó hacia la derecha y entró otra vez en la estación, buscó por los andenes y volvió a salir. La seguían mirando. Con precaución entró en las vías de los trenes y buscó el andén número cinco. Lo localizó desde lejos y permaneció quieta, no quería acercarse; de esa manera, si alguien la seguía, no podía saber el andén que buscaba. Trató de perderse entre los viajeros, correría hacia su andén cuando sólo faltaran unos minutos para la salida del tren. Miró el reloj con avidez, faltaban cuatro minutos y echó a correr. Pensó que era igual subir en cualquier vagón, pero el hombre que revisaba los billetes al pie del tren le ordenó:

—¡Dos vagones atrás!

Volvió corriendo. De pie en el estribo echó una última mirada a la estación. Desde el andén número seis, Frank la miraba con fijeza. Si no era él, sombrío, con el mismo abrigo largo de *tweed*, era su doble o una alucinación. Asustada, se metió en el vagón sin querer mirar una segunda vez. El tren se iría en unos segundos más y Frank se quedaría allí para siempre, mirándola partir desde el andén número seis. Encontró su compartimento, se sintió aliada; el tren estaba tibio y ordenado. Por la puerta abierta del compartimento veía pasar a las viajeras de narices largas y ojos maquillados. Detrás de ellas, los hombres, como lacayos, les cuidaban las espaldas. Sólo ella era un ser aparte, metida en su viejo traje amarillo de verano, sin medias, calzada con las sandalias de playa y los pesados brazaletes. Se alisó los cabellos. «¡Qué graciosa te ves, pareces un vaguito!», y Frank se echaba a reír a carcajadas. Sintió que odiaba su voz y su risa. El tren arrancó suavemente y en unos minutos se alejó de la ciudad de Lorenzo, y lejos de las Puertas del Paraíso. Suiza no era un paraíso, apenas era un hospital.

—¡A las ocho de la mañana cambio en Montreux! —anunció el revisor.

A medida que el tren se fue alejando de Florencia, Verónica entró en calma. «No siento nada», se dijo, y se tiró boca abajo en la cama, de frente al paisaje invisible. Se entretuvo en mirar su cara reflejada en el vidrio de la ventanilla. No sabía adonde iba, ni le importaba. A lo mejor el tren correría para siempre, tal vez era un tren mágico.

«Para siempre» y volvió a mirar el reflejo de su cara. Aliviada se metió en la cama, cada vez que huía de Frank sentía el mismo sosiego. Cayó dormida profundamente. Llamaron a su puerta con energía.

—¡Montreaux en diez minutos!

El revisor le devolvió su pasaporte. Se vistió de prisa y a través de la ventanilla miró las casas de techos agudos y persianas cerradas. Las últimas hojas amarillas temblaban suspendidas en la niebla. Afuera hacía frío, de la tierra salía un humo oscuro que se extendía como una ligera mancha de tinta diluida. Salió al pasillo del tren; un hombre elegante fumaba apoyado en la barra de la ventanilla, pareció sorprenderse al verla con su traje amarillo arrugado y sus sandalias de verano. El tren se detuvo y Verónica se encontró de pie en el andén helado. La estación estaba solitaria, fija en un aire duro. Permaneció de pie, desorientada. Del otro lado del andén se encontraba el café de la estación, iría allí a esperar el cambio de trenes para Lausanne. El frío le subía por las sandalias, por los brazos desnudos, por la espalda, pero su tren estaba siempre frente a ella, en cuanto dejara la vía libre iría a resguardarse al café. Levantó la vista para echar una última ojeada al tren que la había traído de Florencia. Se iba. En la primera ventanilla del vagón inmediato al suyo, estaba la cara de Frank mirándola aterrado. Pero el tren ya corría a gran velocidad. Asustada por la aparición, se quedó quieta mucho rato, luego se echó a reír. «No conté con que bajara en Montreaux», se dijo riendo. Riéndose todavía entró al cafetín que olía a todos los cafetines suizos, continuó riendo al recordar la cara asustada de Frank. En el café no había nadie y la mujer que le sirvió un chocolate caliente le anunció que debía esperar cuarenta y siete minutos el tren para Lausanne. No podía evitar dejar de reír. La camarera la miró con disgusto. «Si supieras de qué me río te enfadarías mucho más», y continuó riendo. «¡Se lo contaré a Willy!» Después pensó, «¿Para qué?... No entendería a ese pobre salvaje». Debía llamar a Willy Weisberg, a lo mejor ni siquiera se encontraba en Lausanne. Se le cortó la risa. Busco en su bolso el libro de direcciones y se dirigió a la cabina telefónica.

—No importa que duerma, ¡despiértelo! —le ordenó al criado que contestó el aparato.

Willy Weisberg se alegró al oír su voz. Su sorpresa no era fingida, continuaba fiel a su vieja amistad.

—¿En dónde estás?

—En Montreaux... —y se echó a reír.

Le contagió la risa a través de los hilos telefónicos.

—¡Eres una loca!

—¿Puedo pasar unos días en tu casa?

—¡Claro! Ven enseguida. Aunque conociéndote, sé que no llegarás nunca a casa. De todas maneras estaré en la estación.

—No, no, soy capaz de perder el tren, yo llego sola...

Willy Weisberg volvió a reír y Verónica volvió a su mesa. Todo había salido bien.

Por lo pronto tenía dónde pasar la noche. Se sintió muy cansada. Apoyó los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza. Adormilada por el calor que regalaba la salamandra del cafetín vio entrar a dos campesinos que pidieron una bebida caliente y la miraron curiosos. Uno le guiñó un ojo y ella recostada en la mesa le sonrió mecánicamente. Tenía sueño y el tren para Lausanne tardaba mucho. «Debería morirme antes de que llegue», le pareció una solución sórdida pero aceptable. Cerró los ojos con la esperanza de que se cumpliera su deseo. Oyó que la puerta del cafetín se abría de golpe, una ráfaga de aire helado le llegó a las rodillas desnudas. «Voy a pescar una pulmonía» pensó, y siguió quieta, entregada sólo al deseo de la casa de Weisberg con baños y con criados. ¡Qué descanso volver al orden! Recordó la casa de Wiily como un sueño, hacía ya muchos meses que no entraba en ninguna casa, sólo entraba en hoteles que parecían el mismo. Con Frank se había quedado fuera, como los criminales. Así se deberían sentir, desplazados, señalados, igual a ella. Tuvo ganas de llorar por los delincuentes. «Los pobres siempre en los hoteles y en las aceras.» ¿Cómo era posible que antes no lo hubiera pensado? Ni siquiera los había visto. Ahora, en cuanto entraba en un café reconocía a los culpables. También los reconocía en las aceras, en los trenes, en los hoteles. Eran como ella, rodeados de soledad, estigmatizados por el error. Había faltas y había errores. Las faltas las compartían todos, lo imperdonable era el error. Weisberg, por ejemplo, cometía una falta cada semana; pero ningún error. En cambio, los adolescentes que entraban en su casa, cometían el error de entrar y salir sin nada o con algo robado. Quizás ahora ya no podría soportar a Weisberg. Quizás ya no podría soportar a nadie que no se hubiera equivocado. Ella se había equivocado al fugarse la primera vez, no con Frank, sino de Frank. Un adulterio discreto era tolerado e incluso bien visto; pero ella salió huyendo, abandonó todo: casa, marido, posición, amante. Por eso estaba en el café de la estación, vestida de amarillo, dormitando. Comprendió que su situación era irremediable: se había convertido en culpable, se había degradado, se había equivocado. «No, Verónica, tú no conoces el mundo. Una cosa es Verónica con una posición y otra cosa es Verónica en mitad de la acera», le repetía Frank cuando ella quería irse y contaba con sus amigos. Wiily Weisberg no le perdonaría el error, nadie se lo había perdonado. Ni siquiera creían lo que decía. ¿Por qué había sido tan estúpida? Las Puertas del Paraíso de este mundo estaban definitivamente cerradas para ella. ¿Y las otras? Quiso imaginar a Dios, verlo, para que él la contemplara vencida en la estación de Montreaux, para obtener su perdón. El esfuerzo que hizo para verlo, provocó que le lloraran los ojos. Los abrió para reconocer el mundo peligroso en el que se encontraba y que jamás la perdonaría. En la mesa vecina, sin mantel había un hombre corpulento que la observaba sin cambiar de postura. Verónica continuó mirando aquella figura conocida. El hombre estaba demacrado, se llamaba Frank.

—¿A dónde vas, chiquita?

—A Lausanne —contestó ella, sin cambiar de postura.

—¿A Lausanne? —preguntó sobresaltado.

Se acercó a ella y le acarició los cabellos esparcidos sobre la mesa.

—A Lausanne... —repitió incrédulo.

Llamó a la sirvienta y pagó los cafés.

—El tren llega dentro de unos minutos.

Salieron al andén. Frank la abrazó para protegerla del humo helado que escapaba de las vías. Bajaron en Lausanne. La ciudad subía frente a la estación y las gentes cubiertas con gruesos abrigos la miraron con asombro. Una señora envuelta en un abrigo de pieles magníficas la observó con ojos compasivos. Nadie llevaba sandalias ni vestía un traje amarillo de verano y Verónica tiritaba de frío.

—¿Tienes frío, chiquita?

Lo miró con ira. Su pregunta le encendió las mejillas, en verdad se sintió indignada.

—Me voy... ¡Adiós!

Frank la detuvo por los hombros. Le aterraba la idea de que ella lo abandonara. ¿Por qué? Verónica lo ignoraba. Agitado llamó a un taxi y la obligó a subir. Ordenó al chofer que diera vueltas por la ciudad, quería organizar sus pensamientos y coordinar sus acciones y gestos. De pronto dictó una orden precisa y volvieron al centro de la ciudad. Se bajaron en una callecita empinada y entraron en una *boutique* pequeña y lujosa. En la vitrina había un abrigo de visón.

—El visón para la señora... —dijo Frank al empleado.

—¡No! Un abrigo de pantera —ordenó Verónica.

—Es un Dior —dijo complacido el empleado al contemplarla adentro del abrigo de pantera. Frank pagó el precio exigido casi sin darse cuenta y ambos salieron en unos minutos de aquella *boutique* elegante y escondida. Era distinto caminar adentro de la pantera. Verónica se sintió alimentada por el calor del animal. Los amarillos y los negros de las manchas la llenaron de energías. Tuvo la sensación de estar invadida por jugos de hojas verdes, ríos salvajes y soles ardientes. «Ahora o lo dejo o lo mato», se dijo, deteniéndose en la acera.

—¡Vete! No quiero que me sigas nunca más. ¡Nunca más! —y echó a correr calle abajo, escurriéndose entre la gente que la veía pasar como a un animal salvaje.

Frank la alcanzó cerca de un zaguán abierto.

—No camino más hasta que te largues para siempre —gritó Verónica.

Frank miró en derredor suyo, estaba sofocado por la carrera y en sus ojos el asombro se fue diluyendo en terror. Así estuvieron mucho tiempo hasta que Verónica se sentó en el quicio del zaguán a esperar que Frank se marchara. Él, de pie, la miraba suplicante. Verónica empezó a dormitar adentro del calor de la pantera. Él se inclinó y la tomó por los hombros.

—Ven, estás muy cansada, me iré más tarde...

Tomaron un taxi y Frank ordenó al chofer:

—¡Al Beau Rivage!

¡El Beau Rivage! ¿Cuántas veces Frank le había preguntado si conocía el hotel Beau Rivage? Se volvió a mirarlo. La llevaba abrazada y en su rostro había una expresión concentrada, como si mirara un punto fijo o retrocediera a un tiempo remoto en el cual ni ella ni nadie conocido tomara parte. Verónica miró sus ojos verdosos sin lograr ver nada en ellos; el miedo, el amor, todo había desaparecido. La abrazaba como si fuera un objeto inerte que hubiera caído en sus brazos. Asustada por la actitud extraña de su amante no se dio cuenta cuando el taxi se detuvo a la entrada del hotel Beau Rivage, tampoco Frank se dio cuenta.

—Aquí es, señor... —dijo extrañado el chofer.

—¿Aquí?... —preguntó sonámbulo Frank, haciendo un esfuerzo para mirar el lugar sin lograr verlo.

—¿Aquí?... —repitió después de unos instantes.

Sus brazos resbalaron sobre el cuerpo de Verónica y sin decir una palabra salió del taxi y permaneció de pie frente a la fachada de piedra del hotel. Verónica salió a la mañana fría, que se levantaba del lago llenando el aire de colores delicados. Sus pasos hicieron un ruido ensordecedor sobre la grava. Frank se volvió a ella y luego hacia el chofer, quien lo observaba con atención. Pagó la carrera sin una palabra. El taxi se alejó y ellos permanecieron quietos y separados. Un criado de librea miraba a la pareja sin dirigirles la palabra.

—Volví... es increíble... increíble...

No quiso entrar, salió del jardincillo y bajó de prisa la calle para contemplar la fachada posterior, la que da sobre el lago. Verónica lo siguió desconcertada. Se detuvo desolado al ver la carretera que divide el jardín que cae sobre el lago.

—Lo dividieron... ¡Lo cortaron!... No estaba así..., llegábamos al agua sin cruzar la carretera. Permaneció un largo rato contemplando aquel desperfecto, parecía anonadado.

—Por ese jardín se asomó la carita...

—¿Qué carita?... —Preguntó Verónica.

—La carita... Yo estaba en el salón con mis padres, la vi detrás del vidrio, mirándome. Cuando salí no había nada. Después... ¡Ven, vamos! —ordenó con decisión.

La tomó del brazo y regresaron al jardincillo con caminos de grava. El mismo criado esperaba de pie a la entrada del hotel. Subieron las gradas de piedra y entraron en el vestíbulo. Frank parecía posesionado por una especie de ira impotente, de desesperación súbita, casi de locura. De prisa echó a andar por los vestíbulos largos y vacíos flanqueados por muros de piedra de los que colgaban tapicerías desteñidas. Los candiles de cristal estaban apagados y todo parecía haber caído en desuso. Las grandes puertas de cristales biselados que daban a las galerías estaban cerradas, detrás aparecían los salones pálidos y vacíos, con los techos dorados y los muebles quietos. Al fondo de la galería principal se encontraba el bar, oscuro, enorme y abandonado. Frank se detuvo antes de entrar; luego, haciendo un esfuerzo, cogió a Verónica de la

mano y se lanzó a recorrerlo. Se detuvo cerca de una ventana, junto a un sillón enorme.

—Desde aquí observaba... Ahora mira, no queda nada... ¡nada!

—¿Quién observaba? —preguntó ella, alarmada.

—Yo...

Frank se dejó caer en el sillón y miró con expresión extraña hacia la barra abandonada.

—No hay nadie... en estos años todos han muerto o desaparecido...

Se levantó con aire trágico y se acercó al bar.

—Aquí se sentaba Scott Fitzgerald... No me gustó que lo compararan con un ángel... ¡Esta es la idea que yo tengo de un hombre guapo! —me dijo Kat...

Verónica ocupó un sillón, mientras Frank iba y venía en sus recuerdos inconexos. La sorprendía que todo lo que él recordaba hubiera sucedido hacía tantos años. ¿Veinte años?, quizás más. Lo vio ir y venir, excitado, de la barra al sillón, desde el que observaba algo en aquel pasado suyo tan desconocido.

—¿Hace veinte años? —preguntó ella, con cuidado, para no interrumpir sus confidencias.

—No lo sé... creo que más, mucho más... —respondió Frank, con voz vacilante.

Permanecieron en silencio un largo rato. De pronto Frank se acercó a ella, la tomó por un brazo y volvieron a la galería para recorrerla en sentido inverso. Disminuyeron el paso, Frank se detuvo frente a una puerta muy alta de cristales biselados que conducía al comedor, y melancólico se acercó a mirar, con la frente apoyada en uno de los cristales, las mesas redondas cubiertas por manteles blancos y adornadas con claveles también blancos.

—¡Mira!, ¿ves la mesa en aquel ángulo?... Era la nuestra. ¿Cómo es posible que yo comiera ahí? ¿Ves la ventana?... Ahí estaba la carita —dijo, mirando internamente la ventana que se encontraba al otro lado del comedor que daba al jardín situado en la parte posterior del hotel y desde donde se divisaba la línea acero del Lago.

Verónica no dijo nada, su recuerdo era tan intenso que podía producir la aparición de la carita. No sabía de quién era la carita, ni qué quería decir Frank; pero el fantasma evocado era tan poderoso que su amante parecía transportado a otra dimensión y no se daba cuenta de lo que hacía ni de lo que decía. Hasta ella llegaba la magia maléfica de aquella carita contemplada a través de la ventana y ahora iluminada por un sol pálido de otoño. Permanecieron allí un tiempo, inmóviles, poseídos por la invocación extraña y poderosa. Se les acercó un empleado vestido de *jaquet*.

—Perdón... Frank se volvió sobresaltado.

—¿Sí...? —preguntó con aire extraño.

—Desean... —empezó el empleado, también con desconcierto.

— Habitaciones... —pidió Frank.

El empleado echó a andar, ceremonioso, mostrándoles el camino hacia la

recepción. Poco después se encontraban instalados en unas habitaciones lujosas y mullidas. Frank pidió para él una *suite* amplia y espaciosa y para ella una habitación con las paredes forradas de seda azul, situada en el segundo piso. Había ordenado las habitaciones con la seguridad de quien las conoce de antemano, y el director accedió a su demanda observándolo atentamente; se diría que trataba de recordarlo como a un antiguo cliente de calidad.

Verónica se recostó en la cama, sin desvestirse; estaba confundida por las evocaciones de Frank, que permanecían intactas en su memoria. Frank desapareció de su presencia sin hacer ruido. Recordó lo hablado en el bar, la carita, Scott Fitzgerald, Frank, sus padres, todo pertenecía a un pasado remoto y presente en su amigo. ¿Qué había en aquel pasado doloroso? Hizo una hipótesis tras otra, sin acertar a llenar aquella página en blanco en el pasado de su amante; luego se quedó dormida. Al despertar vio que la tarde había cambiado las luces en las aguas del lago. Un silencio agobiante reinaba en su habitación, aislada del mundo, suspendida en una realidad fantástica, en la que personajes extraños se movían para mirarla a través de las luces violetas filtradas a través de las ventanas. ¿Cuántas personas habían dormido en aquel cuarto de muros de seda? ¿Cuántos amores? ¿Cuántos momentos indecibles se habían quedado suspendidos entre sus cortinajes de brocado riquísimo? Invasada por una súbita melancolía, se recordó a sí misma adentro de un pasado que no era el suyo, durmiendo en aquella misma cama y esperando a un Frank distinto, «antes de que se deformara». ¿Cómo se había convertido en aquel ser extraño? Trató de imaginar aquellos días que no conocía, presididos por «la carita» que aparecía detrás de los cristales de la ventana, mientras Frank cenaba con sus padres en el comedor de claveles blancos. Debía ser algo tan grave que Frank se sentía incapaz de formularlo. ¿Y Scott Fitzgerald, qué hacía en aquellos recuerdos? Se diría que sólo lo había visto de lejos, ya que siempre aparecía en el mismo lugar, presidido por la misma frase sobre su belleza, sólo que una vez era «Edy» y otra vez una mujer de nombre Kat, los que hablaban del escritor como el ideal de la belleza masculina. De cualquier manera, era extraño que Scott Fitzgerald hubiera presidido la vida de Frank hacía más de veinte años en el hotel Beau Rivage. La tarde se hundió con rapidez en las aguas del lago y su habitación quedó sumergida en recuerdos ajenos, que la dejaron perpleja. Frank no había dado señales de vida. Encendió las luces y se miró al espejo, tenía el rostro apaciguado por el recuerdo de una vida que no era la suya, pensó que pronto descubriría el secreto de Frank y recordó el hotel del Lago Mayor. La presencia del hombre vestido de negro le llegó amenazadora, se sintió atrapada entre las sedas azules de su nueva habitación y sintió que iba a pedir auxilio. Frank tenía algo terriblemente inquietante, no era normal, amaba la degradación y la violencia. «Aquí estoy segura, en recepción tienen nuestros nombres y los números de nuestros pasaportes», se repitió, aterrada. Sintió frío en la nariz y se dio cuenta de que sudaba unas minúsculas gotas heladas. Trató de olvidar la sangre seca y espesa pegada a los zapatos de Frank, así como la herida en el labio superior de su amigo. «No me dejará

nunca, teme que hable...» se dijo desconsolada, y miró el abrigo de pantera. Era evidente que se lo había comprado para convencerla de quedarse junto a él. Debía llamarlo, separarlo de aquel pasado peligroso. «¿Por qué peligroso?», se preguntó asustada. Dio varias vueltas por la habitación y al final decidió comunicarse con Frank. «Sube», le ordenó la voz de su amigo por el teléfono. Se alisó los cabellos y llamó a un criado para que la guiara hasta la *suite* de Frank. Acompañada por un criado silencioso, subió hasta el cuarto piso y se encontró frente a una puerta enorme y cerrada. Llamaron repetidas veces, al final llegó hasta ellos la voz apagada de Frank:

—Pasa...

El criado abrió la puerta y le cedió el paso. Cruzó un salón amplísimo de espesos cortinajes y con las luces apagadas. Se detuvo a tientas ante una puerta que le pareció ser la que conducía al dormitorio y llamó con los nudillos. Nadie contestó. Empujó la puerta con suavidad y entró. Frank estaba tendido sobre la enorme cama deshecha, con la luz apagada y las cortinas corridas. No se movió cuando ella encendió una lámpara pequeña que encontró encima de un mueble de maderas preciosas. Contempló largo rato al hombre, que permaneció con los ojos cerrados.

—Frank...

A su llamado abrió los ojos y le lanzó una mirada cargada de hostilidad. Parecía que había llorado. Tenía la cara llena de sombras y la barba crecida, no se había afeitado desde la víspera y la víspera, ahora tan lejana, estaban en Florencia...

—Frank, ya oscureció...

Él la llamó con un gesto. Sintió miedo de acercarse a él y repitió el gesto con aire fastidiado. Avanzó hasta el borde del lecho amplio y magnífico y quedó sorprendida ante los visibles estragos en el rostro de Frank.

—Siempre somos el mismo, nunca logramos ser otra persona... Eso tú lo sabes, nunca has deseado ser otra persona, ¿verdad? —preguntó él, con voz indiferente.

Se enderezó ligeramente en la cama, la atrajo hacia sí y la guardó contra su pecho. Al poco rato Verónica sintió que lloraba sobre sus cabellos. No hizo nada para consolarlo, ni se atrevió a preguntarle el porqué de sus lágrimas. No supo cuánto tiempo estuvo recibiendo su llanto sobre los cabellos como un extraño bautizo.

—¿Qué te sucede? —preguntó al fin, cuando los sollozos de Frank se calmaron. —No me pasa nada... Las mujeres son unas pobres putas.

Se levantó exaltado, soltando opiniones bajas sobre las mujeres, paseando por la habitación como una fiera enjaulada; tenía los cabellos en desorden y sus movimientos eran inconexos. Empezaba una de sus crisis de histeria, cuando algún personaje ajeno se posesionaba de él y perdía el sentido y el control de sus actos. La enorme habitación resultaba reducida para su ira. Su voz cambiaba, remedaba la voz de una mujer vieja, mientras gritaba: «¡Viejas calientes!», y amenazaba con demoler el teléfono. Verónica permaneció quieta, invadida por un terror nuevo. No sabía por qué aquella voz le recordó la voz nocturna del hotel del Lago Mayor y no pudo

apartar la vista de los zapatos del hombre en los que aquella mañana había descubierto las manchas de sangre. También el Beau Rivage estaba solo, abandonado; se diría que únicamente ella y él lo habitaban. De pronto lo vio derrumbarse en un sillón dorado y luego mirarla con aire burlón.

—Ahora, como eres muy desgraciada, vete a una iglesia a pedirle ayuda a Dios... ¡Vete! Anda, vete como lo hacía doña Mercedes...

Verónica lo contempló asombrada, pues doña Mercedes era la madre de Frank.

—Te pareces a ella. Así me veía desde esa misma cama. Vino esa noche a mirarme.

Lo escuchó hablar. Realmente Frank era el enviado de la nada, sus palabras enigmáticas y su rostro obtuso no daban ninguna respuesta. Ahora la comparaba con su madre. Le recordó en un restaurante comiendo con ella, eran dos versiones del mismo texto, aunque doña Mercedes era bajita y siempre andaba excesivamente maquillada. La comparación le resultó absurda; la madre de Frank tenía la tez muy oscura y ella, en cambio, era muy alta y rubia. La señora poseía una nariz muy pronunciada y ella era más bien chata. Lo miró con asombro y descubrió en sus ojos un odio concentrado desde hacía muchas generaciones. La veía como si fuera la causa de los grandes daños que lo aquejaban. Trató de conservar la serenidad.

—No me parezco en nada a tu madre —le dijo con voz fría.

Él, con la barba crecida y la mirada fija, parecía estar en otro tiempo, con una herida antigua recién abierta, confundiendo los días, reconociéndolos sólo a través de aquel rencor que no había cesado nunca y que ahora crecía multiplicado por los días hasta llevarlo a una irrealidad peligrosa. Su vida entera estaba rota ante sus ojos y ya todo era irremediable. «Veinte años o más» habían pasado inútilmente. Su memoria lo devolvía al mismo instante con la violencia de lo irreparable.

—Ahí se sentó... —dijo Frank, sin cambiar de actitud y mirándola con el mismo odio.

—Es absurdo que me compares con tu madre, si me comparas con tu mujer...

Frank la interrumpió de un manotazo.

—Mi mujer huele a obrera —dijo, y se echó a reír.

—¡No hables así! Es más guapa que tú.

—Doña Mercedes tiene ahora cuatro nietos de los que ocuparse —contestó él. Su rencor brotaba con ferocidad, como si la terquedad de doña Mercedes para contrariarlo hubiera provocado en él una tragedia irrevocable que de pronto se presentaba ante sus ojos con la misma violencia con la que se había producido. ¿Pero, qué era lo que en realidad había sucedido? A Verónica le pareció que el momento encerraba un peligro desconocido; el miedo le provocó cólera.

—No sé cómo se te ocurre compararme con tu madre. ¡Esa vieja dominante y llena de amantes! ¡Hipócrita!

Sin poder contenerse repitió todo lo que la ciudad decía sobre doña Mercedes, y de pronto se dio cuenta de que Frank la escuchaba fascinado. Sus palabras parecían

aliviarlo de un gran peso; las acusaciones de Verónica lo descargaban poco a poco del odio que lo había poseído unos instantes atrás.

—Es terrible. En efecto, así es la señora... —sentenció y se quedó quieto.

—¿Sabes, chiquita?, cuando vino a visitarme al colegio, los chicos dijeron: «La madre de Frank es una puta».

—¡Qué majaderos! —exclamó Verónica.

—No. Iba muy maquillada, llena de alhajas, en un Rolls Royce. Tenía metida aquí —dijo, golpéandose la frente— a Dolores del Río.

A Verónica le pareció absurdo que aquella viejecita a la que había visto de lejos en un restaurante, imitara en algún tiempo a Dolores del Río. Dolores era mucho más joven, además era actriz y una belleza. Le pareció patético el mundo de Frank, imitando a los ingleses, para luego tratar de parecerse a una actriz de moda opuesta al tipo inglés. Se echó a reír y Frank la acompañó en la risa.

—Haces bien. Somos de risa —dijo divertido.

Guardaron silencio un gran rato. Ella sentada en el borde de la cama, él quieto en el sillón dorado.

—Vivir con ellos era el infierno. Se peleaban en cualquier lugar y frente a cualquier persona...

—¿Quiénes? —preguntó Verónica.

—Ellos, papá y mamá... Yo prefería a mamá. Él era un pobre salvaje, siempre me tuvo envidia. En cambio, mamá era comprensiva y tenía que defenderme de sus ataques de ira. Mamá era muy elegante, hacía un gran papel en todas partes; él era un desastre, carecía de maneras. Tuvimos un poco de dicha cuando se volvió loco y mamá lo encerró en un hospital durante varios meses. Yo lo hubiera dejado allí para siempre. Pero ¿cómo iba a volver mamá sin su marido? Su familia se hubiera escandalizado... en este tiempo mamá iba a la iglesia a rogarle a Dios todos los días... —¿Y tú?... —preguntó Verónica, asombrada por el giro de ciento ochenta grados que había hecho Frank en favor de su madre.

—¿Yo?... —Frank sonrió con malicia y agregó—: Yo volví al Beau Rivage sin el viejo imbécil. Casi sin proponérselo, Frank se miró en el espejo de cuerpo entero que se hallaba colocado frente a él.

—¡Qué cara tengo! Hay veces en las que yo mismo me doy asco —dijo, pasándose la mano por el rostro.

Se levantó para contemplarse en el espejo. Su corbata estaba tan arrugada que se la arrancó de un tirón y se la echó al bolsillo de la americana. Se abrió el primer botón de la camisa y sacó un poco las puntas del cuello sobre la americana. Se volvió a mirar a Verónica.

—Dije abajo que hoy nos llegaría el equipaje... ¿Salimos a comer en estas trazas o pedimos algo aquí?

—Salimos —pidió Verónica, aliviada.

Al cruzar el vestíbulo, los empleados los miraron con reprobación.

—Más de veinte años después todavía los escandalizo -dijo Frank, echándose a reír como un loco.

Comieron en silencio en un cafetín cercano al hotel y de pronto Frank declaró que se sentía incapaz de volver al Beau Rivage.

—¿No puedes?... ¿Y qué hacemos? Casi son las once de la noche... —exclamó Verónica, aterrada.

—Vámonos, chiquita, vámonos de Lausanne —suplicó Frank, con gesto trágico.

Combinaron la partida: Verónica iría a pagar el hotel mientras Frank iba a la estación a buscar un tren que los condujera a otro lugar. Se encontrarían en el café de primera clase de la estación. Verónica sintió que era necesario huir de Lausanne. ¿Por qué? Lo ignoraba, pero la actitud extraña de Frank lo decía a voces.

—Dentro de media hora en el café de la estación.

Se dirigió al Beau Rivage, iba preocupada, además temía enfrentarse a los empleados. ¿Qué había hecho Frank veinte años atrás para escandalizarlos? Se armó de valor y pagó la cuenta. Pidió un taxi y angustiada llegó al lugar de la cita. Buscó a Frank sin hallarlo. «¡Se fue!» Pensó. Y salió a buscarlo en los cafés de segunda clase y de tercera, cada vez más asustada. No encontró huellas de Frank. La gente la observaba, la seguía con la mirada como si fuera una persona sospechosa. Recordó al hombre del hotel del Lago Mayor. «Tal vez la policía descubrió el caso». Las rodillas le temblaron, necesitaba huir, esconderse, desaparecer. De pronto distinguió a Frank abandonado sobre una banca de la sala de espera de tercera clase. Con la cabeza colgante y los ojos hinchados por las lágrimas parecía un vagabundo en ruinas. Se le plantó delante.

—Frank...

Él levantó la cabeza y la miró con agradecimiento, le tomó las manos y se las besó.

—Creía que me habías abandonado... soy una tal porquería... —dijo él.

Verónica se sentó a su lado, consciente de que los honestos viajeros que esperaban apacibles sus trenes los miraban como a dos culpables. La falta de corbata, la barba crecida, el abrigo de pantera y los cabellos en desorden, los convertían en personajes extravagantes y sospechosos. «Y lo somos», se dijo ella humillada. ¿Por qué vivían así? Recordó a Willy Weisberg y pensó que en adelante no contaría con él. Miró con miedo a Frank, ¿hasta cuándo duraría aquella carrera?

—¿Adónde vamos? —preguntó sin ánimos.

Frank le mostró los billetes: eran para París. Todo se terminaba siempre en París. Era la ciudad irremediable; cuando ya no queda nada por hacer, los desesperados buscan siempre a París. Se encerraron en el compartimiento del tren y pasaron la noche fumando y mirando la ventanilla oscura que ocultaba el campo. En la mañana se encontraron en la Gare de Lyon, mezclados con un grupo de personas que, en fila esperaba un taxi. Sólo ellos carecían de equipaje. Una señora elegante se acercó a ella, dudó y se retiró después de decir:

—¡Verónica!... perdón, perdón, la confundí con una amiga.

Verónica se hundió en una desesperación callada: «No me reconoció Renata...», se dijo, y una oleada de odio hacia Frank la invadió hasta hacerla enrojecer. Lo miró de reojo y vio que sonreía complacido.

—Hotel Continental —pidió Frank al chofer del taxi.

Cruzaron juntos los grandes vestíbulos cubiertos de palmas de sombra y de espejos.

—Dos cuartos con baño.

—¿Comunicantes?

—No, separados.

Los miraron con curiosidad. Uno de los empleados ya los conocía: había trabajado en un hotel en el que ellos habían vivido hacía unos meses. Los saludó con cortesía y sonrió importante delante de sus compañeros.

—El equipaje llega mañana —anunció Verónica.

Sus habitaciones estaban en pisos separados. Se despidieron en el ascensor. Tenían pocas ganas de estar en París; no sólo les incomodaba conocer tan bien la ciudad sino que la ciudad los conociera tan bien a ellos.

### III

EN PARÍS ESCOGIERON un gran hotel para pasar inadvertidos. Sólo se reunían al atardecer, en uno de los salones dorados donde las señoras tomaban el té y se miraban aburridas. Después de su visita al Beau Rivage tenían poco que decirse, más bien casi evitaban el diálogo. Los dos trataban de olvidar las extrañas horas pasadas en Lausanne. Tal vez el tiempo pudiera borrar la diferencia entre sus dos pasados que ahora se proyectaba en su presente y los hacía vivir días y futuros diferentes. Ambos sabían que sus futuros no iban a tocarse nunca más y que si forzaban el impulso que guiaba a cada uno a encontrarse aunque fuera momentáneamente se produciría la catástrofe. Por eso evitaban la proximidad. Atravesaban la rue de Rivoli, miraban distraídos los escaparates y de vez en cuando encontraban caras que se volvían a mirar los pies descalzos dentro de las sandalias de Verónica y luego el abrigo de piel de pantera.

—¿Por qué te miró así esa mujer?

—No lo sé... He visto su cara en alguna parte —contestaba ella sin ocuparse de situar la cara o bien sin querer confesar que recordaba perfectamente su nombre y su antigua amistad. La persona encontrada en la calle pertenecía a un pasado remoto, casi a la prehistoria y en el presente resultaba tan anacrónica como la vista de un mamut en los jardines de Versalles. Frank no insistió, extendió la mano y acarició a Verónica ante los ojos escandalizados de su antigua amiga. Siempre era igual: Frank sólo existía poseyendo. Era curioso oírlo hablar de su infancia, aunque Verónica era incapaz de imaginarlo de niño. Se diría que una de las cualidades de los salvajes era haber sido siempre adultos. Frank carecía de la facultad infantil de proyectarse en los objetos y, como los salvajes, sólo conocía su posesión. La idea de perder algo lo aterraba, por eso era un cobarde. Su infancia era su automóvil, sus ventanas, sus trajes, sus caballos que excluían a todos los otros caballos del mundo. Necesitaba tocarlos, y la posibilidad de que tuvieran vida propia lo llenaba de resentimiento. Verónica pertenecía a sus posesiones y el simple hecho de que aquella mujer la mirara lo puso en guardia. Deambularon por los cafés de Saint Germain. Las terrazas cubiertas por los vidrios de invierno encerraban a una clientela sucia y mal vestida. Las barbas descuidadas de los hombres y los cabellos largos y grasientos de las mujeres se agrupaban alrededor de las mesas para beber un café amargo.

—No entiendo que la mugre sea una forma de protesta en un país que practica poco el baño —dijo ella malhumorada.

Frank se echó a reír.

—La fealdad es más contagiosa que la belleza —agregó enfadada.

Frank hizo como si no la hubiera escuchado, le tomó las manos entre las suyas y la miró a los ojos. Verónica lo observó con tedio, eran los ojos invariables que la miraban desde hacía tiempo. Desvió la mirada con disgusto. En la mesa vecina un

hombre de chaleco rojo los observaba. El hombre se levantó de su asiento y se dirigió a Frank.

—¿Me recuerdas?... Soy Alex Lenz.

Frank lo miró sin sobresalto y se puso de pie para saludar. Alex Lenz se veía minúsculo junto a la figura alta y corpulenta de Frank.

—No has cambiado —dijo Frank, con despego.

En unos instantes, Alex acompañado de un jovencito amigo suyo, se instaló en la mesa de la pareja.

—Guy... —presentó Alex.

—Guy ¿qué? —preguntó Verónica, divertida por las cejas espesas que cubrían los ojos fugitivos del jovenzuelo.

—Solamente Guy. ¡Una criatura llamada Guy! —insistió Alex, con una sonrisa enfática que lo volvió antipático.

La criatura se inclinó para mirar a Verónica. No llevaba abrigo y se defendía del invierno con un *tricot* negro de cuello de tortuga. Frank apenas se fijó en él, prefirió encerrarse en un silencio distraído. El jovencito aprovechó la pausa para lanzarse en una conversación desenfadada, que Alex apoyaba con una sonrisa invariable y que resultaba demasiado grande para la pequeñez de su cuerpo.

De cuando en cuando Alex hacía alusión a sus obras literarias publicadas en editoriales inexistentes. Guy interrumpía sus frases, de vanguardia treinta años atrás, con gestos y palabras desordenadas; parecía agitado por el pánico y su desorden dejaba ver el mundo peligroso y miserable en el que vivía. Era obvio que el jovencito sacaba sus recursos de encuentros fugaces con los viejos pederastas. Verónica se volvió a Alex, que explotaba su miseria, y lo encontró absorto en admirar la opulencia de Frank. Alex Lenz enrojeció como si lo hubieran sorprendido en flagrante delito.

—Usted me recuerda a mi madre... era una loca encantadora que transportaba piano en avión —Alex Lenz se inventaba pasados fastuosos para disimular su miseria. Las mangas de su americana estaban raídas y el chaleco rojo brillaba por el desgaste, bajo la luz blanca del Café de Fiore. Verónica se sintió emparejada a él en la desdicha. Hubiera querido decirle que era inútil su amabilidad para con Frank, ya que éste sólo amaba degradar a la gente. Se hizo tarde y el solitario *boulevard*, envuelto en una bruma gris, adquirió un aspecto andrajoso. Los homosexuales desaparecieron de la terraza como barridos por el aire helado de la noche. Sólo Guy permaneció junto a Verónica igual a un naufrago junto a una barca en mitad del océano.

—¡Es usted fascinante! —le gritó en el momento en que ella subió al taxi.

—Espero que no le hayas dicho en qué hotel estamos dijo Frank.

—¿Hace mucho tiempo que eres amigo de Alex?

—No es un amigo, lo conozco vagamente...

Verónica le lanzó una mirada de reproche; había adivinado que Frank se sentía reconfortado al acercarse al mundo miserable en el que vivían Alex y Guy, como si la

fealdad de los dos hombres disminuyera la suya, menos aparente, pero más acentuada que la de aquellos dos personajes.

En el ascensor del hotel se dieron las buenas noches con indiferencia. Verónica no conocía la habitación de Frank y éste desconocía la de su amiga. Los días pasaban sin eco, como una repetición monótona de un pasado de hoteles y una confusión de pasillos, de cóleras y de terrores.

La agenda de direcciones de Verónica yacía sobre su mesilla de noche, aunque los nombres, las direcciones y los teléfonos resultaran inútiles. A veces la revisaba con esmero para recordar que había tenido un pasado. Casi sin darse cuenta encontró el número de Geneviève, lo marcó y, sorprendida, escuchó la voz de su vieja amiga, que pareció sobresaltarse de curiosidad. Geneviève había escuchado las historias que circulaban acerca de ella y procuró llegar a la cita con puntualidad. Se besaron con efusión y rieron a carcajadas ante el imprevisto encuentro y lo extraño de la situación. Geneviève admiró el abrigo de pantera de Verónica y el lujo del hotel, era sensible al dinero y apreciaba la riqueza.

—¡Querida, este loco debe ser riquísimo! —exclamó con alegría.

—No olvides, Geneviève, que lo único que dan los ricos son ganas de poseer lo que no se tiene —le contestó Verónica, riendo.

Frank se enteró de la presencia de Geneviève en el hotel y llamó de inmediato a la habitación de Verónica para invitarla a cenar con su amiga. En el restaurante, Geneviève admiró la perfección de su corbata italiana, el corte del cuello de su camisa y la calidad de su traje inglés. Frank la observó con simpatía. Durante la cena se inclinó solícito sobre las dos mujeres, ordenó los vinos, los postres y habló con suavidad de sus problemas. Al final la miró a los ojos como si le pidiera piedad, extendió una mano y tomó la de Geneviève mientras suspiraba:

—Geneviève... estamos gastadísimos...

—Es una locura vivir en este lujo. Ya le dije a Verónica que era necesario buscar un piso, la vida resulta mucho más barata —afirmó Geneviève, sin darse cuenta de que contrariaba a Frank. Frank disimuló su disgusto, fingió apreciar la comprensión de la amiga de Verónica y estableció con ella una complicidad inmediata. Sin ningún pudor y en tono confidencial le expuso sus temores: si su madre se enteraba de que continuaba viajando con Verónica, suspendería sus envíos de dinero.

—Mamá es muy estricta. Su moral es rígida. Para ella los lazos matrimoniales son sagrados —Verónica quedó excluida de la conversación y Geneviève pareció sentirse incómoda ante ella y comprensiva con Frank. Su instinto le dijo que no debía cejar en su empeño de encontrar un piso para la pareja.

—¿Estás gastando el capital o las rentas? —preguntó Verónica.

—¿Estás loca? ¡Las rentas! Me debo a mi esposa y a mis hijos.

Deseaba dejar establecido frente a Geneviève que Verónica no significaba nada serio para él. Geneviève enrojeció con violencia e insistió en la necesidad de alquilar un piso, ya que era la única manera de evitar gastos excesivos.

—¿Qué piensas de Geneviève, chiquita? —le preguntó Frank, una vez que se encontró a solas con Verónica.

—Nada. Es una amiga a la que quiero mucho.

—Cuídate de ella, tiene un ojito con el que te ve a los ojos y otro con el que te ve al sexo.

—¡Frank, no digas que te hizo insinuaciones porque no te lo creo!

—A mí no me ve el sexo, te lo ve a ti, chiquita —dijo él, echándose a reír.

Verónica lo miró con sorpresa. ¿Cómo era capaz de decir cosas semejantes?

—No te hagas la niña. Está enamorada de ti. Te desnuda con los ojos y tú te dejas admirar y desear. Observé bien cómo te besó al despedirse.

Verónica pensó que bromeaba; pero los ojos repentinamente sombríos de Frank no mentían, creía en sus palabras absurdas. Vio que se acercaba a ella poseído por unos celos extravagantes, arrodillarse frente a ella y besarla.

—Esto es lo que Geneviève quiere de ti...

A los pocos días Geneviève los llamó para avisarles que había encontrado un piso en la margen derecha del Sena, próximo a la avenida Víctor Hugo.

Verónica tenía la certeza de que la visita de Geneviève había provocado una actitud premeditada en la repentina pasión de Frank. Con los ojos entrecerrados observaba sus arrebatos amorosos y escuchaba atenta sus palabras entrecortadas: «Es mejor que no la veas, chiquita», repetía sin aliento. Apesumbrado, se dejó conducir al apartamento propuesto por Geneviève. La calle era agradable y el edificio de piedra constaba de seis pisos, el último de los cuales estaba habitado por el propietario. Un criado solemne abrió la puerta de la sexta planta y los condujo al salón en donde los esperaba el dueño: Pierre Perrin.

—Geneviève es un amor —dijo al verlos.

Se diría un gran amigo de ella aunque ambos tenían poco en común. Perrin los condujo a su salón acompañando sus palabras con gestos dislocados. Algunas mechas ligeras y rojizas caían sobre su frente, comparables a manchas de sangre disecada. Sus ojos brillaban secos. Todo él era rígido, a pesar de que los ademanes trataran de darle una apariencia de movilidad y ligereza.

—Sí, es un amor... —insistió sin convicción.

La mirada de Perrin cayó sobre un muñeco ahorcado adentro de una jaula negra de bambú. El ahorcado trágico y desnudo presidía su salón tapizado en terciopelo rojo. Las vitrinas estaban atestadas de objetos eróticos, estatuillas en posturas soeces y ediciones lujosas de los libros del Marqués de Sade. Las litografías suspendidas en los muros rojos, representaban a parejas y a grupos de personas y animales fornicando. En París existían salones decorados con objetos y libros eróticos, pero ninguno era tan mortuario como el de Pierre Perrin. En él morían los gestos amorosos para dar paso a la presencia de una muerte obscena. Verónica se sintió asfixiada en esa especie de sarcófago poblado de amenazas. Perrin había creado el clima propicio para el crimen y ella no se sorprendería si alguna vez aparecía en los periódicos el

asesinato crapuloso del dueño del apartamento que iba a alquilar.

—Es un consolador extraordinario —dijo Perrin, mostrando un objeto oscuro que había extraído de una vitrina negra.

Frank levantó la vista y miró con disgusto al hombre de pelo rojo. Luego guardó un silencio agresivo que invadió la penumbra sepulcral del salón. Perrin no sólo permaneció impasible a su silencio grosero sino que pareció apreciar su mirada cortante y la perfección de su desprecio. La conversación no decayó. Perrin tenía la facultad de producir palabras, aunque él no estuviera en ninguna parte, ni se reconociera en su interlocutor. Era como si por su boca hablara un tercero. Sólo la palabra *dollar* le prestaba una vivacidad efímera para volver inmediatamente a su inmovilidad cadavérica. Habló mecánicamente de los encantos de una conocida condesa italiana, y ante la indiferencia de los dos extranjeros, se contuvo, llamó a su criado y los envió a visitar el apartamento que tenía en alquiler en el mismo edificio. El piso era amplio, constaba de dos dormitorios, baño, excusado, un gran salón, pasillo, cocina y un pequeño vestíbulo. Sus muros eran blancos, los muebles y las cortinas eran de seda verde helado. En unos minutos se encontraron nuevamente frente a Perrin para firmar un contrato por tres meses. El propietario, sentado en una *chaise longue* de terciopelo roja, contó el dinero del alquiler y los contempló con sus ojos secos, que Frank trataba de evitar.

Desde el marco labrado de su puerta, Perrin los vio esperar el ascensor. Una sonrisa disecada se dibujaba apenas en sus labios. Verónica se sintió inquieta, «Es extraño que sea amigo de Geneviève», se dijo. Su amiga había sido siempre pobrísima, apenas ahora parecía haber logrado un desahogo; en cambio Perrin era muy rico, pertenecía a una familia burguesa y toda su postura era la de un *snob* incorregible. ¿Por qué eran amigos? ¿Qué lazos los unían? Verónica no encontró la respuesta.

A partir del día en el que se instalaron en el apartamento, Verónica vivió encerrada con Frank en las habitaciones de muros blancos y cortinas verdes. Un silencio frío la rodeaba. Frank producía soledad. Se movía en un mundo aislado y a donde él llegaba se producía la soledad absoluta. Su persona misma alejaba a los demás. Existía en un espacio que sólo lo reflejaba a él mismo. En el amor también estaba solo y se entregaba al placer con el frenesí del solitario que no se reconoce en la pareja. En sus manos, Verónica se convertía en objeto y el acto amoroso en una mecánica erótica. Estar con él era cometer un crimen en un paraje solitario. La cama de dosel verde helado la asustaba. Frank vivía bajo el influjo que a través de los muros ejercía el maniático de pelo rojo del último piso, rodeado de maniqués y de cuadros muertos. Cuando salían a la calle no establecían ningún contacto con los transeúntes y ella continuaba en la dimensión solitaria, inaccesible a la realidad apacible del mundo. Frank caminaba por paisajes abandonados iguales al pasillo helado que corría detrás de las habitaciones del piso. Salían muy tarde, las noches eran frías y estaban desprovistas de hojas. Pasaban el día en la cama de dosel verde o

dando vueltas por las habitaciones provistas de ecos desconocidos. Las chimeneas de mármol blanco estaban apagadas y los muebles de seda eran inhospitalarios. El cuarto de Verónica ocupaba el fondo de la casa; cerca de la cama se hallaba la puerta que conducía al baño negro. Detrás de las habitaciones corría el pasillo que llevaba a la cocina y al excusado rojo. Verónica no recordaba cómo era la cocina. De ese piso de techos altos y muros blancos sólo recordaba el aire frío que corría por las cortinas y soplaba sobre su cama de dosel. Había una presencia opresora en el apartamento. Cuando abría las puertas altas del salón, sentía que entre sus muros se acumulaban formas amenazadoras que la obligaban a retroceder. «Aquí hay un maleficio», se decía, y volvía a ver en el rostro de Frank el mismo gesto de burla que cuando visitaron el piso en compañía de Geneviève. Astuto, Frank ofreció asiento a las dos mujeres y él ocupó un sillón de respaldo alto forrado de seda verde.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con malignidad y observando a las mujeres con cuidado. Por el tono de voz Verónica supo que se preparaba a decir algo hiriente. Miró a su amiga y le indicó silencio. Frank se contestó a sí mismo.

—Mi madre no piensa mandarme más dinero; le dijeron que estás conmigo —agregó con voz clara. Verónica encendió un cigarrillo para darse tiempo a encajar la ofensa. Guardó silencio; quería saber hasta dónde deseaba llegar su amigo delante de Geneviève. ¿Acaso no pagaba para tener una víctima a la que ofender? Frank creía devotamente en el dinero, su actitud en esta materia era tan grotesca que parecía ser el origen de los eslogans comunistas: «El cerdo sanguinario capitalista», «El bulto caído del carro de la historia». Hacía años que había leído aquellas frases en una revista dirigida por Sartre; le habían parecido estúpidas y he aquí que de pronto «el cerdo sanguinario» y «el bulto caído del carro de la historia» tomaban cuerpo y voz en Frank. Vio al «cerdo» que le tendía una carta.

—Qué relación tan curiosa... —comentó al terminar de leer el texto plagado de adjetivos grandilocuentes y escrito con una letra llena de garfios, de faltas de sintaxis y de ortografía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Frank, sobresaltado.

—Que son unas relaciones muy encarnizadas —le dijo con frialdad, devolviéndole la carta.

El hombre la miró con odio y Geneviève se sintió incómoda.

—Mi madre desprecia a las mujeres. Sólo respeta a la esposa, o sea, a la madre. Mire, Geneviève, mi pobre mujer se ofendió cuando mi madre le explicó que yo me había casado para tener hijos... Verónica pensó: «Es un original». En Lausanne había maldecido a su madre y ahora repetía sus opiniones con una pedantería que rayaba en la imbecilidad. Utilizaba las opiniones de su madre como armas mortales contra ella, su enemiga. Verónica se puso de pie y su amiga la imitó; era preferible salir a la calle que continuar escuchándolo. Frank trató de continuar en sus lamentaciones y al ver la actitud resuelta de Verónica, se puso de pie de mala gana y salió con las mujeres. «Estúpida» se repitió varias veces «Cree que me tiene dominado...» Geneviève los

abandonó en la esquina, le disgustaba Frank. «Miserable, es riquísimo. Si Verónica supiera la verdad... aunque es mejor que la ignore», pensó mientras aceleraba el paso para alejarse de la pareja. Caminó de prisa pensando en Frank y en el error que había cometido su amiga. «Frívola, frívola... la pagará...»

Esa misma tarde, Verónica y Frank se mudaron al apartamento. Geneviève no asistió a la mudanza, había decidido alejarse de la pareja. Su amiga era una inconsciente y no era ella, Geneviève, la indicada para sacarla de su error, un error que podía ser fatal para Verónica. Sintió remordimientos por su amiga, quizá debería prevenirla.

En el piso inhóspito, Verónica se sintió presa de un peligro inminente, con cautela se encerró en su habitación y trató de esquivar a Frank; al oscurecer, éste entró, la miró largo rato y se dejó caer en la orilla de la cama.

—¿Qué vamos a hacer, chiquita?...

Verónica no supo si su pánico era fingido. Su piel oscura se volvió verdosa. Se echó boca arriba en la cama y miró a Verónica con ojos opacos.

—Tú no la conoces... ¡Es infernal!... ¿No se morirá nunca?

Frank se cubrió la cara con las manos como si no quisiera ver la imagen de su vida inútil poseída por la voluntad tiránica de su madre, que lo perseguía a través del tiempo y la distancia con una precisión matemática. Verónica volvió a invocarla, sentada en un restaurante de moda, inclinada sobre Frank y buscando actitudes para llamar la atención de su interlocutor. Ella, Verónica, cenaba en una mesa vecina y no podía dejar de asombrarse ante el ardor de aquella anciana de uñas enormes pintadas de rojo sangre. Llevaba el cabello teñido de rubio y un maquillaje llamativo. Debería contar con mucho más de setenta años. A pesar del tinte rubio, su parecido con Frank era extraordinario. Un potencial histérico volvía eléctrica su mesa; ambos escondían bajo su piel oscura una voluntad incalculable de exterminio. Ahora, Verónica se sintió perdida en medio de aquellos dos seres peligrosos por su unión indisoluble. Quiso irse al cuarto vecino, la premonición de que no saldría con bien por haberse interpuesto entre la madre y el hijo la hizo sentirse mal. Necesitaba planear su fuga antes de que se desatara una tragedia.

—¡No me dejes, chiquita!

Lo miró tratando de ser cordial, pero una violenta repulsión física se apoderó de ella. Frank era malsano.

—Siempre los escándalos, las persecuciones. Mi infancia fue un infierno — exclamó el hombre.

—¡No exageres!

—Tuvimos unos meses de calma cuando reclusimos a papá en la Malmaison... era una casa de salud preciosa. Lo íbamos a visitar y él parecía contento... ¡El pobre se casó con mamá por su dinero!... Quiso encerrarme a mí, ¿sabes? Me tenía envidia, él era viejo y yo tenía más éxito. Mamá echó al psiquiatra que trajo...

Guardó silencio, pareció arrepentirse de sus palabras. Verónica se marchó al

cuarto inmediato. Al día siguiente, mientras Frank dormía, se presentó Geneviève: estaba sofocada, no aceptó sentarse, permaneció en la puerta.

—No, no, no. No quiero verlo. Sólo deseo decirle, querida Verónica, que Frank recibió una muy fuerte cantidad de dinero, de manera que no crea en sus historias de miseria —le dijo de prisa.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó Verónica, sorprendida.

—Hablé con el conserje del hotel... —le confió Geneviève, dándole palmaditas en los hombros. Esa mañana Frank le escribió a su madre para obtener su perdón. En su carta renegaba de Verónica y juzgó conveniente leerle la misiva. Ella supo que cumpliría su promesa y se sintió aliviada. Debía encontrar una solución. Se hallaba en un callejón sin salida, buscando una salida. Sintió que acabaría tirándose por un balcón si continuaba en aquella inmovilidad. Sin embargo, moverse le producía pánico, ¿a dónde dirigirse?, ¿a quién acudir? Frank la observaba de cerca, perdido en sus problemas cada vez más pequeños, como gastar o no gastar en una botella de vino, comer carne o alimentarse de *sandwiches*. Dormía con la cartera bajo la almohada y cuando se bañaba se la llevaba al baño. El robo estaba descartado. ¡El robo!, se dijo asustada de sus propias intenciones. «¿Qué vas a hacer?», le repetía Geneviève, inclinándose sobre ella. «No lo sé...» Geneviève estaba consciente de la gravedad de su situación: era extranjera, carecía de permiso de trabajo y no tenía dinero. Además, con Frank aturdiéndola todo el día era imposible buscar una solución a sus problemas. Necesitaba tiempo para arreglar sus papeles y dinero para sobrevivir unos días.

—¿Por qué no me dijiste que tenías dinero? —le preguntó una noche.

Frank dejó caer la revista que intentaba leer, se bajó las gafas que usaba en la intimidad y la miró con burla.

—Se me olvidó. A usted estas pequeñeces no le interesan. Usted vive en la dimensión de los ángeles.

Su respuesta la llenó de fatiga. Aquel hombre no tenía más inteligencia que la astucia. A sus palabras directas contestaba con perfidias o con palabras y gestos obscenos. Guardó silencio. ¿Cómo preguntarle por el hombre del hotel del Lago Mayor?, ¿cómo preguntarle lo que había sucedido con el automóvil que había abandonado en Florencia en su afán de perseguirla? Se sintió culpable por haber aceptado la compañía de aquel hombre extraño; a su lado había olvidado todo, había cerrado sus puertas interiores, por las que antes transitaban los ángeles, los hechos y las palabras milagrosas. Ahora vivía encerrada en un ámbito en el cual los crímenes y las cuentas bancarias se mezclaban sin ningún pudor. El aire fresco no corría y la fragancia perdida de los jardines y los campos yacía en algún rincón oscuro de su memoria como una evocación del paraíso perdido. Estaba maldita. «Lo difícil es dar el primer paso», le había dicho su padre muchas veces. Ella había bajado hasta el fondo de la aridez y se había topado con el infierno del cual no escaparía. «Tendré que subir y subir para volver a encontrar la luz y la pureza del viento», se dijo en

aquella habitación cerrada y sucia de crímenes.

—Vamos a dar una vuelta... —lo escuchó decir.

Se encontró caminando por la rue de Varenne al lado de Frank, que parecía que buscaba algo. Los magníficos patios de los palacios se hallaban quietos, algunos tenían los gigantescos portones cerrados. Era un calle hermosa y Verónica se preguntó qué buscaría a aquella hora en aquella calle. Decepcionado, decidió dirigirse al inevitable Café de Fiore. Buscaron con la mirada a Alex Lenz y a Guy, pero esa noche no se hallaban allí. Sentados en una mesa anodina observaron a los clientes, entre los que había jóvenes pederastas a la caza de hombres mayores. Uno de ellos levantó su copa y brindó con ellos. Verónica sonrió y correspondió a su gesto.

—¡Estúpida!... ¿no te das cuenta de que es un homosexual asqueroso? —le dijo con violencia y acto seguido decidió abandonar el café.

Un taxi los llevó al edificio de piedra gris donde vivían. Subieron la escalera cubierta de tapiz rojo y alcanzaron la puerta de su apartamento con la certeza de que detrás de su apariencia inocente se ocultaba un crimen. No sabía si el crimen pertenecía al pasado o los aguardaba en el futuro.

—Es una casa fuera de la ley... como nosotros.

Frank la escuchó con disgusto y ella se encontró sola en su habitación desordenada. La cama estaba revuelta y las puertas abiertas del armario dejaban ver la colcha verde, intacta e inútil. «Un día de estos habrá que hacer la cama», se dijo mientras se arrancaba el traje y se metía en la cama deshecha. Apagó la luz, no quería ver el lugar en el que se encontraba. Avanzaba en el desorden, su pasado de camas intactas se había esfumado y los rincones fríos del cuarto le dieron miedo. Se levantó a encender la luz del baño negro, dejó la puerta entreabierta para iluminar las esquinas temibles de la habitación. Estaría allí tres meses ¿y después?... No había mañana, su vida había llegado frente a un paredón alto y sin salida. Estaba presa en una red invisible y no encontraba la manera de escapar. Frank apareció en la mitad del cuarto, lo vio avanzar alto y negro acariciándose el sexo.

—¿Quieres huir conmigo, chiquita?

Verónica sintió miedo. A veces Frank se convertía en un desconocido.

—¿Adónde?

—A un lugar donde sólo yo pueda verte. Quiero llevar una vida santa...

Frank se deslizó en la cama. A mitad de las caricias se detuvo, le buscaba los ojos con astucia. Verónica descubrió sus ojos verdosos en la semioscuridad del cuarto.

—Verónica, júrame que nunca más verás a Alex.

La muchacha se enderezó, la voz y los ademanes de Frank venían llenos de intenciones extrañas. ¿Qué se proponía? Sus ojos opacos brillaban malignamente iluminados por la rendija de luz que escapaba del baño negro. Sintió miedo.

—Tengo miedo... —dijo a pesar suyo.

—¿Miedo?... La noche es muy hermosa. En la noche somos libres.

Verónica no entendió, miró su boca entreabierta, sus manos inertes y sus ojos

preocupados con una idea confusa. Se deslizaba en la crueldad de un mundo de sensaciones en el cual los sentimientos y las ideas han sido abolidos. Vio a Frank acariciarse el sexo. Esa noche, en la cama de dosel verde, la pasión helada de Frank, la asustó. Tuvo la impresión de hallarse entre las manos de un lunático o en las de un cirujano poseído de una locura operatoria. Con miedo pensó que al salir a la calle no establecía contacto con los transeúntes o con los escaparates; continuaba presa en una dimensión solitaria, inaccesible a la realidad mágica del mundo. Las gentes la miraban y lo miraban como a seres extraños. No era el amor lo que los separaba de los otros, sino el desamor, el carácter extraño de sus relaciones, impenetrables para los demás y para ella misma. Frank ofrecía en público una sonrisa forzada de salvaje vestido a la inglesa. En la cama se manejaba como un técnico y convertía a Verónica en un objeto inanimado. Quiso escapar del lecho, pero él la detuvo con decisión.

—¿Por qué?... ¿Mi amor no es mágico?... —le preguntó con ironía.

Verónica miró sus ojos que reflejaban un mundo informe y desvió la mirada. La tumbó en la cama, mientras él continuaba acariciándose el sexo.

Los despertó el timbre del teléfono. Era Geneviève. Verónica miró el reloj pulsera que Frank había dejado en la mesita de noche: marcaba las tres de la tarde. «Me quedé dormida ya muy entrada la mañana», se dijo. Geneviève le recomendaba una sirvienta. —¿Una sirvienta?

Le pareció absurdo tener a una sirvienta que presenciara su vida criminal. Geneviève insistió. Desorientada, no supo qué contestar a la voz que le hablaba desde el mundo irreal de las sirvientas. Tuvo ganas de reír. «Te conviene gozar de alguna compañía... Frank es un hombre tan extraño»... Temió que el hombre escuchara el comentario de su amiga. «¿A qué hora te la mando?», preguntó despreocupada la voz de Geneviève.

—Mañana a las seis de la tarde —pidió Verónica.

Colgó el aparato y miró asombrada a Frank.

—Geneviève nos manda una sirvienta...

—¿Una sirvienta?... ¡Te quiere espiar, está enamorada de ti!

La sirvienta llegó puntualmente. Se llamaba Ivette y tenía aspecto de partera arruinada. No se sorprendió de la soledad de la pareja ni del abandono del apartamento. Frank se escondió en su habitación y Verónica acompañó a la mujer a la cocina. Ivette, mientras manejaba los trastos, le explicó a Verónica que no podía quedarse a dormir porque ella tenía su casa.

—Como usted prefiera —le contestó ella, entregándole las llaves de la entrada del piso. Más tarde, Frank cerró con llave las puertas de su habitación.

—Así somos libres —le explicó a Verónica, que lo miraba.

Sin embargo la perspectiva de la llegada matinal de la intrusa lo dejó preocupado y decidió permanecer en su propia habitación. En cuartos separados los unía el mismo pensamiento: ¿Qué hacían, qué esperaban en aquel apartamento? Separados bajo el mismo techo, su situación se volvía casi grotesca y los convencía de que

estaban alejados del mundo, proscritos, que eran incompatibles con la sociedad. Se habían vuelto peligrosos como los criminales. ¿Qué habían hecho para lograr aquella unión y aquella separación definitiva? Desde la oscuridad de su habitación, Verónica escuchó que Frank no dormía; pero no quiso llamarlo. Le pareció que abría la puerta de la salida del piso y guardó silencio. ¿Adonde podía ir a aquella hora? Le dio miedo sentirse tan sola en la habitación de rincones helados. A medida que el tiempo transcurría su miedo aumentaba. «¿Habrá cerrado la puerta o la habrá dejado abierta?» El miedo le impedía levantarse de la cama y cruzar la habitación de Frank para llegar a la puerta de salida y comprobar si ésta había quedado abierta. No podía salir por el pasillo, pues Frank había echado llave a las puertas que comunicaban con esa parte oscura y larga de la casa y había guardado las llaves. Tampoco se atrevió a llamarlo, si estaba en su cuarto podía enfurecerse. Pensó que la presencia diurna de la criada había vuelto más profundo el foso que la separaba de Frank; foso que lograba vadear alguna vez durante unos segundos si imaginaba estar junto a otro hombre. Sólo yéndose a caminar durante muchos años por bosques perfumados, olvidaría la agobiante presencia de aquel cuerpo ávido que se acercaba a ella tan extrañamente. Ahora la soledad peligrosa de aquel piso le hacía desear la presencia amenazadora de Frank. Carecía de reloj y el tiempo pasaba con una lentitud aterradora; se diría que había dejado de correr. Le pareció escuchar que un automóvil se detenía frente al edificio. «Tal vez ha vuelto...» se dijo con alivio, pues calculó que empezaba a amanecer. Mientras duraba el día, Frank era un ser exasperado de fatiga, en cambio, en la oscuridad o de noche se cargaba de una energía casi sobrenatural que lo empujaba a vivir una vida artificial de cuyos artificios se nutría. Por la noche jamás tenía sueño. La puerta que comunicaba con el cuarto de Frank se entreabrió; lo vio aparecer alto y oscuro, acariciándose el sexo, y sintió que se introducía en su cama.

Acababa de dormirse cuando llamaron a la puerta del pasillo:

—El desayuno, señora.

Frank despertó sobresaltado y huyó a su habitación. Verónica corrió tras él para obtener la llave de la puerta del pasillo. Cuando la abrió entró Ivette, con la bandeja del café humeante.

—Debía dejar abierta la puerta y así no la molestaría —dijo la sirvienta en tono de reproche.

—La prefiero cerrada... deje dormir al señor...

Lo oyó dormir y aprovechó esto para salir a la calle. Enfrente del portón del edificio estaba estacionado el automóvil claro de Frank. ¿Cómo había llegado a París? Preocupada con esta aparición, se enfrentó a las vitrinas de la avenida, que mostraban un mundo que tejía suéteres y combinaba hermosos ramos de flores. Entró en el mercado que se movía adentro de sus cestos de legumbres y de frutas, hasta los carniceros que antes le producían tanta repugnancia, le parecieron seres inocentes, con sus uniformes blancos manchados de sangre. Todos vivían una vida compartida, sólo ella seguía presa en unas sábanas ajenas, en la penumbra de una habitación

ajena. Se sentó en una terraza y pidió café para mirar aquel mundo del cual estaba separada. ¿Qué podía hacer para volver a él? Algo se había roto adentro de ella, no se podían cometer los actos por ella cometidos y quedar intacto. Había perdido la alegría. Nada justificaba su presencia en el cuarto de aquel apartamento. Pensó en un futuro sin Frank, y se llenó de pánico. ¿Cómo volver a su país? ¿Cómo sobrevivir? Pensó en el futuro con Frank, y también la invadió el pánico. ¿Cómo soportar su presencia, su ausencia y extrañezas? Recordó la inesperada aparición del automóvil abandonado en Florencia; nunca sabría cómo había llegado hasta su puerta. La avenida se volvió hostil. «La libertad se compra con dinero», se dijo con amargura, ya que ella carecía por completo de dinero y de posibilidades de ganarlo. Se sintió culpable: su abrigo de piel de pantera y sus cabellos revueltos despertaban la curiosidad pública. Trató de esconder bajo la mesa del café sus pies desnudos calzados por aquellas esparciatas gastadas. En las vitrinas empezaban a aparecer los primeros adornos navideños. «Quizás me deba suicidar», se dijo convencida. Una mujer cruzaba la calle; ella nunca más cruzaría una calle con aquel paso inocente. Recordó la habitación de persianas echadas en la que vivía como el ahorcado del salón de Pierre Perrin. Había una similitud entre la necrofilia de Perrin y el amor de Frank.

Abandonó el café. Al entrar en el apartamento sorprendió a Frank sentado frente a una de las ventanas blancas del salón en la actitud de un convaleciente, junto a él, de rodillas, Ivette le hablaba en voz muy baja. Al verla aparecer la mujer huyó a la cocina. Miró con fijeza a Frank: no cambiaría nunca, estaba segura de que buscaba la complicidad de la criada, siempre se aliaba con los inferiores. ¿Para qué buscaba las alianzas con los porteros, los camareros, los vagos y las prostitutas? Oyó la voz de Frank recitar una tirada de Shakespeare en inglés, frente a los vidrios de las ventanas, como si se dirigiera a un público oculto en la niebla de la calle.

—En el colegio me consideraban dotado para la poesía —explicó complacido.

Había pronunciado la misma frase la primera tarde que se presentó en su casa. Verónica recordó el ventanal y los muebles flotando en esa luz de incendio. «En la escuela de Inglaterra me consideraban el *evil boy with olive skin...*» La voz impostada de Frank bajó de tono, llena de autocompasión, para explicar cómo los prejuicios de raza estaban vigentes y eran ofensivos entre los pueblos rubios. Aquella tarde terminó riendo y relató que los *Prefects* de su colegio lo llevaban a un salón, le bajaban los pantalones y le azotaban las nalgas con unas varas largas, mientras él aullaba de dolor. En seguida continuó recitando en inglés.

—Frank, tu automóvil está frente al edificio —le dijo, sin importarle la repentina inspiración del hombre.

—Ya lo sé... lo dejé allí —contestó de mala gana. Y sin cambiar de postura, continuó recitando frente a los vidrios de la ventana. Las piernas las tenía envueltas en una manta y el gesto de la mano era de una gran fatiga.

Verónica se retiró a su habitación. «Parece que ha entrado en una nueva etapa», se

dijo cansada. Escuchó el timbre del teléfono y oyó también cuando Frank se lanzó sobre el aparato con la velocidad de una fiera sobre su presa. Habló en voz muy baja, colgó el aparato y volvió a su lugar frente a la ventana. Ella decidió dormir, aprovechar la racha «poética» de Frank. El cuarto estaba helado, Pierre Perrin no daba apenas calefacción y el frío se acumulaba en los rincones y descendía por la chimenea apagada. «No, nada de leña ni de fuego», ordenaba Frank cuando ella intentaba encender su chimenea. Se acurrucó en la cama y dormitó apesadumbrada. Ivette entró a llamarla: era hora de la comida.

—No tengo hambre. Sírvale al señor.

—Pobre señor, está muy triste, yo diría que le ha sucedido algo, no quiere vestirse, ni comer... —se quejó la sirvienta.

Verónica dio media vuelta en la cama, no le interesaba la «tristeza del señor». Al oscurecer la despertaron la risa estridente de Alex y la voz impostada de Frank; ambos hablaban en voz baja. Verónica se enderezó para escuchar, «la muerte de Bruno ha causado revuelo...», dijo la voz de Alex y añadió: «Todos estamos aterrados... ¿Crees que fue una venganza o represión policiaca?»

—Querido Alexito, el asunto no me interesa. ¿Quién era Bruno? ¡Nadie! Un tipo de baja estofa. Su mundo no tiene conexión con el mío —contestó Frank.

La risa entrecortada por hipos de Alex Lenz, rompió el frío y el silencio del apartamento.

— ¿Estás seguro?... Sí, sí, sí, tú te mueves en niveles muy altos... —y continuó riendo histéricamente.

—No te rías de esa manera. ¡Me repugna! Deja la histeria para las mujerzuelas de clase baja. A ti, querido Alexito, no te tolerarían en Inglaterra...

—A ti sí te toleraron, a ti sí... —exclamó Alex, riendo convulsivamente.

—Calla o lograrás despertar a la señora. ¡Es tan exquisita, tan encantadora!... Lástima que no tenga en qué caerse muerta. Querido Alexito, para mí es un descanso cuando ella duerme, me da libertad y no escucho sus quejas. ¡Oh, *loneliness!*... ¡Oh, *loneliness!* Lujo perdido —suspiró Frank.

A Verónica le pareció que Alex hablaba al oído de Frank. Las palabras de éste último no la habían asombrado.

—Alexito, no me hables del encanto de la señora. El encanto es el arma de los mediocres, de los estafadores, de la clase media... También lo utilizan los aristócratas arruinados, ¡qué quieres!, es una manera de engañar al prójimo y cuando te acercas a ellos, los encantadores, son de una grosería y una vulgaridad aplastante. No me mires así, la conozco, conozco a los vividores «finolis» o con buenas maneras. ¡Artificio maléfico, Alexito! En Inglaterra ya fui víctima del encanto y puedo decirte que me costó mucho dinero y muchos disgustos. Es una forma de la hipocrecía y de la soberbia, la más temible. Alexito. ¡Si supieras la verdad sobre la señora!... Es una putita cualquiera; pero ¡qué soberbia!, ¡y cuánto encanto!... Mira, sigo siendo piadoso, callaré, aunque debo prevenirte: ¡cuídate de ella!, aunque en realidad no le

interesas. Desea no verte, evitar tus corbatas raídas y tu chaleco fantasía... No puedes ni imaginarte la manera como se condujo con el pobre Beto Rayón. La pobre se enamoró de Jaime, lo tomó por un millonario y empezó a perseguirlo...

Frank se echó a reír a carcajadas. Alex lo escuchó en silencio, después de unos minutos lo contradijo:

—Puedes decir lo que quieras, pero ¡sí existen las personas encantadoras! El encanto es una especie de sortilegio, del que tú careces, viejo Francisco, o viejo Frank... —y se echó a reír ruidosamente.

Verónica abrió la puerta y saludó a los dos hombres. Alex se ruborizó con violencia y Frank empezó a reír ruidosamente.

—Le decía a nuestro terrible amigo que el pobre Guy carece de cuarto para dormir y esto le produce risa. Le pedí que le cedieran el cuarto de criados... —dijo Alex, en voz baja.

—¿El cuarto de criados?... —preguntó Verónica, sorprendida.

En ese instante entró Ivette con la bandeja de té.

—Té para el señor —dijo la sirvienta, con respeto—. Y ahora, si me lo permiten, les diré que no me molestaría en nada ese joven. El cuarto es independiente y yo no lo ocupo.

Verónica la observó con curiosidad. La sirvienta parecía estar al corriente de la situación. Frank no se dignó escuchar las palabras de la criada, había adoptado una actitud de desdén y la decisión dependía de Verónica.

—Al chico le fascina usted, Verónica. Los adolescentes siempre se enamoran de las mujeres hermosas. ¡Es la regla! Claro que jamás se propondrá —aclaró Alex, con ademanes casuales.

—Alexito, Alexito, no digas tonterías —gritó Frank.

Verónica permaneció perpleja. ¿Qué se proponían? La conversación de unos minutos atrás no correspondía con la petición de Alex. Frank notó su sorpresa, se levantó y se abalanzó a besarla.

—Alexito, la pequeña Verónica debía ir al *kindergarden*. ¡Ah! esta niña es demasiada preocupación para mí y ahora quieres traerme a un niño. Dios mío, nunca me vi como tutor de menores...

Quedó establecido que Guy se mudaría al cuarto de criados. Al día siguiente, por primera vez Frank se levantó temprano y salió a comprar sábanas, fundas, cama, almohadas, colchón y toallas para el invitado. Se diría que la generosidad era la fuente de la dicha. Él mismo subió con Ivette a inspeccionar la habitación y a ayudarla a preparar la cama. Bajó desconcertado, el cuarto estaba en la buhardilla y para llegar a él había que atravesar el patio de atrás del edificio y subir por la escalera sucia de los criados.

—¡Es terrible el lugar que se les da a los pobres! —exclamó.

—Eres muy bueno... —le dijo Verónica.

Como si estas palabras simples implicaran un sentido oculto, Frank se volvió a

mirarla con ira; luego se contempló las manos de palmas cuadradas y se dejó caer, impotente, en el sillón colocado cerca de la ventana. Se quedó postrado. Verónica dio un paso, pensó que quizás la presencia invisible del jovenzuelo le recordaba su propia adolescencia, tan distinta de la de aquel miserable mendigo.

—Si Guy te hace recordar tu propia juventud...

No pudo terminar la frase. Frank se levantó de un salto, poseído de una rabia súbita. Se acercó a ella y la tomó por los hombros con violencia.

—¿Qué dices, perra?

Levantó el puño dispuesto a descargarlo sobre su rostro y ella descubrió en los ojos del hombre algo más que la ira: un impulso asesino que la obligó a debatirse para desprenderse de la mano que la sujetaba por el hombro. Aterrada llamó a Ivette a gritos. La entrada de la sirvienta no contuvo el torrente incontenible de injurias que brotaba de los labios distorsionados de Frank: «¡Perra maldita! ¡Putas!», rugía, mientras daba zancadas dislocadas por el salón, acompañadas de gestos obscenos. Verónica huyó a la calle. Caminó largo rato antes de que lograra controlar el temblor nervioso que la embargaba. «¿Qué dije?, ¿qué dije?», se preguntaba asustada. Volvió de noche y al entrar en el salón encontró a Alex, a Frank y a Guy charlando animadamente. Frank hablaba de sus viejos amigos europeos, todos ellos pertenecientes a la nobleza y a la Banca. «Ahora, desgraciadamente no puedo frecuentarlos», dijo, mirándola con fijeza.

Guy al escuchar la afirmación de su huésped, se precipitó a besar la mano de Verónica. —Querida la echábamos de menos... Ella sonrió y ocupó un lugar cerca de la chimenea. El chico le alargó una copa de vino blanco e inmediatamente continuó escuchando a Frank.

—Wallis y Edward estuvieron de acuerdo conmigo. ¡Oh dear, puritans stink! —dijo Frank, con voz impostada. «¡Pobre diablo, ha visto a los Duques de Windsor en el cine, igual que yo!», se dijo Verónica, mirándolo con ironía.

—¡*Natürlich!* La parejita está con Wagner y su abominable desbordamiento... —comentó Alex.

—*Poor old dear Edward*, siempre fue racista y ¡encantador! Te hubiera fascinado, Alexito, tú que eres partidario del «charme»... y Frank se echó a reír.

«También a ti te hubiera fascinado, pobre *snob*», se dijo Verónica, tratando de no reír.

—Los dos aman París. En Francia es donde se encuentra un equilibrio, digamos... metafísico —gritó Guy, con exaltación —la cocina francesa es una prueba de ese equilibrio... —alcanzó a decir el joven antes de que lo interrumpieran.

—*My dear boy*, el nazismo de Wallis y de Edward se esfuma cuando se trata de menús o de amoríos. Lo sabemos bien los que nos educamos entre los nombres de la realeza. *Our dear old England* carece de prejuicios cuando se trata de acostarse, por ejemplo, con negros —dijo Frank, tratando de ser irónico.

—Los negros les ofrecen sensaciones nuevas... —comentó Guy, con pedantería.

—Sin embargo, creo que un pato a la naranja es mucho más excitante que ningún negro. Sí, mucho más erótico...

—*Very witty, very witty indeed* —dijo Frank, echándose a reír y tratando de ignorar la mirada burlona de Verónica, que no lo perdía de vista.

—No sé, no estoy muy seguro de que no prefieran unas salchichas gruesas, son tan evidentes que uno tiene reparo en meterles el cuchillo... —agregó Alex, soltando una carcajada convulsiva.

—¿Reparos? ¡Ninguno! *Love and canibalism* van juntos, querido Alexito, y mis viejos amigos están tan fatigados que no dudo que alguna vez lo practiquen...

Verónica escuchaba las mentiras de Frank y movía la cabeza despectivamente, «nuestros viejos amigos», era terrible ser famoso, se estaba a la merced de cualquier advenedizo con pretensiones. El Duque de Windsor ¿Cómo iba a suponer que en un miserable salón alquilado de París se hablaba en ese instante de él? ¿Cómo iba a sospechar la existencia de aquel miserable Frank que pretendía ser amigo suyo? «Es un truhán», se dijo disgustada y sintió que con el disgusto la vencía el sueño. «*Poor Edward*, tuvo que conformarse con Wallis; sólo ella fue capaz de provocarle un orgasmo...» escuchó decir a Frank, que no cesaba en hablar de la notable pareja.

—¡Es increíble! ¡Un hombre como él, el príncipe más codiciado de Europa! —dijo Guy, con los ojos abiertos por la sorpresa. El pobre chico creía todas las fábulas que Frank inventaba esa noche para deslumbrar a su modesto auditorio. Verónica apuró el vino que le quedaba.

—Has vivido tan intensamente Frank y te has movido entre gente tan importante, que me asombra que estés con nosotros, simples mortales —le dijo Verónica, con suavidad.

—*This little girl* ignora lo que es un orgasmo, aunque los practique con tenacidad sin que sepa, por supuesto, lo que eso significa. ¿Verdad *darling*? —preguntó Frank, mirándola con odio.

—Verdad. Desconozco los términos técnicos —confesó ella con voz helada.

Guy y Alex la contemplaron con pena, no estaban de acuerdo con Frank.

—Me voy a dormir. Estoy muy cansada —dijo Verónica, antes de retirarse.

En su habitación se sintió confortada: Frank tenía compañía, los amigos se quedarían lo menos hasta las cinco de la mañana y Frank no vendría a despertarla. Hacía tanto tiempo que no se dormía temprano, que agradeció la presencia de los «truhanes» en el piso.

Se despertó sobresaltada: le pareció escuchar un ruido en la puerta principal. El apartamento estaba sumido en la oscuridad. Oyó con atención: ¡nada! y, sin embargo, tuvo la certeza de que alguien se movía con cautela entre las sombras.

—¡Frank! —gritó casi a pesar suyo.

En la oscuridad del marco de la puerta apareció Frank, se acercó a su cama, se inclinó buscándole la cara, Verónica escuchó su respiración agitada.

-¡Me espías!

La mano de Frank cayó furiosa sobre los ojos de Verónica y ésta oyó un estrépito de cristales rotos adentro de su cabeza. El cuarto entero cayó hecho añicos. Aterrada se refugió de un salto en el baño negro; cerró la puerta con llave y encendió la luz. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó atontada, mirando los pelos negros que se habían quedando untados a las paredes negras y secas de la bañera. Tiritó de miedo y de frío, estaba desnuda. Pierre Perrin, el dueño de la casa, apenas daba calefacción. «Un pelo negro» decían en su casa y sabían que pertenecía a un extraño, ya que en su familia todos eran rubios. La presencia de un pelo negro siempre era una amenaza. Afuera del baño Frank daba voces, se acercó a la puerta a escuchar y sin querer miró a una imagen en el espejo colocado arriba del lavabo: una cara pálida con una mancha roja cubriéndole los ojos y unas mechass amarillas sobre la frente, que escuchaba junto a la puerta negra. «¿Qué cara tengo!» La mujer del espejo parecía tan aterrada que Verónica sintió aún más miedo. ¿Qué había sucedido? Estaba escondida en el baño negro del apartamento desconocido.

—El apartamento está recién decorado, tiene todo el confort... —había dicho Geneviève, en el bar del gran hotel.

Un aire nefando envolvía aquel baño negro, era como si el hombre del último piso estuviera en el marco de la puerta que ella había cerrado para evitar la histeria de Frank, que recorría las habitaciones gritando palabras incoherentes. Se acurrucó en el suelo y esperó. ¿Qué más le daba estar encerrada en ese baño? En ese momento Frank daba gritos por el pasillo helado que conducía al excusado rojo. Se abrazó las rodillas para darse algún calor; si la gente la viera sentada en el suelo del baño negro, a aquella hora de la madrugada tal vez no se sorprendería, quizás ni siquiera pudieran verla, pues había dejado de ser alguien real para transformarse en otro ser: la antigua Verónica era invisible hasta para ella misma. No le interesaba saber lo que había enloquecido de rabia a Frank. ¿Que hora sería? Las horas ya no significaban nada. Escuchó los alaridos de Frank, que le llegaban a través de la puerta y las paredes del baño, como los quejidos quebrados de una mujer histérica que llora a gritos la pérdida de algún ser amado. Lo escuchó acercarse, caminar por la habitación y colocarse junto a la puerta.

—¡Abre!... ¡Abre!... —aulló la voz de Frank.

Verónica se recogió cerca de la tina y casi no se atrevió a respirar. Si el hombre trataba de echar la puerta abajo pediría auxilio. ¿A quién? El baño estaba incrustado en el centro de la casa y carecía de ventana. «Manana iré a ver a Geneviève», se prometió temblando de miedo. ¿Dónde andarían Alex y Guy?, se preguntó mientras Frank empujaba la puerta con ira. No sabía lo que había sucedido, pero sabía que se hallaba en un nuevo círculo, y que Frank se había convertido en alguien profundamente peligroso. ¿A qué hora llegará Ivette?...

—¡Abre!... ¡Maldita!... ¡Abre!...

Se diría que en medio de su ira ciega el hombre lloraba. Ella, acurrucada en el suelo se dijo: «Me va a dar una pulmonía».

—Si no abres derribo la puerta —dijo, dando puntapiés contra la madera.

Verónica miró los cabellos negros pegados a las paredes de la bañera, que parecían grises por la huella seca del jabón. El intruso se hallaba del otro lado de la puerta, lo había dejado entrar muy adentro de su vida y de la casa. «A1 final tendré que suicidarme», se dijo. Apagó la luz para no ver aquellos pelos que la aterraban y el cuarto quedó en tinieblas. «Si muero ¿adónde iré, a las tinieblas o a la luz?», se preguntó. Dos lágrimas hirvientes saltaron de sus ojos secos produciéndole dolor. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y esperó.

—¡Perra!... ¡Bitch!... ¡Harlot!... —aulló Frank.

De pronto cesó todo. Un gran silencio llegó hasta las tinieblas del baño; entonces le pareció escuchar que alguien llamaba a la puerta de su habitación desde el pasillo. «¿Será una trampa suya para hacerme salir?» Esperó. No. Le llegó la voz de Ivette: «Señora, señora...» Se levantó, las rodillas se le habían vuelto de madera. Abrió la puerta y entró en la habitación. El hombre surgió a sus espaldas, se había escondido entre los pliegues del dosel verde. La tomó por los hombros y ella lanzó un alarido agudo.

—¿Qué pasa señora? —gritó la voz de Ivette, atrás de la puerta que comunicaba con el pasillo.

—Nada... nada... Un mal sueño...

Frank la arrastró hasta su cuarto.

—Chiquita... tengo miedo...

Ocupada en disimular su propio pánico, no pudo preguntarle de qué tenía miedo, ni quién lo había asustado. Temblando de frío lo vio meterse en su cama y se alejó de aquel cuerpo húmedo y oscuro, que, inmóvil bajo las mantas, miraba con los ojos muy abiertos.

—Tenía cientos de camisas de seda, rosas, grises, blancas... Era curioso ser joven.

—¿En el Beau Rivage? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y Scott Fitzgerald, cómo andaba vestido? —le preguntó por decir algo.

—No lo recuerdo, creo que de gris... Era un ser viscoso... ¡Sí viscoso!

De repente Frank se echó a reír a carcajadas, el adjetivo «viscoso» le pareció muy adecuado. Ella lo miró con repugnancia. ¿Cómo podía hablar así de Scott? Nunca lo había leído. El único libro que citaba Frank era *Brideshead Revisited* de Evelyn Waugh. El mundo de Frank era un mundo del cual ella no había sospechado la existencia. Con él había cruzado un umbral que conducía a una realidad en la que el pensamiento todavía no establecía los valores y en el que sólo existía la presencia de una materia agresiva en la que todo estaba permitido, hasta el crimen. Era el mundo de los impulsos y de las sensaciones antes de pasar por la conciencia; gozaba de la libertad de los caníbales. Durante el día Frank aceptaba algunas convenciones y mostraba una actitud irónica, como si lo que sucedía a su alrededor fueran gestos

banales que ocultaban el mundo oscuro en el que él se movía. Verónica descendía poco a poco por esa oscuridad y se llenaba de terror. Había olvidado las normas y las ideas y tenía la impresión de que sólo las vísceras cobraban realidad. «Me vengaré de ti», se repitió. Hacía ya tanto tiempo que se repetía esas palabras que olvidaba que existían otras opuestas al odio. No podía preguntarle nada, ni tampoco deseaba saber nada. Se retiró a su habitación, pensando que el origen de su histeria le era indiferente. Verónica tomó el café que le sirvió Ivette, se vistió, esperó a que Frank cayera dormido y se marchó a la calle.

Quería reflexionar, tomar aire fresco. Al pasar frente a la logia de la portera, vio que ésta la miraba con malignidad. La cara astuta de la vieja la dejó indiferente; todo le era igual, ya no buscaba la aprobación de los demás, buscaba simplemente una puerta de escape. Caminó por la avenida fría e indiferente, observando a los camareros que colocaban las mesas de los cafés y a los que arreglaban los puestos de ostras. Todo sucedía lejos de la angustia de ella. Decidió ir a visitar a Geneviève y pedirle ayuda. Su desesperación había llegado a un punto fijo e inamovible.

—Necesito irme, no puedo estar ni un solo día más con Frank...

Geneviève se sobresaltó, se alisó los cabellos grises y pidió permiso para ir a la cocina a preparar un café. El apartamento de Geneviève era lujoso y Verónica se sorprendió ante la bonanza de su amiga. La había conocido pobre y desesperada. ¿Cómo había logrado situarse en aquel barrio elegante? Geneviève volvió al salón con una bandeja cuidadosamente servida. Verónica contempló sus espaldas curvadas y su paso vacilante; era como si sus piernas gruesas se enredaran en los pliegues de su bata color grosella. La vio depositar la bandeja en una mesilla y pensó que sólo ella carecía de un lugar donde guarecerse y recordó la buhardilla habitada por Geneviève años atrás. «Para mí ahora sería un oasis», se dijo con amargura. Verónica repitió:

—No puedo seguir con él...

Geneviève la miró con pena, ninguna de las dos se sentía capaz de convencer a Frank de que le proporcionara a Verónica algún dinero para que pudiera separarse de él. Su situación era complicada y Verónica tuvo la impresión de que su amiga prefería no intervenir en el asunto. Admiró el abrigo de pantera y los brazaletes, era sensible al dinero.

—Querida, puedo ayudarla a vender esas joyas y el abrigo... —le dijo Geneviève, con voz rápida. Era evidente que la abandonaba y ella no se atrevió a insinuar que la recibiera por unos días en su piso pequeño y lujoso. Con indiferencia se despidió de su amiga para volver al apartamento que compartía con Frank. Caminó largo rato, pues carecía de dinero para tomar un autobús.

Ivette le dijo que Frank la esperaba. Lo encontró en pijama en un desorden de sábanas y periódicos revueltos; eran las dos de la tarde y la bandeja con el desayuno estaba todavía sobre la cama.

A esas horas del día, la inercia y la inutilidad de la vida de Frank tomaba cuerpo

en aquella bandeja con restos de café frío y trozos mordisqueados de pan. Le ofreció asiento en el borde de la cama y la miró con astucia. Verónica pensó que iba a empezar su juego perverso. ¿Qué pretendía ahora?

—No me dejes, chiquita... sin ti todo yo huelo a cadáver.

La miró tratando de despertar su compasión. Una violenta repugnancia física se apoderó de ella. Pensó que preparaba una catástrofe y recordó a Geneviève: «Frank es riquísimo ¿verdad?», había repetido varias veces con los ojos llenos de codicia y como si el dinero de Frank pudiera ser compartido o arrebatado de alguna manera que Geneviève todavía no había planeado lo suficientemente bien.

¡Pobre Geneviève!, no sabía que lo único que vigilaba Frank con esmero era su billetera.

—Chiquita, ¿en qué piensas? —lo escuchó decir.

—Quiero ir a peinarme... —contestó, aunque en realidad no lo deseaba.

—Tienes una extraña manía de lavarte el cabello. ¿Sabes que doña Mercedes se lo lava y peina una vez al año? —comentó con calma.

—¿Qué dices? ¿Una vez al año? Pues así lo tendrá de sucio —exclamó ella.

—No, te equivocas. Mi madre no suda; además la doncella le limpia el cabello con talco, se lo peina durante horas y su cabello queda fresco y perfumado —aseguró Frank, con suficiencia.

—¿Con talco? Nunca he oído algo tan extraño.

—Por eso lo conserva tan sedoso.

Verónica se echó a reír, en el restaurante donde había visto a doña Mercedes le había llamado la atención su cabello reseco y quebradizo por el tinte. Miró a Frank con curiosidad y a pesar suyo le dio asco aquella anciana que se lavaba el cabello una vez al año. Todos los días Frank le descubría algo nuevo y... repugnante. Pensó que se burlaba de ella y salió de su habitación. Se dejó caer en un sillón que se encontraba junto a la chimenea apagada del salón. ¡Estaba presa!

Se sorprendió al escuchar que el timbre llamaba con insistencia. ¿Quién podía venir a visitarla? El tiempo de las visitas y del mundo compartido había pasado. Se alisó los cabellos para recibir a los visitantes. Ivette hizo pasar al salón a un personaje desconocido que se precipitó a besarla en ambas mejillas.

—¡Verónica! ¿No me recuerda?... Soy Rory Casas Grandes —exclamó el desconocido.

Verónica lo miró con asombro, nunca lo había visto aunque el hombre afirmaba lo contrario con una tranquilidad abrumadora.

—Siéntate... —dijo Verónica.

Rory Casas Grandes era un hombre sin edad, de piel rojiza y porosa, ojos saltones, boca gruesa y manos temblorosas. Vestía una americana sport y unos pantalones de franela; se movía de una manera extraña, como si no pudiera controlar sus movimientos.

—Tengo sed... mucha sed... esta ciudad maldita me está volviendo loco... —

dijo.

Miró en derredor suyo, descubrió las botellas colocadas en un nicho desnudo y se precipitó sobre ellas. Verónica llamó a Ivette para que trajera un vaso para el huésped y éste se sirvió un enorme trago de *whisky*; sacó de su americana un tubo de pastillas, se sirvió en la palma de la mano un gran número de ellas y las tragó con ayuda del *whisky*. Después lanzó un suspiro.

—Así está mejor. ¿No te parece bonita?

—Sí, mejor...

Rory Casas Grandes se echó sobre un canapé y trató de calmar el movimiento desordenado de sus manos y pies. Verónica le miró los dedos de uñas roídas y yemas rojizas reventadas por una especie de eczema. El hombre tenía acento sudamericano, se veía usado hasta en la piel, respiraba enfermedades y tenía el aire de un perseguido.

—Soy escritor. Escritor de éxito —dijo riendo con suavidad.

Verónica se limitó a observarlo desde el lugar apartado que ocupaba en el salón.

—Sos muy linda... —afirmó el intruso, sin convicción, y tratando de establecer una familiaridad que no existía.

—No sabía que pensaba venir hoy... —repuso ella con frialdad.

-¿No te lo dijo el loco de Frank?... Veo que se parece a mí hasta en esto. Yo tampoco me acuerdo de avisarle a mi mujer la llegada de los amigos; pero, mirá mi caso es distinto, yo estoy casado con una fiera vieja, fea y con furor uterino, linda. La vieja me persigue de día y de noche... ¡Infierno espantoso que es el mío!... ¡Sí, infierno espantoso! Yo necesito reposar un poco, ¿comprendés?... ¡Ah!... ¡Qué furia! ... —el hombre se cubrió los ojos de párpados caídos con los dedos de ambas manos y guardó silencio.

—¿Vive usted en París? —preguntó Verónica.

—Sí, mirá, en la avenue Wagram, no muy lejos de aquí... Bueno, relativamente. Allí eligió la vieja histérica un piso y, qué querés, lo alquilamos...

—¿Cómo se llama su mujer? —preguntó Verónica, con recelo.

—¿Mi mujer?... ¿Mi mujer?... ¡Florence! Imaginate, para colmo es norteamericana. ¡Malditos imperialistas! Linda, te digo que esto no puede seguir así: o me mato o la mato. ¿Ves?, sólo puedo soportar su nombre con calmantes... dame más *whisky*, linda.

Rory Casas Grandes alargó la mano temblorosa en busca del *whisky*, su gesto era tan imperativo que Verónica se puso de pie para alcanzar la botella y servirle a aquel demente que apuró la bebida acompañada de más píldoras calmantes.

—Eres muy buenita... No te inspiro desconfianza ¿verdad? —preguntó Rory, entrecerrando los ojos.

—Sí. Claro que me inspira usted desconfianza. Todos los hombres que hablan mal de una mujer con la que tienen o han tenido relaciones, me la inspiran. Por regla general son... ¡unos bellacos! —exclamó Verónica, con calma.

Rory se sentó de un golpe en el canapé, la miró con los ojos muy abiertos y enrojecidos, movió la cabeza y el estupor hizo que los labios gruesos le colgaran.

—Pero ¿qué decís?... Te abrí mi corazón, te dije que es una arpía... lúbrica, seca, malvada, me devora, me destroza y yo sólo intento vivir tranquilo, escribiendo. ¡Ah!, sería tan feliz en una buhardilla... ¡Solooo! No verla nunca más a ella ni a su maldito gato de miérdoles. ¿Sabés?, la histérica tiene un gato, se llama Daisy... No ni siquiera es gato, ¡es gata! Pero no me digás que este loco de Frank no te ha contado mi caso. ¡Pero si está electrizado! Mirá, vio a Florence y salió corriendo de casa... como me oís ¡electrizado! Él me conoció antes... sí mucho antes de que la arpía apareciera en mi vida. Yo también fui joven... ¿sabés? Joven, rico y despreocupado. Ahora soy escritor y soy víctima... ¡víctima de una loca histérica, frígida y caliente!... Padece fiebre uterina... ¡Asco infernal!... Los escritores somos muy vulnerables, muy indefensos, muy tiernos...

—¿Y tiene usted algún libro publicado? —preguntó Verónica, con incredulidad.

—¡Bonita!, ¿qué decís? Tengo cuatro libros publicados en París.

Verónica se echó a reír. ¿De qué podía escribir aquel hombre de baja estofa, aquel hombre desafortunado?

Veo que no me crees. ¡Me voy! Volveré más tarde y mirá, para que no dudés jamás de mi palabra, te traeré mis volúmenes —exclamó Rory, poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta del salón, desde allí gritó:

—Dile al loco de Frank que volveré más tarde... Veo que sigue siendo el niño mimado, el caprichoso. Se levanta muy tarde ¿verdad?... Igual a sí mismo.

Y antes de dar tiempo a una respuesta, Rory Casas Grandes salió del apartamento, dejando trás de sí una estela de «podredumbre». Entró Ivette a recoger el vaso abandonado por Rory. Unos minutos después volvió para tenderle en silencio sus gafas de sol.

—Póngaselos, señora —dijo con voz grave.

—¿Por qué?

—Tiene cercos morados —explicó Ivette, bajando los ojos.

Verónica se colocó las gafas oscuras. Se sentía profundamente humillada frente a Ivette.

Estuve en casa de la señorita Geneviève... tiene un piso muy bonito —dijo para cambiar el tema.

—Sí... El mundo es una porquería, la señorita Geneviève le sacó el piso a Jean François... —explicó Ivette, en voz baja.

—¿Un amante suyo? —preguntó Verónica, sorprendida.

—No. A Jean François Bonai... ¿No lo conoce? Su familia es riquísima y él es homosexual. Geneviève le arreglaba las citas en su casa y yo iba al día siguiente a hacer la limpieza... Cuando sobrevino el escándalo Geneviève exigió el piso a cambio de su silencio.

—¿El piso donde vive? —preguntó alarmada Verónica.

—¡Claro! Era el de Jean François, la familia cedió, no deseaba cargar con el muerto.

—¿Cuál muerto? —preguntó Verónica, asustada.

—El joven que murió por exceso de drogas. Apareció muerto allí y Jean François se marchó a Grecia. Geneviève y yo atestiguamos: el piso era de ella, dijimos, y el chico un conocido suyo que llegó de visita. La familia aceptó el trato. Señora, el dinero no tiene olor... —afirmó Ivette.

Verónica se rehusó a continuar escuchando, se levantó y salió a la calle, estaba saturada de infamia. Caminó sin rumbo fijo, ahora en verdad no tenía adónde dirigir sus pasos: sintió que la malla de acero en la que se sentía aprisionada se estrechaba cada vez más. Se encaminó al Bois de Boulogne, el aire helado detenido entre los árboles negros del invierno la reconfortó. Se sentó en una banca abandonada y trató de pensar, era evidente que Rory, Alex y Frank eran viejos amigos. Recordó la conversación escuchada a pesar suyo: «La muerte de Bruno ha causado revuelo... todos estamos aterrados... ¿crees que fue una venganza o represión policiaca?», había comentado Alex, en voz muy baja. ¿Quién era Bruno? Recordó al italiano del hotel del Lago Mayor... «Dios mío, no debo preguntar nada», se dijo con terror, Bruno podía ser aquel hombre, quizás Alex estaba al corriente de su paso por aquel hotel. Nerviosa, se puso de pie y echó a andar de prisa; la marcha le calmaba la angustia. Estaba tan confusa que no lograba entender quién era Frank, ni quienes eran su amigos. La escena espantosa de la noche anterior le volvió a la memoria en toda su amplitud. «Trató de matarme...», se dijo y corrió a refugiarse en una iglesia. Atardecía cuando se encontró en las naves pequeñas de una iglesia de Neully. El olor a santidad y a incienso la reconfortaron, a pesar de sentirse separada de aquel grupo de creyentes que rezaban con fervor el Rosario. Si pudiera recobrar su lucidez, encontraría la solución para su vida. Para ello era necesario perder el miedo. Sin miedo sería nuevamente lúcida. Pero ¿cómo aliviarse del terror que le invadía, le nublabla la vista y le llenaba el pensamiento de confusión? Se hallaba en un medio ajeno a ella, tenía la impresión de que a su alrededor surgían seres cada vez más tenebrosos, seres salidos del subsuelo, informes, practicantes del mal inútil. ¿Acaso el mal podía ser útil alguna vez? ¿Qué se proponían aquellos hombres que aparecían uno tras otro en su vida? No lo sabía. Sus conversaciones obtusas, sus gestos, su postura ante la vida, pertenecían a un desorden nuevo que sólo conducía a la destrucción de la alegría de cada día. Con ellos no había atardeceres, ni soles, ni flores, ni amores, ni meses ni estaciones. Vivían en la oscuridad lívida del amanecer, sin que eso implicara el nacimiento de la luz, sino la acumulación de las tinieblas. Buscaban lo oscuro, lo nefando. Los cirios encendidos en la iglesia la aliviaron; ella debía buscar dentro de sí misma una llama pequeña y alentadora para salir de aquel laberinto. «No puedo rendirme... debo salir victoriosa de este extraño combate», se dijo al abandonar la iglesia. Caminó con lentitud buscando la estrategia para liberarse de aquel grupo maléfico. Recordó que el automóvil de Frank había vuelto a

desaparecer. Sucedían cosas que ella era incapaz de descifrar. La dignidad le impedía hacer preguntas.

Abrió la puerta del piso con desesperanza. En el salón helado encontró a Frank en compañía de Geneviève y de una desconocida. Su amiga corrió a besarla en ambas mejillas, luego hizo las presentaciones:

—Verónica... Lena Lecock... —dijo Geneviève, con voz risueña.

La nueva conocida vestía como una obrera, «obrero» rectificó Verónica mentalmente. También su cuerpo chato y sus manos rojizas de dedos cortos y gruesos parecían las de un hombre de la clase trabajadora. Lena, sentada a horcajadas en una silla frágil, actuaba con gran decisión y hablaba con la pedantería propia de una intelectual.

—Lena es poetisa —explicó Geneviève.

Verónica aceptó el hecho con resignación. ¿Cómo podía Geneviève calificar de «poetisa» a aquel ser cargado de hombros, de piernas cortas y cabellos cortados a tijeretazos? Si le hubiera dicho «un poeta de la clase trabajadora», Verónica habría aceptado el hecho con beneplácito. En verdad se hallaba en un mundo informe «y deforme», se dijo alarmada, al ver que la desconocida la examinaba con ojos agresivos.

—¡Ah! ¡Toda piernas!... ¡Toda piernas! —exclamó, haciendo alusión a sus piernas largas y cruzadas.

Frank se echó a reír.

—En efecto, querida Lena, Verónica es ¡toda piernas! Además le gusta lucirlas, es de una gran vanidad. «Piernas arias, de rodilla recogida», me ha dicho muchas veces... La banalidad es su fuerte ¿No es verdad, *darling*? —preguntó, dirigiéndose a Verónica.

—Es verdad. No tengo piernas de enano —contestó Verónica, con frialdad.

Lena guardó silencio, se volvió a Frank y le alcanzó un cigarrillo negro. Geneviève le hizo guiños a Verónica, guiños que ésta no comprendió. Lena retomó la palabra, hablaba de su desdichada liasón con un pintor de moda, huraño y maléfico, que había turbado su paz interior; la había arrojado de su lado y ella —transida por la desdicha— se había refugiado en las montañas, en donde estaba construyendo con sus propias manos «una guarida». Frank la escuchó con atención. La poetisa hablaba ahora de la pureza, de la vida natural alejada de la vida artificial de la ciudad.

—En mi cabaña de la Saboya vivo como un anacoreta. Corto la leña, enciendo el fuego y contemplo la naturaleza. Querido Frank, qué abandono el suyo; veo que ni siquiera «*Miss legs*» ha sido capaz de ordenar un fuego en esta chimenea apagada. ¡Todo un símbolo!

Frank inclinó la cabeza con aire resignado y sumiso.

—*Miss legs* no ama el fuego... ama sólo el dinero y los caprichos que pueda obtener —dijo con humildad.

Verónica no se tomó el trabajo de contestar, permaneció impasible fumando un

cigarrillo. En cambio, Geneviève se turbó, miró a su amiga y exclamó con vehemencia.

—¡Verónica, quería decirle que Lena es un ser puro! ¡Purísimo! Vive alejada de cualquier banalidad.

—Es admirable... admirable —contestó Verónica.

La interrumpió la entrada de Ivette, que portaba una bandeja llena de golosinas y licores. La sirvienta se sentó con familiaridad en una esquina del salón para participar en la charla. Conocía bien a Lena. De la conversación se dedujo que ambas habían trabajado con Claude, un amigo común de Verónica y de Geneviève. Verónica escuchó el nombre de su antiguo amigo y recordó su pesarosa vida de homosexual vergonzante. Claude ocupaba puestos públicos, era un hombre distinguido y apreciado por su cultura y la diversidad de sus capacidades. Ivette había sido su cocinera y Lena su secretaria. Geneviève las había colocado a las dos y ambas se unían en un desprecio extravagante por su antiguo patrón. Verónica permaneció muda de asombro ante la promiscuidad que estableció Ivette y que los demás aceptaron con naturalidad.

—Si se siente usted muy desdichado, Frank, puede usted venir a compartir el campo conmigo. Siento que su sensibilidad está amenazada por la ciudad —dijo Lena.

Frank sonrió complacido, parecía un hombre poseído por la virtud de la humildad.

—Ahora estoy colocando el techo de la estancia. Lo hago yo misma. Usted podría ser una gran ayuda. Veo en usted la necesidad que padece toda persona humilde de hacer algo con sus manos. ¡Ese es el artesano, el santo, el purificador de este mundo contaminado!

—No se precipite querida Lena, primero necesita usted buscar los pocos miles de francos que faltan para comprar los materiales —interrumpió Geneviève, con calor.

Lena hizo un gesto de disgusto. En efecto, el costo de las vigas, la cal, el cemento y demás materiales necesarios para terminar el techo, era altísimo y el precio de la vida continuaba en aumento.

—Sobre todo que no se trata de una cabaña, sino de la restauración de un castillo —agregó Ivette, también acalorada.

—¿Un castillo? —preguntó Frank, con entusiasmo.

Los ojos del hombre se animaron, todo lo que significara dinero lo ponía alerta, le producía júbilo o admiración. En ese momento Frank sintió una sincera admiración por aquella mujer que con sus propias manos reconstruía un castillo en Saboya, para retirarse del mundo.

—¡Iré! ¡Iré a Saboya! Necesito reposo, necesito pureza... —dijo, tomándose la cabeza entre las manos y mirando agradecido a la poetisa.

Lena y Geneviève sonrieron con satisfacción. Verónica insistió para que se quedaran a cenar, pero Lena rehusó la invitación con gesto severo.

—Hasta pronto *Miss legs* —le dijo Lena al despedirse.

Apenas se fueron, Verónica guardó silencio, el pensamiento de que su amiga Geneviève, llevada de su propio interés, se hubiera precipitado a ir a visitarla la dejó perpleja. No podía admitirlo. «Pero es verdad, verdad», se repitió. Frank, como de costumbre, había tenido un gran éxito. Su técnica consistía en ofrecer dinero a los vividores; dinero que casi nunca se volvía real, pero que Frank dejaba tintinear cerca de los oídos de los pedigüños a fin de tener una pequeña corte de aduladores que solicitaban su compañía.

—Cuando dormías vino a buscarte un hombre llamado Rory...

—¿Se atrevió?... *He wants money. ¡Poor devil!* —explicó Frank, con disgusto.

—Dijo que tú lo habías invitado...

—Dijo, dijo, dijo... —contestó Frank, imitando su voz y añadió: —Me voy. Necesito tomar aire. —Verónica lo vio marcharse sin abrigo. Afuera el frío era húmedo y violento y a ella no le importaba que pescara una pulmonía. Ivette entró después de la partida de Frank.

—¿Ha visto que descaró de Lena?... ¡Quiere dinero! Y Geneviève también...

Verónica se rehusó a contestar. La sirvienta le daba miedo. ¡Era tan amiga de las dos visitantes! La intromisión de la sirvienta le molestó. Todo lo que sucedía ahora en su vida era irregular y alcanzaba proporciones grotescas. Hasta el hecho de tener una criada se convertía en algo anormal. Ivette sintió su repulsión.

—Son las nueve, la mesa está servida. Me voy. Hasta mañana.

Veronica apenas contestó. Oyó cuando la sirvienta abandonaba el piso y se sintió muy sola en aquel apartamento destartalado. El silencio completo y la inmovilidad de los muebles le produjeron miedo.

Debería haber detenido a Ivette; el ruido de sus palabras ahuyentaba el aire morboso que reinaba entre aquellas paredes. Su soberbia la perdía: creía en la distancia entre una nueva sirvienta desconocida y ella. «Si hubiera sido de confianza... pero una advenediza», se dijo, invadida de pánico. Sintió que la acechaba un asesino. Se levantó y fue a inspeccionar si estaba bien cerrada la puerta de servicio. La miseria de la cocina mal iluminada por un foco amarillento apareció en todo su esplendor. La puerta que estaba junto al lavadero improvisado era de cristal y la cerradura estaba rota. «Esto es nuevo», se dijo, aterrada. «¿Quién lo habrá hecho?» Afuera, un patio lúgubre se dibujaba en sombras húmedas. Recordó a Guy. ¿Estaría en el cuarto de criados? ¿Cómo cruzar aquel patio siniestro, subir las escaleras que desconocía y encontrar el cuarto del jovenzuelo? Petrificada, contempló el asado cocinado por Ivette y huyó de la cocina. No tenía apetito a pesar de no haber comido nada durante el día. Al pasar junto al excusado pintado de rojo sangre, pensó que era igual a un infierno estrecho y tenebroso «o a un matadero». ¿Por qué Perrin lo había pintado de aquel color que a ella siempre le había repugnado? Volvió al salón y se sentó a espiar los ruidos de la casa. El piso entero crujía como si amenazara con venirse abajo. Las cortinas estaban echadas y el tiempo no pasaba. Veronica sintió

que envejecía con una velocidad aterradora; tal vez esa misma noche podía llegar al final de su vida. Alguien llamó a la puerta de entrada y por primera vez pensó en Frank con un sentimiento de consuelo. Corrió hacia el pequeño vestíbulo y abrió la puerta de golpe. No era Frank, era Rory. Desconoció su talla mediana, sus ojos saltones y su piel rojiza.

—¿Qué desea?...

—Rory... Rory... espero que no me haya olvidado tan pronto, bonita.

—¡Ah!... Rory, pase.

—¿No ha llegado Alex? —preguntó el recién llegado.

—¿Alex?

—Sí. Me citó aquí.

Rory se instaló con naturalidad en el salón. Había comprendido el terror de Verónica y esto pareció complacerlo, ya que su llegada era bienvenida.

—No sabía que Alex pensara venir hoy —dijo Verónica.

—¡Qué loco que es! —comentó Rory.

Verónica tuvo la impresión de que Rory, con su sonrisa cínica y corrupta, abría las puertas a un infierno nuevo, desconocido; no al infierno de su infancia devorado por las llamas, sino al infierno de los seres pálidos e informes que acechaban a las víctimas antes de que el asesino cometa el crimen. Seres sin conciencia, dotados únicamente del deseo de poseer un placer que jamás alcanzarían. «El espejismo de la técnica erótica», se dijo al verlo devorado por vicios indecibles e inimaginables, que excluían la conciencia cristiana en la que ella había sido educada. «Es un hombre monstruoso.»

—Me voy. Veo que no le resulto agradable...

—¿Agradable?... pero ¿a alguien le puede interesar ser agradable? —preguntó Verónica.

—¡Qué inteligente que sos! No me interesa ser agradable. Me interesa que me escuchen y esta mañana me escuchaste, bonita, y no te gusté. ¡Helás! Resulta que no tengo adonde ir. Alex y los demás me han plantado —Rory dio vuelta a los bolsillos de su pantalón para mostrar que carecía de dinero para ir a algún café.

—¿Ya cenó?

—Yo nunca como —afirmó Rory, y se dirigió al nicho en donde brillaban las botellas, para servirse un trago. Permaneció con la botella en la mano, dudando.

—Iré por un vaso... —dijo Verónica.

—¡No, bonita! Iré yo, conozco el camino —dijo, dirigiéndose a la cocina.

Verónica se preguntó asombrada cómo sabía en dónde estaba situada la cocina. No encontró la respuesta, estaba atontada. Lo vio llegar con dos vasos y llenarlos de *whisky*. Le ofreció uno a ella.

—No, gracias.

—Bueno, bonita, los beberé yo...

Se tendió en el canapé y bebió de prisa el *whisky*. Sacó su frasco de píldoras y

apuró un puñado de ellas con el segundo vaso. Sus manos dejaron de temblar.

—Así está mejor... mucho mejor... —repitió el hombre, entrecerrando los ojos.

Transcurrió un gran rato durante el cual Verónica examinó con atención aquel desecho humano tumbado en el canapé. El hombre se sintió observado, se puso de pie y corrió al vestíbulo en donde había dejado su vieja gabardina. Revisó los bolsillos con ansias y sacó tres libros pequeños. Volvió al salón.

—¡Aquí están tres de mis obras! Mañana te traeré la cuarta. Soy hombre de palabra. En mi familia me enseñaron a cumplir con la palabra de honor... Somos nobles, viejos nobles de la Colonia —explicó con petulancia y agregó: —Por eso no puedo entenderme con la vieja puta, con la norteamericana que me pescó. Dime, bonita, ¿sería muy malo estrangularla? —al decir esto sus ojos saltones cobraron un aire vago, como si hablara de algún placer desconocido.

—¿Estrangularla? —gritó Verónica, aterrada.

—¿Por qué no? ¿A quién le es útil una histérica?... No te asustes, bonita, no lo haré; es una manera de pasar el tiempo...

Verónica no contestó.

—Bonita ¿quién rompió la cerradura de la puerta de la cocina?

—No lo sé... —contestó Verónica, sintiendo que perdía toda la fuerza de su cuerpo.

—¿Y para qué la rompieron... ¡Cuidado, bonita!... Mucho cuidado... —comentó el hombre, dirigiéndose nuevamente hacia el vestíbulo. Se iba.

—¿Sabe la hora? —le preguntó Verónica, para calcular cuánto tiempo faltaba para que amaneciera.

—No lo sé... Calculo que debe ser la una de la madrugada. ¡Qué ambiente extraño el de esta casa! —exclamó, mirando el vestíbulo vacío.

—Es muy fría. El dueño casi no da calefacción —replicó Verónica.

—Si. Es fría, pero es más extraña que fría. O tal vez se deba sólo a su leyenda; usted sabe que Pierre Perrin es muy sospechoso.

Rory abrió la puerta y salió. Verónica, fascinada, lo vio desaparecer tragado por las sombras del cubo de la escalera; luego cerró la puerta. El miedo se apoderó de ella, las últimas palabras del visitante la dejaron aterrada. ¿Por qué Rory conocía a Pierre Perrin? Sintió toda la fuerza del terror que se desprendía de aquellos muros y la completa soledad de las habitaciones. ¿Quién era Rory? Su vida estaba invadida por personajes inmundos y hasta la casa en la que vivía tenía un pasado inhumano. A fuerza de pensar, los oídos se le llenaron de ruidos gigantescos. «Debo huir, debo suicidarme», se repitió. Afuera, los ruidos de la calle habían cesado. Ya no pasaban automóviles. Pensó en llamar a Geneviève, pero era inútil, desde la tibieza de su sueño no entendería su terror. Además, Geneviève estaba ahora interesada en Frank y su fortuna. Sintió que estaba amaneciendo. ¿Y si Frank se hubiera ido para siempre? Este pensamiento la reconfortó. Con su desaparición, desaparecerían también los seres lívidos de dedos raídos y ojos vagos. Los nombres, las frases entrecortadas, los chalecos rojos, se le confundieron en una sensación de vértigo. Escuchó un ruido y

junto a ella apareció Frank. La miró sin reconocerla, cruzó el salón y se dirigió a su cuarto. ¿Por dónde había entrado? Pensó que era imposible que hubiera pasado a través de la puerta. De pronto recordó la cocina y la puerta con la cerradura rota, que comunicaba con el lúgubre patio trasero. Escuchó que Frank revolvía sus maletas. Al cabo de un rato lo vio reaparecer con una cartulina en la mano... Era una fotografía. Se dirigió a los nichos vacíos y la colocó con cuidado. Verónica distinguió a dos hombres en traje de montar, los dos bien parecidos y de edades diferentes.

—Somos mi padre y yo... ¿Por qué no te conocí entonces?

Frank se acercó a mirar la cara de Verónica y ésta sintió el olor de su piel sudada y su aliento amargo.

—Allí estoy antes de ir a Lausanne...

Verónica apenas lo escuchó. No le interesaba Lausanne, ni Frank, ni su padre. Frank se dirigió a su habitación y se acostó de cara a la pared. Verónica permaneció un largo rato en el salón, después se fue a su cuarto. Rayaba el día cuando se quedó dormida. No había hallado respuesta para el horror que vivía. Desayunó en la cama y escuchó los pasos recios de Ivette, por el pasillo. Al mediodía se quedó dormida. La despertó la voz alarmada de Ivette.

—¡Es Lena! ¡Señora, es Lena!

Se levantó maquinalmente y se dirigió al espejo. Sus párpados morados parecían dos papeles quemados. Se pintó la boca, se alisó los cabellos, se colocó las gafas de sol y se dirigió al salón. Al entrar vio los cabellos recortados de Lena y a Frank, de rodillas, frente a la mujer.

—¡Frank!... —llamó, para no sorprender aquella escena íntima.

El hombre se puso de pie con serenidad. No le quedaba ninguna huella de la noche pasada. Estaba otra vez intacto, con la piel oscura restirada, el traje inglés azul y la camisa impecable. Acercó un taburete con naturalidad y se sentó frente a Lena, en actitud de admiración. Verónica ocupó un lugar vecino y la conversación se volvió penosa.

—Lena me hablaba de su poesía...

—¡Frank!, por favor, eso queda entre usted y yo —exclamó la poetisa.

—Hace frío en esta casa... —comentó Verónica.

Entró Ivette con una bandeja surtida con ostras, vinos y golosinas.

—¡Brindo por la pureza! —exclamó Frank, levantando su copa y dirigiéndola a Lena.

El timbre de la entrada lo sobresaltó. Casi inmediatamente entró Alex. Su presencia dejó turbado a Frank, que permaneció con la copa llena de vino de Alsacia en alto.

—¡Bien! ¡bien! ¡bien! que grupo tan íntimo, tan agradable —dijo Alex con voz pedante, mientras miraba a Lena con repugnancia.

Verónica le ofreció asiento, sorprendida ante su visible molestia por la presencia de Lena. Verónica no entendía nada: observaba las miradas, los gestos de disgusto de

aquellos tres personajes enigmáticos y continuaba tranquila, perdida en sus meditaciones habituales: «¿Como escaparé a esto?». Escuchó reír a Frank. Vio que Alex se dirigía al vestíbulo y que desde allí le hacía señas para que se acercara. Mecánicamente se puso de pie y fue a su encuentro.

—¿Qué hace esta ninfomaniaca aquí? —le preguntó Alex.

—No lo sé. Es amiga de Geneviève —contestó ella.

Alex movió la cabeza con disgusto.

—Querida, eres una simple de espíritu. Esta bruja viene a hacerte daño. Sólo le interesa el dinero. ¡Échala!...

—No puedo...

Alex volvió al salón, adoptó una actitud elegante y observó atento a Lena y a Frank. De pronto exclamó en voz muy alta:

—¡Me voy! Tengo una cita con un idiota... Eddy Carril. Frank se volvió a él, sorprendido.

—¿Eddy Carril?, ¿Eddy Carril? —gritó, poniéndose de pie.

—Sí, Eddy Carril, esa vieja basura. Está en París por unos días —contestó Alex, con tranquilidad.

—Pero... ¿tú lo has visto? —preguntó Frank, como si nadie pudiera ver a ese personaje.

—¡Claro! Y voy a ver a ese tonto ahora mismo —afirmó Alex, y se echó a reír enseñando sus dientes afilados.

—Verónica, ¡Eddy es un amigo del Beau Rivage! —aclaró Frank.

Verónica lo miró con asombro. ¿Entonces existía alguien real perteneciente a aquel pasado fantasmal? Frank, preso de una agitación extraña, no dejó partir a Alex y éste aceptó cenar con ellos. La conversación giró alrededor de Eddy. Al parecer Eddy había sido terrible, un joven cubierto de riqueza, de amigos extraordinarios y de escándalos. Lena guardó silencio, se sintió desplazada y perdió el apetito. Después de la cena Alex invitó:

—Ven conmigo si te divierte volver a verlo.

—¡No! Quizás ni siquiera me recuerde. Yo era tan insignificante... tan joven, y todos ellos tan mundanos —dijo Frank, con modestia.

Verónica sintió lástima por él, ya que ni siquiera había tomado parte en aquella vida fastuosa que todavía lo tenía deslumbrado. Quizás sólo los había visto de lejos; era el espectador anónimo y modesto de la vida brillante de un grupo de libertinos que corrían desenfrenados en sus automóviles para ir a bailar a Geneve en compañía de aquella mitológica Kat, «la carita más preciosa que jamás había visto Frank». Lena, fuera de aquel pasado esplendoroso, había pasado a segundo plano y callaba, Alex la había nulificado.

—Yo la llevo a su casa —afirmó Alex, con decisión, en el momento de irse.

Lena lo miró ofendida, no tenía intenciones de marcharse todavía.

—¡No! Me llevará Frank —afirmó con descaro.

—La llevo yo. Frank no sale jamás de noche sin Verónica y me parece una grave descortesía imponerse —insistió Alex, con mayor severidad.

Asombrada por su decisión, Verónica lo vio dirigirse hacia el sillón donde se hallaba el abrigo de casimir de Lena, tomarlo y ofrecérselo a su dueña. Resuelto, el pequeño Alex se lo echó sobre los hombros y la condujo a la puerta. Frank lo dejó hacer.

—¿Quieres algún recado para Eddy?

—Si me recuerda... dile que estoy por aquí... —dijo Frank, con humildad.

—Está cambiadísimo, ya no es el sudamericano más seductor de Europa —dijo Alex, soltando una carcajada que rodó por el vestíbulo vacío.

Alex abrió la puerta y dio paso a Lena. Se detuvo y preguntó con voz casual.

—¿Y el pequeño Guy, no les da mucha guerra?

—Desde anteanoche que cenó aquí contigo no lo hemos visto —contestó Verónica, asombrada por haber olvidado a su huésped.

Alex hizo un guiño malicioso, se echó a reír y comentó alegre.

—Entonces todo va bien. ¡Magnífico!

Lena, de pie, con el abrigo sobre los hombros y el gesto sombrío, se dirigió a Frank:

—¡Prométame que sólo usted leerá mis poemas!

—Sí, sí, Lena, no se preocupe; sólo yo los leeré.

Cuando ya se habían ido las visitas, Verónica recordó que había olvidado comentarle a Alex la visita de Rory Casas Grandes la noche anterior. Vio los ojos apagados de Frank y pensó que tampoco valía la pena decírselo a él. Se fue a su cuarto y oyó que Frank apagaba las luces de toda la casa. El gesto la sorprendió, ¿qué pensaría hacer? Se mantuvo quieta. La casa quedó en completo silencio y sumida en la oscuridad. Permaneció largo rato sin moverse, quería saber qué intentaba Frank; lo escuchó deslizarse entre las sombras, aunque no podía precisar hacia donde se dirigía. «Va a salir», se dijo. Los pasos de Frank cesaron. Verónica permaneció alerta un gran rato, de pronto le pareció que alguien abría un cajón metálico en la cocina, se enderezó en la cama y escuchó con atención, no cabía duda, alguien trajinaba con sigilio en la cocina. Se levantó y con infinita cautela salió al pasillo helado, torvamente iluminado por la luz que salía de la cocina. Avanzó, untándose a la pared para evitar el ruido de sus pasos sobre las duelas secas, hasta llegar a la puerta iluminada de la cocina; se asomó temerosa. Frank colocaba con cuidado los cuchillos sobre la mesa metálica; estaba de espaldas a ella y de todo él se desprendía un aire extraviado, parecía tan abstraído en su tarea de examinar el filo de los cuchillos que a Verónica le produjo miedo y casi risa. ¿Quería asustarla? ¿Quería que lo creyera loco? Lo observó unos segundos y volvió a su habitación, avanzando hacia atrás, para estar segura de que Frank no la había visto. Cerró la puerta de su cuarto con cuidado y continuó esperando. Al cabo de unos minutos el ruido en la cocina cesó. Después volvió a escuchar sus pasos y a los pocos minutos apareció su silueta oscura en el

marco de la puerta.

—Verónica... ¿estás dormida?

No contestó, quería que la creyera dormida. El hombre avanzó hasta el borde de la cama, se inclinó.

—¿Estás dormida?

Verónica tenía los ojos entrecerrados y a través de la espesa oscuridad provocada por las cortinas, trató de ver si Frank llevaba algún cuchillo en la mano, pero no logró ver absolutamente nada. Sólo sentía la proximidad del hombre; su aliento le barría la cara.

—Verónica, sería bueno matarte y luego matarme. Así acabaría este descenso...

La voz de Frank sonaba muy baja. Verónica continuó inmóvil, tratando de fingir la indiferencia del sueño, aunque su corazón latía con tal violencia que temió que el hombre lo escuchara. El repitió: «Sería bueno matarte...», después se enderezó y abandonó la habitación. Lo oyó transitar por la casa y luego volvió el silencio absoluto. Esperó un rato. «Frank está loco», se dijo, «hace demasiadas extravagancias». A tientas buscó sus sandalias, su vestido y su abrigo, se vistió y se escurrió hasta la puerta, la abrió y salió huyendo a la calle. Le pareció que Alex y Rory bajaban de un taxi. La niebla le impidió ver sus rostros, pero sus siluetas disparejas le parecieron inconfundibles. Ella estaba en la contraesquina y no podía estar completamente segura. «Todas estas gentes circulan en la noche», se dijo, asustada. Vagabundó por las calles húmedas, los cafés estaban cerrados, no tenía adonde dirigirse; sin embargo, era mejor pasar la noche fuera, que esperar a que amaneciera adentro de esa casa, en la que Frank rumiaba su locura. Recordó la dentellada que Frank tenía en el labio superior, aquella mañana en el hotel del Lago Mayor, y se aterrorizó. «¿Y si fuera en verdad un asesino?» El París nocturno y silencioso se llenó de fantasmas que surgían de los postes de luz y de las esquinas brumosas, en donde la humedad parecía concentrarse. Tuvo ganas de llorar; nunca antes se había sentido tan desdichada en aquella ciudad familiar y luminosa. Pensó que sólo Dickens sería capaz de entenderla, porque él entendía a los proscritos y a los huérfanos. «Frank debe ser muy viejo... conoció a Scott Fitzgerald, y sus amigos son todos viejos», se dijo sorprendida. Recordó a Rory, casado con aquella arpía norteamericana. Le había dado su dirección en la *avenue* Wagram, hacia allí dirigió sus pasos. Encontró fácilmente el edificio donde vivía Casas Grandes. En el piso bajo las ventanas estaban iluminadas. Se puso de puntillas y atisbó al interior de una habitación: sentada sobre una cama, una mujer rubia entrada en años miraba al vacío con ojos atontados. Su camisa de noche era blanca y de manga larga y el cabello lo llevaba recogido en dos trenzas pequeñísimas. «Debe ser ella», se dijo Verónica, y con los nudillos llamó a los vidrios de la ventana. La mujer se sobresaltó. Verónica llamó con más fuerza en los vidrios al mismo tiempo que decía: «¡Abra, Florence, abra!» La vio saltar de la cama, y acercarse a la ventana para echar las cortinas; entonces insistió con más fuerza en sus llamados y gritos. A través del vidrio, la

mujer clavó en ella sus ojos extraviados por el miedo, pareció calmarse, dudó y después entreabrió la ventana. —¿Quién es usted?

—Soy Verónica... Abra, tengo miedo.

—Un momento...

En pocos minutos Verónica se encontró sentada en el borde de la cama de la mujer de Rory, que la miraba con sorpresa.

—¡Qué joven!... ¡Qué pena!... -dijo Florence, moviendo la cabeza.

—No tenía adónde ir y estoy tan asustada... Frank entró en mi cuarto con un cuchillo...

—Lo sé, lo sé... *They are evil. ¡Just evil!* —afirmó Florence.

—No entiendo nada... Son tan extraños.

—¿No lo sabe?

—No sé nada, estoy sumida en una gran confusión —contestó Verónica.

—Comprendo, tampoco yo entendía nada. Ahora Rory me ha dejado en la calle. En unos días debo abandonar este piso amueblado y no puedo volver a mi país, no tengo dinero para comprar el billete de vuelta, no tengo absolutamente nada. ¡*Oh my God!*... Rory vendió mi casa en Cape Cod. Me la dejó mi primer marido; soy viuda, ¿sabe? Y ahora la casa vale una fortuna... Rory se gastó todo el dinero y sólo se ocupa en golpearme. ¡Mire!

Florence mostró en todo el cuerpo marcas de golpes brutales. Unas lágrimas pequeñas y ardientes corrieron por sus mejillas hundidas y Verónica tuvo la impresión de contemplarse a sí misma en un espejo. Sobre la almohada había un gato blanco, tan asustado como su dueña.

—Qué bonito gato... —dijo Verónica, con voz distraída.

Florence lo tomó en sus brazos y permaneció quieta, reflexionando. Sus manos gastadas eran las de una persona honrada. Llevaba las uñas recortadas con cuidado. ¿Qué hacían aquellas manos de ama de casa en aquel piso amueblado? Sus cabellos rubios estaban mezclados con una infinidad de cabellos blancos que, de lejos, la volvía más rubia. Era una mujer vieja y sin lugar en el mundo. Mientras acariciaba a su gato pasaron por su cabeza recuerdos de jardines perdidos, gestos de familiares lejanos, perfumes olvidados; una vida perdida en otra orilla distinta de aquella orilla de la cama abandonada y ajena. Era una vieja huérfana de dicha, barrida por un viento impío y caída por azar en aquel apartamento destartado.

—¿No tiene usted hijos? —le preguntó Verónica.

—No. No tengo a nadie. Mi hermana murió el año pasado en un convento en Canadá... *Dear*, tenga cuidado. Le aconsejo que huya de ese demonio. Sé que no tiene dinero, Rory me lo dijo. También sé que una vez que una ha caído en manos de ellos no hay escapatoria. Están en todas partes y se conocen todos... Son como una secta. ¡No!, son una secta y usted y yo estamos marcadas por la infamia... *Dear*, no tenemos porvenir...

Florence guardó silencio, se quedó mirando al muro, como si en él terminara su

vida.

—Se pasarán la voz y adonde usted vaya encontrará la leyenda infame que tejen contra usted. Esto lo he sufrido yo...

—Puedo ir a la policía a pedir socorro... —murmuró Verónica, aterrada.

—Logrará que la encierren en un manicomio. ¿Que argumentos puede dar a la policía?

—Algo extraño, algo espantoso que me persigue de día y de noche, un hotel en...

—El Lago Mayor... —la interrumpió Florence.

Verónica la miró aterrada. ¡Lo sabía! ¿Quién era Florence? Temió haber hablado de un tema prohibido con una extraña. Se mordió la boca y trató de calmarse.

—Ese asunto ya está olvidado, pero si usted dice una palabra la matarán. ¡Sí!, la matarán sin ningún remordimiento! Escuche, ellos andan con el hampa, ¡el hampa!, y usted y yo no tenemos a nadie. Yo me iré de aquí ¿adónde? No lo sé. Tal vez tenga que pedir ayuda a alguno de ellos, nadie más me tenderá una mano. Si me ayudan será para evitar que hable, aunque no pienso hacerlo...

Florence depositó a su gato sobre la cama y recorrió su habitación con pasos vacilantes; después se dejó caer en un sillón y se tomó la cabeza entre las manos.

—Hace siete años se presentó Rory en Cape Cod, era verano... Era un caballero, pertenecía a una gran familia... —al decir esto Florence se echó a reír con sarcasmo; luego repitió como para sí misma ¡un caballero!, ¡una gran familia! De los Conquistadores, por supuesto... No sé a quién estafaría para mandarme flores... —agregó y volvió a reír—. Nos casamos, pero él no podía vivir en América, su educación refinada no soportaba la comida americana y contra mi voluntad vendió mi casa para poder vivir en Europa, en donde se había educado. No sólo era un caballero, sino que además era un artista, ¡un escritor! ¿Ha leído usted sus libros? ¡No valen nada! Sin embargo, aquí uno de ellos se los publicó... Pasaron sin pena ni gloria, pero son su tarjeta de presentación, la justificación de sus crímenes y de sus vicios. Todos lo saben y todos lo callan, de manera que es inútil que yo, Florence, quiera alguna vez decir la verdad. Sería inútil y me costaría la vida... Creo, Verónica, que mi única solución es el suicidio...

Verónica guardó silencio. Florence se puso de pie de un salto, movió los hombros como para acomodarse interiormente y dijo con voz resuelta.

—Prepararé alguna bebida caliente. ¿Ya cenó usted?

—No... pero no es hora de cenar, creo que deben ser las tres de la mañana.

Sin escucharla, Florence salió de la habitación para volver al poco rato con una bandeja con *sandwiches* y café caliente.

—Tampoco yo he cenado, vamos a comer lo último que queda en la despensa. Mañana el caballero no tendrá desayuno. ¡Es espléndido! Cuenta las rebanadas de pan, de jamón y mide el azúcar —explicó Florence, con rencor.

El café caliente estableció una intimidad más extrañable entre las dos mujeres; pero una intimidad muda, sin palabras y sin explicaciones, la intimidad que sólo

proporciona la desdicha compartida. Verónica no quiso preguntar nada sobre aquella secta maldita; tenía miedo de saber. Sintió que ya sabía demasiado y que su vida estaba en peligro, al igual que la de Florence. Tampoco ésta trató de dar más explicaciones. Sus grandes ojos azules se habían quedado fijos en un instante de horror, ahora parecía arrepentida de sus palabras anteriores. Tácitamente quedó establecido que no podían ayudarse mutuamente, ya que eso significaba un riesgo, una complicidad que ellos no perdonarían jamás. Ni siquiera debían saber que habían pasado la noche juntas. Lo más conveniente era callar y hacerse alguna señal en caso de peligro. Intercambiaron los teléfonos, cuidando de aprenderlos de memoria, para no dejar ninguna huella escrita, y cuando las primeras luces oscuras del amanecer se reflejaron sobre los vidrios lívidos de la ventana, decidieron separarse.

—Ahora se separarán los vampiros —dijo Florence, refiriéndose a la próxima llegada de Rory.

Verónica salió a la calle oscura. No deseaba volver al piso amueblado y caminó sin rumbo fijo en espera de la mañana. El único peligro deseado por ella era que la detuviera un agente de la policía. Se cruzó con algunos; les dio las buenas noches en espera de que la detuvieran para preguntarle por qué circulaba sola a esas horas, pero los agentes la dejaron ir sin hacerle ningún comentario o pregunta. Llegó a Neully, los árboles desnudos de algunos jardines desprendían una fragancia invernal que la revitalizó. El frío le quitaba el enorme cansancio que pesaba sobre ella como una gran losa. Recordó con nostalgia sus días en Austria. «Había cascabeles, villancicos, y olor a pino», se dijo con lágrimas nuevas en los ojos. Era un beneficio poder llorar con un llanto recién nacido, limpio de impurezas y de miedo. Sintió que ya no estaba sola en el mundo. Florence, aquel despojo humano, era su amiga. «¡Qué horror, es una anciana prematura!» Pensó y se reconoció en ella.

Volvió al piso hacia las nueve de la mañana. Ivette le abrió la puerta para anunciarle que el señor dormía. Agradecida por la nueva, Verónica se dirigió a su cuarto y trató de dormir un rato. La despertó el teléfono. Era Lena, que pedía con urgencia hablar con Frank.

—Está dormido...

—¡Llámelo! —ordenó con autoridad.

Verónica se volvió para encontrarse frente a Frank, que le arrebató el teléfono.

—¡Interceptando mis llamadas! —dijo con ira.

Se sentó en el borde de la cama y habló largo rato con Lena. Contestaba con monosílabos o con «ya ve usted», «no me diga», «así son las cosas», «tendrá usted el coche», «no lo sabía». Cuando colgó el teléfono, miró a Verónica con odio; ésta permaneció indiferente.

—¿Y se puede saber qué hiciste con tu automóvil? —preguntó ella, pues durante la conversación con Lena le había parecido que hablaba de su coche.

—Está en reparación... te advierto que esto no va a durar mucho. ¡Perra caliente!

—¿Por qué insultas siempre? —preguntó ella con voz aburrida.

—¿Por qué insultas siempre?... ¿Por qué insultas siempre?... ¿Por qué insultas siempre? —repitió él, imitando una voz de mujer.

Verónica lo escuchó con asco, no podía escuchar la degradación de aquella voz, ni contemplar aquellos gestos que crecían en obscenidad a medida que el hombre se exaltaba, daba zancadas por la habitación, gritaba, se agitaba como una loca y repetía palabras soeces. Verónica se acercó a él y le dió una bofetada.

—¡Cálmate, loco!

Frank la miró con asombro durante instantes, después la cogió por las muñecas y la arrastró hasta el salón.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Verónica pensó que era lo mejor que podía sucederle, iría a ver a un sacerdote a pedirle auxilio. Repentinamente, y como si le hubiera leído el pensamiento, Frank cambió de idea y la arrastró nuevamente hasta su habitación.

—¡Ah!, creías que ibas a salirte con la tuya. ¡Pues no! No sales de aquí.

Y se colocó en la puerta para impedirle el paso. Se insultaron durante dos horas. Algo irremediable se había producido en aquella situación irremediable. Ahora todo sucedía con una velocidad vertiginosa y Verónica supo que llegaban al final; aunque desconocía cual era el desenlace. Se encerró en su habitación y escuchó que Frank recitaba en voz alta a Shakesperare. Se levantó para ver a quién dirigía aquellos versos; lo vio colocado en su lugar favorito, frente a la ventana del salón, con las piernas envueltas en una manta, sentado en una poltrona. Ivette entró, se colocó de rodillas junto a él y ambos cuchichearon con una intimidad desconcertante. Quería irse, no volver a ver aquella degradación, no tomar parte nunca más en aquella fealdad.

Por la tarde trató de alcanzar la puerta de salida. Frank le saltó por la espalda.

—Si sales te desbarato la cara.

Verónica dio media vuelta, llamó a Ivette y le pidió que le preparara la bañera. Temía encontrarse con los pelos negros de Frank. Este tomó a Verónica de la mano y la condujo cerca de la poltrona donde unos minutos antes recitaba a Shakespeare.

—Debes estar muy sucia por dentro y por fuera para necesitar bañarte tanto —le dijo con malignidad.

Ella guardó silencio. ¿Para qué discutir con aquel loco? Se resignó a escucharlo. Frank llamó a Ivette.

—Pequeña Ivette, prepáreme una tisana para mi *tummy*, ya sabe, los disgustos no me gustan. No puedo desalojar el intestino.

Verónica procuró no escuchar su queja acerca de su estreñimiento. «¡Qué falta de pudor!», se dijo por centésima vez. Quiso recordar el jardín de su casa de infancia para olvidar aquel detalle repugnante. «Yo me subía a los árboles», se dijo, tratando de recobrar el perfume de las hojas perdidas en aquella vida encerrada entre cuatro paredes indiferentes y ajenas a lo verde. Lo escuchó hablar «¡Qué tipo, me arrebató el árbol!», se dijo, furiosa por la interrupción de su recuerdo.

—...Es curioso, muy curioso, que necesite usted tanto baño. Doña Mercedes es estreñida y sólo puede descansar su *tummy* en una bañera de agua caliente. ¿A ti te sucede lo mismo?

—¿A mí?... ¡Que horror! No me cuentes esas porquerías... ¡No!... ¡No!... ¡No!... —gritó ella.

—¿Porquerías? Doña Mercedes tiene un intestino muy terco, es como yo, por eso necesita el agua caliente, sólo puede hacer esa necesidad en la bañera.

Verónica se puso de pie y huyó a su habitación. Frank decía siempre las cosas más desagradables e inauditas. Lo vio entrar tras ella.

—¡Vaya, que delicada la señora! Los excrementos de dona Mercedes son inoloros —afirmó.

—Sal de mi cuarto. ¡Sal de mi cuarto?

Frank soltó una carcajada, se alejó y antes de cerrar la puerta se volvió para anunciarle:

—Después de que te bañes veré cómo dejas el agua —y volvió a reír con una carcajada estentórea.

Verónica tuvo miedo de bañarse. La imagen de doña Mercedes dentro de una bañera de agua caliente revuelta con excrementos la dejó asqueada. Nunca olvidaría esa imagen. «Nunca podré banarme», se dijo, al tiempo que se dejaba caer sobre una silla.

La tarde avanzó con rapidez, anochecía y dentro del apartamento soplaba un viento de desesperación. Nadie había pensado en la comida y Verónica no pensó en pedirle nada a Ivette. «Iré a ver a Florence esta noche», se dijo, consolada. Ella le daría un *sandwich*. Escuchó que alguien llamaba a la puerta de entrada y la voz pedante de Alex llegó hasta ella.

—Frank, ¿qué tal pasaste la noche? No creo que te divirtieras mucho... Espero que no me guardes rencor porque me llevé a la poetisa —y Alex soltó una risa estridente y convulsiva.

Se diría que hablaba a voces para que Verónica lo escuchara. Después bajó la voz y hasta ella sólo llegaron murmullos. Se echó a dormir, esperaba a que se marcharan para salir de la casa. Debía descubrir la secta a la que pertenecían aquellos depravados. Saber exactamente qué terreno pisaba y cuáles riesgos corría. Tal vez Florence había exagerado, tal vez estaba demasiado aterrada. Recordó la frase: «¡Es el hampa!», y se asustó. No vio entrar a Ivette; su voz la sobresaltó:

—Dice el señor Alex que quiere saludarla.

—Estoy muy cansada...

Ivette se alejó para volver al cabo de unos minutos.

—Será mejor que venga la señora, el señor se ha descompuesto de ira...

Se levantó con esfuerzo, se miró un instante en el espejo y salió al encuentro de Alex. Lo encontró inquieto. El cruzó el salón casi en una carrera y se precipitó a besar la mano de Verónica.

—¿Pasa algo pequeña Verónica?

De pie, en medio del salón, miró con frialdad a los dos hombres.

—Alexito, las mujeres tienen un sexote ¡así! —dijo Frank, haciendo una seña atroz.

Alex pareció horrorizarse. Miró a Verónica, que se dejó caer en un sillón y que con gesto apático se empezaba a servir un *whisky*, y para disimular la ofensa declaró:

—¡Te lo quería advertir! Lena es una ninfómana conocida. ¡No te fíes de ella! El otro día la encontré en una galería de pintura acompañada de un joven guapo y... evasivo —Alex había recuperado su tono pedante.

Lena iba a las galerías, vivía, se mezclaba con las gentes, estaba integrada en el mundo. «No quiero vivir en esta degradación», se dijo Verónica. Las gentes que la rodeaban eran seres degradados, pertenecían al subsuelo que antes ella había contemplado desde lejos. Ignoraba que los chalecos fantasía y los jovenzuelos que ocupaban las mesas del Café de Fiore eran desechos de la prostitución. Antes creían que eran «bohemos» y vagamente imaginaba que la bohemia era la rebeldía; ahora tenía la certeza de que sólo era la aceptación total de las lacras de la sociedad burguesa. Habían renunciado a su calidad de individuos para convertirse en objetos más o menos caros y más o menos abyectos. Miró a Alex con horror y éste sintió la súbita repugnancia de Verónica y se echó a reír sin convicción. Alex Lenz ocultaba la frialdad de sus manos y la crueldad de sus encías desprovistas de alma, con aquella risa simulada. Bergson hablaba de la risa como de una cualidad propia del hombre. Y Alex se disfrazaba con la risa. ¿A qué zoológico pertenecía? Frank también gozaba de una risa sospechosa; siempre reía de las cosas que degradaban a las gentes que se hallaban a su alrededor.

—Me marcharé enseguida, Eddy vendrá a buscarme. Iremos a visitar a algunos viejos amigos... —explicó Alex, a manera de excusa, sintiéndose en un terreno inseguro.

Frank permaneció quieto, le lanzó una mirada rápida a Verónica, cuyo rostro lívido y su traje arrugado permanecieron inmóviles. Se volvió entonces a Alex.

—Alexito, ¿viene Eddy a buscarte a la puerta? —preguntó.

—Sí, debo bajar a encontrarme con él. Me llamará con el claxon de tu coche. Lo trae... —Alex se interrumpió ante las señas que le hacía Frank con desesperación para que guardara silencio.

Los interrumpió la campanilla de entrada. Ivette abrió la puerta en medio de la expectación general y una risa alegre llegó del vestíbulo: era Eddy. Frank trató de huir, Alex lo detuvo con firmeza y Verónica lo vio perder el color. Con la boca abierta observó cómo avanzaba el visitante.

—¡Frankie!... —y Eddy se echó a reír nuevamente.

—¡Eddy... Eddy... Eddy... no me veas! ¡Por favor, no me veas! Eddy, estoy muy viejo... ¡Qué horror que me veas!... ¡Siempre quise evitarlo! —gritó Frank, cubriéndose el rostro con las manos, y hecho un ovillo en el sofá en el que se había

dejado caer con violencia.

Eddy, de pie, continuó riendo. Era un hombre muy mayor, de cabello liso, delgado y con modales infantiles. La actitud de Frank le producía verdadero gozo y la risa ponía en peligro su equilibrio.

—¡Basta!... ¡Basta! Esto empieza a convertirse en histeria —gritó Alex.

Sus órdenes cayeron en el vacío, ya que Frank continuaba aullando como un loco:

—¡Eddy, no quiero que me veas! ¡No, no, no!... ¡estoy muy viejo!

La risa de Eddy se redobló; señalaba a Frank con el dedo y se estremecía con sus propias carcajadas.

—¡Lo mereces, niño perverso, niño terrible! —gritó Eddy, en el colmo de la alegría.

—¡Basta!... ¡Basta! —repitió Alex, haciendo un gesto de disgusto.

Eddy paró de reír a carcajadas, miró con sus ojos maliciosos a Verónica y le tendió la mano.

—Soy Eddy Carril, linda.

—Verónica... —contestó ella, asombrada todavía ante el efecto que su presencia había provocado en Frank.

Eddy, entonces, volvió a reír y su risa se llenó de hipos. Se dejó caer en el sofá al lado de Frank.

—¡Quítate las manos de la cara! ¡No seas ridículo! —le ordenó.

Frank se descubrió el rostro poco a poco y permaneció inmóvil, dispuesto a dejarse contemplar. Eddy lo miró, se quedó quieto, con el rostro vacío de risa, súbitamente trágico. Por sus ojos pasaron nubes melancólicas, como si hubiera retrocedido al tiempo de su infancia irrecuperable. Verónica pensó que iba a llorar, Frank, a su lado, respiraba con agitación, poseído por una angustia desconocida, como si la presencia de su amigo le trajera de un golpe la certeza de que los años habían pasado con una violencia devastadora para desfigurarle el rostro. Alex Lenz los observaba divertido, mientras se preparaba un *whisky*.

—Estoy muy viejo... muy viejo... —volvió a repetir Frank, ocultándose el rostro.

—Ya te dije que lo mereces. ¿Te acuerdas de nuestro viaje a Oriente?... ¡Cuántos chinos, qué horror! Y qué guerra me diste, Frankie. ¡Eras terrible y yo iba de luna de miel! No volvería a hacerlo Frankie... eras un demonio. ¿Te acuerdas? Cambiaste mi vida...

—¿Sigues casado? —preguntó Frank, interrumpiéndolo.

—¡Niño farsante! Mira qué cosas preguntas. Sabes muy bien que mi matrimonio es ¡in-di-so-lu-ble! Además, los dos somos felices casados...

Eddy hablaba como un niño: las eses las pronunciaba como zetas y el ceceo lo acompañaba con gestos circunspectos y bien educados. Era como si repitiera una lección, que a ratos le producía risa. Aprovechaba esos momentos de hilaridad para observar a sus interlocutores con el rabillo del ojo, para ver el efecto que producían sus palabras. De toda su persona se desprendía un aire melancólico, se diría que a su

alrededor flotaba una niebla y que Eddy andaba perdido en un bosque adusto. Dejó caer las manos y contempló el vacío unos segundos, perdido en algún recuerdo doloroso.

Miró a Frank con malicia y volvió a reír.

—Frankie, dicen que el tiempo todo lo arregla; pero al verte se diría que sólo lo desarregla. Bueno, ahora ya no podrás ser tan demonio como fuiste. Nadie podrá fiarse de tu cara... Mi mujer sigue riquísima, igual que tú. En cambio, yo estoy arruinado; pero me parece encantador no tener ya una fortuna.

—¿No opinas lo mismo, linda? —preguntó, dirigiéndose a Verónica.

—Sí... es realmente encantador... —contestó ella, desconcertada.

—¿Es tu mujer? —le preguntó Eddy a Frank, con aire infantil.

—¡No! Es solo una amiga. Yo también me casé, Eddy, y tengo cuatro niños.

Eddy depositó su vaso de *whisky* sobre la mesilla y miró a su amigo con severidad.

—¡Qué criatura terribles eres!... Siempre lo fuiste. ¿Te acuerdas de tu padre? ¡Pobre viejo, qué disgustos le diste! Te reprocho que hayas tenido hijos. Es ¡terrible!, ¡terrible! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué trajiste desdichados a este mundo?

—Mamá, la pobre, deseaba tanto tener nietos... —contestó Frank, con humildad.

—¡Ah! mamá... ¿Y cómo está tu mamá? ¿Siempre tan llena de alhajas?

—Siempre, tú conoces su debilidad por los diamantes.

—¡Qué si la conozco! Por esa manía estamos donde estamos... Bueno, ¿y tu padre? Todavía lo veo en aquellos días terribles...

—No hablemos de eso ahora —pidió Frank.

—Ahora es cuando tenemos que hablar, ya que yo me voy mañana de París. Esta ciudad me ahoga, nunca soporté que me llamaran meteco. ¡Nunca! Los pobres pastores suizos son menos majaderos...

—¿Qué dices? —protestó Alex, indignado.

—Lo que oyes, aunque a ti te hayan expulsado de Ginebra. Te advertí que anduvieras con cuidado y no organizaras esa fiesta —protestó Eddy, con gesto impertinente.

—Dices estupideces. Los suizos son calvinistas, puritanos y ¡odiosos! —gritó Alex.

—Dices estupideces. Los suizos son calvinistas, puritanos y ¡odiosos! —gritó Alex.

—Déjalo que chille. Nosotros hablaremos de lo nuestro: «Ah juventud divino tesoro, te vas para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer»... Rubén Darío. No está de moda, ¿y eso a mí que me importa? Tampoco está de moda Scott Fitzgerald... ¡Ah!, no pongas esa cara Frank. Yo le agradezco a Scott que nos haya incluido en esa magnífica novela. ¡Nos inmortalizó!

—Entonces ¿es verdad que lo conocieron? —preguntó Verónica, ansiosa.

—¡Claro, niña! Lo conocimos muy bien. Era guapísimo, un poco pálido, pero la

palidez le sentaba bien, con los cabellos tan rubios que tenía. Estaba loco por su mujer, también ¡guapísima! y loquísima. Yo lo conocí en la Riviera, en plena gloria, y lo encontré más tarde, ya derrotado, en el Beau Rivage de Lausanne. ¡Pobre Scott! Estaba deshecho, la locura de Zelda empeoraba. Era una verdadera tragedia, criatura. Este buen Dios que nos protege a todos, como dice la inocente, pero insoportable de mi madre, castiga siempre a los bellos. Pienso que les tiene envidia. ¿Por qué condenó a Zelda a la locura y a Scott a la tragedia?

—No hables más de Fitzgerald —gritó Frank.

—¡Déjame hablar de quien me dé la gana! ¿Te da miedo aparecer en su novela? Pues yo estoy muy orgulloso, nos hizo un favor. Cuando nos hayamos muerto seguiremos vivos en ese libro. ¿Qué más puedes pedir si eres un mediocre? Por tus actos, viejo demonio, merecerías estar en el libro de la infamia. Scott era adorable. ¿Ya olvidaste la lata que le daba tu padre?

—Me marchó. ¿Vienes o te quedas?— preguntó Alex, interrumpiendo a Eddy.

—¡Quédate, Alexito!— pidió Frank.

—Yo me quedaré un rato para darle gusto a esta niña; así podrá decir que conoció a dos personajes de Scott Fitzgerald —anunció Eddy, señalando con un gesto a Verónica.

Alex se retiró molesto. Se sintió incómodo en el momento en que Eddy habló de su expulsión de Suiza, y ahora temía que durante su ausencia volviera a hablar de aquel enojoso asunto. Antes de retirarse, Alex besó la mano a Verónica y les lanzó una mirada fulminante a sus amigos.

—Ahora que se fue ese pequeño judío hablaremos con tranquilidad. ¡Imagínate, está furioso porque lo expulsaron de Suiza! Cree que es una medida antisemita...— Eddy se echó a reír. —Cambia el tema Eddy... —suplicó Frank.

—¡No lo cambio! En alguna ocasión a mí también me expulsaron de un país y a ti, criatura perversa, te echaron de Inglaterra. ¡Dios mío, los países son insoportables! ¡Tanto lío por unas cartas! ¿Te acuerdas, Frankie?

—No me acuerdo de nada... No tengo tu memoria.

—Mira, linda, este grosero no quiere acordarse de cuando lo expulsaron del colegio, en Inglaterra. Son incidentes divertidos, pecadillos de juventud, travesuras; pero los mayores no comprenden a los niños malos. ¿Verdad, Frankie?

Frank, enojado, no contestó. Le disgustaba que Eddy hablara de aquellas cosas dirigiéndose a Verónica y se lamentó de haberlo retenido. Era capaz de hablar más de la cuenta. Debería haberse ido con él y con Alex; pero en el momento en que se marchó su amigo, no pensó que Verónica iba a ser un estorbo. La había olvidado.

—Me gustaría que ahora mismo, apareciera aquí tu padre, verías qué bien te acordabas de todo. ¿Sabes que nunca lo olvidé? Era un hombre muy guapo; claro que me odiaba... Estaba loco, creía que yo era el culpable de tus fechorías. ¡Si el pobre señor supiera la verdad! Dime ¿lo supo alguna vez? —preguntó Eddy, mirando a Frank con rencor.

Frank no contestó, se limitó a inclinar la cabeza y a mirar el suelo con recato, como si pidiera perdón. En el gesto y en las palabras de Eddy había una animosidad que sorprendió a Verónica. También los ojos del visitante se habían cargado de ira; era como si repentinamente hubiese recordado algo que lo lastimaba o que lo había lastimado en el pasado. Dejó caer sus manos delgadas e inútiles y se quedó abstraído en algún recuerdo terrible, que pareció paralizarlo. Luego, poco a poco, miró a Frank, con miedo. Su euforia y su seguridad de unos minutos antes desaparecieron para convertirlo en una especie de huérfano aterrado.

—Sí... tu padre me culpaba de tus faltas... Dime, ¿está vivo?... —preguntó con voz lenta.

—Murió el año pasado —aseguró Frank, con frialdad.

Verónica pensó que no olvidaría nunca a Eddy. En adelante diría: «eso ocurrió antes de conocer a Eddy» o «eso ocurrió después de conocer a Eddy». El personaje despedía un aire trágico casi insoportable, que la sumió en una melancolía desconocida. Hubiera querido adivinar su pasado, que de alguna manera misteriosa era ahora su presente. Eddy se volvió a ella y le acarició una mano. Se diría que había sentido que una corriente secreta los unía a los dos.

—¿Y Kat?... —preguntó Verónica, con ánimo de animar la conversación.

Eddy se volvió a mirarla con aire inquisitivo. Frank se revolvió, inquieto, en el sillón.

—Todavía me acuerdo de ella, Eddy... ¿Sabes?

—¡Cómo!, si dices que es la mujer más bella que has visto en tu vida —exclamó Verónica.

—¿Más bella que Zelda? —preguntó Eddy, con ironía.

—¡Mucho más! —afirmó Frank.

—¡Qué exagerado! —exclamó Eddy con aire divertido.

Frank se apresuró a servirle un *whisky* muy cargado. Se lo tendió con aire solícito.

—Bebe, Eddy, bebe por los buenos tiempos. Tú sabes que Kat fue mi gran amor. No la olvido; no la olvidaré nunca. Sé honrado, tampoco tú olvidas las fugas nocturnas a Ginebra... —le dijo con una voz tan humilde que Verónica lo miró asombrada.

—Sí, criatura, sí, Kat era una chica muy bonita, la más sexy y la más puta. Nunca olvidaré cómo caías delante de ella de rodillas. ¡Perverso!, lo que te excitaba no eran las fugas sino los regresos a Lausanne —dijo Eddy, apurando el *whisky*.

A partir de ese instante, Frank se dedicó a llenarle constantemente el vaso de *whisky* a Eddy, de manera que éste siempre lo tenía lleno. Acompañaba su gesto apurándolo: «Bebe, Eddy, por los viejos tiempos». Eddy bebía un vaso tras otro, hasta que Verónica vio que le costaba trabajo mantener la copa en la mano.

—Eddy, eres muy cruel conmigo. Yo estaba loco por Kat. La veo siempre que me acuesto con otra mujer, pero no es ella. ¡No, nunca es ella! —gimió Frank.

—¡Criatura, lo tuyo sólo era carne, carne, carne! Has sido tan perverso que

merecías el castigo que te impuso Kat: cortar las relaciones contigo. ¡Pobre Kat, fue una de tus víctimas; quizás la más castigada!

Eddy se interrumpió, un hipo nervioso le impidió continuar hablando, Verónica lo vio encojido por las contracciones y quiso hacer algo por él, pero Eddy movió sus manos débiles en señal de que todo sería inútil, mientras Frank contemplaba su agonía con indiferencia. Cuando logró calmarse anunció:

—¡Me voy, linda!

—¡Quédate!... ¡Quédate! —suplicó Frank. Corrió al rincón donde se hallaban las botellas de licor y le sirvió otro vaso colmado de *whisky*: —Esto te aliviará. ¡Bébelo! —ordenó.

Eddy bebió el vaso entero, sin respirar. «Qué hombre tan débil», pensó Verónica, al verlo hundido en el sofá. Frank desde su gran estatura parecía dominarlo por completo. Eddy parecía un niño asustado que se intoxicaba a gran velocidad.

Verónica se sintió aturdida. Eddy era un personaje inesperado, un hombre roto, una víctima terrible de alguna catástrofe secreta. Aprovechó el momento en que lo vio cerrar los ojos, para retirarse a dormir. Era mejor dejar solos a los dos amigos. «O a los dos enemigos», se dijo, mirando la actitud insolente de Frank, frente a aquel hombre vencido, hecho un delgado ovillo sobre el diván. Frank no hizo ningún gesto para retenerla. Su piel parecía muy oscura y sus labios más abultados, se diría poseído por una dicha cruel y vengativa. «Pobre Eddy... pobre, pobre...», se dijo antes de caer dormida. Entre sueños, en su cama de dosel verde, recordó Lausanne, el Beau Rivage, la ventana del comedor y la carita pegada a los vidrios. «Creo que estoy en un círculo de locos» y el sueño pesado se apoderó de ella.

La despertó Ivette, que le traía la bandeja con el desayuno.

—¿Ya vio el salón la señora? —preguntó con disgusto.

—No...

—¿Puede venir?...

Verónica se levantó atontada, cruzó la habitación de Frank y vio que la cama estaba intacta.

—El señor no ha vuelto —comentó Ivette, con gesto adusto.

Al entrar en el salón la hizo retroceder un olor agrio y podrido. Los sillones, la moqueta, los muros, estaban salpicados de vómitos. Los vasos yacían por tierra y los muebles en desorden. Permaneció mirando aquel desastre, muda e inmóvil; se diría que una multitud de borrachos había cometido aquellos destrozos. Ivette la miraba atónita.

—¡Abra usted las ventanas! —ordenó.

El aire invernal entró como una bocanada de vida nueva en aquel salón cargado de olores irrespirables. Sintió vergüenza delante de la criada; tal vez pensaba que también ella había tomado parte en la borrachera nocturna.

—No entiendo... —dijo con timidez.

¿Por qué sus días debían estar marcados por la infamia? El aire frío le trajo la

presencia de la casa en que había transcurrido su infancia. En esos días ordenados ignoraba la existencia de los vicios, las borracheras, los escándalos; su casa era un jardín tapiado en el que no se manifestaba nada que no fuera la inocencia de la dicha. Recordó el cielo azul, el perfume de la madreselva y la frescura de las rosas, y pensó que iba a llorar. «¿En dónde están ahora mis hermanos?», se preguntó, y no quiso imaginar que los había perdido. Sus ojos nublados por las lágrimas cayeron sobre el teléfono descolgado a un lado de la chimenea. Corrió a colocarlo en su sitio. «Alguien lo descolgó para que yo no pudiera comunicarme con el exterior», pensó asustada. «Antes nunca tuve miedo, pisaba tierra firme...»

—La conserje me dijo que al amanecer llegaron varios amigos, después salieron con el señor —explicó Ivette, con voz rencorosa.

—No los vi, no supe nada; yo estaba durmiendo...

Volvió a su habitación. «¡Ojalá que no vuelvan jamás!», se dijo. El olor del salón le produjo náuseas, se sintió presa en una red cada vez más estrecha, ¿qué podía hacer? Tomar un baño para deshacerse de aquel olor putrefacto y después salir a respirar el aire de la mañana fría. Sin más comentarios, abandonó la casa y temerosa se encaminó rumbo al piso de Florence; ella le daría la respuesta, quizás hasta aceptara escaparse con ella. Se acercó con cautela a las ventanas bajas, se puso de puntillas y espió el cuarto de su amiga, le pareció que se hallaba vacío; el colchón de la cama lucía sus rayas azules y blancas y el armario tenía las dos puertas abiertas. Casi sin respiración llamó a la portería.

—¿Qué desea? —le preguntó el conserje, enfundado en una vieja y estrecha americana gris.

—La señora Casas Grandes... —contestó ella, con temor.

—Se mudaron hoy. ¡Valiente gentuza!

—¿Sabe usted su nueva dirección?

—Gente como ellos nunca dejan la nueva dirección. Un automóvil elegante pasó a recogerlos a las diez de la mañana —contestó el hombre, con gesto despectivo.

—¿Un Mercedes claro? —preguntó ella, pensando en el coche de Frank.

—¡Eso es! Un Mercedes claro.

—Gracias...

Verónica se alejó del edificio seguida por la mirada vigilante del conserje. Caminó todo el día. Necesitaba reflexionar y el aire frío le prestaba fuerzas. No sabía qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Pensó en Geneviève, pero desechó la idea. «Es inútil, ella no me dirá nada.» Observó que empezaban a quitar los adornos de Navidad de los escaparates, habían pasado las fiestas y su amiga Geneviève no había dado señales de vida. «Muy derrotada debe verme» y este pensamiento la hizo reír. Al oscurecer regresó al piso. Ivette, desgredada por el trabajo, le abrió la puerta.

—He limpiado lo mejor que se pudo. ¿La señora no vio el retrete? ¡Qué asco!...

El piso se encontraba quieto y su inmovilidad le produjo terror. Debía irse de allí, ¿dónde? Aniquilada se retiró a su habitación; quizás llamaría a Geneviève.

Contempló las cortinas verdes silenciosas y los rincones helados. Se hacía tarde; Ivette se marcharía en unos minutos y ella debía pasar la noche sola en aquel piso inhóspito.

—La cena está lista en la cocina. ¿Puedo retirarme? Estoy muy cansada —dijo la vieja Ivette.

—Sí, márchese...

La escuchó partir. Salió de su cuarto y recorrió la casa de puntillas. El pasillo helado la dejó sin respiración, no se atrevió a entrar en el retrete de muros, muebles y piso rojo, tuvo la certeza de que algún ser demoniaco se ocultaba en aquel recinto estrecho. No quiso llegar a la cocina y regresó de prisa a su cuarto. Temblorosa repasó su carnet. «¿A quién podré llamar?», se preguntó angustiada. «A nadie.» Estaba sola en la ciudad, podía ocurrirle cualquier cosa y nadie se preocuparía de su suerte. «Tal vez Geneviève...» Desechó la idea. La seguridad de hallarse en un grave peligro la hizo reaccionar, debía superar el miedo. «Comeré algo...» y decidió entrar en la cocina. Rehizo el camino del pasillo, cruzó el umbral, nunca se había fijado en los sucios muros de azulejos de la cocina, ni en el techo manchado de humedad. Sobre la estufa había una cacerola que contenía un asado con patatas. Se sirvió las patatas, cogió un trozo de pan y antes de volver al salón miró por la puerta de hierro y vidrios hacia el patio interior. Le pareció que alguien la observaba desde las sombras y se quedó quieta. No podía asegurar la puerta, no sólo la cerradura estaba rota sino que faltaban dos vidrios. Con las rodillas flojas por el miedo volvió a cruzar el pasillo. «Espacio, no corras...», se dijo mientras avanzaba por las sombras heladas. Una vez en su habitación comió las patatas y el pan. «Esto no puede continuar así», se repitió. Debía esperar despierta el nuevo día, no iba a dormirse. En el piso no había libros, ni siquiera un periódico que la ayudara a soportar las largas horas de la noche. «¿Dónde estará Florence?...» Imposible cerrar las puertas de su habitación, Frank guardaba las llaves. Sentada en el borde de la cama esperó a que amaneciera espiando los ruidos extraños que producía aquel piso remodelado. Pensó en subir a visitar a Pierre Perrin y enseguida renunció a la idea, era absurda. Con el paso de las horas se le llenaron los ojos de arena y las piernas le pesaron como si llevara grillos; la noche no terminaba nunca. Tarde, muy tarde, escuchó que alguien daba vuelta a la cerradura de la puerta de entrada.

—Qué mala cara tiene la señora —exclamó Ivette, cuando ella salió a su encuentro.

—Ivette, voy a dormir un rato...

Aliviada por la presencia de la sirvienta, durmió hasta las cuatro de la tarde. Frank no dio señales de vida. Salió a caminar un rato, debía poner orden en su vida, tenía que arreglar sus papeles, conseguir la *carte de sejour*; entonces podría trabajar y perderse en la gran ciudad o emigrar a la provincia para evitar que Frank volviera a encontrarla. Necesitaba un poco de tiempo y de dinero. Más segura de sí misma regresó al piso, ya que carecía de otro lugar donde pasar la noche. Ivette la recibió

conciliadora.

—Le serviré un café caliente. Viene usted helada...

Bebió el café en el salón, avergonzada frente a Ivette, que la contemplaba con pena.

—Es extraño cómo ha desaparecido el señor... —aventuró la criada.

—Muy extraño... —se sentía incapaz de entablar un diálogo con la vieja que, de pie frente a ella, la contemplaba en silencio.

La noche transcurrió otra vez lenta y aterradora. Tenía la certeza de que alguien la espiaba desde las sombras del patio interior cuando iba a la cocina a servirse la cena y esta certeza le impidió dormir durante las noches siguientes. «Puede ser un gato...», se dijo al final, para consolarse. ¿Por qué la habían dejado sola todos al mismo tiempo? Se preguntó qué sería de Frank, de Alex, de Geneviève, de Lena, de Rory y de Eddy, y se quedó perpleja. No dormía y la llegada de Ivette la consolaba de su terror nocturno.

Durante el día, después de dormir un rato, dedicaba el tiempo a arreglar sus papeles. No era nada fácil conseguir *carte de séjour* a pesar de la amabilidad de los funcionarios, que la trataban con consideración, como si continuara siendo la persona que había sido en otro tiempo. La consolaba la belleza de la ciudad. Empezaba a admirar la nobleza de sus piedras y la hermosura de sus plazas desnudas de hojas. Rondaba los alrededores del Palais de Justice y se detenía largo rato ante los puestos de sellos y de pájaros. Era misterioso el invierno. ¿Adónde se iba lo verde? Recordaba las hojas que caían en otoño y dibujaban trazos misteriosos en el aire hasta alcanzar el suelo para sembrar a las calzadas de rumores dorados. De los troncos negros de los árboles brotaba una humedad purificadora y ella sabía que preparaban el milagro de los retoños tiernos. Imaginaba los jugos que subían de la tierra para esparcirse desde el tronco hasta las ramas más delgadas preparando la milagrosa alquimia verde de la primavera. «Cuando florezca el primer castaño en las Tullerías tendré mi *carte de séjour*, y entonces le daré un nuevo rumbo a mi vida.» Debía ser como los árboles que fabrican milagros dentro de su oscura apariencia invernal. El frío la hacía caminar de prisa, era un buen síntoma que tratara de arreglar su vida en vez de pensar en el suicidio. Frank le había hecho un gran favor con su desaparición. «Espero no volver a verlo nunca más», se dijo al recordarlo. El piso estaba pagado hasta el quince de febrero, tenía pues algunas semanas de ventaja. «Es increíble, la Nochebuena paso sin que yo la notara.» También habían pasado en silencio las demás fiestas. Frank había ignorado esas fechas y el terror que el hombre le inspiraba había provocado que también ella las olvidara. Ahora le quedaban tres semanas. «Veintiún días», se dijo aliviada.

En la noche se sirvió la cena y se dirigió a su habitación. El silencio del piso era atronador, detuvo la cuchara que se llevaba a la boca pues sintió que alguien se aproximaba. Esperó tensa, sintiendo que su corazón galopaba desbocado dentro de su pecho. La puerta se entreabrió para dar paso a Guy, cuya presencia en el cuarto de

criados había olvidado por completo. El muchacho sonrió al ver su expresión aterrada.

—Veronica, me pregunto si puede obsequiarme un plato de sopa caliente... Allá arriba hace tanto frío... —dijo el muchacho, que continuaba metido en su *sweater* negro y que tiritaba de nervios.

Lo miró con incredulidad. ¿Por qué se presentaba a romper su calma? Empezaba a vivir en un tiempo nuevo, ya no la aterraba su completa falta de dinero, estaba más tranquila y sólo el pensamiento de que Frank podía reaparecer en cualquier instante la ponía fuera de sí; por eso procuraba imaginar que había desaparecido para siempre. La súbita e inesperada presencia de Guy era el anuncio de nuevas desdichas. Depositó la cuchara en el plato, ya era muy tarde. Ivette se había marchado dos horas antes y la presencia de aquel pequeño homosexual la aterró. No quiso mostrar miedo.

—¿Cómo entró usted a la casa? —le preguntó.

Guy hizo un gesto indicando la cocina.

—Por la puerta de atrás, la cerradura está rota —le dijo sonriendo.

—Lo había olvidado...

—Frank la rompió para que yo pudiera entrar a servirme la comida sin molestar —le aclaró Guy, con la sonrisa en los labios.

Verónica no hizo ningún comentario, juntos se dirigieron a la cocina y ella le sirvió una ración de la comida preparada por Ivette. Volvieron al salón y Guy comió la sopa caliente, el pan y algunos trozos de carne del asado preparado por la criada. El muchacho comía con apetito y de vez en vez le lanzaba miradas maliciosas a la mujer.

—¿Ha visto usted a Frank...? —le preguntó con la boca llena.

—No... —¿Sabe usted adónde se fue? —No...

Guy continuó comiendo. Verónica tenía poco que decirle y él pareció darse cuenta de la poca importancia que tenía para ella su presencia en el cuarto de criados. Tal vez debería decirle lo que ella ignoraba de Frank, sería una manera de vengarse de su egoísmo y de su frialdad. Sólo le interesaba ella misma, lo dejaba comer con el mismo gesto con el que dejaría comer a un animal hambriento. Alex le repetía: «Te equivocas, Verónica no tiene un céntimo». Tal vez Alex estaba equivocado y la mujer escondía una fuerte suma de dinero en algún banco. Él podría despertar en ella un sentimiento que la obligara a gastar un poco de dinero... Le hablaría de Frank.

—Parece que Frank se fue con una amiga. ¿Quiere que lo investigue?

Verónica lo miró con indiferencia, y encendió un cigarrillo. Quería explicarle a aquel chico que nada que se refiriera a Frank le interesaba. Lo miró con ironía y sonrió.

—¿Para qué quiere investigarlo? —preguntó.

La Campanilla de la puerta de entrada los sobresaltó, «¡Dios mío, es él!», se dijo Verónica, descorazonada, mientras que Guy saltó para abrir la puerta de entrada. Lo vio reaparecer en el salón acompañado de Alex. El pequeño Alex venía

descompuesto, se lanzó sobre ella para besarle la mano.

—Querida... querida Verónica. ¿Qué vamos a hacer? ¡Esa loca!... ¡Esa ninfómana! Yo lo sabía... Ahora hay que librar a Frank de sus garras, lo dejará sin\_un penique. ¿Sabe que le quitó el automóvil a Beto y a Jaime para irse con ella a la Saboya? —gritó Alex, conmocionado.

El nombre de Beto la dejó aturdida. Si Alex no hubiera agregado el de Jaime, no lo hubiera relacionado con aquel imbécil que conoció en Florencia. ¿Y Alex por qué hablaba de ambos con esa familiaridad? Seguramente eran viejos amigos y ella lo ignoraba. Trató de disimular su sorpresa.

—¿Se fue con Lena?, creí que se había marchado con su viejo camarada Eddy —repuso Verónica.

—¡Imposible! Eddy tiene su vida arreglada, no necesita complicársela con ese histórico —afirmó Alex, con voz severa.

—¿Y Geneviève?... —preguntó Verónica.

—¡Ah! la vieja alcahueta estará comprando los materiales para terminar el techo del castillo de esa mujerzuela —clamó Alex.

-Terminará mal. ¡Muy mal! Este asunto no me gusta nada. No creo que Frank les haya dado el dinero. ¡Es un tacaño! Lo veremos pronto por aquí —anunció Guy, con ira.

Ante la frialdad de Verónica, Alex trató de arreglar su gesto alarmado, ocupó un sillón cerca de la chimenea y opinó que sería encantador encender un fuego. ¡Era una verdadera lástima que en aquel piso no existiera una reserva de leña! Se puso de pie, se sirvió un *whisky* y trató de llevar la conversación a terrenos más elevados. ¿Cuáles eran los escritores favoritos de Verónica? La mujer no supo qué contestar. En realidad ignoraba a los pintores, a los músicos y a los escritores de moda.

—Lena tuvo un *affaire* escandaloso con Malthus, un pintor de moda... ¡Muy perverso! En realidad ella era simplemente su criada. Lo chantajeó; por eso posee ese castillo en ruinas. ¿Lo sabía, querida Verónica? —le preguntó Alex.

-No, ignoro todo lo referente a Lena. Ni siquiera sabía de su existencia, aquí Geneviève y Frank dijeron que era el emblema de la pureza —contestó ella, mientras se preguntaba «¿A qué vendrá este teatro montado por los dos?...» y enseguida: «¿A qué hora pensarán marcharse?» Tuvo la impresión de que se hallaban allí por órdenes de Frank y los miró con temor. No diría nada, sería prudente, los dejaría charlar aunque subieran la voz como lo hacía Alex en aquel momento. Pensó que todos habían desaparecido al mismo tiempo que desapareció Frank y que si ahora reaparecían esos dos, pronto vería a Rory, a Beto, a Jaime y a Eddy.

—¡Frank está loco!... ¡Loco!... ¡Loco! —aulló Guy, con un vozarrón inesperado.

—No te excites así. ¡Calla! ¡Calla! —gritó a su vez Alex.

—¡Le quitó el automóvil a Beto para dárselo a esa mujer! —gritó Guy, con más fuerza. Alex se levantó indignado y se dirigió al muchacho. Era la imagen de la ira cuando le plantó dos bofetadas en el rostro. Guy aulló con más fuerza y Alex lanzó su

vaso de *whisky* contra la chimenea.

—Eran dos turistas, Beto y Jaime, se los había dejado por unos días... —rugió Guy.

—¿Y qué saben ese par de imbéciles de Chantilly y de Leonardo? —contestó Alex, levantando la voz hasta alcanzar un volumen impensable en su pequeño cuerpo.

Ante la mirada atónita de Verónica, la riña continuó durante algunos minutos. Espantada vio cómo Guy, de pie, lanzaba un sillón contra uno de los muros y Alex estrellaba la botella de *whisky* contra la chimenea. Unos campanillazos severos los dejaron quietos. Alex corrió a abrir la puerta.

—Hagan el favor de no armar escándalos. Los vecinos duermen —dijo la voz áspera de la conserje.

Verónica se acercó a la puerta seguida de Guy, que repentinamente había perdido la ira.

—Perdone... perdone... Estábamos jugando... y rompimos una botella —murmuró Verónica.

—Sí, levantábamos con dos dedos un sillón... Era una apuesta —afirmó Guy.

—Señora, perdone usted a estos tres tontos —dijo Alex, depositando en la mano de la mujer un billete de cien francos.

La mujer lo miró sorprendida e hizo el gesto de rehusarlo.

—Por favor, por favor, señora, la he molestado muchas veces al irme de esta casa tan tarde —insistió Guy, con aire mundano. La mujer aceptó la propina.

—Jueguen sin hacer ruido... —les dijo.

—La señora está sola hace ya algunos días y deseábamos divertirla —agregó Alex.

—Sí, sí, ya lo sé que está sola la pequeña señora —dijo enternecida la conserje.

Los tres la vieron bajar las escaleras, luego cerraron la puerta y volvieron al salón.

—¡Vieja bruja! —exclamó Guy.

—¡Cien francos! Alex, usted está loco, creía que la mujer iba a desmayarse. Desde luego no lo olvidará nunca —afirmó Verónica.

Alex, dueño de sí mismo, buscó entre las botellas que Frank había dejado y se sirvió nuevamente un vaso de *whisky*. Lo bebió con parsimonia y le ordenó a Guy que recogiera los vidrios del vaso y de la botella que él había estrellado un rato antes. Después anunció con calma:

—Ahora que el salón está en calma y en orden, podemos jugar a las cartas rusas.

Con naturalidad se dirigió al cuarto que había sido de Frank y buscó allí papel y lápices. Volvió al salón y con parsimonia repartió las hojas mientras iba explicando el juego. Sólo podía jugarse en pareja, de manera que mientras él y Verónica escribían las preguntas y respuestas, Guy esperaba su turno. Después jugarían Verónica y Guy, Alex y Guy, y así sucesivamente. El juego resultó divertido y sin que se dieran cuenta la noche transcurrió con velocidad. Al amanecer, Guy se dirigió a la cocina para recalentar los restos de la cena que había preparado Ivette. Alex observó con

benevolencia a Verónica.

—Querida, ¿ha leído usted a Evelyn Waugh?

—No —contestó Verónica, sorprendida.

—Sería muy conveniente que usted lo leyera, es un escritor magnífico. Se dijo mucho que sus personajes están en clave, aunque en realidad todos los personajes de todas las novelas alguna vez han existido...

—¿Por qué en clave?— preguntó ella.

—Le recomiendo su lectura; después podremos charlar con más facilidad. Es usted la criatura más crédula que jamás he conocido... ¿Sabe?, pienso escribir una novela en que usted sea el personaje. ¡Sería absolutamente delicioso! —afirmó, y se echó a reír con una de aquellas risas suyas tan peculiares e inquietantes.

—¿De qué hablan? —preguntó Guy, volviendo con tres platos servidos. De Evelyn Waugh —contestó Alex.

Cenaron la poca comida que restaba y luego permanecieron quietos. Una tristeza colectiva cayó sobre el pequeño grupo. Eran tres fracasados, tres miserables unidos no por la desdicha sino por aquel enigmático personaje llamado Frank. ¿Por qué su ausencia había provocado aquella ira en sus dos amigos? Verónica los contempló en silencio, ella sabía que se trataba del dinero de Frank lo que los había vuelto casi locos. El dinero no había sido para ellos sino para aquella extraña mujer llamada Lena, llegada a su casa conducida por Geneviève. ¿Y su amiga, participaría también en la ganancia? Se lo preguntaría a Ivette.

—Geneviève es una mujer que huele el dinero —dijo Alex, interrumpiendo sus pensamientos.

—Vive de los errores de los demás —concluyó Guy, como si conociera a su amiga mejor que ella misma.

—¿Por qué dice eso Guy?... —preguntó Verónica, asombrada.

—¿No sabe que el chantaje existe? Verdaderamente es usted una niña— exclamó Alex, dando una palmada y poniéndose de pie. Se acercó a la ventana, corrió un poco la cortina y contempló la mañana oscura y húmeda. Se volvió, miró con fijeza a Verónica y exclamó con énfasis:

—Es necesario que lea usted a Evelyn Waugh. Mañana buscaré sus libros, espero que no estén agotados. Hace cinco años los veía en todas las librerías —explicó Alex, y empezó a reír con malicia.

—Frank me hablaba de ese autor, lo citaba con frecuencia, especialmente *Brideshead Revisited*... —recordó Verónica.

—¡Qué cínico!... —y Alex rio con más energía.

Verónica se sintió incómoda, tuvo la sensación de que todos la engañaban, hablaban en clave, empezaban una frase y se detenían antes de terminarla para ver el efecto que producía. Recordó a Florence: «Pertenece a una secta perversa», y deseó que se retiraran sus dos visitantes. Pero, ¿cómo decírselo? Alex vio su fatiga, era perspicaz y trataba de no resultar pesado nunca. Se puso de pie y preguntó con

cortesía.

—Querida ¿usted desayuna siempre?

—Sí...

—Entonces invítenos. La buena Ivette no tardará en llegar.

Guy consultó el reloj pulsera de Alex y pareció asombrarse, el día los había sorprendido en el piso de Verónica. Ésta Permaneció muda: «Vivo al revés, despierta de noche y dormida de día», se dijo con indiferencia. Alex volvió a reír con entusiasmo y dio varios paseos por el salón helado. La larga velada le había dado un tinte terroso a su rostro enjuto, de pómulos marcados y ojos azules ligeramente oblicuos. Ninguno de los tres pareció sorprenderse por la llegada de Ivette, que apareció frente a ellos con aire de asombro.

—Querida Ivette, hemos pasado la noche jugando a las cartas rusas. ¿Sería tan amable de ofrecernos una taza de café? —le preguntó Alex, con voz untuosa.

—Como ordena la señora...

—Por favor, estamos aquí desde...

—Las nueve y media de la noche —terminó Guy.

Alex consultó su reloj y movió la cabeza.

—Hace exactamente once horas. Necesitamos un café.

Apenas hubieron desayunado los dos amigos abandonaron el piso de Verónica. Ésta se dirigió a su cuarto, necesitaba dormir. Se dejó caer en la cama y de pronto las revelaciones de Alex y de Guy la dejaron perpleja: «Frank está con Lena...» Le pareció absurdo que hubiera buscado la compañía de aquel personaje dudoso. «Geneviève es increíble...» Recordó el rostro de su amiga y no encontró ninguna razón para que hubiera llevado a Lena a su casa. «¿Qué se proponía?... ¿Obtener dinero?» Sin atreverse a afirmar que Geneviève perseguía intereses económicos, se quedó dormida. Despertó muy tarde, Ivette ya había partido y la soledad y el silencio de aquel piso hostil le cayó encima llenándola de terror. ¿Que hago aquí? ¿Cómo he llegado a este cuarto?, se preguntó desesperada. Nadie iba a darle la respuesta y permaneció quieta en la cama, sin atreverse a dirigirse a la cocina. No podía recordar nada; su vida pasada se había esfumado como una voluta de humo y apenas tenía la sensación de haber pertenecido alguna vez a una casa y a una familia. La soledad y el miedo le dejaban la mente en blanco, lista únicamente para escuchar los ruidos de la casa, que crecían a medida que ella agudizaba el oído. Cuando había gente las paredes y los muebles permanecían en silencio; pero apenas se quedaba ella sola, empezaban aquel baile frenético y ruidoso.

Deseó la presencia de Alex y de Guy. Con la frente perlada por un sudor frío que la inmovilizó, esperó en vano su llegada, ya que ninguno de los dos apareció para hacerle compañía. Se reprochó el no haber sido más amable con ellos; mientras, la noche avanzaba con lentitud. Al amanecer cer quiso dirigirse a la cocina, pero sus piernas temblorosas no la obedecieron. La seguridad de que algo muy grave sucedía, le produjo un dolor en el pecho y trató de no hacer ningún movimiento. Quería caer

dormida para que la catástrofe que se aproximaba no la sorprendiera en estado consciente. Su deseo intenso de encontrar el sueño le produjo la sensación de tener arenas dentro de los ojos. «Mañana buscaré *Brideshead Revisited*...» La sorprendió la llegada de Ivette.

—¡Ivette!... ¡Qué alegría verla! —gritó, cuando la criada asomó el rostro por la puerta de su habitación.

La mujer fue a sentarse a la orilla de la cama.

—La señora no ha dormido, debe tratar de dormir de noche. ¿Por qué no se levanta ahora y sale a caminar? El aire frío le hará mucho bien, ahuyenta a los fantasmas —le aconsejó con voz maternal.

Verónica se echó a llorar. Escondió el rostro en las almohadas, ahogada por los sollozos.

—Vamos, la señora está nerviosa, lo comprendo, también yo lo estaría... La señora es muy joven, puede arreglar su vida ahora que ese individuo ha desaparecido —le dijo Ivette, mientras le pasaba la mano por los cabellos revueltos.

—Tiene usted razón... —contestó ella, en medio de los sollozos que la sacudían.

Ivette salió para volver con el desayuno caliente y ambas desayunaron mientras hablaban de cosas triviales, para evitar el tema de la vida rota de Verónica. La cocinera la contemplaba con incredulidad: «¿Cómo ha permitido llegar a esta situación?», se preguntaba, sorprendida ante la magnitud de la tragedia de Verónica. Le hubiera gustado preguntarle si no podía recurrir a su familia; pero el temor de ser indiscreta la obligó a callar y a compartir el desayuno y la charla intrascendente de su ama. Después la ayudó a tomar un baño caliente y la obligó a salir a la calle.

Verónica deambuló por la avenida, no llevaba ningún rumbo, el aire frío le golpeaba el rostro y la limpiaba del terror pasado la noche anterior. Recordó que de niña, cuando tenía miedo, atravesaba corriendo las habitaciones de su casa para llegar al cuarto de su padre. Una vez allí, se lanzaba a la cama de pilares oscuros y dormía protegida por las espaldas anchas de su padre, que a ella le parecían el muro de la seguridad perfecta. Ese milagro no se había repetido jamás, ni en su vida de casada ni ahora que vagabundeaba sin rumbo por ciudades extranjeras. «Empecé a tener miedo cuando me casé», se dijo, recordando aquellas noches interminables en la soledad de la casa de su marido, de muros oscuros y muebles antiguos, en la cual se hallaba extraña y sola. «Eran días horribles...», se dijo y no sintió haber abandonado el caserón oscuro y la presencia hostil de aquel hombre. Disminuyó el paso, el recuerdo de aquella casa la calmó, era más feliz ahora, sola, que en compañía de su marido. «Tiene razón Ivette, empezaré mi vida...» se dijo, al encaminarse hacia el piso que la llenaba de pavor. La sirvienta la recibió con alegría; comieron juntas en el salón y la criada trató de divertirla imitando a Geneviève. Verónica le preguntó entonces de dónde sacaba el dinero para la comida.

—De mi bolsillo. Ya me lo pagará el señor cuando aparezca o la señora cuando lo tenga —contestó Ivette, con simplicidad.

—Yo no me debería haber casado. Debí continuar mis estudios y trabajar. ¡Fue una locura! —le confió a la criada.

—Por lo general las mujeres se casan jóvenes. Es lo normal... yo no me casé nunca porque no encontré a un hombre que me satisficiera y ahora, al ver a la señora, me felicito de mi soltería.

—Sí, se casan, pero no con maridos como el mío... —murmuró Verónica, en voz baja.

Ambas guardaron silencio, cuando hubieron terminado de comer Ivette le ordenó salir otra vez a la calle y caminar sin descanso, para conciliar el sueño por la noche. Verónica la obedeció en silencio. Estaba acostumbrada a obedecer y caminó otra vez sin rumbo fijo. La belleza de la ciudad la compensaba de su desdicha. Era mejor no recordar absolutamente nada. Llegó al Louvre y contempló la perfección de sus muros de piedra. Tenía frío, los caminillos de las Tullerías estaban cristalizados y el ruido de sus pasos sobre la delgada capa de hielo la hicieron pensar en la fragilidad de las cosas delicadas. Tuvo miedo de haberse convertido en algo tan frágil como aquella delgada capa de hielo. «Me romperé como ella...», murmuró, sin advertir que algunos paseantes la miraban con curiosidad. Empezaba a caer la noche cuando decidió volver al piso. Le abrió Ivette, con gesto alarmado. —Ahí está esa... —le dijo en voz muy baja.

Desconcertada entró en salón para enfrentarse con una Geneviève aterrorizada, que al verla se puso de pie de un salto y corrió a su encuentro.

—Querida, querida, ¡cómo ha tardado usted! Me estaba volviendo loca... —exclamó, al mismo tiempo que la besaba en ambas mejillas.

—¿Que sucede? —preguntó Verónica, aterrada.

Geneviève la arrastró hasta el fondo del salón, parecía muy vieja, con las espaldas dobladas y la mirada furtiva.

—¿No ha venido nadie?... —preguntó en voz muy baja.

—No. Nadie.

—Llegarán pronto... A mí me buscaron hoy a la una de la tarde. Debía identificar el cuerpo. ¿Comprende? Me llevaron y lo identifiqué... ¡Ah!, es horrible... Llegará su turno. Le suplico que no trate de esconderse ni de mentir, están al corriente de todo. ¡Absolutamente de todo!

—No entiendo... ¿de cuál cuerpo me habla usted, Geneviève? ¿Qué ha sucedido? —preguntó aterrada.

Geneviève se dejó caer en un sillón, miró al suelo y después de unos instantes musitó:

—De Frank, por supuesto... Lo encontraron esta mañana en la Vallée de Chevreuse. \_No se sabe si se suicidó o lo mataron. Yo creo que se suicidó. ¡Es increíble, absolutamente increíble! Un hombre tan rico, todavía joven, con la vida por delante... Lena y yo cenamos con él apenas anteanoche. Nos invitó a su hotel y estuvo muy amable; después de cenar nos llevó a la casa y luego ¡nada! No supo de él

hasta esta mañana. ¡Qué horror, toda la noche tirado en ese bosque y todo el día y otra vez toda una noche. Lena está postrada. Nos había dicho que estaba en el hotel para reflexionar sobre su vida...

—¿Cual hotel? —preguntó Verónica, asustada.

—El «Rafael» querida. Ayer le llamamos por la mañana y nos contestaron que el señor no había regresado. Por la noche tampoco había vuelto, insistimos en llamarlo y de pronto hoy, a la una de la tarde, nos visitó la policía... No entendemos, no podemos entender lo que le ha sucedido...

—¿Y por qué justamente a usted y a Lena las visitó la policía?... —preguntó Verónica, que no podía dar crédito a las palabras de su amiga.

—La Administración del hotel le proporcionó a la policía nuestro número de teléfono. Él nos llamaba todos los días con gran puntualidad. Al ver que no aparecía dieron parte a las autoridades y éstas llegaron a nosotras... ¡Qué horror!

Geneviève hablaba sin levantar la vista del suelo, su rostro envejecido estaba profundamente pálido y su tono de voz era bajo y monótono, como si recitara un cuento de horror que hubiera aprendido de memoria. Verónica la contemplaba con incredulidad: «No, no puedo tener tan mala suerte, sospecharán de mí», se dijo aterrada, Y sintió que el salón hostil giraba en torno suyo amenazándola con sus muros espantosamente blancos.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez? —escuchó decir a Geneviève.

—No sé... Creo que hace tres semanas... —contestó con voz temblorosa.

—¿Está usted segura? En estos casos siempre es mejor decir toda la verdad —aconsejó la voz cansada de Geneviève.

—Estoy completamente segura. Ivette lo sabe...

—Sí, pero Ivette se va por las noches —dijo Geneviève, con malevolencia.

—Es verdad... se va por las noches...

—¿Qué le va usted a decir a la policía cuando la lleven a identificar el cadáver?

—No lo sé... Tendré que identificarlo, me supongo —contestó Verónica, tratando de apretar las mandíbulas para dominar el temblor nervioso que se había apoderado de ella.

—Eso mismo. Trate de estar tranquila. Mientras más pronto se resuelva este asunto mejor para todos... aunque me temo que usted es la que corre peligro, ya que él vivía con ¡usted! Lo encontraron rápidamente por el automóvil... Un coche estacionado durante dos días en un camino vecinal llama la atención. Creo que debo irme inmediatamente, no convendría que las autoridades nos encontraran de charla. ¡Dios mío, creo que voy a tener un ataque al hígado!

Geneviève se puso de pie, se calzó los guantes con nerviosismo, se mordió la boca y se acercó a Verónica.

—No le confíe nada a Ivette. Yo no le conté nada. ¡Nada! Espere con serenidad, identifique el cadáver y luego todos trataremos de ayudarla. ¿Comprende, querida?

Se inclinó y besó a Verónica en la frente, al mismo tiempo que le hacía señas para

que no se levantara de su asiento. Necesitaba irse sin hacer ruido. Verónica vio su figura alta gris y ligeramente encorvada buscando la puerta de salida con pasos furtivos, y permaneció anonadada en el sillón. Cuando escuchó el ruido de la puerta que se cerraba con suavidad, gritó histérica:

—¡Es el fin! ¡El fin!... ¡Mi fin!

Ivette acudió a su lado, venía trémula.

—¿Qué pasa, señora?

—Frank ha muerto. Lo encontraron muerto, no se sabe si se suicidó o si lo mataron —dijo con voz exasperada.

—¿Muerto?... Suicidio, no. No era el tipo de hombre que se suicida. Lo habrán matado —dijo Ivette, pesando sus palabras.

Verónica la miró aterrada.

—Ivette, si no se mató significa que existe un asesino...

—Sí, señora, eso significa. El asesino debe estarnos vigilando. Es curioso, ayer tuve miedo cuando me dirigí a mi casa. Y esta mañana tenía prisa por llegar aquí; sentía que la señora se hallaba en peligro.

Las dos mujeres callaron unos minutos, después Verónica le narró su conversación con Geneviève. Ivette la escuchó preocupada, extendió una de sus manos gastadas por el trabajo y señaló a su ama.

—¡La han elegido de culpable! Será mejor obedecer sus órdenes, reconocer el cadáver y callar. Esa zorra vino a amenazarla. ¿Cuándo sucedió el crimen? —preguntó excitada.

—Antes de anoche... —contestó Verónica, poseída por un temblor incontrolable.

—Antes de anoche... Vamos a ver, ¿qué no fue cuando estuvieron aquí Alex y Guy?

—Sí, llegaron a las nueve y media de la noche... No, Guy llegó primero —confirmó Verónica, cada vez más temblorosa.

—Entonces, la señora tiene una coartada. ¡Bendito sea Dios! Ese par de vagabundos ha hecho algo bueno en su perra vida... ¡Ah!, ¿recuerda la señora que por la mañana hicieron hincapié en la hora en la que habían llegado?... Fstoy pensando que vinieron con algún propósito, tal vez el de ayudarse o de ayudar a la señora. Fste asunto no me gusta... —dijo Ivette, con seriedad.

—¿Usted cree que sabían lo que iba a ocurrir?

—No sé, pero algo sospechaban. No habían vuelto desde que desapareció el señor y de pronto esa visita tan prolongada...

La campanilla de la puerta sobresaltó a las dos mujeres, que se miraron asustadas. Ninguna de las dos se movió. Un nuevo repique más enérgico provocó que Ivette se pusiera de pie para dirigirse a la puerta de entrada. Antes de desaparecer le recomendó a Verónica en voz muy baja.

—Siga las instrucciones de la zorra de Geneviève.

Ivette abrió la puerta, dos hombres le mostraron unas credenciales, la hicieron a

un lado y entraron.

—¡Policía! —dijeron a coro.

Verónica se puso de pie, abrió los ojos y perdió el color de una manera alarmante.

—¿Policía? —murmuró.

Ivette entró tras ellos y sin discreción le hizo señas de que se calmara.

—¿La señora Verónica? Necesitamos hablar a solas con usted —dijeron a coro los dos hombres.

—Brigada Criminal —explicó el más joven.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... No entiendo nada... Ivette, déjenos... —ordenó Verónica, con voz débil. La cocinera abandonó el salón con gesto resignado, mientras Verónica les ofrecía, en vano, asiento a sus dos visitantes, que la observaban con fijeza.

—¿Conoce usted al señor Francisco B. Luengo? —preguntó el más alto de los dos hombres. Verónica contempló sus ojos claros, su traje usado cubierto por un abrigo viejo y sus cabellos castaños sembrados de canas. ¿De manera que aquel hombre estaba destinado a castigar el crimen? Bajo su mirada imperturbable, se sintió llena de culpas: iban a detenerla, por su complicidad en el crimen del Lago Mayor. Ella sabía que un crimen no puede quedar impune. Se sintió aliviada.

—Sí, conozco a Francisco B. Luengo. Vivió en esta casa hasta hace tres semanas —contestó.

—¿Amante suyo? —preguntó el otro hombre, aguzando los labios como un animal de caza.

—Sí, aunque reñimos mucho...

—Dijo usted: vivió; entonces, ya no vive aquí —afirmó el primer policía.

—Dije vivía, porque se fue de este piso hace tres semanas.

—¿Qué lo movió a marcharse de aquí? —preguntó el policía, más joven.

—Lo ignoro, simplemente cuando desperté ya se había ido...

—¿Lo ha vuelto a ver desde entonces?

—No. Ignoro su paradero... —mintió Verónica, con voz asustada.

—¿Lo ignora? ¿Ignora usted lo sucedido? ¿Está usted segura? —preguntó el viejo policía, con voz severa.

Verónica guardó silencio: «¿Les diré que Geneviève vino a avisarme su muerte?» Se estrechó las manos y notó que las tenía demasiado frías. Escuchó que le repetían la pregunta varias veces: «¿Ignora usted lo sucedido?» «¿Está usted segura?»... «¿Ignora usted lo sucedido?»... La voz del hombre se convirtió en un silbido agudo y se sintió perdida bajo aquellos cuatro ojos que la miraban con dureza.

—No... no lo ignoro. Alguien vino hace un rato a decirme que había muerto.

—¿Quién es ese alguien? —preguntó el hombre más joven, levantando la voz.

—Una amiga, estaba muy asustada, parece que ustedes ya la entrevistaron...

—¡El nombre! ¡El nombre! —exigió el hombre viejo.

—¿Cómo empleó usted la noche antepasada? —saltó el policía joven, sin darle

tiempo a contestar la pregunta de su compañero.

—Anteanoche... La pasé aquí con dos amigos de Frank.

—Los nombres, el de su amiga y los de los amigos de Frank —exigió el policía viejo.

Verónica guardó silencio, dudaba en dar los nombres de Geneviève, Alex y Guy. Al final los pronunció en voz baja, estaba aturdida, hubiera deseado que Ivette se hallara a su lado. ¿Qué le había dicho? «Geneviève busca culparla a usted.» No lo entendía.

—¿Trabaja usted? —escuchó la pregunta sin comprenderla.

¿A quién podía importarle que trabajara? Levantó la vista y miró los rostros de los dos hombres que la observaban con ansiedad.

—No... No tengo permiso de trabajo...

Después, las preguntas cayeron sobre ella como una lluvia tupida que la sumergía en un mar de confusiones. No supo lo que contestó, miraba a uno y otro sin descanso, asombrada de su velocidad de palabra y de su sorprendente curiosidad. Recordó: «Los curiosos viven poco» y quiso decírselo, pero guardó silencio. Era mejor contestar a sus preguntas copiosas y adoptar un aire dócil. Se escuchó diciendo:

—Guy vive aquí, en el cuarto de servicio.

—Ve a buscarle —ordenó el policía viejo al hombre más joven.

Verónica lo vio desaparecer, se sintió aterrada.

—¿Puedo fumar?

El policía le ofreció un pitillo y la contempló con curiosidad.

—Vamos a ver. ¿Desde cuándo conoce usted a ese Guy? —preguntó con calma.

—Hace poco tiempo, me lo presentó Alex, el amigo de Frank. Él lo trajo a vivir aquí, pues no tiene casa...

—¿La visita a usted con frecuencia?

—No. Venía cuando estaba aquí Frank... Aunque en verdad vino muy pocas veces y no volvió hasta anteanoche...

El policía dio unos pasos por el salón, aspiró el humo de su cigarrillo y preguntó con una nueva inflexión de voz.

—¿Cómo y adónde conoció usted a Frank?

—¿A Frank... Me lo presentó mi marido, son muy amigos...

—¿Son muy amigos? —preguntó extrañado el policía.

—Sí... Bueno, no sé si últimamente hayan reñido —afirmó con voz débil y asustada de sus palabras.

—¿Qué hacía Frank cuando usted lo conoció?

—A veces vivía con su madre y a veces con su mujer... No estoy muy segura.

La entrada del policía joven, acompañando a Guy, interrumpió el diálogo. El muchacho venía muy pálido y le lanzó una mirada de complicidad amistosa; ocupó un lugar vecino al de ella y guardó silencio. Los dos policías deliberaron unos minutos y decidieron llevar a Guy a la habitación de Verónica, mientras ella esperó en

el salón. Guy contestó con rapidez a su interrogatorio: carecía de trabajo, vivía de sus amigos, no robaba ni hacía contrabando, la noche del crimen la había pasado con Verónica y con Alex.

—¿Por qué justamente esa noche vino usted a visitar a su amiga? —preguntó el más viejo.

—Tenía hambre. Esa noche carecía de dinero. Alex me dijo que si conseguía vender un cuadro vendría a buscarme. Dieron las nueve y como no se había presentado bajé a pedirle un plato de sopa caliente. Eso es todo.

—¿Eso es todo? Y entonces ¿por qué se presentó Alex media hora más tarde?

—Traía el dinero del cuadro. Quería invitarme a cenar. Me encontró con Verónica y decidió acompañarnos. ¡Estaba muy sola y tenía muy mala cara! —afirmó el muchacho.

Los dos policías lo dejaron en la habitación y salieron a la cocina en busca de Ivette. Encontraron a la criada cruzada de brazos frente a la vieja mesa, con aire aburrido. Sus ojos gastados no mostraron absolutamente nada cuando el policía más viejo empezó el interrogatorio. Sí, conoció a la señora por mediación de Geneviève, que la llevó allí de sirvienta. ¿Que cómo era Geneviève? Como cualquier persona, ni mala ni buena, llevaba una vida monótona, tenía muchos amigos y se estaba haciendo un lugar en el mundo. Sí, una de sus amigas predilectas era Lena Lecock... ¿Lena? Era una mujer melancólica y aburrída, por eso bebía demasiado.

—¿Bebe o también se inyecta? —preguntó el más joven.

—No lo sé. Me parece que nada más bebe, nunca oí lo otro...

Ivette dio los nombres de sus antiguos patrones y con mansedumbre se dejó llevar al salón en donde aguardaba la señora Verónica. La encontró muy abatida, se diría que en esas dos horas había envejecido varios años. No le dijo nada y ocupó el sillón que el viejo policía le indicó. El más joven fue en busca de Guy, que esperaba ansioso en la habitación de su amiga. El miedo le había paralizado las rodillas y al ver al policía, no pudo ponerse de pie.

—Vamos, vamos, chico. ¿Tienes miedo? —le preguntó el policía.

Guy se sobrepuso, se enderezó y salió acompañado del policía rumbo al salón, en donde lo esperaban los otros. Unos minutos después el pequeño grupo bajó las escaleras. La portera se hallaba en la ventana de su vivienda observando al grupo mientras éste subía a un automóvil. Ivette la sorprendió haciendo una señal afirmativa a los policías y tuvo la certeza de que éstos la habían interrogado antes de subir a la casa. Se sintió manchada, sucia. A ella nunca la había interrogado la policía. «Soy una persona honrada. Geneviève me trajo a esta casa», y pensó que debería decir la verdad sobre aquella mujer; sin embargo prefirió guardar silencio, podía complicarse en algo aún más tenebroso que la muerte de Frank. Cruzaron la ciudad, salieron al campo y corrieron durante una hora entre sombras, bosquecillos y pueblos apagados. Ivette ignoraba adónde los llevaban, trató de leer algo en los rostros de los dos policías, pero fue inútil. El más joven conducía el vehículo acompañado de Verónica,

y atrás iba el viejo acompañándolos a ella y a Guy, que no movía un solo músculo de su cuerpo y no parecía tener ningún deseo de charlar. El auto se detuvo frente a la comisaría de una ciudad pequeña. Los policías, ayudados por otra pareja, los condujeron al interior del edificio.

Una vez dentro, les mostraron una banca de madera colocada contra el muro de una oficina y los dejaron esperando.

—¿Y que hacemos aquí? —preguntó Verónica, temblorosa.

—Me parece que debemos identificar el cuerpo... —murmuró en voz baja Guy.

Hacía frío y los tres sintieron una fuerte corriente de aire helado que los sacudió de su asiento. Un hombre severo apareció frente a ellos. Con un gesto llamó a Ivette. Ésta perdió el color, se puso de pie y sin dejar de mirar a aquel hombre enfundado en un viejo abrigo gris, se dejó conducir por él. Era asombroso, un crimen estaba por encima de aquellas formalidades burocráticas y, sin embargo, esos hombres efectuaban sus actos banales y rutinarios con una ceremonia repetida mil veces. Era como si de aquella manera absolvieran el crimen. Verónica trató por primera vez de visualizar el asesinato en un bosque imaginario y lluvioso. El asesino, después de cometer el crimen ¿qué había hecho? Debía ser terrible estar frente a una persona viva, recurrir a la violencia y de pronto descubrir que aquel ser que hablaba se movía y pensaba, yacía inmóvil y quieto para siempre, frente a su agresor. Aun si éste se arrepentía del crimen, la víctima nunca más volvería a vivir, a verlo o a reprocharle nada. Nunca más. Recordó el terror que le produjo en su infancia el crimen de Caín y el paraje solitario en el que asesinó a su hermano. Ahora ella estaba allí para identificar, como decía Guy, el cuerpo sin vida de Frank. Lo imaginó dormido para siempre, con los ojos cerrados y el gesto apacible de los durmientes, y se volvió a Guy.

—Es terrible, yo lo odiaba, Guy, y ahora que sé que está ahí dentro, dormido para siempre, sólo tengo piedad...

—¿Piedad? ¡No la merece!... Alex lo conoce bien... —contestó el muchacho, en voz muy baja.

—¡Guy! no diga eso. Un crimen es algo espantoso, no puedo imaginar quién o por qué pudo asesinarlo. Además... ¡Era tan fuerte! El hecho debe haber sido brutal... —y al decir esto Verónica se cubrió el rostro con las manos.

Guy no pudo contestar, uno de los gendarmes se acercó a ellos para suplicarles que guardaran silencio y ambos callaron con expresión embrutecida. Los minutos se alargaron antes de que reapareciera Ivette, conducida por el mismo individuo que se la había llevado. La vieron cruzar el cuarto destartado y desaparecer por la puerta de salida. Al pasar cerca de ellos la mujer les hizo una seña afirmativa casi imperceptible, venía descompuesta.

—Dijo que era él... —murmuró Guy.

El hombre del abrigo gris usado volvió a la habitación casi inmediatamente y se llevó a Guy. El muchacho avanzó junto a él y Verónica lo vio salir de allí,

tambaleante. Permaneció sola entre aquellos muros pintados de amarillo ocre, provistos de un lambrín color chocolate. Ese era el lugar en el que se ventilaban los crímenes. Un acto tan trascendental como el matar terminaba en unas diligencias largas y banales, llevadas a efecto en horas disparatadas. Era como si el crimen dejase de ser pecado para convertirse en una falta burocrática. A Frank lo habían asesinado cuarenta y ocho horas antes y desde entonces no se había movido ni había pronunciado una sola palabra. Ni siquiera había respirado. Recordó su voz: «*Any boy is your cup of tea, my dear*», acostumbraba decirle cuando ella opinaba que algún conocido era bien parecido, y luego reía con una malevolencia que aún ahora, sabiéndolo muerto, le resultaba insoportable. «Era muy extraño...», se dijo tratando de descifrar el enigma en la vida de Frank. De pronto recordó el hotel del Lago Mayor, la dentellada en el labio superior de Frank y el hombre enlutado que entró en su habitación y al que jamás volvió a ver. «Salimos huyendo, Frank se llevó nuestras fichas, allí también se cometió un crimen...», se dijo, y empezó a sudar frío. ¿Quién era Frank? ¿Por qué la buscó a ella? ¿Quiénes eran sus amigos? Ignoraba su vida verdadera, conocía sólo una faceta mundana y extravagante del hombre que yacía asesinado cerca de ella. Temió los interrogatorios, el miedo la haría confesar. ¡No, no sería el miedo! Más bien la curiosidad de saber con quién había vivido aquellos meses infernales. Alguien debía decirle la verdad, ya que andaba a oscuras ¿y quién mejor que la policía para que le mostrara la verdad? los hombres que la interrogaron en el piso, le dieron la impresión de saber todo, de leer en ella como en un libro abierto. Así leerían en todos los demás, ellos poseían la respuesta que ella buscaba. «Dios mío, nunca imaginé estar mezclada en un asesinato.» La palabra misma era abominable. Había llegado a una situación límite y ante aquel acto espantoso no tenía defensa. Trató de imaginar cómo habían matado a Frank y recordó el mercado de Les Halles, con sus millares de reses abiertas en canal, colgadas de enormes garfios de hierro. El espectáculo era tan atroz que durante muchos días se sintió abatida. Después de aquella visita le parecieron normales los campos de exterminio. ¿Acaso aquellas galerías colmadas de cadáveres de animales asesinados no justificaban el crimen cometido contra el hombre? «Somos fieras», se dijo, y agregó: «No, pobres fieras. No existe la palabra que pueda clasificarnos.» A Frank le gustaba visitar aquel mercado gigantesco y comer después una sopa de cebolla. «¡Eres una sentimental ridícula!», exclamaba cuando ella se negaba a pisar de nuevo las galerías olorosas a sangre, y ahora era Frank el que colgaba de un garfio de hierro negro.

Se abrió una puerta y sus ojos atontados cayeron sobre la figura maltrecha de Guy, que al igual que Ivette, le hizo una señal imperceptible de afirmación. Lo vio cruzar la oficina en la que ardía una salamandra y desaparecer por la misma puerta por la que había desaparecido Ivette. Unos instantes después, el mismo hombre de abrigo gris se acercó a ella y la invitó a seguirlo. Se puso de pie como una autómatas y salió acompañada por el desconocido. Este abrió la puerta y ambos tomaron un pasillo húmedo con ventanas pequeñas a las que faltaban algunos vidrios. Avanzaron

de prisa, y salieron a un patio de losas de piedra cubiertas de escarcha, al final del cual se hallaba una especie de bodegón con una puerta pequeña de madera. Al llegar allí, el hombre se detuvo y la observó con detenimiento.

—Conserve la sangre fría y trate de decirme si reconoce a Francisco B. Luengo —le ordenó.

Verónica se apoyó sobre el muro helado. Estaba aterrada. «Aquí guardan a los muertos». Y recordó Les Halles.

—Este mundo es un matadero...

—¿Qué dice usted? —le preguntó el hombre, mientras empujaba la pequeña puerta que cerraba el pabellón.

—No sé por qué estoy aquí... —murmuró Verónica.

Al entrar el hombre encendió la luz de una bujía muy potente que se encontraba colocada en el centro de una gran habitación. La luz iluminó de lleno una mesa sobre la que yacía un bulto cubierto por una sábana blanca. Del fondo del cuarto surgieron los dos policías que se presentaron en su casa a interrogarla. Ambos la vieron avanzar con ojos severos. El frío era intenso y sus piernas se movían con dificultad. El hombre del abrigo gris la condujo con firmeza ante el bulto que yacía sobre la mesa.

Una vez colocada frente a aquel ser cubierto por la sábana hubo un compás de espera en el que nadie dijo una palabra. El silencio era hueco y frío. El policía viejo sin decir una palabra, levantó la sábana para mostrar un rostro profundamente oscuro, con los cabellos en desorden, la boca torcida en un gesto de angustia indescriptible, que la miró con los ojos muy abiertos y aterrados por hallarse en su presencia. Verónica reculó, quiso dar un grito y se tapó la boca con las manos. No podía separar sus ojos de aquellos ojos abiertos que la miraban con fijeza desde una dimensión atroz.

—¿Reconoce usted a Francisco B. Luengo? —le preguntó el policía viejo.

—No...

—¿No es Francisco B. Luengo? —insistió el policía joven.

Verónica recordó a Geneviève: «Identificamos el cadáver, eso es lo único que debe hacer usted». «¿Por qué me dijo eso?... Este hombre no puede ser Frank» se dijo en un torbellino de pensamientos cruzados y aterrada ante la presencia de aquel muerto agresivo y de sus tres acompañantes.

—Sí... sí... Debe ser él, pero yo lo conocí vivo... Ese gesto...

—¿Qué tiene ese gesto? —le preguntó el hombre del abrigo gris.

—Ese gesto es espantoso...

—Su muerte no fue muy agradable. ¿Reconoce usted en este cadáver a Francisco B. Luengo? —repitió uno de los tres hombres, tirando de la sábana y dejando el cuerpo al descubierto.

Verónica reconoció el traje gris de Frank, es decir, los pantalones, ya que aquel hombre se hallaba en mangas de camisa.

—Sí, lo reconozco —decidió, apartando su vista de los ojos terribles del cadáver.

¿Por qué tiene la boca torcida?, se preguntó angustiada. No debía desmayarse, un sudor frío le cubrió el cuerpo y sintió que las piernas le flaqueaban.

—Me siento mal... —murmuró, buscando el apoyo del hombre del abrigo gris.

Unos minutos después volvió a cruzar el patio de losas escarchadas por el frío, luego rehizo el pasillo y entró en la oficina en la que había esperado con Ivette y Guy. El hombre del abrigo gris la llevaba casi en vilo: «¡Animo, ánimo!», le decía maquinalmente. Se encontró en otra oficina en donde se hallaban Guy e Ivette. La hicieron firmar un documento y le pidieron excusas por haberla llevado hasta aquel lugar tan lejos de París; debía comprender que era absolutamente necesario: un hombre había aparecido muerto. Verónica los escuchaba atontada, le parecía irreal hallarse en medio de policías y que ninguno sospechara que el muerto no era Francisco B. Luengo. Se dejó conducir a un automóvil en el que acomodaron también a Guy y a Ivette, y los tres reanudaron el camino hasta llegar a la puerta del piso alquilado por Frank apenas unas cuantas semanas atrás. Durante el camino nadie pronunció una palabra. De pie, sobre la acera, se despidieron de los dos policías que los habían acompañado hasta la casa.

—No se ausenten de París hasta que el caso quede resuelto —les ordenaron antes de despedirse.

Los tres los vieron partir en el automóvil oscuro y de modelo anticuado. Después entraron en la casa. La portera asomó la cabeza para verlos cruzar el amplio portal. Subieron la escalera con fatiga; eran las seis de la mañana. Una vez en el salón, Ivette propuso:

—Prepararé un café, lo necesitamos. ¡Qué noche!

Verónica se dejó caer en un sillón, miró a Guy con terror y murmuró:

—Guy... ese hombre no era Frank.

—¡Calle!... Ese hombre era Frank. La muerte desfigura, pero ese hombre era Frank. Así lo identificamos todos. ¿Acaso no fueron Geneviève y Lena las primeras en reconocerlo? Pequeña Verónica, usted está muy cansada, muy nerviosa y se imagina cosas extrañas. Cuidado, pequeña Verónica, se puede ver acusada de asesinato a pesar de que Alex y yo somos testigos de su inocencia... —el muchacho dio largas zancadas por el salón; estaba preocupado y las palabras de su amiga lo aterraron. También él estaba seguro de que aquel muerto no era Frank, pero ¿cómo decirlo? Él sólo era un pobre diablo. Escuchó repetir a Verónica.

—No, no era Frank y nos vamos a meter en un lío...

—Calle, por favor —suplicó Guy, aterrado.

Ivette volvió con la bandeja en la que humeaba la cafetera; estaba pálida y descompuesta. Sirvió el café con gesto nervioso.

—Pobre hombre... ¡Qué crimen! ¡Qué crimen espantoso!...

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Verónica, asustada.

—No lo sé... pero su último gesto era terrible —exclamó Ivette, bebiendo a grandes sorbos el café humeante. De pronto sus ojos cayeron sobre los pies de

Verónica, enrojecidos por el frío.

—¡Y la señora sigue con esas sandalias!... Voy a buscarle una manta para envolverla, terminará con una pulmonía —dijo, levantándose y salió apresuradamente para volver a los pocos minutos con una manta de la cama de Frank.

—¡No! ¡No! ¡No! No quiero esa manta, me da miedo... Además puede llegar en cualquier momento, pues no era él el que estaba en la morgue —gritó Verónica.

Al escucharla sus amigos permanecieron inmóviles, intercambiaron miradas y luego ambos avanzaron hacia ella en actitud conciliadora y asustada.

—Por favor, no repita nunca más esa barbaridad. Se lo suplicamos. Sí era él, aunque la muerte lo haya desfigurado tanto. Cúbrase, él no volverá aquí jamás. ¡Jamás! —repitieron ambos.

La llevaron a la habitación, la obligaron a beber el café caliente y la convencieron de dormir un rato; después ambos abandonaron el cuarto y se reunieron en el salón.

—Por supuesto que ese no era el señor Frank —dijo Ivette, en voz muy baja.

—Eso me pareció, que no era; pero si Geneviève lo identificó es mejor estar de acuerdo con ella —afirmó Guy, con voz temblorosa.

—¡Dios mío!, no entiendo nada —suspiró Ivette, con voz lúgubre.

—Tampoco entiendo yo —confirmó Guy, tratando de pensar con frialdad en aquel rompecabezas que amenazaba con hacerles perder la razón.

Ambos guardaron silencio y escucharon la entrada de la mañana fría, acompañada de pequeños copos de nieve que se pegaban a los vidrios de las ventanas altas y elegantes.

—Frank es diabólico... Alex me lo dijo —aseguró Guy, cabizbajo.

Estaba muy cansado y decidió dormir sobre la alfombra del salón, en su cuarto helaba y además tenía miedo, era preferible que los tres permanecieran juntos.

—Sí es mejor —afirmó Ivette, trayendo una almohada de la cama de Frank para que el muchacho reposara la cabeza. Lo cubrió con una manta y ella se retiró a la habitación del señor para dormir un rato. No sabían cuál sería el final de aquella tragedia que los tocaba tan de cerca. La policía podía llegar en cualquier instante y juntos se defenderían con más eficacia. «Nunca sabré en qué lío me metió Geneviève. Estoy segura de que actúa por dinero», y al decirse esto, Ivette recordó los medios empleados por Geneviève para procurarse el piso en que vivía.

Hacia las once de la mañana el teléfono repiqueteó con estrépito. Verónica cogió el aparato sobresaltada, la llamaban de larga distancia desde Nueva York. Escuchó una voz masculina.

—Verónica, acabo de saber lo del pobre Frank. ¡Qué calamidad, quién iba a decirlo! También sé que estuviste muy fuerte durante esa prueba terrible...

—Sí Fra... —Verónica iba a decir Frank, ya que era su voz la que llamaba.

—No podré asistir a su entierro. Supongo que no lo traerás a América...

—No había pensado en eso —contestó temblorosa y como si actuara en un sueño.

—¡No! ¡No! Sería un disparate. No hay que molestar a los muertos. Déjalo

descansar donde murió. ¡Pobre hombre! ¿Me oyes? Sólo te llamaba para darte el pésame y decirte que estoy contigo, chiquita.

—Gracias... ¿Y cuándo te veré? —preguntó incrédula.

—No lo sé... Tal vez cuando vuelvas a tu casa. Vende el automóvil, con ello puedes cubrir los gastos del entierro. Chiquita, esta conferencia me está costando un capital. Adiós y cuídate. Verónica escucho cuando Frank colgó el auricular, y permaneció inmóvil y aterrada mirando el teléfono con aire estúpido. Junto a ella, de pie, se hallaban Guy y la cocinera, que la observaban anhelantes.

—¿Quién llamó? —preguntó Guy, asustado.

—Frank... Me llamó desde Nueva York. Dijo que lo entierre en el pueblo donde murió...

—¡Qué broma tan de mal gusto! —exclamó Ivette, que tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—No era broma, era él mismo —aseguró Verónica, con voz sepulcral.

—¡No es posible! ¡No es posible! —gritó Guy, pateando el suelo.

Después los tres quedaron en silencio. Estaban confundidos. ¿Qué podían hacer? Nada, salvo esperar la llegada de la policía. Ahora, a sabiendas de que mentían, deberían seguir diciendo que el muerto era Frank. ¿Por qué? No lo sabían y esto los hundía en el terror.

—Podemos terminar todos en la cárcel —murmuró Ivette.

—¿Por qué no viene Geneviève? ¡Vieja maldita! —gritó exasperado Guy.

Llamaron a la puerta y ellos trataron de componer el gesto. Era la policía. El diagnóstico del médico forense era que la muerte había sido causada por una sobredosis de barbitúricos. Frank B. Luengo, impulsado por motivos desconocidos y provisto de varios tubos de «Veronal», que fueron encontrados en el automóvil estacionado cerca del cadáver, se había suicidado. Verónica podía recoger el cuerpo. Cuando terminaran las diligencias policiacas, podía reclamar el automóvil comprado por ella en Italia. «¿Por mí?», se preguntó asustada. Sólo faltaba reconocer la nota escrita por Frank y hallada en la cajuela del automóvil. En ella Frank explicaba las razones que lo empujaban a tomar esa decisión final. El policía pidió ver algo escrito por Frank.

—¿Algo escrito? —preguntó Verónica, que continuaba presa en aquella pesadilla interminable que cada vez se complicaba más. Miró al hombre y no supo qué papel podía darle.

—Tal vez sirvan las notas que escribía cuando recitaba a Shakespeare —intervino Ivette, nerviosa ante la actitud extraviada de su patrona.

La criada desapareció unos minutos para volver con un montón de trozos de papel garrapateados por Frank. El policía observó la escritura, anunció que necesitaba llevarse las notas manuscritas para que un experto en caligrafía diera su veredicto. Con cuidado, se guardó los papeles en un bolsillo interior de su americana. Después se volvió a Verónica:

—Señora, puede usted recoger el cuerpo para darle sepultura —dijo con voz grave.

Antes de la una de la tarde se presentó Alex, muy excitado, también él había sido llamado ese amanecer para la identificación del cadáver.

—¡Quedó desfigurado! ¡Muy impresionante! En verdad impresionante —repitió con asombro.

En seguida decidió que debían llamar a Geneviève para que ésta les ayudara con el entierro, ya que ninguno de ellos estaba en condiciones de afrontar los gastos que suponía el entierro de Frank. Fue entonces cuando Verónica le contó la llamada que había recibido desde Nueva York y en la cual el mismo Frank le pedía ser enterrado en el lugar de su muerte. Alex la escuchó con atención.

—¿Está usted segura, Verónica? —preguntó nervioso.

—Sí, muy segura...

—La señora se encuentra muy nerviosa.

—Alex, dile a Verónica que no le cuente nada a Geneviève —suplicó Guy.

—Verónica será una buena chica y no repetirá nunca lo que acaba de decir —afirmó Alex, suavemente.

Geneviève aceptó asistir al entierro y hacerse cargo de los gastos. Los cuatro salieron a buscarla, la encontraron esperando en la acera de su casa; se veía pálida y nerviosa.

—Deben disculpar a Lena, está sumamente afectada —les explicó.

Geneviève ya había alquilado una *limousine* negra que transportó al grupo a la Vallée de Chevreuse. Los trámites para recuperar el cuerpo los hizo ella misma con rapidez y eficacia. Verónica se limitó a firmar algunos documentos y a esperar en la Comisaría a que Geneviève arreglara la tumba en el cementerio. Todo se llevó a efecto con gran rapidez y a las cinco de la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, el pequeño grupo se dirigió al cementerio para dar sepultura a Francisco B, Luengo. «Este no es el fin... No, no es el fin», se repitió Verónica, aterrorizada, mientras veía caer la tierra sobre el féretro de pino de aquel desconocido. En el viaje de regreso a París, los amigos de Frank se sintieron en un grave peligro: habían salvado a Francisco de un cargo criminal y ahora quedaban ellos de testigos inoportunos. Verónica observó sus gestos afligidos y se convenció de que la situación no era envidiable. «¿Por qué me llamó desde Nueva York?» La cara aterrada del muerto se reflejó en la ventanilla del automóvil. ¿Quién era aquel desconocido?, ¿quién lo había matado y por qué? Los ojos del hombre eran atroces. «Nunca más dormiremos tranquilos», se dijo, mirando a los demás. Había permitido que lo enterraran bajo un nombre falso y seguramente tenía una familia que lo andaría buscando. Verónica se cubrió el rostro con las manos para borrar del cristal del auto aquellos ojos abiertos llenos de reproche. La mujer vestida de blanco que encontró en el salón de los Verdía durante aquella fiesta, tenía razón: «Frank es diabólico...» En el piso amueblado Guy había repetido la misma frase: «Frank es diabólico...» Miró a sus acompañantes, iban

cabizbajos y silenciosos. El grupo era bastante singular: el pequeño Alex, con su chaleco fantasía y su abrigo azul marino con solapas de piel raída, parecía un personaje escapado de una novela de Joseph Conrad, podía ser un conspirador, un terrorista o un blanco perdido durante muchos años en alguna isla tropical. Su regreso a Occidente sin duda se debía a causas turbias. En cuanto a Guy, con la cabellera oscura en desorden y el suéter negro, era probablemente un ladronzuelo moderno, por lo que no le extrañaría verlo aparecer en alguna nota de periódico, acusado de robo. La cabeza perfectamente peinada de Geneviève, la desconcertó. Ella sí era un personaje inquietante, debido a su impecable apariencia. Casi se diría una monja vestida con ropas de lana inglesa y corte francés de primera calidad. ¿Por qué Geneviève gozaba ahora de aquel bienestar económico? La recordó mal vestida, buscando las bondades de los poderosos. En realidad su encuentro con ella había sido fortuito y, sin embargo, se había convertido en su mejor amiga. No sabía quién era, ni de dónde procedía. Ni siquiera estaba segura de que fuera francesa; sus maneras dulzonas, sus palabras zalameras y su paso furtivo eran inquietantes. «Genevieve tiene un ojo con el que te mira el sexo...», le había repetido Frank, que ahora se encontraba a salvo en Nueva York. Tal vez Ivette era el personaje más corriente en aquel grupo que corría en silencio rumbo a París. Sus facciones toscas y sus viejos ojos cansados producían cierta confianza. Notó que la cocinera llevaba unos guantes de lana grises para defenderse del frío y notó también que evitaba mirar a Geneviève. «No, no es el fin de la película», se repitió aterrada y ante sus ojos surgió la imagen de aquel grupo extravagante alrededor de la tumba abierta. De la tierra del cementerio se elevaba una neblina ligera, las ramas de los arbustos desprovistas de hojas, parecían pequeños esqueletos negros. El pozo abierto en que quedaría escondido el desconocido le pareció la boca del infierno, abierta para tragárselos a todos. Nadie pronunció una sola palabra, la ceremonia se llevó a cabo en el más profundo silencio y, al final, cuando hubo caído toda la tierra sobre el féretro y los dos hombres encargados de aquel menester, descansaron sus palas en el suelo, Geneviève, la increíble Geneviève, dio un paso adelante y extrajo de algún lugar oculto un gran ramo de rosas blancas, que depositó con gesto afligido sobre el pequeño cúmulo de tierra negra. «Descansa en paz querido Frank», murmuró en voz lo suficientemente alta para ser escuchada por todos. Fue entonces cuando, asombrada ante el gesto piadoso de su amiga, dedicado exclusivamente a los enterradores, Verónica se dio cuenta del hermoso atuendo que llevaba Geneviève: guantes negros de una marca exclusiva, toca de visón negro, pequeña, que dejaba al descubierto sus cabellos cortos y grises, y abrigo de visón negro también, que relucía bajo las luces tenues del crepúsculo, como un hermoso espejo oxidado. Nunca la había visto tan elegante y nunca pensó que Geneviève lograra ropaje tan suntuoso. Quizás a eso se debiera la amabilidad de los policías que la trataban con la deferencia que se usa para una gran dama. «Sí, tu querido Frank descansa ahora en el Hotel Saint Regis, su lugar preferido en Nueva York», pensó en aquellos instantes, y su amiga le inspiró terror.

Ahora, de pronto, Geneviève tomó una de sus manos heladas y murmuró condescendiente:

—Querida, comprendo su agonía, será preferible que no duerma esta noche sola. ¿Le parece que me quede en el piso con usted?

—No es necesario, me quedaré yo con la señora —se precipitó a decir Ivette.

—Como usted prefiera, mi querida Verónica.

Verónica no contestó, estaban ya en la ciudad de París, que ajena a su terror brillaba hecha un mar de luces. Pasaron frente a las fuentes translúcidas del Rond Point de Champs Elyseées y Geneviève le dio ordenes al chofer de la *limousine* de que primero la dejara a ella en su casa. Los demás aceptaron con un gesto silencioso.

—Todo es bueno cuando termina bien —dijo Geneviève al llegar a la puerta de su edificio. Antes de abandonar la *limousine* abrazó a Verónica y la besó en ambas mejillas.

—Querida, se encuentra usted bajo los efectos de un gran chogue nervioso. Lo comprendo muy bien, así está la pequeña Lena. Yo me ocuparé de las diligencias para que usted recupere el automóvil. Después, si me lo permite, también me ocuparé de su venta. Ahora descanse. Ivette, cuide bien a la señora.

Genevieve se despidió con afabilidad de los demás y entró con paso inseguro a su edificio. Sabía que los amigos la observaban con hostilidad. La *limousine* los condujo al piso alquilado. Los cuatro dieron las gracias al chofer y subieron de prisa la escalera para evitar comentarios de la portera, que devorada por la curiosidad los contempló pasar con rapidez frente a su alojamiento. Una vez dentro se dejaron caer en los sillones tapizados de verde y se contemplaron atónitos. Fue Alex el que rompió el silencio.

—¡Vaya bruja! ¿Se fijaron en lo elegante que venía? Me pregunto de donde saca la señorita Geneviève tanto dinero... No me pregunto, sé la respuesta —dijo con amargura.

—Será más conveniente no hacer ningún comentario —aconsejó Ivette, mientras se despojaba de sus viejos guantes de lana y de su abrigo de solapas raídas para dirigirse a la cocina a preparar un café para todos.

—Espero que el muerto no salga de su tumba para meternos a todos en la cárcel —exclamó Guy, tiritando de miedo.

—¡Calla! Tú y Verónica son apenas dos chiquillos —ordenó Alex, con voz repentinamente cansada.

La terrible sorpresa de la muerte de Frank, los dejó mudos. Bebieron el café y declararon que tenían hambre, el día había sido largo y atroz. Ivette corrió a la cocina a preparar una sopa caliente, que sacó de un sobre suizo. No había nada más que ofrecerles a los huéspedes y a la señora.

—La policia no puede ser tan estúpida, tarde o temprano averiguará la verdad y entonces, ¿qué haremos? —preguntó Verónica, poniéndose de pie.

—Cuando eso ocurra, si es que ocurre, diremos la verdad. Ahora, usted debe

comprarse unos zapatos, no puede continuar llevando esas sandalias en pleno invierno. La hacen sospechosa, querida Verónica —sentenció Alex, contemplando los pies de Verónica enrojecidos por el frío.

—Le pediremos un adelanto a Geneviève —opinó Guy, que, quieto en su sillón, parecía transportado a otro mundo. Sus ojos vagaban por el salón inhóspito y sus palabras no concordaban con su actitud sonámbula.

—Verónica ¿me puede explicar cómo se dejó engatusar por ese... histérico? —preguntó Alex, exasperado.

—No lo sé...

—¿No se dio cuenta de que estaba loco? Es un histérico, un simulador, siempre sufrió agudos ataques de histeria. ¡Pobre Eddy! Tuvo que sufrirlo una temporada, pero lo apartó de su vida, no deseaba complicaciones desagradables —explicó Alex.

—¿Quién era el muerto? —preguntó Verónica, que no podía olvidar aquel rostro aterrado.

—¿El muerto?... El muerto era Frank. ¡No lo olvide nunca, querida Verónica! —dijo Alex, con voz severa.

Era imposible hablar del tema y Verónica se resignó al silencio. Sabía que la engañaban porque le temían. Los miró sin esperanzas y agachó la cabeza en señal de obediencia.

—Verónica no se desespere, estamos aquí para ayudarla. Por eso Guy ocupó el cuarto de criados, estaba usted muy sola en manos de ese histérico. Veremos qué hace ahora Perrin; querrá deshacerse de usted, teme el escándalo, ya sabe que la policía visitó su casa. Hay que buscarle otro alojamiento —aconsejó Alex, con voz suave.

—¿Otro alojamiento?... Estoy rendida...

—No ahora, dentro de unos días. El contrato se vence en dos semanas. ¿No es así?

—Así es...

Comieron la sopa caliente y permanecieron inmóviles. Ivette decidió dormir con la señora y Alex y Guy optaron por pasar la noche en el piso. Tenían miedo de encontrarse solos. Ambos se acomodaron en el salón y dejaron que las mujeres ocuparan las habitaciones. Ivette retiró de su vista todas las huellas dejadas por Frank, la asustaba su recuerdo y temía la aparición de algún enviado suyo. También ella se sentía en peligro. Pensó con miedo en los personajes que dormían en el salón: «Ellos son cómplices, están aquí para controlar a la señora y a mí», se dijo aterrada. Maldijo a Geneviève, que la había metido en aquel asunto sombrío y la recordó en el salón acompañada de Lena: «Entre las dos fabricaron esta pesadilla. ¡Par de putas!» Y no durmió espionando los ruidos provenientes de los dos hombres refugiados a unos cuantos pasos de ella.

Verónica se tendió en la cama con intenciones de dormir, pero la vista del teléfono y la proximidad del baño negro la hicieron recordar con viveza la presencia amenazadora de Frank y su locura homicida. «Puede volver en cualquier momento o

puede enviar a alguien.» Cuando cayó dormida soñó con el muerto, que la miraba acusador y se negaba a revelar su identidad. Despertó bañada en sudor frío. La presencia de Alex y de Guy en el piso la consolaba. Eran sus ángeles guardianes. ¿Qué hubiera hecho si la noche del suicidio de Frank ellos no la hubieran acompañado? Quizás ahora estaría acusada de asesinato. «Eso era lo que deseaba Geneviève.» La conducta de su amiga era aterradora: Geneviève estaba corrompida. ¿Cuándo y cómo se había producido en ella aquel cambio? Llegó a la conclusión de que Geneviève siempre había sido la misma: «Me utilizó. Soy una estúpida, no debo verla nunca más». La almohada de plumas se había vuelto de piedra, le dolía la cabeza y tenía sed. Nunca amanecía.

Pasaron algunos días de estupor. Geneviève anunciaba por teléfono las nuevas acerca de la recuperación del Mercedes de Frank, único tema que la preocupaba. Ivette, Alex y Guy continuaban durmiendo en el piso y trataban de evitar el tema del suicidio de Frank. Una tarde los dos amigos la llevaron a una zapatería y escogieron para ella unas zapatillas elegantes y unas botas de media caña para la nieve. Más tarde fueron a un salón a merendar chocolate a la vienesa y pastelillos. El trío despertaba curiosidad entre los clientes: Alex no se había desprendido de su chaleco de seda fantasía, llevaba un monúculo que manejaba con ademanes pedantes y hablaba con gestos elocuentes del Brozino y de Durero, sus pintores favoritos. Había vuelto a reír con sus risas crispadas, y Guy lo llamaba en voz muy alta *sale boche*.

—En efecto, pequeño impertinente, mi país es Alemania —afirmó Alex, con orgullo.

—Prefiero a Clouet —gritó Guy.

Su afirmación hizo volver la cabeza a las señoras que ocupaban las mesas vecinas. Verónica sonrió. La frivolidad de sus amigos la hizo olvidar la pesadilla que atravesaba, en ese momento era feliz, las botas forradas de piel le producían un bienestar olvidado. Interrumpió la charla de sus amigos para anunciar.

—¿Saben?, estoy feliz por el suicidio de Frank. Si no se mata él, me hubiera matado yo. Su muerte me ha liberado —y por primera vez en mucho tiempo sus palabras le produjeron una risa incontenible.

Alex y Guy la acompañaron en la risa. Ya era tiempo de que ella se diera cuenta de que los malvados como Frank debían morir para dejar tranquilos a sus amigos, y los tres casi se convencieron de que el muerto era Francisco B. Luengo.

—Si sospecharas lo malo que fue no podrías dormir tranquila nunca más —exclamó Alex, volviendo a reír.

—Alcanzar el mal completo es muy difícil, tanto como alcanzar el bien —dijo Verónica.

—Frank lo alcanzó, puedes estar segura —añadió Alex, con voz seria.

Se enfrascaron en una conversación sobre el mal, en verdad era difícil definirlo. ¿Qué era el mal?

—Bernanos dice que es la ausencia del bien —dijo Guy, que en aquellos

momentos parecía preocupado.

Al llegar al piso Ivette les anunció que Perrin bajaría a visitar a Verónica.

—El mal también es Perrin —exclamaron Alex y Guy, antes de huir al cuarto de servicio.

Pierre Perrin bajó a los pocos instantes; venía como siempre; impecablemente vestido y con maneras cortantes.

—Señora, usted ha dado el cuarto de servicio a un malviviente, la policía ha entrado en esta casa, no puedo tolerar esta situación. Le ruego que abandone el piso en cuarenta y ocho horas —anunció el dueño del apartamento, de pie en medio del salón, mientras trataba de encontrar algún desaguisado en sus cortinas de seda verde, en la alfombra o en los muebles; pero Ivette había puesto orden impecable y Perrin no pudo reclamar nada más. Verónica aceptó mudarse.

—Tampoco para mí es agradable permanecer en un piso que me recuerda un drama tan espantoso...

—Mi más sentido pésame, yo no puedo tolerar la presencia de ese jovencuelo. En vida del señor Luengo era distinto, él era una garantía. Ahora, tanto mis otros inquilinos como yo, nos sentimos amenazados.

—Guy es un joven intachable...

—No comparto su opinión y no deseo discutir. Sólo le pido que desaloje en cuarenta y ocho horas —pidió Perrin, con voz helada y ojos muertos.

Verónica tuvo la certeza de que el propietario seguía instrucciones de Frank. El hombre la miraba con demasiada seguridad. «Sabe toda la verdad.» Recordó que había sido Geneviève la que la encaminó a aquella dirección, este pensamiento la hizo temblar visiblemente. Perrin observó su rostro súbitamente pálido y sus manos agitadas. Se retiró complacido. Cuando volvió a encontrarse sola olvidó el alivio de las botas de piel. Había recibido una nueva humillación.

Dos días después Alex y Guy la instalaron en una pequeña habitación de un hotel de cuarta categoría, situado en el margen izquierdo del Sena. Ivette llevó en una maleta pequeña sus dos suéteres, el par de zapatillas nuevas, sus pobres objetos de tocador y un viejo camión. Las maletas de Frank, repletas de camisas de seda, corbatas italianas, trajes ingleses, gabardina y paraguas, pasaron a manos de Guy, que era el más alto de los dos. Ivette, antes de abandonarla en la habitación de muros empapelados, prometió visitarla todos los días. Alex llamó a Geneviève para comunicarle el cambio y apurarla a obtener el automóvil y ponerlo en venta.

—¿Puede decirnos cómo llegó a esta situación increíble? —insistió Alex, al contemplarla entre aquellos muros sucios y evitando mirar el rincón en el que se hallaba el *bidet*.

—Deberían haber colocado un biombo... —opinó Verónica, enrojeciendo.

—¡No haga caso! Una mujer tan guapa encuentra siempre a un hombre que la salve —gritó Guy, haciendo un gesto de complicidad.

Cenó con ellos en un *bistrot* y por la noche se encontró sola en el cuarto estrecho.

La invadió el miedo, volvía a hallarse sola y los ruidos nocturnos la desvelaron. Geneviève le daría su nueva dirección a Frank y éste podía enviar a algún cómplice a matarla. ¿Acaso no era testigo de dos crímenes cometidos por él en el espacio de unas cuantas semanas? Se acercó a examinar la puerta endeble del cuarto. Estaba hecha en madera barata, cubierta por una capa gruesa de pintura color mostaza. El pestillo podía levantarse desde afuera con una cuchilla. Era preferible no dormir. Recordó haber visto por los pasillos oscuros del hotel a varios argelinos que miraron su abrigo de piel de pantera con voracidad. No podía continuar viviendo en medio del terror, podía volverse loca; sus reservas saludables se iban agotando a grandes pasos. Y, sin embargo, así continuó durante varias semanas, hasta que Geneviève se presentó a hacerle las cuentas de la venta del automóvil. Alex y Guy sumaron con la mujer los gastos producidos hasta ese día: la *limousine*, el entierro, las propinas, el sueldo de Ivette, las comidas, el hotel. Una vez sumados los gastos le quedaban a Verónica dos mil trescientos dólares. La vieja Geneviève parecía satisfecha de su honestidad, Alex y Guy parecían disgustados.

—Permítame, querida Verónica, que le haga un obsequio. Hoy al pasar por la rue Pierre Charron vi un traje absolutamente delicioso. ¡Hecho para usted! ¿Quiere venir a probárselo? —invitó Geneviève, con gesto y voz cordiales.

—¿Un traje?... ¿Cómo es? —preguntó Verónica, atónita.

—De organza de seda, en un color mandarina muy pálido. Sólo una rubia puede llevar esos tonos helados. Es una especie de túnica plisada, sin mangas, naturalmente.

El traje era magnífico, Alex y Guy felicitaron a Geneviève cuando lo vieron sobre el cuerpo de Verónica. La mujer pagó la cuenta y pidió que lo colocaran dentro de una caja, envuelto en papel de seda. Tendió los brazos y le entregó la caja preciosamente adornada a Verónica. Unos momentos más tarde se hallaban reunidos en Fouquet.

—No siempre va a vivir como una bohemia. Las fiestas no han terminado en París —dijo Geneviève, con malicia antes de retirarse y dejar a los tres amigos comiendo pastelillos.

Verónica se quedó pensativa, ¿para qué le había comprado aquel traje de gala si sabía que estaba apartada del mundo y que se ocultaba en un hotel ínfimo del margen izquierdo del Sena? Escuchó a sus amigos.

—¡No mencionó a Frank ni una sola vez. Eso significa que está en contacto con él.

—Tal vez no debí haber aceptado el regalo —dijo Verónica.

—No, querida, lo que no debe aceptar es la invitación que prepara —exclamó Alex.

Pasearon hasta llegar a los Inválidos, necesitaban charlar para descubrir las intenciones de Geneviève.

—Ninguno de nosotros conoce sus orígenes. ¿De dónde salió? No es francesa, puede ser rumana o de algún país balcánico —dijo Alex, con seriedad.

—¿No será judía? —preguntó Guy, intrigado.

—No querido, conozco bien a mis congéneres —afirmó Alex.

Verónica sintió el peso de la caja que guardaba el traje de color mandarina tierna y pensó que se trataba de la caja de Pandora, escondite de todos los males. «No la abriré nunca.» Asustada, escuchó a Alex decir:

—Olvidaba decirles que me di una pequeña escapada a la Saboya. Para mi sorpresa vi que le están poniendo los techos al castillo de Lena, lo que indica que los tres tomaron parte en el suicidio de Frank y que es necesario ir con sumo cuidado. Tal vez lo más indicado sería que Verónica desapareciera de París. Las mujeres le perderían la pista.

—¿Y adónde ir? —preguntó ella, asustada.

—Buscaremos algún sitio. Creo que Eddy le daría alojamiento en su piso de Ginebra.

—¿Eddy?... ¿Eddy?... Pero si apenas lo conozco...

—Eso no importa, querida. Eddy conoce bien a Frank y con eso basta.

Verónica comprendió que continuaba aprisionada en la red tendida por Frank y que jamás lograría liberarse de ella. Estaba atrapada. Recordó a Willy Weisberg y una amplia sonrisa le iluminó el rostro. Podía ir a su casa; tenía dinero, un abrigo de piel de pantera, unas pulseras de oro, botas para la nieve, zapatillas de tacón alto y para la noche el traje de organza de color mandarina. Se compraría un par de suéteres y dos pantalones, y posteriormente tomaría el tren y llegaría a pedirle disculpas a Willy, por haberlo dejado plantado unos meses antes. Se sintió salvada. Lausanne gozaba de un aire perfumado, haría largas caminatas, excursiones y repararía sus nervios quebrantados. Después, con la cabeza fría, podría decidir su futuro. Tal vez volvería a ser ella misma. Willy estaría encantado de tenerla, amaba reír y amaba sus locuras. Vio que Alex la contemplaba con afecto y que Guy se mordía los nudillos de las manos con evidente nerviosismo, y les sonrió agradecida. No podía engañarlos y desaparecer; eran sus amigos.

—No se preocupen por mí. Creo que puedo ir a la casa de un amigo en Lausanne —les dijo con voz agradecida.

Alex la detuvo en seco, la miró a través de las primeras sombras de la noche y preguntó:

—¿Cuál amigo? No querrá usted decir con el frívolo de Willy Weisberg...

Verónica abrió la boca, sorprendida; después, con aire incrédulo, le preguntó:

—¿Conoce usted a Willy Weisberg?

—*Natürlich!* Willy no es el tipo que quiere complicarse la vida con un asunto tan sórdido como éste. Conoce hace mucho tiempo al grupo de los advenedizos, al que usted acaba de ingresar, y lo evita con cuidado. Willy heredó una fortuna de su padre. Lleva una vida regular y cumple con los requisitos que le impone la sociedad. Jamás querrá verse mezclado en un escándalo. Sus amores clandestinos los maneja con mucha delicadeza. Eddy es distinto, hace mucho tiempo que es un peligro público.

Vive como nosotros a salto de mata —y Alex estalló en una carcajada irónica.

Verónica comprendió que Frank la había convertido en una delincuente. El mundo entero se había cerrado para ella. Alex había dicho «el grupo de los advenedizos», y ella le preguntó qué quería decir con aquella frase.

—Es largo de explicar. Frank decidió hace muchos años pertenecer a un círculo que no le correspondía. Arrastró a Eddy, que también anhelaba llegar al centro de la sociedad. Usted conoce las ambiciones de los *snoobs*... Nunca imaginé que Frank llegara a tales extremos y menos que arrastrara al imbécil de Eddy. Lo único que lograron fue quedarse completamente solos... es decir, Eddy, pues Frank volvió a su país y tendió un velo espeso sobre su pasado —Alex estalló en una carcajada irónica.

Verónica comprendió que debía seguir sus consejos y prepararse para ir a Ginebra; pertenecía ahora al grupo de «los advenedizos». Recordó las maneras de Eddy, su risa extraña y su debilidad, su actitud sumisa frente a Frank y el miedo que creyó adivinar en él. «No podré vivir bajo su techo.»

Una vez a solas en su cuarto, recordó que la policía le recomendó permanecer en París hasta que el caso de Francisco B. Luengo estuviera cerrado. Alex, en su afán de salvarla olvidaba esa orden. «Si creen que Frank se suicidó ¿por qué el caso continúa abierto?» Se estremeció, tal vez algún empleado del hotel desconoció el cadáver. Nadie había mencionado su pasaporte, cuya fotografía demostraba que el muerto no era Frank. Se sentó en la cama, los pasos del pasillo retumbaban adentro de su cuarto. «Es la policía...», se dijo, esperando que la puerta se abriera de golpe.

Por la mañana salió en busca del director del hotel en el que Frank se había alojado. Necesitaba saber cuándo se había registrado y si aquél había reconocido el cadáver. En la calle tuvo la desagradable impresión de que alguien la seguía. Decidió entrar en un café y observar a los pasantes. De pronto descubrió entre los clientes a un argelino al que había visto varias veces en los pasillos del hotel. El hombre llevaba un grueso gorro de lana verde y blanco, tenía frente a él una taza de café y leía absorto un diario. Trató de recordar cómo era ella antes, para mantenerse serena; pero su pasado no existía, era otra persona. «He reencarnado en una perseguida.» Pagó la modesta suma del café que había consumido y salió a la calle. No llevaba rumbo, ya no iría al hotel en el que se hospedó Frank. Caminó de prisa. «¿Quién es Frank?... ¿Quién es Frank?», y trató de que su pregunta se ajustara al ritmo de sus pasos. Lo recordó en el Beau Rivage encerrado en su lujosa *suite*, hablando de sus padres, de la carita de Kat, que lo había trastornado. «¿Por qué no lo dejaron casarse con Kat?» Si eso hubiera sucedido, Verónica no vagaría aterrada por París. «Está loco» y lo vio dando zancadas por las habitaciones, haciendo señas soeces y profiriendo blasfemias. «Me miraba con tal odio que me paralizaba.» Debía encontrar a Florence, que conocía bien a la secta tenebrosa de «los advenedizos»; pero la norteamericana había desaparecido sin dejar huella y Alex decía desconocer su paradero. Decidió ir al encuentro de Ivette, que se hallaba enferma. Subió los seis pisos del edificio, alcanzó las buhardillas y llamó a un cuarto de criados. Encontró a la mujer metida en una cama amplia que ocupaba casi toda la habitación. Ivette estaba envuelta en chales de lana muy viejos.

—Perdone la señora, tengo gripe...

—Necesito hablar con usted. Alex me propone ir a Ginebra a casa de Eddy, para escapar de Geneviève. —Ivette la escuchó atenta, se colocó un inhalador en las narices y aspiró con fuerza. Todo el cuarto olía a ungüentos y a eucalipto. Verónica esperó su respuesta.

—La señora no puede ausentarse de París hasta que el caso de Frank quede cerrado. Ayer por la mañana vino Geneviève, estaba preocupada. Me preguntó si Frank no había ido al piso entre las diez y las once de la noche de su suicidio. Le dije que no. Ella desea que otra persona lo hubiera visto. ¿No ve la señora que son Lena y Geneviève las últimas que lo vieron con vida? Eso afirmó el director del hotel, y por eso la policía las interroga con frecuencia.

Ivette calló. También ella estaba nerviosa, la policía podía identificar al muerto y entonces sería el fin para todos. Geneviève no le proporcionaba ningún dato sobre la investigación policiaca. Continuaba fingiendo que el cadáver pertenecía a su «querido Frank». ¿Y el pasaporte de Frank? —preguntó Verónica. No lo encontraron —respondió Ivette. Estoy en un apuro, Geneviève me regaló un traje de orgaza...

—Si será zorra. Trata de saber si Frank la visitó antes de desaparecer. Tenga cuidado... —Ivette se volvió a la pared, la presencia de Verónica la asustaba. «¿Por qué vino?», le recordaba el horror que habían pasado juntas y ese día ella se hallaba

muy cansada. Apenas escuchó cuando Verónica le expresó su propósito de hablar con el director del hotel en que se hospedaba Frank.

—¿Señora, no sabe usted que Frank se registró esa mañana? El director no lo recuerda, el administrador tiene una vaga idea, repite que era de piel oscura y corpulento, descripción que concuerda con el muerto...

—Creía que Frank estaba en ese hotel desde que se marchó del piso...

—¡No! Entró ese día a la una y media de la tarde —contestó Ivette.

Continuaban a ciegas, ignoraban los propósitos de Frank. Únicamente sabían que Lena y Geneviève conocían el secreto. Verónica sintió vértigo, delante de ella había una trampa tendida por esas gentes, que estaban dispuestas a aniquilarla. También Ivette lo sabía. ¿Y quiénes eran esas gentes? Frank, el primero, luego sus cómplices, Lena y Geneviève. Se volvió a Ivette, que envuelta en sus chales viejos parecía tan impotente como ella.

—Ivette, ¿qué quieren? —preguntó exasperada.

—No lo sé. Ese hombre odia a la señora, tal vez quiere callarla para siempre. Nunca se librará de él...

—¿Nunca?

—¡Nunca! Geneviève quiere que vaya a trabajar a casa de una millonaria conocida suya: Cora Logan. A mí me da miedo ir y me da más miedo negarme. Ese suicidio me quita el sueño...

—No acepte el trabajo —exclamó Verónica.

Ivette la miró con sus ojos cansados: también ella se hallaba atrapada en la misma red y también ella tenía miedo. ¿Cómo negarse? Quería explicárselo a Verónica; pero la vio tan aterrada que guardó silencio. Jamás se perdonaría el no haber espiado a Frank. Recordó su aire manso cuando se dirigía a ella pidiéndole comprensión, recordó sus falsas confianzas, acostumbraba llamarla para quejarse de Verónica y de sus crueldades para con él, que la amaba ciegamente. Por ella había abandonado a «mis hijos, Ivette, a mi esposa; y ella me engaña con el primer hombre que se le pone enfrente...», le decía bajando la voz, estremecido por la ira. «En Florencia, se escapó tres días con un jovencito, yo me estaba volviendo loco... en Venecia se mudó de hotel sin avisarme para pasar dos noches con un turista. ¿Qué hago, Ivette?»... «Anoche subió a buscar a Guy», le dijo una mañana. Ella permaneció muda, luego preguntó: «¿Acaso Guy no es homosexual?» Frank la miró con ojos inocentes. «¡Y eso qué importa! El chico busca dinero, es joven y se excita con facilidad», le contestó y agregó: «No puedo darle más dinero a Verónica, me ha arruinado, aceptó fugarse conmigo por dinero, sólo por dinero...» Sus confianzas las acompañaba de

lágrimas abundantes y a Ivette le daba pena ver llorar a un hombre. Ahora sabía que le había mentado en todo, hasta en las lágrimas. ¿Por qué? Preparaba algo que ella no previó. Su falta de intuición o quizás su vanidad, la hicieron caer en la misma trampa que preparaba para Verónica. Sintió miedo, tampoco ella se salvaría, quizás los únicos que podían aclarar la niebla que los envolvía eran Alex y Guy, que de alguna manera se habían puesto del lado de la señora.

-Dígale a Alex que Geneviève me ofreció trabajo en casa de esa Cora Logan...

—Se lo diré esta misma noche —prometió Verónica.

Por la pequeña ventana del cuarto de Ivette se veía el cielo bajo y gris surcado de matices rosados. Era increíble que hubiera entrado la primavera y que ella tuviera aquel espanto y aquel pesar. «No me volverán loca», se prometió y recordó a Perséfone, que en esos días abandonaba las tinieblas para reunirse con su madre y hacer florecer los castaños, los prados y los álamos plateados.

Quizás debería llorar un poco sobre sí misma, así tal vez se licuarían las tinieblas que la envolvían.

Contempló el cielo y volvió al lado de Ivette, se sentó en la orilla de su cama y lloró largo rato. La criada la dejó. También ella, si tuviera todavía lágrimas, haría lo mismo; pero los años le habían secado ese pequeño y misterioso manantial que ayuda a lavar las penas. Estaba seca y sin esperanzas, para ella jamás iba a reverdecer la vida.

—Llore la señora, llore —le dijo, convencida de que las lágrimas de Verónica podían producir algún milagro.

Verónica bajó a buscar pan y unas rodajas de salchichón para comer un bocadillo. Una vez de vuelta, preparó con cuidado los emparedados y ambas comieron en silencio.

—¡Sería tan fácil vivir sencillamente! —exclamó Verónica, con aire de incredulidad.

—¡Sí!, pero estamos entre criminales —Ivette soltó la palabra con valentía. Era necesario decirlo de una vez para que la señora comprendiera su verdadera situación.

—¿Criminales? —saltó Verónica.

—Y de la peor especie, criminales de gran categoría social. Contra ellos no hay defensa, sería su palabra contra la nuestra y nadie nos creería. Nos encerrarían en un manicomio... Geneviève ahora pertenece a su bando. Hoy vino elegantísima, con un abrigo de piel de foca y un traje sastre de Chanel, ¡quién lo creyera! La conocí de institutriz en casa de unos diplomáticos italianos en donde yo servía de cocinera. En aquellos días nos tuteábamos. ¿Sabe?, tenemos la misma edad, sólo que ahora se

cuida mucho, frecuenta los mejores salones de belleza... Después sirvió de camarera con unos norteamericanos, pagaban mejor; allí también yo fui la cocinera —confesó Ivette, con rencor.

Verónica la escuchó boquiabierta, nunca había sospechado que Geneviève hubiera sido sirvienta. Ella la conoció con un grupo de artistas fracasados que habían desaparecido. Estaba muy pobre y ella había tratado de ayudarla. No, la había ayudado a colocarse en una oficina internacional. Cuando volvió a Francia, Geneviève ya no trabajaba, vivía en su lujoso estudio y nunca se le ocurrió preguntar cómo lo había adquirido. Fue Ivette la que le contó los orígenes turbios de su actual bienestar.

—Se convirtió en una alcahueta para ricos —agregó Ivette, con voz amarga.

La ventana de la habitación empezó a empañarse con las brumas de la tarde, era mejor despedirse, el recuerdo del argelino del gorro verde y blanco la hizo ponerse de pie. Ambas optaron por obedecer a Geneviève. Verónica prometió consultar con Alex sobre aquella Cora Logan; besó a Ivette y bajó corriendo las escaleras. En la calle se enfrentó al frío y a la niebla espesa que subía del Sena. Ya en el hotel, encontró un recado urgente de Geneviève, que había ido a buscarla esa mañana. Le suplicaba que la llamara por teléfono. Con la nota en la mano se dirigió a una caseta pública para llamar a Alex, que vivía en un cuartucho próximo a la Sorbonne. Alex estaba todavía en la cama y prometió ir a verla a las nueve de la noche.

—¿Cora Logan?... ¿Cora Logan? Ya apareció el capitán del equipo —exclamó Alex, al enterarse de la proposición que le había hecho Geneviève a Ivette.

Alex se paseó nervioso por la pequeña habitación de Verónica, parecía indeciso, su pequeño chaleco de brocado lanzaba reflejos ardientes y sus ojos azules despedían fulgores chispeantes.

—Querida, tal vez sea más prudente que Ivette trabaje un tiempo en esa casa. Después veremos qué podemos hacer por ella y por usted... —¿Conoce a esa mujer?

—*¡Helas!* La conocí hace mucho tiempo, pero no la frecuento. ¡Es un virago! Será mejor que no vaya usted a Ginebra. Se ve que imaginaron que íbamos a recurrir a Eddy...

Alex guardó silencio. En la pequeña habitación parecía un huérfano castigado. Se diría que tenía miedo. Trató de sonreír y miró a Verónica con afecto, como si le pidiera disculpas.

—¿Por qué me miente? Nadie me dice la verdad —gritó la muchacha.

—Calma, querida, calma. Mientras menos sepa menos peligro corre...

La palabra peligro le produjo vértigo. Era verdad que se hallaba en peligro, ¿y por qué? Se lo preguntó a Alex, con temor.

—No lo sé querida. Son cosas irracionales, usted conoce a Frank. Un parecido físico puede ser el origen de su desdicha. Frank odia el *charme*; provoca en él su manía homicida... Si hubiera usted leído *Brideshead Revisited* tal vez entendería. Para él siempre será un placer hundir, aterrar y exterminar lentamente a una persona con encanto. Atribuye su fracaso inicial a una persona encantadora... No sé, todo es muy complejo cuando interviene un tipo como él, con sombras y tinieblas en el cerebro...

Verónica no aceptó la explicación.

—¡Alex, no diga sandeces! Quiero la verdad.

-Yo sabía que era usted muy alegre, que carecía de malicia. ¿Por qué no trata de ser como era antes? Se ha dejado destrozado por ese simulador. Si la viera llorar estaría satisfecho, usted ha permitido que la degrade... Creo que deberíamos ir a un cine, pequeña, y comer bombones. Usted es la hermana que me faltó. ¿Sabe que mi madre tocaba el clavecín?... (¡Ah!, hubiera sido una gran amiga suya. También ella era amiga de los desvalidos y de los animales, como usted, querida...)

—Alex, tengo la impresión de estar en un círculo de dementes.

—Y lo está. Cuando un demente dirige los destinos de un grupo, éste se convierte también a la demencia.

Alex le contestaba con evasivas y ella se sintió más confusa. Estaba perdida, su amigo parecía estar de acuerdo con ella. Se dejó llevar al cine y comió los bombones que Alex le tendió con gesto cortés y afectuoso. No llamó a Geneviève, ahora sabía que ésta la había engañado desde el principio. ¿Por qué nunca le dijo que había sido sirvienta? La imaginó con un uniforme almidonado y la recordó tomando el té con ella en los salones elegantes. Mientras comía los bocadillos le hablaba de las ediciones agotadas de sus libros. «Estoy tratando de que reediten esa novela mía. ¡Fue un gran éxito, querida Verónica!...» En varias ocasiones había tenido la impresión de que su amiga le mentaba, pero había tratado de engañarse y hacer caso omiso de las exageraciones y contradicciones de Geneviève. Su pasado resultaba confuso: a veces, a través de sus charlas parecía pertenecer a principios de siglo, a veces a una casa noble arruinada, y otras a un círculo intelectual muy selecto. Nunca habló con claridad de su familia o de su país. Verónica ignoraba si alguna vez se había casado y cuál era el lugar de su nacimiento. Ahora era muy tarde, Geneviève la tenía en sus manos y ella era impotente para liberarse de su poder.

El conserje nocturno llamó a su cuarto.

—¡La llaman de larga distancia!... ¡Es su hermano!

Con verdadero frenesí se puso el abrigo de pantera y bajó de cuatro en cuatro los escalones hasta llegar a la estrecha recepción del hotel. «¡Mi hermano!... ¡Mi hermano!... ¡Estoy salvada!... ¿Cómo dio conmigo?» Un torrente de recuerdos olvidados de su infancia la llenó de alegría, se había producido un milagro a pesar de que hacía tiempo que no rezaba. La vida sórdida de Frank y los hoteles le habían cerrado las puertas del paraíso de su niñez. Cogió el aparato y gritó:

—¡Tomás! ¡Tomás! ¿Me oyes?...

—Sí, chiquita, te oigo muy bien —contestó la voz engolada de Frank.

De golpe, la puerta abierta al paraíso se cerró dejando a Verónica más abandonada que antes de que los golpes en la puerta de su cuarto anunciaran la llamada de su hermano. No pudo decir ni una palabra.

—Chiquita, ¿me oyes?, ¿me oyes?...

—Sí...

—Estoy desolado. La vida sin ti es insoportable. Me consuela saber que Geneviève se ocupa de ti. No seas locuela y aprovecha su amistad. Me preocupas, no puedo dormir...

Verónica escuchó sus frases melosas y guardó silencio. «¿Qué? desea ahora», se preguntó, paralizada por aquella voz lejana que le urgía una respuesta.

—¿Me escuchas, chiquita?... ¿Me escuchas?...

—Sí...

—Promete que vas a ser buena y que no harás ninguna locura. Promete que obedecerás a Geneviève.

—Lo prometo...

—¿Nos veremos alguna vez?... Te empeñas en guardar silencio... Yo ando como un fantasma, me siento muerto, ¡muerto sin ti!

—¿De dónde llamas?

—De México, chiquita. Eres una ingrata, esta conferencia me cuesta una millonada. Trata de ser buena con la pobre Geneviève. Te quiero, te llamaré un día de estos.

Verónica colgó el aparato. Frank la había llamado para ordenarle que obedeciera a Geneviève. El miedo volvió a embargarla, si pudiera volver a su casa y olvidar que alguna vez salió de ella para enfrentarse al mundo dejaría de estar aterrada. Su madre tenía razón: «El mundo es peligroso, muy peligroso...», les repetía a ella y a su

hermano. Se preguntó cómo había conquistado Frank a Geneviève, el dinero no justificaba la actitud hostil que su amiga había asumido para con ella. «No me gustan las intrigantes...», le había dicho la última tarde que se vieron. «El pobre Frank obraba siempre de buena fe», agregó con dureza. Tal vez había hecho con Geneviève lo que hizo con Ivette: presentarle quejas y calumnias contra ella. «En verdad que Frank es hábil para la intriga.» Lo recordó escabulléndose de los hoteles, hablando con los desconocidos de las playas o de las terrazas de los cafés, que más tarde la evitaban como si fuera una apestada. ¿Qué se proponía? Deseó que amaneciera para correr en busca de Alex. El era distinto, poseía una pequeña y cálida corriente de afecto, era como estar cerca de un niño abandonado. Alex la quería, recordó su pequeña estatura y su risa pedante. «Esconde su ternura», se dijo y pensó que Alex había sido más desdichado que ella, tan pequeño, tan inhábil, tan desamparado. Buscaba refugio en Guy, en ella y era él quien los protegía a los dos. En realidad era más fuerte que el enorme Frank, siempre llorando miserias y desdichas, siempre temeroso de ser estafado o de que la gente se acercara a él por su dinero. «Alex es incapaz de matar una mosca.» También le quedaba Ivette.

Al escuchar a Verónica, Ivette decidió aceptar el trabajo en casa de Cora Logan. Era más prudente obedecer, Alex velaba por ambas y sabía mejor que ellas de lo que se trataba. Más tarde ya verían como separarse de aquel grupo de «malditos». Era evidente que Geneviève y Frank estaban en contacto directo. Verónica debía hacer lo que le ordenaran si no deseaba correr un riesgo aún más peligroso del que ya corrían ambas.

—Alex desistió de enviarme a Ginebra...

—Razón de más para que la señora haga lo que Frank y Geneviève desean.

—Dejaré correr algunos días —afirmó la vieja, envolviéndose en sus chales usados.

Los vapores de eucalipto trajeron a la memoria de Verónica las meriendas familiares en los bosques vecinos de su casa. El aire abanicaba las ramas largas y tristes de los árboles mientras ella y su hermano jugaban en la hierba. Una tarde encontraron una quijada de burro. «Con esta quijada mató Caín a Abel», le explicó Tomás, examinando aquel hueso largo y blanco en el que se insertaban unos dientes poderosos. La idea del crimen la dejó suspensa y corrió a refugiarse con su madre. Ahora entre Ivette y ella se hallaba aquella arma mitológica autora del primer asesinato. Sintió que iba a correr a refugiarse en los brazos de la vieja Ivette, que la contemplaba ensimismada, como si ella también hubiera visto el arma de Caín.

—Somos sus cómplices... —dijo Ivette, con voz cansada.

La culpa cayó sobre las dos como una cortina de tinieblas. Ninguna de ellas lograba explicarse como habían aceptado aquella situación que las convertía en delincuentes, y optaron por encerrarse en sus pensamientos sombríos.

—Me iré a tomar confesión —anunció Verónica.

—También lo haré yo...

Las dos sabían que no obtendrían la absolución, pero al menos descargarían sus conciencias. Tal vez así ahuyentarían el rostro terrible del cadáver de la Vallée de Chevreuse.

Pocos días después, Geneviève se presentó en el hotel para reclamarle a Verónica que no la hubiera llamado. Venía sonriente, enfundada en su abrigo de visón, con el rostro cuidadosamente maquillado y las manos enguantadas. Besó con efusión a Verónica y la llevó a un salón de té. Se instaló en una mesa y con gesto seguro abordó el tema de su amistad con Cora Logan, una mujer riquísima, viuda de un millonario inglés, que habitaba un palecete en la rue de Varenne. Cora Logan era inteligente, un poco extravagante, escogía a sus amigos con cuidado y ella, Geneviève, había tenido que suplicarle para que invitara a Verónica a un *souper* íntimo que daba el viernes por la noche, después del estreno en un teatro de moda.

—Le hablé de su trágica situación, pequeña Verónica.

—No debió hacerlo...

—¿Qué dice? Cora es una mujer muy importante, puede resolver su situación —replicó Geneviève, con un gesto de disgusto.

Verónica observó sus dientes pequeños, ligeramente encimados. «Mi madre decía que eran dientes de hipócrita», pensó, sin escuchar el torrente de palabras atropelladas que salían de boca de su amiga para convencerla de la necesidad de asistir a aquel *souper*. «Conozco tu juego, ya no me engañas», se repitió Verónica.

—La llevaré al peinador para que le arregle esos magníficos cabellos rubios —dijo Geneviève, acariciándole el pelo.

—Detesto que me toquen la cabeza —exclamó Verónica, retirándose con un gesto brusco de rechazo. Antes hubiera creído en el afecto de la mujer metida en un precioso traje negro adornado con un broche de diamante. Sonrió y preguntó con malicia.

—¿Diamantes?...

—No, querida, zircones —respondió Geneviève, soltando una risa discreta.

—¿Y Lena?

—En la Saboya, reponiéndose de la pena que le produjo la muerte de nuestro querido Frank.

—Se hicieron muy amigos ¿verdad?

—Si, él era un niño grande y ella no ha crecido, de manera que congeniaron como dos escolares.

—Dos escolares... —repitió Verónica, que empezó a reír a grandes carcajadas.

Geneviève la miró con reproche y se mantuvo seria y severa. —Perdone, Geneviève, pero no puedo evitar reírme. ¡Frank un escolar! He descubierto que es viejísimo y además muy mala persona...

—No hable mal de un muerto. Es de mal gusto. Tal vez Frank no fuera muy joven, pero todavía le quedaban algunos años por vivir...

—Por eso no se preocupe, los vivirá aunque sea en el infierno —y Verónica continuó riendo.

Le repugnaba que Geneviève insistiera en la muerte de Frank. Ante la mirada de indignación de su amiga, Verónica recordó a Alex y a Ivette y aceptó asistir al *souper* de Cora Logan. No podía volver con su hermano, estaba casada y su cuñada no le perdonaría jamás el escándalo que había provocado al haberse fugado con Frank, fuga que se convirtió en fuga conjunta. Además, el hombre se le había adelantado y temía vivir en la misma ciudad que él. Se iría a Nueva York, esa era su única salida. Obedecería mientras preparaba su fuga a Norteamérica.

El viernes por la noche se encontró en los suntuosos salones de Cora Logan. El lujo interior del palacete era inesperado: muebles oscuros cubiertos de sedas brillantes, cortinajes espesos, alfombras que apagaban cualquier ruido y que daban la sensación de caminar sobre plumas. Bargueños incrustados de nácar, objetos de porcelana con aves dibujadas en oro, enormes divanes cubiertos de almohadones de brocado, espejos profundos, oscuros, enmarcados en oro, la dejaron sin habla. En un rincón, en una especie de nicho formado por cortinajes pesados, se hallaba Cora Logan. A su espalda una gran cantidad de candelabros con los cirios encendidos le daban reflejos parpadeantes y dorados. Cora Logan, sentada en una silla de madera negra y patas muy cortas, parecía indiferente al asombro que despertaba. Verónica se dejó examinar por sus pequeños ojos azules. Cora Logan le tendió una mano suntuosamente enjoyada.

—Usted es la pequeña Verónica —dijo con una voz sin modulaciones, como si fuera una voz inmóvil.

—Y usted es Cora Logan... Mucho gusto señora.

Geneviève hacía las presentaciones y parecía muy agitada, giraba entre los muebles con gran afectación, reía y se inclinaba ante la dueña de la casa, con servilismo. Sólo había otros tres invitados, todos ellos hombres de edad madura, vestidos de *smoking* y

que hablaban con aire divertido con la dueña de la casa. En otro extremo del salón había otra mujer solitaria, delgada, con los labios maquillados cuidadosamente y el cabello negro untado a la cabeza como un casco brillante.

—Es Pascaline. Vamos a saludarla —le dijo Geneviève, para apartarla de Cora y de sus invitados. Verónica se dejó conducir. Pascaline, al contrario de Cora, llevaba un traje negro largo y escotado que desnudaba con exageración su espalda, sus hombros y sus brazos largos y angulosos.

—Pascaline, Verónica... —dijo Geneviève, con voz solícita.

La mujer tendió con lentitud una mano larga y huesuda y Verónica notó que su piel era más oscura que la de Cora Logan. La mujer inclinó apenas el cuello, en el que llevaba atada a una minúscula cadenilla de plata que hacía juego con los anillos y las pulseras, de plata también, que adornaban sus brazos y sus dedos.

—¿Es esta Verónica?... ¿El gran descubrimiento del pobre Frank? —preguntó la mujer, con aburrimiento.

Geneviève optó por reír. En efecto, aquella chica vestida con el traje de organza color mandarina tierna era Verónica.

—¿Se divierte en París, querida? —preguntó la mujer vestida de negro, fijando sus enormes ojos negros en los de Verónica.

Ésta notó el maquillaje pesado que llevaba la mujer en las pestañas y el borde de los párpados.

—No sé... No sé si me divierto —dijo confusa.

—¡Una lástima! ¡Una verdadera lástima!

—Verónica se encuentra un poco fuera de lugar —explicó Geneviève.

—¿Falta de mundo?... —preguntó Pascaline, sin mirarla, y enseguida agregó: —Geneviève, Cora quiere hablar con usted...

Verónica volvió la mirada hacia el otro extremo del salón, en el que se hallaba la dueña de la casa. Desde esa distancia, su traje de brocado rojo con hilos de oro llameaba al resplandor de los candelabros. Geneviève se precipitó a cruzar el salón y acercarse a la anfitriona, que habló con ella unos minutos.

—¿Le gusta Cora? Pobre amiga, es siempre tan melancólica... —suspiró Pascaline. ¿Por qué?... Bueno, soy una indiscreta —se excusó Verónica.

—No, no se preocupe por su indiscreción. Adoro a los indiscretos, me ponen al

corriente de muchas cosas que ignoro.

Verónica se sintió incómoda, la mujer seguía hasta sus menores movimientos con una mirada fija que la llenaba de turbación. Pensó que debía ser italiana o de algún país que no era precisamente Francia.

—¿Es usted italiana? —le preguntó, esbozando una sonrisa.

—No. Soy turca, querida. ¿Sabe dónde está Turquía?

—Mas o menos... No tengo talento para la geografía —se excusó Verónica.

—Por ahí, en un lugar del mapa. Si tiene tiempo alguna vez, búsquelo, se divertirá...

Verónica se sintió incómoda bajo la mirada imperturbable de Pascaline, que tensa la miraba sin pestañear. Vio sus uñas teñidas en rojo y observó las arrugas que le rodeaban los ojos. No pudo contestar nada a sus palabras despectivas, su presencia inmóvil la paralizó. A su alrededor se movían algunos lacayos provistos de bandejas enormes en que ofrecían copas de *champagne* y bocadillos de caviar. Escuchó reír a Geneviève.

—En efecto, los chinos son un pueblo dotado para las artes y el comercio. ¡Extraña combinación! Son deliciosos —escuchó decir con aire declamatorio, que quería ser mundano.

Un hombre grueso de cabello muy rizado rio de su frase, bebió otra copa de *champagne* y corrió a refugiarse cerca de Cora Logan que se mantenía apartada e impasible como un viejo ídolo. La vio fumar en una boquilla enorme: «Esta mujer parece salir de una película de Hollywood de los años treinta», se dijo Verónica, observando desde lejos a la dueña de la casa.

—¿No le gusta Cora? —preguntó Pascaline.

—Sí, debe haber sido una belleza...

—¿Una belleza? En efecto, Cora Logan fue una gran belleza y sobre todo una gran cabeza. Su mente es matemática, perfecta, no se equivoca nunca —afirmó Pascaline.

Verónica se vio reflejada en un espejo oscuro y se dio cuenta de que permanecía de pie, nadie le había ofrecido un asiento y se sintió aún más incómoda.

—¿Por qué se ruboriza usted? —preguntó Pascaline.

Geneviève cambiaba de sitio, su traje color avellana barría la alfombra con su pequeña cola. «Me parece que es aquel traje mío que tanto le gustaba», se dijo Verónica, asombrada por el descubrimiento. Geneviève también llevaba el mismo

perfume que ella había usado en el pasado: Carnet de Bal, de Revillon. Observó sus espaldas curvadas y sus cabellos canosos, mientras se acercaba a Pascaline. El nombre de Eddy la hizo sobresaltarse.

—¡Oh Eddy, sí! Qué ¿no va a venir? —preguntó, inclinándose sobre Pascaline.

—Claro que vendrá. Necesita dinero. Anoche Cora lo llamó por teléfono —dijo Pascaline, con despego.

La mujer se volvió a Verónica, que de pie escuchaba la conversación.

—¿Conoce usted a Eddy?

—Lo vi una vez.

—¿Qué opina de él?

—Nada... Es decir, recuerdo que me habló de Scott Fitzgerald.

—Pobre Eddy, es patético. Conoció a ese escritor de lejos hace muchísimos años. Creo que nunca se lo presentaron, simplemente coincidieron en el mismo hotel.

—¡Es absurdo! —gritó Geneviève, que no tuvo tiempo de agregar ni una palabra más, pues en ese momento aparecieron bajo la alta puerta del salón tres personajes: Alex, con su persistente chaleco de brocado rojo, su monóculo y un gesto despectivo en los labios; Rory, metido en un traje gris raído, con sus ojos saltones inyectados de sangre, y Eddy, que no se había despojado de su enorme abrigo de pelo de camello, con solapas exageradas y de un vuelo tan amplio como si fuera una capa. Verónica los contempló asombrada, resultaban fuera de lugar en aquel lujo de brocados, cortinajes y objetos dorados. Los demás invitados los contemplaron con indiferencia. Verónica tuvo la impresión de hallarse dentro de una opereta. «Opereta de maleantes», se dijo con malicia.

Eddy se desprendió del grupo, cruzó el salón de prisa, llegó al rincón donde se hallaba Cora Logan, la tomó en brazos y la besó con ostentación en la boca. Cora se dejó besar. Eddy repitió el beso muchas veces, se diría transportado por la pasión. Separaba a Cora, la contemplaba unos instantes y repetía el beso íntimo.

—*Darling, darling*, te echo tanto de menos... ¡lástima que seas tan endiablada! —repitió varias veces.

Los invitados contemplaron la escena sin sorpresa. Era visible que Eddy gozaba de privilegios de los que ellos carecían. Alex y Rory no se dignaron saludar a nadie, esperaron con paciencia su turno para saludar a Cora Logan, que los aceptó con condescendencia.

—Sabía que no faltarían a la cita —les dijo con su voz inmóvil.

—¡Me muero de sed!... ¡Me muero! —contestó Rory, echando mano a su marchita corbata negra de mariposa.

Sin ocuparse de los demás, Rory se precipitó sobre un criado, vació varias copas de *champagne* y lanzó una mirada ansiosa a su alrededor. Alex se acercó a él, se colocó con cuidado su monóculo, miró con desprecio a los escasos invitados y aceptó con gesto glacial una copa de *champagne*. Verónica corrió a su lado.

—Preciosa, es un placer encontrarte aquí —le dijo, al mismo tiempo que hacía una inclinación y le besaba la mano.

Rory se dirigió al ángulo que ocupaba Cora Logan, la miró con sus ojos enrojecidos y le gritó:

—¡Qué feliz eres, Cora Logan! Tienes lo que siempre deseaste, creo que debes compartir algo con tus viejos amigos. Recuerda que te sacamos del Soho... ¿Te enfada que te lo recuerde? Sí, veo que te enfurece; pero ¿qué hubieras hecho sin nosotros? Los sudamericanos tenemos ¡genio! Eras sólo una ratita mestiza, te tocamos con nuestra varita mágica y mírate ahora: ¡una reina! Lamento que tu Corte no sea todo lo brillante que mereces... —y Rory señaló con un gesto a los tres invitados.

Eddy coreó su discurso con una risa entrecortada y Alex guardó un silencio solemne. Cora Logan permaneció impasible.

—Rory, espero que no objetes mi presencia —dijo Pascaline, sonriendo.

—Tú estás perfecta. Me encanta tu cinismo; aunque yo estoy harto de los cínicos... ¿Quién trajo aquí a la inocente Verónica? ¿Qué hace aquí esta criatura? ¿No sabes, Cora Logan, que Frank B. Luengo murió? Tú nunca olvidarás lo que hizo por ti. ¿Verdad Cora? Frank era una persona que estaba siempre en el lugar exacto. ¡Muy oportuno!, y rico como Creso... Parece que llegó a arruinarse, pero supo rehacer su fortuna. Su vida fue grandiosa y su muerte demasiado humilde. Verónica, tu que eres su semiviuda ¿qué opinas de él? ¿Qué opinas? —repitió Rory.

—Nada... —contestó Verónica, sorprendida.

—¡Esta criatura es divina! No opina nada de Frank, esa terrible persona, ese chico endiablado, insoportable, caprichoso... —gritó Eddy, sacudido por la risa.

—No hay nada que opinar sobre un difunto —afirmó con seriedad Alex, saliendo en defensa de Verónica, que permanecía silenciosa y atontada.

—Yo sí tengo algo que opinar: ¡Frank era un pequeño monstruo! Me hizo la vida

imposible en Lausanne. ¡Qué berrinches! Cora sabe como se revolcaba sobre sus cientos de camisas de seda. Ella lo vio, también lo vio en el barco. ¡Qué muchacho más histérico! —y al decir esto Eddy volvió a reír con regocijo.

—Me disgusta que hablen de un pasado tan remoto —sentenció Cora Logan.

Las palabras de Cora amedrentaron a Eddy y a Rory. Verónica vio que sus mejillas pálidas se tornaban encarnadas, ambos tomaron copas de *champagne* y las bebieron con precipitación. Eddy tropezó con un lacayo y la bandeja que éste llevaba cayó al suelo estrepitosamente.

—¡Eddy, contrólate! —le ordenó Cora Logan.

La cena fue servida en el gran comedor iluminado por varias decenas de candelabros distribuidos con arte sobre las consolas negras y los muros de laca azafranada. Verónica contó a los invitados, eran diez incluyéndose ella misma. Eddy presidía una de las cabeceras y Cora la opuesta. Verónica se hallaba sentada a la derecha de Eddy, que hablaba sin cesar, no para ella sino para toda la mesa. A la derecha de Cora se hallaba el hombre de labios gruesos, cabellos rizados y cuerpo corpulento. Lo observó devorar la comida llena de especies orientales y sudar copiosamente. Geneviève llevaba una conversación ridícula y mundana, se volvía inquieta a sus vecinos esperando su aprobación. Alex no pronunció una sola palabra, se diría aburrido; de vez en cuando le lanzaba una mirada cómplice a través de su monóculo. Pascaline la observaba con terquedad, su rostro de músculos inmóviles estaba cerrado a la conversación. Las imprecaciones de Eddy, a medida que bebía, subían de tono y de volumen. Los cabellos renegridos de Cora Logan, sujetos en un suntuoso peinado, brillaban al otro extremo de la mesa. Sus gestos eran precisos y sus ojos azules a veces se fijaban en Eddy, lo contemplaban unos instantes para apartarse enseguida y volver a su plato.

—¡Por tu primer marido! —le gritó Eddy, levantando su copa.

Cora Logan sonrió, levantó la suya y dio un pequeño sorbo. Los demás imitaron su gesto.

—¡Por tu segundo y actual marido! —gritó Eddy, levantando su copa y riendo estrepitosamente. Cora Logan sonrió con una sonrisa indescifrable y levantó su copa para dar otro pequeño sorbo. Los demás la imitaron. Rory no pudo levantar la suya y cayó de bruces sobre la mesa.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Alex, con aire inquieto.

—Rory siempre se encuentra mal —comentó Cora, con frialdad.

Al terminar los postres Alex ayudó a Rory a llegar al salón de fumar. Allí le dio varias tazas de café. Verónica lo vio abandonar el salón. Su ausencia la inquietó, no

deseaba quedarse sola entre aquellos extraños. Lo vio reaparecer con dos saleros en la mano; vertió sal en una taza de café y obligó a Rory a beberlo. Dos lacayos lo ayudaron a sacar a Rory del salón. Verónica trató de seguirlo.

—No se mueva, querida enseguida vuelvo... Ivette está aquí... —le susurró casi al oído.

Cora Logan fingió no darse cuenta de nada; sin embargo, se dirigió por primera vez a Verónica.

—Gracias Verónica, me ha enviado usted a una cocinera envidiable...

—¿Tienes aquí a la vieja Ivette? Tú, mi amada Cora, no dejas jamás un hilo suelto —le gritó Eddy, con alegría.

Pascaline tomó una mano a Verónica.

—Pequeña, como el pobre Frank la dejó a usted sin recursos, queremos que trabaje para nosotros. ¿Qué le parece?

Verónica trató de liberar su mano. ¿Trabajar para ellos? ¡De ninguna manera! Pero debía ser cortés, las mujeres le daban miedo.

—No puedo... No tengo permiso de trabajo... —balbuceó.

—¡Niñerías! Se lo podemos conseguir en dos minutos. Yo tengo una *boutique* muy selecta. Geneviève tenía razón, usted es la criatura ideal para estar allí, me servirá de adorno. ¡Tiene usted clase, querida!

La repentina amabilidad de Pascaline la intranquilizó. ¿Qué se proponía esa mujer de cabellos untados y mirada fija? Prefirió guardar silencio, ni aceptar ni negar, bajó la cabeza y deseó intensamente que aquella fiesta horrible terminara. Vio entrar a Rory dando traspiés acompañado de Alex, y pensó pedirle a éste que la llevara a su hotel; pero en ese instante Eddy empezó otro discurso disparatado.

—¡Alex! ¿por qué no trajiste a Guy, tu *valet de chambre*? Estoy seguro de que Cora lo hubiera adorado...

—¿Cómo es? —preguntó Pascaline, con aire divertido.

—¡Encantador! Y además muy útil... —explicó Eddy, con voz tartajeante.

—Era muy amigo de nuestro querido Frank... —agregó Eddy con malicia.

—Alex, tráelo alguna vez —ordenó Cora Logan.

La voz impersonal de la mujer vibró unos segundos en medio del silencio del enorme

salón de fumar. Sus invitados permanecieron quietos, parecían personajes surgidos de un pasado reciente. Había algo fantasmal en aquella reunión, algo artificial, como si cada uno de los huéspedes jugara un papel ya representado muchos años antes por los verdaderos protagonistas de alguna comedia que Verónica ignoraba, pero que al mismo tiempo conocía a través de la literatura, del cine y de los periódicos de la década de los años veinte. «Son todos unos impostores», se dijo, al tiempo que los observaba; sin embargo, cada uno de ellos parecía sumergido en una tragedia personal que los unía para pulverizarlos, ya que era la misma tragedia para todos. ¿Por qué insistían en Scott Fitzgerald? Pascaline había dicho que Eddy apenas había conocido al escritor desde lejos, en cambio Alex la urgía para leerlo. La clave existía en las páginas de *Tender is the Night*, ella había buscado la novela sin hallarla. Decidió ir a la biblioteca pública. «Ahí debo encontrarla», se dijo, contemplando aquella fiesta fúnebre. Podría decirse que los amos de aquel palacete habían muerto y que ahora eran los criados los que repetían sus gestos, sus palabras, sus maneras. Pascaline estaba a su lado observándola.

—¿Desde cuándo vive Cora en este palacio? —le preguntó Verónica, con aire inocente.

—No lo sé... ¿Le resulta importante saber la fecha exacta? —le preguntó la mujer, mirándola hasta el fondo de los ojos.

—Ya le dije que soy muy indiscreta...

Pascaline no le contestó, en ese momento dos lacayos conducían a Eddy al vestíbulo, seguidos por Alex y Rory.

—Mire borracho... —dijo con tono despectivo Pascaline.

Verónica corrió a unirse con sus amigos. Encontró a Eddy, lívido, poseído por un hipo incontenible que lo sacudía de los pies a la cabeza. Se había saturado de alcohol y se diría moribundo.

—¡Que los lleve el Rolls! —era la voz de Cora Logan.

El grupo salió al patio embaldosado en el que esperaba un enorme automóvil negro. Los criados acomodaron a Eddy y luego ayudaron a montar a los demás. Alex dio al chofer la dirección del pequeño hotel vecino a la Sorbonne. Eran las dos de la madrugada cuando acomodaron a Eddy en la estrecha cama de Alex. Rory ocupó la única silla y Alex y Verónica se sentaron a los pies de la cama. Ambos estaban abatidos. Eddy vomitó con violencia varias veces, después pareció sentirse mejor, levantó un poco la cabeza y exclamó:

—¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!... El que le da perlas a los cerdos...

—Calla y descansa un rato —le ordenó Alex.

—No descanso. Mañana le sacaré dinero a Cora... Tú sabes, Alex, que me utilizó; lo sabes...

—Sí, sí, sí, lo sé muy bien —contestó el hombrecito, tratando de calmar a Eddy; que parecía próximo a un ataque de locura. De pronto se enderezó en la cama y empezó a reír a carcajadas.

—El viaje fue infernal. ¡Qué país espantoso! ¡Qué calor!... Frank y Cora me convencieron... Alex, tú sabes que yo fui siempre un niño obediente. Tienen la culpa mis padres... A los niños hay que educarlos en la desobediencia, sólo así pueden librarse de personajes tan funestos como Cora y Frank; pero lo único que me decían era: «Eddy obedece, Eddy obedece». Yo les tenía pavor. ¡Pobres viejos!, tal vez no eran tan malos, tal vez sólo eran monos amaestrados: mi madre con sus polvos, sus coloretos, sus alhajas y mi padre con sus corbatas y su bastón... —Eddy se echó a reír.

—Duerme y deja tranquilos a tus padres —le ordenó Alex.

—¿Dejarlos tranquilos? ¿No ves adónde me condujo su educación? ¡Al barco! Menos mal que Frank pudo callar el escándalo. El regreso fue aún peor, una cena de negros. Míralos a los dos ahora y mírame a mí, siempre aterrado. ¿Y así quieres que perdone a mis padres? Rabioso tenía que obedecer aún sus órdenes más estúpidas... ¡Hasta que me cansé! Ahora Cora me acusa de despilfarro. ¿Cuál despilfarro? Ella se quedó con la parte del león... Cora me recuerda a una institutriz que me pellizcaba como una bruja cuando la desobedecía. Mis padres nunca me creyeron... Y él, Frank, el gran muchachito, se parece a un chofer de mi padre. ¡Era un perverso!... Nunca pude quejarme, le creían a él. ¿Quién puede creerme, Alex?

—Yo te creo, Eddy, pero trata de dormir —le suplicó Alex.

—Tengo mucho frío Alex. ¿No tienes algunas pastillas? Me estoy muriendo —murmuró Rory, encogiéndose en la silla como si tuviera calambres.

—No, no tengo ninguna pastilla.

—Dale alguna ¡canalla! —gritó Eddy.

—¡Sois imposibles! Deberían guardar algún pudor, aquí está Verónica —reclamó Alex, indignado.

—¡Ah!, la viudita del histérico. ¡Pobre, también a ella la acostumbraron a obedecer! —dijo Eddy.

Verónica permaneció muda contemplando aquella escena incomprensible. Eddy se enderezó en la cama y fijó sus ojos asombrados en la muchacha.

—¿Verdad que a ti te acostumbraron a obedecer? Eres una niña muy bien educada — gritó Eddy.

Verónica hizo una señal de asentimiento.

—Te diré algo, pequeña obediente. Había una vez un gran hotel llamado el Beau Rivage. Allí pasaba yo muchas temporadas, me habían expulsado de Inglaterra. Por desobediente, ¿sabes? Un amigo me siguió; era un pederasta, muy *snob*, muy *chichiteux*, como decía Frank. A mí me gustaba jugar y me iba todas las noches a Ginebra. Mi amigo venía conmigo y bailábamos... ¿Te gusta el cuento? —y Eddy se echó a reír. Alex trató de interrumpirlo, pero lo cayó de un manotazo.

—¡Alex!, si el cuento apenas empieza. Una noche me asomé por la ventana del comedor para mirar a un chico más joven que yo. Acababa de llegar y se había hecho amigo de mi amigo. Lo miré durante largo rato, estaba cenando con sus padres. Eran iguales a los míos. Tú sabes que todos los sudamericanos estamos hechos del mismo barro. Su madre era una vieja puta y su padre un viejo cornudo. ¡Qué horror!, mi madre me espera en Ginebra, vino a bus- carne, no desiste... Ya le dije que si no se va a casa me suicido. Ella me amenaza con desheredarme; no me extrañaría, ya me desheredó mi padre. «¡Sí, sí, sí, soy maricón!», le grité en su lecho de muerte. Quería que le constara, pues siempre le tuve miedo. Pero eso sí, nunca tuve hijos, no quise hacer desdichados. Hay que ser honrado. ¿Estás de acuerdo? Cuando Frank me dijo en ese horrible piso en que vivías: «tengo cuatro hijos», tuve ganas de matarlo. Me dijo que su madre no quería que su dinero pasara a manos del Estado. «¿Y qué te importa, niño perverso, adónde vaya tu dinero después de muerto?», le pregunté. «¡Eddy, Eddy, no seas cruel conmigo! Mi pobre madre deseaba nietos, una seguridad...», sollozó. Frank llora mucho...

Eddy guardó silencio, Verónica lo escuchó aterrada. Después le pidió:

—Eddy, cuéntame de la carita...

—¿Cuál carita?... ¡Ah, la carita! Entonces te contó algo. Él me pidió esa noche en tu piso que nunca te dijera nada. ¡Valiente perjuro! Es un histérico. ¿Verdad Alex?

—Calla de una vez. Me estás poniendo nervioso y estás asustando a esta chica — gritó Alex.

—Alex, lo único que la puede asustar es la mentira. Déjame que le siga contando el cuento. Mira, Verónica, aquella carita era preciosa. Pertenece a una chica, una *flapper* que se iba a bailar a Ginebra con nosotros. Tenía trajes divinos, era muy coqueta, bailaba el *charleston* como una campeona de Norteamérica. Ya no hay chicas como ella, pertenecía a «*the lost generation*». ¡La generación perdida! Así la bautizó Scott Fitzgerald. Una noche Kat se asomó por la ventana del comedor del Beau Rivage para ver a Frank. Todos sabíamos que lo habían expulsado del colegio de Inglaterra por libertino y ella era muy curiosa. Cruzó unas miradas con Frank y

luego se fue con nosotros a bailar a Ginebra. Por la noche, al llegar a su habitación, se encontró a Frank, que cayó de rodillas frente a ella, se abrazó a sus piernas y la besó toda la noche... ¡Era un chico muy vicioso! Terrible en verdad. Por la mañana Kat lo echó de su cuarto y desde ese día Frank la espiaba, la perseguía, la acorralaba. ¿Así hizo contigo?...

Verónica asintió.

—Bueno, si Kat iba al bar, él se colocaba detrás a mirarla. En esos días Scott Fitzgerald tenía un drama terrible: acababa de encerrar a Zelda, una mujer ¡divina! y loquísima, en el manicomio. No hablaba con nadie. A Kat le gustaba sentarse a la barra a la hora en la que Scott iba a beber su *whisky*. Estaba muy pálido y ensimismado en su tragedia. Su hija, Scotty, lo esperaba en su habitación, era muy chiquita y muy dominante y él sólo pensaba en ella y en Zelda. Imagina cómo sería la persecución de Frank y sus escándalos para que hasta Scott se diera cuenta de la situación. A Frank le daban ataques de histeria, pateaba, desgarraba sus camisas de seda, gritaba. Pobre, tenía celos de Kat...

Te recomendé que leyeras *Tender is the Night*. En ese libro salimos Frank y yo. Por mi parte estoy encantado, Scott me inmortalizó. Frank, por su parte, está furioso. Odia a Scott.

—¿Y qué pasó con Kat? —preguntó Verónica, desconcertada.

—¿Con Kat?... Lo que pasa con todas las chicas malas. Su hada protectora se enfadó con ella por mala y la convirtió en una rana horrible —y Eddy empezó a reír con carcajadas violentas.

—Si ya terminaste el cuento, hazme el favor de dormir un rato. Estoy exhausto —le suplicó Alex.

—Desde que Scott lo puso en la novela, Frank optó por su primer nombre: Arturo y escogió su segundo apellido.

—¿Oye, Alex, ahora cuál apellido usa? —Pregunto Eddy, con voz infantil.

—No estoy seguro, me parece que el de Arturo F. Bartlet —contestó desganado Alex.

—¡Ah!, se quitó el apellido de su madre: ¡Luengo! Qué chico terrible...

Rory se había quedado dormido en el suelo. Verónica se sintió mareada, el pasado de Frank era demasiado extraño y tortuoso para seguirlo en una sola noche inconexa y saturada de alcohol. Eddy se había dejado caer sobre la almohada para contemplar el techo sucio de la habitación.

—*The lost generation...* —repitió.

Cerró los ojos y pareció dormir unos minutos, después se volvió a buscar a Alex.

—Alex, mira, tengo la lengua llena de lodo —y la sacó para enseñársela a su amigo. Volvió a cerrar los ojos y murmuró: Trataré de dormir... Soy una vieja carrona muy cansada...

Sus manos pálidas descansaban sobre las sábanas, inertes, iguales a su rostro, que en esos momentos aparecía terso como el de un niño. Alex aprovechó aquel momento para conducir a Verónica a su hotel. Caminaron en silencio. La madrugada daba tintes azules y rosados a los perfiles de las casas. Se diría que ambos andaban por una ciudad desconocida y encantada.

—Alex ¿quiere buscarme *Tender is the Night* y *Brideshead Revisited*?

—Cuando abran las librerías —contestó Alex, con voz metálica.

Al llegar a su cuarto se sintió mal: «Soy una imbécil», se repitió una y otra vez. ¿La explicación de la conducta despiadada de Frank y sus arranques de histeria se debían a que era homosexual? ¿Era eso lo que Eddy había querido decirle o era simplemente una broma? Se cubrió el rostro con las sábanas. Estaba ofendida y sintió que le ardían las mejillas. Si Frank era homosexual, era diferente de los demás homosexuales, ya que lo consideraban un malvado. Hablaría con Alex, él era distinto, era honesto, serio y le tenía afecto. El mismo Eddy condenaba a Frank. Recordó a Kat. ¿Quién era Kat? ¿Qué hacía aquella Kat entre Frank y Eddy? «Kat era la más puta de todas», había dicho Eddy la noche en que los visitó en el piso amueblado. Olvidó al inglés que corría tras Eddy, estaba confusa, había caído en un mundo anticuado y fantasmal. Recordó a Cora Logan, otra incógnita. ¿Por qué conocía a Frank? Éste nunca la había mencionado. Tal vez Cora Logan era Kat, en cuyo rostro inmóvil se reflejaba un pasado turbulento. La mujer no sólo era enigmática sino temible. Sus amigos perdían el control frente a ella. Eddy se convertía en un ser desesperado y Rory se llenaba de un odio extravagante: «Eras sólo una pequeña rata mestiza», le dijo esa noche antes de caer en coma. Debía hablar con Alex, aunque temía que no le dijera nada. «Mientras menos sepas menos peligro corres», le dijo unos días atrás. Estaba perdida. Recordó a Frank hablando de las mujeres de su pasado con un despego atroz; hablaba de la intimidad de aquellas mujeres con una grosería helada. Sin embargo, en la carrera desenfundada por los hoteles nunca tuvo tiempo para reflexionar en sus palabras. Lo recordó destruyendo teléfonos y haciendo señas obscenas y se cubrió el rostro con las manos. Eddy lo conocía bien: era un histérico, un... homicida, dudó antes de atreverse a decir esa palabra. «Estoy marcada por la infamia.» Escondió la cabeza en la almohada y pensó con gratitud en Eddy. ¿Cómo sabía que a ella también la habían educado para obedecer? Era Eddy quien le había revelado su verdadera situación y su destino, también él estaba perdido. Lo recordó en casa de Cora Logan, estaba exasperado. El grupo entero pertenecía a un pasado abolido, a una generación desaparecida. La mano feroz de Frank lo había arrastrado a aquel mundo fantasmal. En casa de Cora Logan la atmósfera era tan irrespirable como la de un sepulcro

sellado. Los personajes buscaban playas y lugares perdidos, hasta la música era la música con la que habían bailado sus padres: un jazz melancólico que brotaba de los rincones y que hizo que de los ojos enrojecidos de Rory brotaran algunas lágrimas: «Entonces éramos todos tan guapos», dijo, después de escuchar durante algunos minutos. Por la cara de Cora Logan pasó el esbozo de una sonrisa: «A mí no me interesa ser guapa», dijo con su voz exacta. «Tú querías ser rica. ¿Verdad *darling*?», preguntó Eddy, que también se había dejado mecer por aquel jazz moribundo. «La belleza sirve para muy poco», aseguró Cora, fijando sus ojos celestes y ligeramente oblicuos en los de Verónica. «Es un adorno que pocos saben apreciar», concluyó. «¡Los bellos están malditos!, dice Fitzgerald», gritó Eddy, con su voz aguda. «¿Lo dices porque la belleza es un crimen o porque incita al crimen?», preguntó Cora, con indiferencia.

«Por las dos cosas, *darling*», contestó Eddy, tirándole un beso con la punta de los dedos. Ahora desde su cuarto de hotel, Verónica reconstruía la parte secreta de la cena de Cora Logan. Supo que aquellos personajes no se habían reunido para conversar, sino por un motivo urgente que ella desconocía. Se trataba de algún asunto grave que los concernía a todos, menos a aquellas tres comparsas que hablaban de Singapur y a Geneviève, que trataba de actuar como si perteneciera al grupo íntimo de amigos. Ella no pertenecía a su pasado. Nunca frecuentó las playas ni los hoteles elegantes; había sido una simple sirvienta. Cora Logan, Alex, Frank, Rory y Eddy habían sido comparsas de personajes desaparecidos. Lo había dicho Pascaline. Husmeaban las vidas brillantes de los astros del cine, los multimillonarios y los escritores de moda. «Merodeaban», se dijo Verónica. Y sin embargo guardaban una infinita nostalgia por aquellos años dorados de la «generación perdida». Por eso Eddy amaba a Fitzgerald, el único cronista de su juventud perdida.

A la una de la tarde llegó Geneviève a buscarla. Estaba disgustada con Rory y con Eddy.

—¡Qué manera de comportarse, es increíble! —exclamó, despojándose de sus guantes.

Verónica la escuchó sin ningún respeto: «Habla mal de los invitados, igual que una criada», se dijo. Le lanzó una mirada a la mujer que sentada a la orilla de la cama parecía haberse posesionado de la habitación.

—Usted, Geneviève, acaba de llegar a ese grupo, ¿Por que los juzga con tanta dureza?...

Geneviève se irguió airada ¿cómo se atrevía Verónica a corregirla? Se arregló la toca de visón y afirmó con altanería.

—Querida, hace muchos años que conozco a Cora Logan.

—¿Usted?... ¿Antes o después de los diplomáticos italianos? —preguntó Verónica,

con gesto desafiante.

—Antes. Cora Logan me recomendó con ellos. Veo que Ivette es una serpiente...

—¿Ivette?... ¿Qué tiene que ver Ivette? Me lo dijo Frank —mintió Verónica.

—Pobre querido Frank, las circunstancias lo obligan a ser desleal —contestó Geneviève, con descaro.

—¿Cuáles circunstancias?

—Su riña con Cora. Tal vez eso fue lo que le provocó el suicidio. Los esfuerzos de la pequeña Lena resultaron inútiles.

Verónica guardó silencio. Ignoraba la amistad entre Frank y Cora Logan. En realidad ignoraba toda la vida crapulosa de Frank. La noche anterior Eddy había tratado de revelar parte de las andanzas de aquel hombre enigmático y sombrío y ella se había llenado de terror. Pensó que ahora Geneviève vería en ella el mismo miedo que vio Eddy.

—¡Me alegra que haya muerto Frank! —dijo con voz cínica.

—¡Verónica!, es usted muy dura. Sí, muy dura. Si el pobre Frank la escuchara —suspiró Geneviève, cambiando de voz. No puede oírme, esta muerto.

Geneviève se puso de pie, trató de moverse dentro de aquel cuarto estrecho, consultó su reloj pulsera y con un gran sobresalto se volvió a su amiga.

—¡Dios mío!, olvidé a que venía. Cora la espera a comer hoy y ya son cerca de las dos de la tarde. Por favor vístase usted de prisa.

—No pienso ir —aseguró Verónica, con firmeza.

—¿Qué dice? Le ruego que venga...

Verónica permaneció inmóvil en su cama. Sus ruegos resultaron inútiles.

—Espero que no se arrepienta de perder esta oportunidad, querida —le dijo Geneviève, antes de partir.

Verónica la vio salir de su cuarto y se puso en pie de un salto: «¡Debo escapar a Nueva York!», recordó. Se vistió de prisa, iría enseguida a la embajada de los Estados Unidos: «Es tarde, ya debe estar cerrada... ¿Por qué no fui temprano? Iré mañana». Penso en Florence, era norteamericana, la buscaría, tal vez ella le diría la verdad sobre su situación. Pero ¿cómo encontrarla? Era necesario recurrir a Alex. Salió de prisa rumbo al hotel de su amigo, se encontró a Guy, los demás habían ido a casa de Cora Logan. Guy se había negado a ir, la mujer le producía miedo.

—¿Miedo por qué, Guy?

—No sé, tal vez por lo que hizo. No quiero que me controle. Alex me ha contado todo...

—¿Y qué hizo?

Guy la tomó del brazo y la sacó del hotelito para llevarla a un cafetín situado a espaldas del Pantheon. Ocuparon una mesa pequeña y Verónica vio en sus ojos unas chispas de malicia dichosa. Parecía feliz, la miraba con regocijo, se frotaba las manos y no cesaba de preguntar.

—¿De verdad no sabe usted quién es Cora Logan? —como si revelarle la identidad de la mujer le produjera una dicha inesperada.

Verónica se limitaba a negar con la cabeza, en espera de la confidencia:

—No sé, no sé...

Guy se echó a reír, dio varias palmadas para llamar al camarero, pidió dos bocadillos de jamón y café caliente. Colocó los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla sobre ambas manos y confió en voz muy baja:

—Cora Logan es la esposa de Eddy —hizo una larga pausa para observar el efecto de sus palabras sobre el rostro de Verónica, sobresaltado por la sorpresa, y sonrió con satisfacción. Había logrado el efecto deseado.

—Se casaron hace muchos años, cuando ella enviudó en Ceylán, es decir, en el barco que la llevaba a Ceylán. Iba con su primer marido, un viejo inglés millonario que había vivido en las Colonias. Ella es mestiza y parece que era ¡muy sexual!, eso me dijo Alex... —Guy se echó a reír con picardía. Verónica lo escuchaba boquiabierta; pero se sentía aliviada, al fin sabría la verdad.

—¿Su marido murió en la travesía? —preguntó.

—¡Calma, Verónica! Su marido murió en la bañera de su cabina de lujo... Se ahogó...

—Se ahogó... —repitió ella, sintiendo que un ser malvado pasaba cerca de ella. Un ser invisible y poderoso.

-Cora heredó su fortuna y luego se casó con Eddy. ¡Po- bre Eddy! Había sido muy rico pero su padre lo desheredó. Estaba arruinado. Frank también, su familia había perdido casi todo su dinero. ¿Lo sabía usted?

—No. Yo no sé nada —contestó ella, asombrada de que Frank apareciera mezclado

en aquella historia.

—Pues estaba arruinado y no quería volver a su país. El primer marido de Cora le dejó la mitad de su fortuna. Tuvo suerte. ¿Verdad? —y al decir esto Guy dio un gran mordisco a su enorme bocadillo de jamón.

—Rory descubrió a Cora, dice que era muy bella, muy sexual. Eddy dio el dinero para vestirla y cuando lo expulsaron de Inglaterra, la invitó a Francia. Rory y Eddy pensaban casarla con un millonario, sólo encontraron al viejo Logan, que pasaba una temporada en la Riviere. El pobre idiota se había pasado la vida trabajando en las Colonias inglesas y estaba viejo y podrido en dinero. Cuando lo descubrieron, Eddy llamó a Frank, que se había instalado modestamente en una ciudad alemana. Éste contaba con su buena presencia y su sangre fría, parece que su papel fue decisivo en la boda de Cora. Le hizo la corte, la perseguía, lloraba, le hacía escenas de celos; al final, muy caballero, aceptó su derrota frente a Logan. ¿Ve usted?, encajó el golpe con nobleza y el viejo le tomó admiración y afecto. Después de todo sólo era un muchacho menor que Cora...

—¿Y lo nombró su heredero? No lo creo...

—No, Verónica. Él no lo nombró su heredero, fue Cora quien le cedió la mitad de la fortuna en agradecimiento... —Guy fijó sus ojos castaños en Verónica y terminó su bocadillo.

—Perdone, Guy, o me habla usted con claridad o nunca entenderé nada —dijo ella, disgustada.

Guy pidió un vaso de vino y lo bebió con parsimonia. Verónica no se daba cuenta de que lo que tenía que decirle le resultaba muy difícil, las palabras se negaban a salir de su boca. La miró con fijeza, vio sus ojos ansiosos y su actitud de espera y se impacientó con aquella mujer tan increíblemente torpe de entendimiento.

—Usted no es nada lista. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que debe usted obedecer a Cora? ¡Pues bien, la debe obedecer!... Y yo también. Ese canalla de Frank nos ha embarcado en este bote, de la misma manera que embarcó al pobre Logan y luego lo... bueno, se ahogó en la bañera del trasatlántico...

—¿Quiere decir que Frank mató a Logan? —preguntó aterrada Verónica.

—¡Al fin! Sí, él y Eddy embarcaron en el mismo barco, fue Frank quien planeó todo... Al menos eso me ha dicho Alex, y los pocos amigos que conocen el asunto. ¡Eddy es un pobre diablo! ¿Lo imagina usted sumergiendo al viejo Logan en la bañera durante varios minutos? Además de cobarde, Eddy fue siempre muy endeble; en cambio, Frank es atlético, muy fuerte y con gran sangre fría cuando no le dan los ataques de histeria. Logan también era alto, pero estaba viejo. Lo sorprendió en la bañera, charló con él y de pronto ¡paf!, le hundió la cabeza y la mantuvo bajo el agua

hasta que dejó de moverse... Salió muy tranquilo. Cora se encargó de dar la versión a las autoridades del barco: ella estaba en el camarote y no escuchó nada, seguramente el viejo sufrió algún vértigo, algún desmayo. Así, ¡paf!, los millones pasaron a sus manos y luego la mitad a las de Frank. El pobre Eddy se casó con ella en Hong Kong, le tocaron migajas.

Verónica escuchó la historia como en un sueño. ¿Guy trataba de burlarse de ella, de aterrarla? Tal vez sólo le gastaba una broma terrible, lo miró con extrañeza. ¿Por qué le contaba aquel crimen?

—Usted no me cree, Verónica, y alguien tenía que decirle la verdad. ¡Frank es un monstruo! Pobre Eddy, ha sido su víctima, nunca pudo librarse de Cora, tampoco Alex, por ser amigo suyo. Eran ricos, ¿sabe?, y ahora están en manos de la Logan. En cuanto a Rory... el pobre se droga. También Eddy, aunque se controla. No podemos decir que es un adicto, más bien un *dilettanti*... La verdad es que todos ellos se drogaron de jóvenes, fue una ocurrencia de Frank, por eso lo expulsaron del colegio inglés. Frank se cuida mucho. ¿No notó usted que comía demasiados caramelos? — Guy se echó a reír.

Era verdad, Frank llevaba siempre caramelos en los bolsillos de su americana. Verónica recordó que después de una de sus crisis de histeria, devoraba dulces con verdadera fruición. Tal vez estaba drogado cuando se ponía histérico... —dijo en voz baja.

—No, cuando se le pasa el efecto. Yo le cuento lo que me ha dicho Alex.

—¡Claro!, todo sucedió antes de que usted naciera —contestó ella, vencida por una fatiga desconocida, pues acababa de perder la última esperanza de salvación que le quedaba. La malicia había desaparecido de los ojos del muchacho, que inclinado jugaba con el papel blanco de la mesa y parecía avergonzado de sus revelaciones.

—Lo siento, Verónica. Me indigna que sea usted tan crédula. ¿Cómo no se dio cuenta?

—¿Cuenta de qué?...

—De Frank. Alex y yo nos lo preguntamos todos los días...

—No sé, estaba tan empeñada en sobrevivir a su brutalidad que sólo pensaba en eso. Nunca entendí nada, ahora tampoco; sólo tengo miedo. ¿Sabe que me llamo por teléfono?

—Sí, lo sé. También llamó a Cora para pedirle que se ocupara de usted. No está tranquilo, teme que usted se haya dado cuenta de algo y hable. Cora también le tiene miedo a usted, el secreto hasta ahora había quedado dentro del pequeño círculo de íntimos, ¡y ya ve hay rumores! Eddy a veces habla demasiado con sus amigos de

aventura y es Cora la que debe callarlos con dinero. Por ejemplo, Bruno. Era un camarero, robó a Eddy, bueno eso sucedió al final. Eddy no pudo reclamarle nada, le había hecho confidencias y aquél chantajeaba a Cora. Eddy le contó el asunto del viaje a Ceylán y estaba dispuesto a arruinar a Frank. Me pregunto por qué lo haría, tal vez desea que lo maten. Pobre Eddy, está muy cansado, nunca se repuso del disgusto... Yo lo entiendo. ¡Qué estúpido fue Bruno! Digo esto porque usted conoce su final. Él nunca había visto a Frank, pero parece que una vez a solas con él supo quien era. Me imagino que el propio Frank se lo dijo. ¿Usted que opina?

—¿Yo?... No sé de que me habla...

Guy se inclinó sobre la mesa, la miró con seriedad y dijo casi en un susurro:

—Del hotel del Lago Mayor. ¡Pobre Bruno!...

Verónica perdió el color, pensó que iba a desmayarse. El cafetín giró a su alrededor con velocidad.

—Entonces ¿es verdad? —preguntó casi sin voz.

—Es verdad. Morir degollado... ¡Pobre Bruno! -Insistió Guy, en voz muy baja, inclinado sobre ella.

¿La estaba acusando de complicidad en el crimen? Lo miró aterrada. Aquella noche ella cayó en un sueño pesado, apenas recordaba unos alaridos, una lucha y el ruido de la lluvia que caía. Antes de llegar al hotel había tenido la seguridad de que esa noche iba a saber la verdad y que su pesadilla tocaría el fin. Fue una noche extraña, creyó vivir dentro de una película, como si ella no fuera ella sino un personaje reflejado en una cinta cinematográfica. Ella no participó en el asesinato.

—Yo... yo sólo escuché algo, por la mañana vi que Frank tenía una herida en el labio. No supe nada...

—Hable en voz baja. Alguien puede oírla y acabará en la cárcel —le dijo Guy, con seriedad. Un silencio sombrío cayó sobre los dos. Guy estaba nervioso, se volvía a cada instante hacia la puerta del cafetín, estaba poseído por el terror, tampoco él podía escapar del círculo de Frank.

—¿Conoció usted a Bruno?...

—Sí, el año pasado. Ya hacía mucho tiempo que había terminado con Eddy. No era joven, tendría unos treinta años, estaba dispuesto a arruinar a Cora. Él me envió con Alex, pero me negué a ayudarlo cuando conocí a Alex. ¡Estúpido! No le hubiera sucedido nada si Cora no llama urgentemente a Frank. ¿Sabe que nunca había vuelto a Europa?...

Guy calló, por su rostro pasaron ráfagas de miedo. La cara de Bruno pareció surgir sobre la suya como una fotografía superpuesta. Verónica volvió a ver a aquel hombre vestido de negro diciéndole: «Las mujeres desnudas siempre están en peligro». Hubiera querido preguntarle a Guy acerca de aquellas palabras que la habían sobrecogido de terror. ¿Acaso sólo deseaba asustarla? No dijo nada. «Mientras menos sepa menos peligro corre», le había dicho Alex. Ahora se hallaba completamente vestida y, sin embargo, se sintió en un peligro peor que aquella noche. ¿Por qué Guy le relataba la serie de crímenes cometidos por Frank? El jovencuelo le despertó sospechas, recordó a Frank reprochándole que le hubiera cedido el cuarto de criados: «¿No sabes que estos delincuentes siempre son soplones de la policía?», le había gritado furioso una mañana.

—Guy, ¿usted trabaja para la policía? —le preguntó en voz muy baja.

—No... pero creo que desean atraparme desde lo que sucedió en la Vallée de Chevreuse. ¿Por qué?

—No sé, tengo miedo. ¿La policía cree que el muerto es Frank?...

Guy apoyó el rostro sobre ambas manos, reflexionó unos instantes antes de responder; también a él le preocupaba la policía.

—Me parece que por el momento han aceptado que sea Frank el muerto. ¿No recuerda que todos identificamos el cadáver? Frank está ahora muy tranquilo en su país. Parece que allá goza de muy buena reputación. Desde acá no pueden suponer que Arturo F. Bartlet sea Francisco B. Luengo ¿Comprende? Si hubiera sospechas recaerían sobre nosotros y sobre Lena y Geneviève, que fueron las que le pusieron la celada al amigo de Bruno. También él deseaba dinero, mucho dinero a cambio de su silencio, para eso vino desde Italia. Frank abandonó su piso cuando supo que el hombre estaba en París, y con la ayuda de las dos mujeres se dedicó a cazarlo. Eddy no se mezcló en el asunto. ¡Pobre Eddy!, estaba aterrado por lo del Lago Mayor, trató de disuadir a Frank, pero éste no lo escuchó. Alex, Eddy y yo pensamos en usted y fuimos a hacerle compañía...

—¡Dios mío, que pesadilla interminable! ¡Estoy perdida!...

—¡Calle!...

—Pero... ¿por qué mata? ¿Está loco?...

—Por dinero. Frank es dinero. Su primer crimen lo cometió cuando se vio arruinado. Si usted le estorba la buscará para matarla.

—¿Por qué me buscó antes? —gimió Verónica.

—Necesitaba un motivo para volver a Europa. Inventó el gran amor, el mejor alibi.

¿Ya tiene todo claro?

—Perdone, Guy, pero estoy sumida en una con confusión horrible...

Abandonaron el café y caminaron cabizbajos; había oscurecido y ambos tuvieron la certeza de que caminaban en el infierno «Estoy perdida, perdida...», se repitió Verónica hasta llegar a la puerta de su hotelucho.

—Es una pena que haya caído usted en este círculo. Yo tampoco sé cómo escapar; deberíamos planear algo juntos. Hoy me negué a ir a casa de Cora Logan, usted sabe que quiere conocerme...

Ella lo escuchó con miedo, podía ser una trampa, no podía confiar en el jovenzuelo que le había revelado el horror. Trató de no mirarlo.

—Sí, sí, habrá que hacer algo... —dijo con voz débil.

Recordó que deseaba la dirección de Florence, era mujer y podía ayudarla. Se la pidió al muchacho, éste dudó unos segundos y después con aire decidido le apuntó la dirección de Rory y de Florence, en un trozo de papel que arrancó de su agenda. La pareja vivía en el barrio de la Bastilla.

Una vez a solas en su habitación cayó derrumbada sobre la cama. No tenía ninguna esperanza. Le quedaba el recurso de acudir a la policía y revelar aquel secreto que pesaba sobre ella. Pero ¿le creerían? Ivette se había mostrado escéptica: «Es su palabra contra la nuestra», le había dicho.

¿Acaso Ivette no trabajaba ahora a las órdenes de Cora Logan? La vieja criada había depuesto las armas. «Escuche la señora, la mayoría de los crímenes quedan impunes, lo leí en una gaceta policiaca», le había dicho la última vez que se encontraron. En realidad a la policía le interesaban bien poco dos homosexuales chantajistas. ¡Esa era la verdad! Fijó la vista en el muro sucio del cuarto... ¿y en cuanto a Logan? ¡Bah! Logan había sido asesinado veinte o treinta años atrás en un barco de lujo en las proximidades de un país oriental. No existía ningún testigo, existían sólo los verdugos: Frank y Cora. Los demás eran sus cómplices y por miedo atestiguarían en su favor. A ella la acusarían de loca, para librarse del escándalo y del peligro. «¡Nada que hacer!... ¡Nada!» ¿Por qué se portó tan estúpida con Guy? Quedaban muchos cabos sueltos, el muchacho sólo quería ayudarla diciéndole la verdad. «¡La verdad fulmina!», se dijo, paralizada por las palabras de Guy. Sintió que jamás volvería a dormir. Frank era un vampiro que le había secado la fuente del sueño. Temía cerrar los ojos y ser asesinada. Ahora se lo podía confesar a sí misma, no estaba loca, Frank era un homicida. «La he dejado sola, no ofrece peligro», le había dicho a Geneviève, según le confesó esa tarde Guy. Era verdad, la había dejado absolutamente sola. Únicamente podía recurrir a los cómplices de Frank, que ahora eran los suyos. «Me iré a Nueva York, decidió. Ignoraba la decisión de Frank.

Al mediodía, en casa de Cora Logan se discutió la suerte de Verónica. La anfitriona escogió para sus invitados un menú especialmente rico en platillos exóticos rociados con té de aromas distintos y bebidas selectas. El gran comedor presentaba un aspecto solemne y Alex, Eddy y Rory, a pesar de la fatiga de la noche anterior, estaban allí comiendo sin apetito el banquete que les ofrecía Cora para agradecer su obediencia.

Los biombos negros y dorados colocados a espaldas de Cora Logan producían el efecto buscado: lujo solemne y dignidad principesca alrededor del rostro compacto e impasible de Cora Logan, que lucía un tocado hecho con pequeñas placas de oro, algunas de las cuales le cubrían parte de la frente. Un traje de brocado de oro la hacía brillar como a un ídolo. La suntuosidad desplegada impresionó a sus modestos huéspedes. Los lacayos se movían, alrededor de Cora, con reverencia, y Geneviève no podía apartar sus ojos de la figura resplandeciente de la mujer que presidía la enorme mesa. En la cabecera opuesta un Eddy maltrecho hablaba poco. Alex y Rory guardaban gestos de ironía.

—Verónica debe quedar en libertad para irse o quedarse en París —opinó Alex, soltando una pequeña risa convulsiva. Los ojos impenetrables de Cora Logan cayeron sobre la figura minúscula de Alex, que con aire despreocupado manejaba con destreza los palillos de marfil que hacían las veces de cubiertos.

—Creo que la muchacha no vale nada; pero no puedo dejarla ir, se lo prometí a Frank —cortó la voz inmóvil de Cora.

—Querida, yo opino que debemos abandonarla a su suerte. Sola se ocupará en defenderse y nos olvidará. Mientras menos sepa de nosotros será mejor. Es muy astuta y ella misma tendrá que recurrir a nosotros —dijo Geneviève, ansiosa. —Me parece muy injusto. La muchachita está bajo un choque nervioso, yo podría invitarla a mi casa y convencerla de que no corre ningún peligro —se precipitó a decir Eddy, que deseaba ayudar a Verónica.

—¡Imposible! La discusión está terminada. Pascaline se ocupará de ella —contestó Cora Logan, con su voz inmóvil.

Pascaline se volvió a Cora, hizo un gesto de aprobación y continuó comiendo. Aquel asunto empezaba a aburrirla; Eddy era un viejo sentimental y Geneviève una vieja oportunista. Los miró a ambos con despego y guardó silencio.

—Cora, haces muy mal en retener a Verónica. Acabará enterándose de todo —gritó Rory, empujando con violencia una preciosa escudilla de porcelana de color azafrán con veta de oro que contenía agua perfumada para enjuagarse.

—¡Rory, cálmate! —le ordenó Alex, con voz despótica.

Nadie hizo caso a las palabras de Rory, Cora inició una conversación banal sobre la primavera que empezaba a entrar en la ciudad con las primeras golondrinas, según

había leído en los diarios de la mañana. Sus amigos la escucharon con fingido interés. ¿Qué les importaba a ellos aquel cambio? Sus vidas continuaban suspendidas en el mismo tiempo inmóvil producido por el crimen de Ceylán, y su único interés era sobrevivir a las calamidades económicas producidas por aquel asesinato que había destrozado sus vidas. Una música suave de jazz olvidado se esparcía por el gran comedor de muros tapizados de seda. Habían sido víctimas de un espejismo juvenil: todos ellos habían deseado entrar en el círculo dorado en el que se movían los elegidos de los años veinte y el despertar había sido brutal. Ahora era muy tarde para retroceder: estaban en las manos de aquella mujer que presidía la mesa. Con voces abatidas comentaron la llegada de las golondrinas, y las aves dibujadas en oro sobre los biombos negros parecieron cobrar vida y agitarse; estaban más vivas que los personajes que se agrupaban alrededor de la mesa suntuosa.

—¿Cuándo vuelves a Ginebra? —preguntó Cora Logan.

—En dos o tres días... —repusó Eddy, con aire vacilante.

—¿Por qué no mañana? París está carísimo para ti —y al decir esto Cora fijó sus ojos azules en la figura patética de Eddy.

-Quisiera ver las golondrinas en las Tullerías, siempre me han dado suerte... Además, no tengo ganas de enfrentarme a mi madre. ¿Les dije que se ha instalado en Ginebra? Pobre mujer, me persigue con sus llantos y he llegado a aborrecer las lágrimas —se apresuró a contestar Eddy, con voz de niño.

—También yo aborrezco las lágrimas, Eddy —advirtió Cora Logan, con severidad.

Eddy la miró durante unos instantes y de pronto rompió a llorar. Todos guardaron silencio, escuchaban sus sollozos con aparente indiferencia; aunque, a decir verdad, Alex y Rory tuvieron que contenerse para no romper a llorar.

—No llores Eddy... —dijo Alex, tratando de aparecer indiferente.

—Sí lloro... No necesito la compasión de nadie... Yo sólo soy el culpable... —sollozó Eddy, con la voz rota.

Cora lo miró con rabia y los demás callaron. La casa entera parecía un mausoleo fúnebre, cuajado de joyas y de muebles preciosos, que constituían la tumba de la juventud perdida de Eddy y de sus amigos, convertidos todos en fantasmas atrapados por un pasado que habían querido brillante. Su deseo por entrar en el círculo elegido los había marginado para siempre. Estaban más solos que Verónica, cuya suerte dependía de su grupo solitario. Se habían convertido en reliquias de un pasado tumultuoso; giraban sobre ellos mismos repitiendo sus gestos y tratando de sepultar los únicos hechos importantes de sus vidas. Cuando abandonaron la casa de Cora Logan, iban cabizbajos, se enfrentaban otra vez a la calle y a los invisibles testigos de sus crímenes. Ninguno de ellos estaba de acuerdo en incorporar a Verónica a su

círculo cerrado y agónico.

—Es una estupidez de Cora... —exclamó Eddy.

—¡Es una crueldad inútil! —gritó Alex.

—Cora siempre fue malvada y los malvados son estúpidos. ¡Pagaré su estupidez! —sentenció Rory, que caminaba con dificultad.

Los tres amigos acababan de deshacerse de Geneviève, que debía comunicarse esa misma noche con Frank. «Está muy inquieto», les había anunciado Cora, que temía el enojo de su amigo, ya que era susceptible y podía encarnizarse con ella.

Esa noche cenaron con Verónica en La Coupole, y se cuidaron de decirle que su suerte estaba decidida. Eddy trató de animar la charla, quería alegrar a Verónica, que parecía muy abatida.

—¡Alex!, antes despreciábamos este lugar bohemio. ¡Qué chusma! —gritó Eddy, levantando una ceja y lanzando una mirada despectiva a su alrededor.

—Eddy, bájate de las nubes. Eres el mismo inconsciente que conocí, sólo que ya no eres joven —le dijo Alex.

—Los que nacimos jóvenes morimos jóvenes y los que nacieron viejos mueren viejos. ¿Verdad linda? Tú me comprendes —aseguró Eddy, dirigiéndose a Verónica, que le regaló una sonrisa.

Alex estaba triste, su vida había sido un error permanente y ahora era demasiado tarde para corregirlo. Escuchó con paciencia la charla de Eddy y cuidó de que Rory se mantuviera erguido, ya que a cada instante parecía que iba a caer sobre la mesa.

El aspecto de sus dos amigos acabó por deprimirlo: alguna vez habían sido alegres y cometido locuras inocentes, hasta que se incorporó al grupo Frank. Él era el autor de su ruina. Él y Cora habían planeado el crimen y habían sacado las ventajas, ellos continuaban atados al asesinato como a una maldición. Eddy estaba convertido en un viejo patético, incapaz de deshacerse del glorioso recuerdo de su juventud. Miró a Verónica y pensó: «Le harán lo mismo a esta inconsciente». Verónica le recordaba en algo a Mikel. La muchacha esparcía un encanto especial, era un ser indefenso e inerme.

—Eddy ¿a quién te recuerda Verónica? —preguntó Alex, fingiendo indiferencia.

Eddy reflexionó unos instantes, miró con curiosidad a la muchacha y luego exclamó.

—A muchas chicas inglesas...

—O a un chico inglés —le contestó Alex, con una intención maliciosa.

—¡Ya caigo! ¡A Mikel! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Tienes muy mala fe, no debes compararla con él. ¡Qué horror! Ese niño terrible de Frank lo llevó al fondo del abismo. Lo que es asombroso es que Mikel no se haya dado cuenta de que era un títere movido por los hilos con los que lo ató nuestro amigo. ¡Muchacho malvado!... Oye, preciosa, no te dejes asustar por este viejo judío. Ya sabes que los judíos siempre están deprimidos, los pobres padecen delirio persecutorio —y Eddy se echó a reír con la animación que sólo le producía el vino.

—¡Por favor, no hablen del pasado! Nos queda un porvenir que puede resultar brillante. Acudiré a mi familia, ella vendrá a rescatarme —afirmó Rory.

—No digas tonterías. Escribe un libro diciendo la verdad en vez de inventarte orígenes aristocráticos. No descienes de los conquistadores. ¡No nos aburras, Rory! —suplicó Eddy.

La luz blanca del restaurante marcaba las arrugas en los rostros de los tres amigos, les volvía el tinte terroso y mostraba con precisión las imperfecciones de sus dientes. Alex era el mejor conservado: no había perdido el cabello y mantenía los dientes intactos, por eso le gustaba reír. Al despedir a Verónica en la puerta de su hotel, no le dijeron que Eddy partía para Ginebra al día siguiente, ni que Cora Logan les había prohibido frecuentarla.

Verónica pasó dos semanas en una soledad completa. No entendía por qué la habían abandonado sus últimos amigos. Varias veces trató de llegar a la embajada norteamericana para pedir un visado, pero la certeza de que la seguían la hizo retroceder. El miedo se fue apoderando de ella hasta inmovilizarla. No dormía, se sentía cercada por enemigos invisibles que podían asesinarla en cualquier momento. Llamaba a Alex y se encontraba con la invariable respuesta. «El señor ha salido». ¿Por qué se negaba a verla? Guy también había desaparecido y le era imposible comunicarse con Ivette. Decidió ir en busca de Florence. Llegó de noche al edificio donde vivía la norteamericana. Escogió la oscuridad para evitar a Rory, ya que deseaba hablar a solas con la mujer. La pareja tenía en un apartamento dos cuartos amueblados, interiores y sucios. Florence la recibió con afecto. ¿Cómo había dado con ella? Verónica se dejó caer en una cama y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ayúdeme! Necesito irme de aquí. Alguien me sigue a todas partes, se lo juro, no estoy loca... —Florence la contempló en silencio. Llevaba una bata muy usada, desteñida a fuerza de lavarla. Los cabellos rubios los tenía sembrados de canas, la mirada fija y la boca caída, hacían de Florence la imagen viva del estupor y la desolación. Era tímida y la costumbre del rechazo físico constante la había paralizado; temía acercarse a la joven y hacerle un cariño para demostrarle su simpatía, Verónica podía retroceder con un gesto de repugnancia como lo hacía Rory, incluso era capaz de acusarla de sentimientos obscenos. La escuchó repetir.

-¡Ayúdeme! No puedo seguir aquí... Quiero irme a Nueva York. Allí trabajaré, podré perderme entre la multitud...

-¿A Nueva York? —preguntó Florence, decidiéndose a hablar.

—Sí... pero cada vez que me encamino a la embajada se me aparece un argelino con un gorro de lana verde y blanco —sollozó Verónica.

Florence se sentó en el borde opuesto de la cama y reflexionó unos minutos, debía decirle la verdad a aquella chica extraviada, aunque los demás se vengaran en ella.

—Verónica, no le han dicho la verdad. No puede marcharse de París. Si intenta ir a otro país se lo impedirán, usarán cualquier método, cualquier trampa. Es mejor que calle y espere hasta que vayan a buscarla...

—¿Quiénes? —gritó Verónica.

—Ellos, los amigos de Frank, sus guardianes. Si desobedece le sucederá algo grave...

Verónica la escuchó sin dar crédito a sus palabras. ¿Por qué no era libre de ir adonde quisiera? ¿Quiénes eran ellos para impedirsele? «Presentaré una queja ante la policía», dijo atropelladamente y luego se echó a llorar. Florence le habló con paciencia. Debía ser sensata, comprender que era testigo de varios crímenes y un testigo es siempre una amenaza para el culpable. Ella, Florence, no podía hacer nada, sólo aconsejarla para que aceptara las condiciones de Cora y de Frank, como lo habían hecho los demás. Verónica seguía sin aceptar su dependencia de aquel grupo.

—Florence, ¿no puede usted decirles que jamás diré nada? Le juro que olvidaré todo lo sucedido, yo sólo quiero vivir tranquila en algún rincón del mundo... ¡Dios mío!... ¿y quién está encargado de vigilarme?

—Cora Logan —contestó Florence, con decisión.

—Cora Logan... La cómplice de Frank. ¿Y los otros, qué dicen? ¿Ninguno está dispuesto a ayudarme?...

—Todos están de su parte, querida Verónica, pero no pueden hacer nada. Son unos pobres cobardes, carecen de independencia, no tienen dinero y además tienen miedo de la policía. Cora Logan goza de poder para acusarlos de cualquier cosa. Ninguno de ellos tiene un pasado limpio, todos han cometido pequeños delitos, se han asociado con chicos del hampa, alguna vez se han drogado. Otros, como Eddy, han seducido a menores. Comprenda que el mundo de los homosexuales es muy doloroso, viven casi fuera de la Ley y, claro, temen a Cora Logan y a Frank, que tiene dinero y poder suficiente para eliminarlos...

Florence hablaba con lentitud, estaba muy cansada y ya ni siquiera le guardaba rencor

a Rory, por haberla engañado y haber vendido su casa sólo para adquirir drogas. Sentada en el cuarto amueblado no esperaba nada, la muerte le resultaba algo tan irreal como su propia vida. La desdicha continua y la degradación constante a la que se hallaba sometida la habían hecho olvidar su pasado. Su juventud y sus ideales políticos le resultaban absurdos. Apenas recordaba los días de sol cuando preparaba tartas de frutas en su casa de madera y cortinillas blancas. Era increíble que alguna vez hubiera sido joven y hubiera tenido una casa. Ahora no comía legumbres, había olvidado su sabor; tampoco probaba la fruta perfumada, se alimentaba apenas de bocadillos de salchichón y de café caliente. No veía nunca las vitrinas en las que se exponían los trajes de la nueva moda, undida en su viejo abrigo caminaba un rato por cualquier calle y regresaba al cuarto amueblado a no esperar nada. ¡Si ella pudiera huir con Verónica a Nueva York!... Miró a la joven y creyó reconocerse en sus cabellos rubios y sedosos y en sus piernas largas y delgadas; también ella alguna vez fue guapa. El recuerdo de Allan, su marido, le vino a la cabeza. «*My Allan*», se dijo en voz alta y recordó su risa, sus pantalones de pana marrón y su entusiasmo por el Partido Comunista. Eran los tiempos heroicos del Partido. ¿Allan venía de la Unión Soviética, lo encontró en una reunión de jóvenes escritores, era un teórico brillante. Más tarde, en los años treinta, se produjeron las escisiones... «Cuando murió ya no tenía esperanzas», se dijo pensativa. Quizas ahora ella se sentía como él... «¡No, no, no!, Allan nunca se degradó. En la soledad escribió sus reflexiones, lo acompañaban algunos camaradas que al igual que él dudaban»... Escuchó la voz de Verónica.

—¿Por qué se ha quedado usted tan callada, Florence?

—No sé, pensaba en mi marido, era un idealista. ¡Pobre Allan, si me viera! —y Florence dejó correr unas lágrimas amargas que enrojecieron sus ojos apagados. Las lágrimas salían con dificultad y recorrían el camino marcado por ellas en su rostro aterrado.

—Cuénteme algo sobre él...

—Era mucho mayor que yo. Había estado en la Unión Soviética durante la Revolución, después se desilusionó y nunca pudo recobrase, era como si lo hubieran dejado desnudo, sin futuro. Escribía algunos artículos, su último libro fue acogido con violencia por sus antiguos camaradas. Aceptó sus críticas, pero ya no era el mismo, entonces sólo le preocupaba yo. Conocí a muchos escritores mientras viví con él...

—Florence, dígame, ¿conoció usted a Scott Fitzgerald?

—¡Claro! Fuimos a una fiesta y de pronto bajó la escalera la pareja más bella que he visto. ¡Oh, eran irreales! Allan me dijo: «Mira, son Scott y Zelda, su mujer. Lástima que sean tan locos, tan terribles...» Zelda llevaba un traje rojo azafrán y sus cabellos rubios resplandecían. Pensé que eran dos hermanos. Después los dos bailaron y los demás los contemplamos. Sí, eran muy hermosos, ya no existen parejas poseídas por

aguel amor contagioso, que invitaba a amar y que contribuía a embellecerlos aún más...

—¿Eddy los conoció?

—¿Eddy? Sí, ¡pobre Eddy!, los conoció desde afuera. Los rondaba, estaba fascinado por ellos; pero nunca perteneció a su círculo, que era muy estrecho. Yo creo que ser bello es una catástrofe, atrae desdichas... Cuando Scott estaba en la derrota, el padre de Frank recurrió a él para que lo ayudara a salvar a su hijo. Scott estaba en contacto con los mejores psiquiatras de Suiza, que tenían en tratamiento a Zelda, y le pidió ayuda. ¡Pobre Zelda, duró lo que dura una bella mariposa! También Scott... Fíjese, querida, que murió antes que Allan, y era mucho más joven...

—Florence ¿quién era Kat?... ¿Era Zelda o era Cora?

Florence abrió muchos los ojos, miró a Verónica con incredulidad y movió la cabeza con un gesto de rechazo.

—¿Zelda? —gritó.

—¿O Cora Logan? —preguntó Verónica.

—¿Cora Logan? ¡No, no! Cora Logan todavía andaba en los alrededores del grupo. Eddy trataba apenas de colocarla con un rico. No, Verónica, Kat era Eddy. ¿No lo sabía? Eddy era un frívolo, se disfrazaba de chica, se ponía pelucas y trajes franceses y se iba a bailar a Ginebra con un homosexual riquísimo. Un judío, célebre en Inglaterra por su ingenio y su posición social. El escándalo hizo que expulsaran a Eddy de Inglaterra; se instaló entonces en Lausanne. Lo siguió su amigo y ambos iban a Ginebra. ¿Qué le hizo pensar que fuera Cora Logan? —preguntó asombrada.

—No sé... Frank me repitió muchas veces que la carita que vio en el Beau Rivage cambió su vida. Fue su gran amor. Afirmaba que era la chica más bonita que jamás había visto; pero nunca me dijo quién era y yo pensé que podía ser Cora, es decir, cuando la conocí y supe que estaban tan ligados... Ahora que usted habló de Zelda y de su belleza se me ocurrió que podía ser ella. Eddy no pudo ser jamás la carita más bella que Frank conoció... —de pronto Verónica se echó a reír...

—¿Por qué se ríe? ¿No cree que Kat fuera Eddy?

—¡Pobre Eddy, nunca pudo ser guapo y menos guapa! —repuso Verónica, tratando de contener la risa y de reponerse de la impresión que le produjo la confidencia de Florence. Recordó el rostro de Eddy y por muchos estragos que le hubiera hecho el tiempo nunca pudo ser hermoso. Florence la contempló unos segundos y repuso:

—Rory me ha contado que Eddy era muy gracioso, un joven loco, siempre dispuesto a hacer travesuras. Frank perdió la cabeza por él, le parecía muy a la

moda... Cuando Eddy quiso deshacerse de él ya era tarde. Frank posee una inteligencia diabólica, se aprovecha de todos sus amigos, los convierte en sus cómplices y luego los maneja a su voluntad. ¡Pobre Eddy!, cometió el error de llamarlo para que lo ayudara a casar a Cora con un viejo millonario y desde entonces lo controla a distancia. También destruyó a Mikel, que no aceptó ser su amante, vivía en otra dimensión.

Frank quería introducirse en los altos círculos sociales ingleses gracias a Mikel, pero fracasó y durante años dedicó sus esfuerzos y su dinero a destruirlo. El lo inició en el alcohol y las drogas, por eso usted debe ir con cuidado. Quizá será mejor que obedezca a Cora Logan, su alma gemela. Ella ha prohibido que la veamos... Ni Alex, ni Rory, ni Eddy se atreven a desobedecerla. ¿Comprende ahora su verdadera situación?

—Empiezo a comprender... —contestó Verónica, en un susurro.

—Sería peor que escapara usted a Nueva York... Aunque ¡cómo me gustaría ir con usted!...

—Podríamos intentarlo.

-Ahora no. Hay que esperar, querida... Las mujeres que no somos como Cora y que entramos en este círculo estamos perdidas... Perdidas para siempre. Dicen que ha cambiado la moral, no es cierto. A las mujeres que se equivocan, como nosotras, nos marcan con la letra escarlata y es inútil huir. Yo no tengo salvación, no la tengo. Tampoco tengo esperanzas... ¿Le parezco muy patética?

Florence dio unos pasos por el cuarto desaliñado, se movía sin rumbo, a nadie le interesaba y nadie sabía de su existencia. Sus conocidos la habían olvidado y sus amigos la despreciaban. Sabía que corrían rumores infamantes acerca de su persona expandidos por Cora Logan y que adonde quiera que fuera la perseguiría su biografía escandalosa. Esperaba que en cualquier momento Rory la echara a la calle; entonces ella iría directamente al Sena, para desaparecer sin dejar huella. Su única ilusión era que nadie nunca más volviera a recordar que alguna vez existió Florence Newton. En vano había tratado de encontrar un trabajo para rehabilitarse. A las dos o tres semanas era despedida sin ninguna explicación y ella sabía que Frank o Cora habían intervenido. Miró a Verónica con compasión, la muchacha acababa de entrar en aquel círculo y su vida ya estaba amurallada. Quizás hizo mal en hablarle tan brutalmente y, sin embargo, era necesario que supiera la verdad.

—¿No ha visto usted a Guy? —le preguntó a la joven, con voz cordial. Verónica movió la cabeza.

—No, no lo he visto...

—Creo que lo mandan a Perú. Pascaline va a abrir allí una *boutique* y quiere que él y

otro amigo suyo se encarguen de ella. Es un pretexto para alejarlo de París. El muchacho se sentirá allá muy perdido, dependerá sólo de su acompañante y nosotros no sabremos nunca más de él...

—¿Guy en Perú?... No, nunca más sabremos de él —contestó Verónica, que había perdido todo su instinto de conservación.

La atmósfera del cuarto se hallaba cargada de humo y de malos presagios. En ese momento también ella supo que estaba perdida y que era inútil ofrecer resistencia. Decidió abandonar la habitación; pero no quiso dejar sola a Florence.

Las dos mujeres salieron a la calle en busca de un *bistrot*. Ya era tarde y Verónica decidió ir a los Campos Eliseos. Deseaba procurarle algún pequeño placer a aquel desecho humano llamado Florence, en el cual se veía reflejada. Durante la cena hablaron de cosas triviales, tácitamente ambas rehusaron hablar del drama sórdido que vivían. «¿Hasta cuándo romperé el maleficio?», se preguntó Verónica varias veces. Era muy tarde cuando depositó a Florence en la puerta de su edificio. Ella volvió al hotel en donde la esperaba, rondando los pasillos, el argelino del gorro verde y blanco.

Verónica volvió a su tiempo de soledad y silencio. Sabía que debería esperar a que Cora Logan levantara el castigo. Recordaba como en un sueño maléfico la noche en que corría a la orilla del Lago Mayor en espera de encontrar al final de la carrera la palabra fin. En los días incoloros del hotel de la orilla izquierda del Sena no existía ni principio ni final, las semanas eran iguales: el mismo terror presidía sus noches y sus días, su vida se había quedado fija en un punto inamovible. Olvidó lo que significaba la palabra «dicha» y no era capaz de saber lo que significaba la palabra «desdicha». En las calles se cruzaba con gentes atareadas en reír, en sentarse en las terrazas de los cafés o en las entradas de los cines. Le parecía irreal que la gente acudiera a ver algo tan banal como una película. En el cinematógrafo los carretes de la película corrían en orden y las acciones se sucedían hasta desembocar en un final dichoso o desdichado; en cambio, su película se había quedado en una foto fija, en la que ella, Verónica, aparecía inmóvil sentada en el borde de una cama de resortes vencidos, esperando. ¿Qué esperaba? Lo ignoraba. ¿Cómo había empezado aquel *film* de horror? Le buscaba principios, el más persistente era el de ella abandonando la casa paterna en el día de su boda. «Sí, ahí empezó esta película», se repetía asombrada. Antes el mundo giraba y la dicha corría por las habitaciones, se asomaba a las ventanas, le ofrecía risas y música y un afecto tibio y envolvente la acompañaba en todas sus andanzas. «Esta chica ve todo color de rosa, se llevará un frentazo», repetían las hermanas de su madre. El «frentazo» la había paralizado en el borde de aquella cama asquerosa. «Debo provocar a la palabra fin», se dijo, hundiendo la cabeza en la almohada olorosa a cabezas extrañas. Pero ningún gesto rompía el maleficio y ella no lograba reconocerse en la protagonista del principio del *film*. «¿Cómo terminan las historias de delincuentes?», se preguntó una y otra vez tratando de recordar alguna que se ajustara al guión que alguien había escrito para ella; pero

no encontró ningún final que se ajustara al desarrollo de la historia. Esperaba que el rostro atroz del muerto de la Vallée de Chevreuse se levantara de sus sombras para acusar a sus asesinos; era increíble que aceptara su muerte equivocada. ¿Y los otros dos, qué esperaban para decir la verdad de lo ocurrido? Recordaba los zapatos de Frank, manchados de sangre, y trataba de visualizar la bañera del trasatlántico de lujo: «Frank lo mantuvo debajo del agua hasta que dejó de moverse». En cambio, Frank se movía por todo el mundo. Lo imaginó en los restaurantes de lujo, inclinado sobre su madre, en las salas de los cinematógrafos, en las fiestas, en los trenes de lujo desde donde dirigía su destino. La existencia de la policía le produjo un sobresalto: «¿Para qué sirve?... Tal vez para castigar a los inocentes», se dijo con terror. No le gustaba pensar en Geneviève, le resultaba imposible que nadie se preguntara de qué vivía aquella mujer que había sido su amiga y cuyo bienestar era sospechoso. La imagen de Cora Logan se le había vuelto borrosa, era como si la viera a través de un cristal empañado de sangre. A Pascaline la había olvidado y a Ivette no podía llegar. Sintió pena por Eddy, era normal que su conducta resultara tan disparatada, el miedo lo obligaba a beber, a reír y a aquellas crisis de desesperación que él trataba de ocultar bajo una careta, cada vez más constante, de frivolidad. Rory se entregaba con más valor a su situación. Estaba encadenado a varios crímenes y era demasiado débil para destruir aquellos lazos, prefería destruirse a sí mismo y destruir a Florence. Alex era el más valiente. ¿El más valiente? Lo recordó metido en su cama miserable, paralizado por una depresión que jamás lo iba a abandonar. Sólo el miedo los obligaba a dejarla sola. Pobres imbéciles, por jugar una broma y casar a aquella aventurera habían hipotecado sus vidas a un crimen que no cometieron. ¿Y ella?... Cuando Guy llamó con precipitación a la puerta de su cuarto, no se sorprendió. El muchacho traía un traje nuevo, zapatos italianos, camisa impecable y un gesto trágico.

—Verónica, me voy mañana a Perú. No quería ir, pero es absolutamente necesario. ¡Cuento con usted! le escribiré a Lista de Correos. Si lo dejo de hacer es que algo malo me ha sucedido, entonces quiero que usted entregue esta libreta a la policía — dijo con nerviosismo.

Sacó de su bolsillo una agenda muy usada y la entregó a Verónica. Ésta la cogió sin saber que hacer con aquella libreta de tapas de cuero azul.

—¡Guárdela donde nadie la encuentre! Ella es mi tabla de salvación o mi venganza. Si yo caigo, caerán todos conmigo...

Guy ocupó una silla, tenía los ojos abiertos por el espanto, miraba a Verónica suplicante, mientras ésta continuaba atontada con la agenda en la mano y sin saber qué hacer o qué decir.

—No me la puedo llevar, me la encontrarían. Si usted se halla en peligro ¡úsela! —la voz del muchacho temblaba de emoción.

—¿Y Alex, qué dice?...

—Nada, tiene órdenes de no verme. Sé que está demolido, ya no se levanta... Sólo veo a Jaime, ¿lo recuerda?...

El nombre le recordaba a Verónica algo muy remoto que ya había olvidado.

—No, no lo recuerdo... —contestó.

—¡El amigo del imbécil de Beto! El viejo amigo de Frank, al que usted conoció en Florencia. —Verónica recordó sus días italianos y a la pareja que apareció a la salida de un cine. Los había olvidado por completo. «Florence me dijo que pertenecían a una secta», se dijo sin sorpresa.

—¿Y Jaime, qué hace?

—Volvió a París. Irá conmigo a Perú. No me gusta; parece estúpido, pero es muy astuto. Me parece muy extraño que Beto le haya permitido venir solo. A veces creo que es como yo, un pobre diablo; no sé... Verónica, tengo miedo, me siento en peligro. Si desaparezco nadie preguntará por mí. Le suplico, no olvide entregar mi agenda —repitió Guy, que sudaba copiosamente.

—¿Por qué no la entrega usted mismo? Tal vez entonces no lo enviarían a Perú...

—¿Yo?... ¡Verónica, yo tengo antecedentes en la policía! La agenda me pertenece y yo iría a la cárcel. ¿No me comprende? He cometido pequeños delitos, nada grave, créame.

—¿Y en la agenda está Frank?

—Estamos todos, hasta Bruno y su amigo —afirmó Guy, en voz muy baja.

—Entonces nos detendrán a todos —dijo ella aterrada.

—No, Verónica, no tenga miedo. Prométame que si no le escribo la entregará inmediatamente. ¿No se da cuenta de que le dejo una garantía?

Verónica guardó en su bolso de mano la agenda que le quemaba las manos. El pobre Guy continuaba siendo el mismo, deseaba ayudarla. Unas lágrimas cálidas rodaron por las mejillas de la muchacha y vio que Guy también lloraba. Después de un rato le preguntó por Ivette.

—Está en casa de la Logan, pero no he podido verla —contestó el chico.

Esa fue la última vez que Verónica vio a Guy. El muchacho no le escribió jamás; pero no tuvo valor para presentarse ante la policía y entregar la agenda.

Esa misma noche, una vez a solas, estudió con detenimiento las páginas de la libreta, en ellas figuraban por orden alfabético los nombres de muchas personas conocidas. Algunos de ellos estaban marcados con un asterisco, otros con dos y pocos con tres. Otros llevaban una pequeña cruz. En vano trató de descifrar lo que significaban aquellas contraseñas, su imaginación se negó a ayudarla a descubrir el misterio. Frank tenía tres asteriscos, Alex dos cruces, Eddy un asterisco, Rory un asterisco. Ella una pequeña cruz inscrita en tinta negra.

Dos años más tarde, cuando ya vivía en un cuarto amueblado de la rue Mont D'Alambert, la agenda de Guy desapareció misteriosamente. Para ocultarla había levantado el fondo de un maletín, la había colocado y luego vuelto a pegar. Su desaparición le produjo un enorme sobresalto y creyó notar en Pascaline una mirada de burla cuando ella envolvía con esmero los regalos de Navidad. La *boutique* era pequeña y selecta y ella, vestida de negro al igual que Pascaline, la atendía mecánicamente. Observaba a su patrona y de vez en cuando aludía a su posible regreso a su país. Pascaline volvía a ella sus enormes ojos de acerina que la petrificaban y con voz lenta repetía lo mismo.

—Querida, quítese esa idea de la cabeza. ¿Qué puede hacer en un país como ese?

Ella hubiera deseado preguntarle: «¿Cuándo permitirá Frank mi regreso?» La pregunta estaba vedada, ya que Frank había muerto en la Vallée de Chevreuse. Su tiempo continuaba inmóvil y ella continuaba esperando el milagro de que volviera a correr con fluidez. Pascaline guardaba una distancia que ella no trató de franquear jamás. Al contrario, la aceptaba con beneplácito, como aceptaba su frialdad. A veces Geneviève se presentaba en la *boutique* para comprar algún perfume y charlar con ella unos minutos.

-Querida, está muy pálida, debería tener más cuidado, consultar a un médico —le aconsejaba con voz mimosa.

—Sí, lo intentaré...

—Le vendrían bien unas vacaciones. ¿No cree?

—Sí, me vendrían muy bien.

Geneviève sabía que Verónica ganaba lo justo para pagar el alojamiento y las comidas en los *bistrots* más baratos de la ciudad y sus comentarios acerca de las vacaciones sólo irritaban a su amiga. «Si yo tuviera las manos manchadas de sangre como las tienes tú, podría ir a todas las playas del mundo», pensaba Verónica, mirando iracunda a Geneviève. En repetidas ocasiones trató de alternar con las personas que frecuentaban la *boutique* o con desconocidos que encontraba en los cafés, pero siempre surgía un equívoco, un incidente inesperado o un problema que alejaba para siempre al futuro amigo o amiga. «Ha intervenido Geneviève, o Pascaline...», se decía, resignada nuevamente a la soledad que la rodeaba. Su única

esperanza continuaba siendo la de escapar a Norteamérica. De noche, a solas, recordaba las amplias calles de Nueva York barridas por un viento helado y vivificador. Allí la nieve caía en torbellinos suaves y los hoteles estaban bien calentados. La Quinta Avenida se había convertido para ella en la séptima maravilla: la imaginaba amplísima, como una calzada de luz en donde todos los milagros eran posibles. Varias veces soñó con los leones de piedra de la Biblioteca, estaban espolvoreados de nieve y, sin embargo, los árboles del jardín lucían esplendorosas ramas floridas. Eran como el león de la MGM que aparecía para mostrar después un *film* en el que todo, hasta la dicha, era posible. «Debo irme antes de hacerme vieja», se repitió durante mucho tiempo. Después, cuando descubrió una gran cantidad de canas entre sus cabellos rubios cambió la frase: «Debo ir antes de morirme». La reconfortó el recuerdo de su padre, que desde muy joven tuvo canas en sus cabellos rubios. «Eso lo hacía aparecer aún más rubio.» Sin embargo el espejo le devolvía una imagen parecida a la ya olvidada imagen de Florence, a la que había perdido de vista cuatro años atrás. Se enteró por Pascaline de que Florence partió para Holanda como institutriz de unos niños ingleses, pero no estaba muy segura de que esa fuera la verdad y perdió su rastro para siempre. Cuando alguna vez se atrevía a preguntarle a Pascaline por ella, la mujer la miraba con severidad.

—Ignoro su suerte. Creo que le dije que alguien me dijo que se fue a Holanda. Yo no la conozco.

Geneviève la reprendió por su curiosidad.

—Verónica, nunca dejará usted de ser una indiscreta. Si Pascaline conoció alguna vez a esa mujer la ha olvidado. ¿Comprende?

—No, no comprendo nada...

Geneviève, un poco cambiada, había llegado a una edad en la que todos los cambios importantes ya se efectuaron y continuaba siendo una vieja elegante y colmada de pedantería. Su ascensión social era deslumbradora, se codeaba con gentes del «set internacional», hablaba con más elocuencia, se había mudado a un lujoso piso en la avenida General Monoury y recibía visitas con frecuencia. Sus invitados eran personajes selectos, ante los cuales Geneviève desplegaba anécdotas y nombres de amigos del pasado; entre los que pretendía, figuraban el encantador Evelyn Waugh y el hermoso y malogrado Scott Fitzgerald. Cuando Fitzgerald volvió a figurar entre los escritores de moda, Geneviève relató una y otra vez un episodio de la vida de Scott, del que pretendía haber sido testigo: durante la celebración de una fiesta íntima lo había visto bajar una escalera acompañado de Zelda y había quedado deslumbrada. «Es la pareja más hermosa que jamás he visto. ¡Lástima que se abatiera sobre ellos la tragedia!», exclamaba. Geneviève, sin ningún pudor, se apoderaba de las memorias de la pobre Florence, así como de los recuerdos de Eddy: «¡Oh, qué bello estaba Scott, tan pálido! Acostumbraba sentarse en el bar del Beau Rivage, se negaba a hablar con nadie. ¿Sabe querido?, en esos días Zelda se hallaba en el sanatorio...» Y

agregaba de prisa: «Yo pasaba allí una temporada con mis padres, era una niña, por supuesto, pero siempre fui sensible a la belleza». Verónica no asistía a sus veladas, era Pascaline la que le hacía la crónica de la vida social de Geneviève. Verónica la escuchaba con indiferencia, le molestaba que interrumpieran sus pensamientos que se reducían a uno solo: «¿Habrá guardado mi hermano las fotografías en donde estamos juntos?» Era importante que lo hubiera hecho. Aquellas felices cartulinas blancas con ella y su hermano riendo, significaban algo muy profundo. Nadie pensaba en la importancia de una fotografía, en su misterio. De alguna manera las personas quedaban apresadas para siempre. Así, las fotografías que para la mayoría de la gente eran banales, para ella eran un talismán al que asirse en el naufragio: si estaban juntos en aquellas cartulinas estarían juntos para siempre. Al menos una parte de ellos mismos se había fundido en el otro y eso era indestructible. «Por eso nuestros padres nos retrataron siempre juntos», se repetía por las noches sin mirar los muros extraños de su cuarto, amueblado. Tenía la seguridad de que ella, Verónica, había existido hasta que fue tomada la última fotografía con su hermano; después, una sombra producida por la foto y parecida a ella, había actuado durante algunos años, había tomado parte en hechos banales y su paso no había dejado ninguna huella en nadie, ni siquiera en ella misma, que sólo se reconocía en las fotografías junto a su hermano. Se guardaba muy bien de confiarle esta convicción a Pascaline, ni siquiera era capaz de decírselo a Alex, cuando éste la visitaba en París, durante sus regresos de Grecia, en donde el viejo pasaba casi todo el año.

—Verónica, todavía no entiendo por que aceptó ser amiga de Frank. ¿Podría explicármelo ahora que ha pasado el tiempo? —acostumbraba decirle Alex, mirándola con afecto.

—No lo sé... ¿Y ahora para qué saberlo? Es tarde Alex y Frank se ha convertido en una sombra...

—Es usted una perdedora nata. No puedo reprocharle nada. Soy como usted. Si alguno de nosotros hubiera sido como Lena, estaríamos en ese castillo en la Saboya al que nunca se ha dignado invitarnos Geneviève, a pesar de que el techo lo sacó de aquel piso en el que usted soportaba a ese ¡histórico!

—¿Ha visto a Lena?...

—La vi este verano en Mikonos. No me reconoció ¡Claro! Iba con una jovencita rubia, vive con ella. Ya sabe, querida, que Lena es ¡muy espiritual! —y Alex se echó a reír para mostrar sus dientes intactos.

—No me recuerde ese techo, es la prueba de la complicidad de Geneviève en el «suicidio» de Frank —recordó Verónica, que todavía no se acostumbraba a lo que le había sucedido y atendía con impaciencia su liberación para ir a reunirse con su hermano.

—Sí, querida, el suicidado es Frank. ¡Qué ironía! Estamos presos y no seremos libres

hasta que Frank haya muerto —dijo Alex, con amargura.

Frank había logrado envejecer con honores. Vivía en su país rodeado de lujo y de respeto. Viajaba continuamente, pero evitaba acercarse a su «vieja y querida Europa... No, no deseo verla sometida al desorden de esta última generación», afirmaba con melancolía. Su circuito era América del Sur, Hawai, las Islas Filipinas y Australia. Vivía retirado en una enorme casa construida en las afueras de la ciudad de México. En su soledad lo acompañaban a veces algunos amigos escogidos para los que recitaba a Shakespeare. Era famoso por su brillante pasado; la gente solicitaba su presencia como se solicita un buen diccionario, ya que durante su larga vida se había rodeado de las personas más ilustres de este siglo. Entre sus amigos extranjeros contaba con Greta Garbo, de la que daba detalles extraordinarios, como si la hubiera conocido íntimamente; Alain Rotschild; el pobre Irving Thalberg; Scott Fitzgerald; Hemingway; Ezra Pound; Lord Mountbatten, hasta llegar al presidente Kennedy, al que decía haber conocido en Inglaterra, «cuando el viejo Kennedy era un simple embajador de los Estados Unidos perdido en el arduo protocolo inglés». Sin embargo, Frank era modesto y enemigo irracional de la publicidad. Su colección de pintura era objeto de admiración y de giras artísticas a Buenos Aires, Santiago de Chile, Sidney y algunas ciudades menos famosas. Le sucedía lo que les sucede a los grandes de la tierra, no sólo levantaba admiración, sino también envidias mezquinas. Él conservaba una calma digna y manejaba su prestigio con reserva. Nunca nombró a su amiga Cora Logan, con la que mantenía una comunicación telefónica constante, ya que evitaba escribirle cartas.

—Cuando Frank haya muerto hablaré —dijo Verónica.

—¿Y hablará usted para quien, querida?

Verónica lo miró sobresaltada.

—¿Cómo que para quién? Algún día habrá que decir la verdad, alguien querrá saberla —afirmó.

—Querida, a nadie le interesa la verdad. Nadie desea oírla. ¿Usted cree que si existiera ese alguien no hubiera yo hablado hace muchos años?... ¿O Eddy?... ¿O no lo hubiera hecho el pobre Rory? La gente escucha lo que desea escuchar y cree lo que le conviene creer, ¡no sea niña!

Tres meses después de aquella entrevista, Alex y Verónica volvieron a reunirse, esta vez en Ginebra, durante los funerales de Eddy. Cora Logan invitó a los sobrevivientes de su grupo a hacer el viaje con ella; Pascaline, Ivette, Geneviève y Verónica partieron en el mismo tren que ella. Cora Logan iba de riguroso luto; su toca de viuda era fastuosa y a través del espeso velo negro apenas se podían distinguir los estragos causados por esos últimos años. Desde hacía tiempo sufría de depresiones nerviosas, había perdido el gusto por la vida y según murmuraba Geneviève, se refugiaba en las drogas. Al volver del funeral de su marido, Cora Logan anunció su retirada del

mundo. Cerró su palacete de la rue de Varenne y se marchó al Oriente, en busca de un gurú al que había conocido en París. Necesitaba paz y reposo. Ivette quedó al cuidado de la casa cerrada. Cora entonces dedicó sus esfuerzos a enviar cartas enormes en las que predicaba la paz, la serenidad y el amor.

—¡Cora es admirable! —repitió muchas veces Geneviève.

—Ya podía aconsejar menos y pagar más —refunfuñaba Ivette.

Pascaline se instaló en un piso en el Faubourg Saint Honoré, en el que Verónica ocupó nuevamente el cuarto de servicio. Le urgía encontrarse con Alex ahora que Cora Logan había desaparecido de París.

Habían transcurrido trece años y estaba muy cansada. Deseaba ir a la Comisaría a denunciar el caso antes de que fuera demasiado tarde. Le escribió una carta urgente a Alex. «Llegaré en noviembre, querida Verónica», fue la respuesta. Para Verónica unos meses no significaban nada y esperó con paciencia. Mientras menos cosas le sucedían mas de prisa corría el tiempo. Una vez reunida con Alex le expuso su plan: confesar todo. Ivette también lo deseaba. Ella, la encargada del palacete de Cora Logan, tenía cierta autoridad. Alex la escuchó sorprendido.

—Verónica, el suicidio de Francisco B. Luengo está cerrado hace muchos años. Cora Logan le compró a Eddy en sus últimos años todas las cartas y los papeles que podían comprometerla. Una vez muerto revisó el piso y recogió las pocas pruebas que podían perjudicarla. Ya ve que no tenemos nada. Rory ha muerto. Florence ha desaparecido. De Guy no sabemos nada. ¿Podemos ir a la comisaría a atestiguar que Arturo Bartlet es Francisco B. Luengo? Se reirían de nosotros. ¿Además a quien le importa que años atrás se haya suicidado un hombre en la Vallée de Chevreuse? ¡A nadie! Es decir, le importa al suicidado y prefiero no pensar en lo que le sucedería a usted...

—Alex, pero sabemos que fue un asesinato...

—Sí, querida, un asesinato múltiple —y al afirmar esto, Alex se señaló a sí mismo y señaló a Verónica.

Ambos callaron, debían olvidar para siempre aquel suicidio. Debían olvidar la desaparición de Guy, la de Florence, que jamás regreso a su casa natal. Debían olvidar también la muerte trágica de Rory y la muerte solitaria y miserable de Eddy, para continuar viviendo. Quedaban ellos dos e Ivette. En el otro bando estaban Frank, Pascaline, Geneviève y Cora Logan, que hacía sentir su presencia a través de emisarios extravagantes. Todos ellos gozaban de una gran fortuna y de un gran prestigio. ¿Qué podían hacer Alex y Verónica, dos desclasados cuya inoportuna existencia resultaba sospechosa para las personas de bien? «Esperaré a que muera Frank, entonces seré libre», se repitió Verónica, durante un tiempo. Estaba acostumbrada a esperar; creía que era posible liberarse y su amiga Ivette compartía la

misma ilusión. Cuado un emisario de Cora Logan se presentó para reclamar la presencia de la vieja cocinera cerca de su patrona, Ivette la fue a visitar. Estaba llorando:

—Señora Verónica, yo pensaba morir en Bretaña, en mi país natal... —sollozó Ivette.

A Verónica le dio un vuelco el corazón en el momento de ver desaparecer a la cocinera en compañía de un hombre de espesa barba negra, vestido con una túnica amarillenta con franjas doradas y turbante de brocado. En el aeropuerto nadie prestaba atención a ella y a Geneviève, que contemplaban la partida de la sirvienta.

—Ivette es una ingrata, le debe una lealtad mínima a Cora —murmuró Geneviève.

Verónica tuvo la certeza de que jamás volvería a ver a su vieja cocinera. Ahora quedaba ella sola en manos de las mujeres que la atemorizaban; sólo se le ocurrió escribirle a Alex. Estaba acostumbrada al miedo, se podría decir que era su estado natural. El miedo la obligaba a rebajarse, a tratar de disimular su existencia, a pasar las noches en vela y los días de pie en una *boutique* que la convertía en autómata. No deseaba nada ni exigía nada tampoco. En sus horas de dicha imaginaba su próxima liberación, pero Alex le rompía en mil pedazos esa imagen feliz. «Verónica, querida, es imposible hacer nada. Lo que sabemos lo sabemos para siempre. Si hubieramos actuado a tiempo...» La complicidad en el crimen los había anulado a todos, salvo a los criminales. La vida pequeña y misteriosa de Alex también se había ido apagando. Tampoco él tenía esperanzas, los cuerpos de los asesinados le pesaban y cuando Verónica le proponía denunciar los asesinatos, él reculaba con terror. Terror que no se confesaba ni a sí mismo. Sin embargo, la simple vista de un agente de policía lo hacía perder el color. Verónica se lo reprochó varias veces. «¿Por qué les tiene usted tanto miedo si no cometió los crímenes?», acostumbraba preguntarle al verlo reaccionar con aquella violencia visible frente a los policías. «Por eso mismo, querida, porque nunca podría probar mi inocencia. ¡Ah!, mi inocencia. No estoy tan seguro de ella, he callado los crímenes y he aceptado dinero por mi silencio. ¡Dinero! ¡Bah!, unas miserables monedas... La verdad es que es el miedo el que me paralizó siempre... Y, querida Verónica, ¿para qué? Si es igual que yo este vivo o muerto, si el día en el que desaparezca nadie sabrá nunca que existió Alex Lenz... Pobre mi madre. Ella pensó que yo tenía talento y lo único que he tenido desde que conocí a Francisco ha sido miedo. ¿Sabe que me perdí durante algún tiempo en la América del Sur? Sí, allí empecé a pintar, monté una pequeña exposición. ¡Grave error! Francisco me escribió inmediatamente, es decir, me envió un mensaje y Cora Logan los billetes de regreso a Europa. Entonces estalló la Guerra Mundial y Cora Logan nos recogió a Rory, a Eddy y a mí para llevarnos a Lisboa... pasábamos la mitad del año en Portugal y la otra mitad en Suiza...» Verónica lo escuchaba absorta. «¿Cuál será el final de esta película?», continuaba preguntándose. En el Lago Mayor creyó que iba a encontrar la palabra «fin». Se equivocó. La película continuaba rodando en un tiempo cada vez más sin sentido y cada vez más sórdido. Ya no buscaba la palabra fin, sólo la esperaba con impaciencia. El recuerdo de su hermano le hablaba de su pasado.

¿Había existido alguna vez su casa? Con la frente pegada a los vidrios del cuarto de servicio, Verónica veía desfilar su infancia. «Esa era una película distinta, feliz...» con asombro se daba cuenta de que en ese *film* no existía el terror, ni el miedo a un final terrible. Se negó a ver la reposición cinematográfica de *Los hermanos Karamazov* porque en la historia había un asesinato. Tampoco leía las noticias sobre las mujeres quemadas vivas por los chulos del «*milieu*», noticias que la dejaban temblorosa. «Ellas sabían... sabían...», se repetía colocada en un ángulo de la *boutique* de Pascaline, o en la humedad de sus sábanas heladas. «Esta película no tiene fin...», se dijo desesperanzada y después de contemplarse en el espejo de su habitación. De pronto le pareció descubrir detrás de ella el rostro rubio de su hermano. Lo que había esperado durante trece años empezó a suceder en las librerías y en las marquesinas de los cines: el nombre de Scott Fitzgerald invadió la ciudad como un primaveral, un viento que la llenó de esperanzas y que le anunció que el fin había llegado. La película esperada por ella llegó con estrépito a París y levantó comentarios favorables. Toda la ciudad hablaba de *El gran Gatsby*. A ella le palpitaba el corazón con violencia, debía ir a verla, era su película. Intentó hablar de ella con Pascaline; pero vio que la mujer se ponía de mal humor, y desistió. Se le ocurrió pedirle a Geneviève que la acompañara al cine, y lo hizo.

—No me interesa ese hombre. ¡Era un pobre diablo! ¡Un burguesito! —contestó Geneviève, con ira. Ella iba a preguntarle «¿Y entonces por qué pretende usted que fue su amigo?» Pero juzgó más prudente guardar silencio. Una noche se arregló lo mejor que pudo y se dirigió a un cine de los Campos Eliseos. Hizo cola con paciencia. Contempló a los jóvenes que la rodeaban y se volvió a repetir que eran muy diferentes de los jóvenes de su generación. Ocupó su butaca y contempló la película con verdadera avidez, esperaba una señal de esperanza, algún gesto de complicidad de alguno de los actores; pero la película estaba equivocada: Daisy no tenía el cabello castaño oscuro y además lloraba. «Yo era tan delgada como ella», se dijo con disgusto. La película la dejó muy deprimida y abandonó la sala abrumada. Junto a ella salían en tropel los jóvenes comentando a Scott Fitzgerald, a quien acababan de descubrir. No pudo reprimirse y se dirigió a un grupo pequeño de muchachas y muchachos.

—Magnífica película, ¿verdad?; aunque el final es terrible. ¡Dios mío, terrible! Cuánta maldad y siempre queda impune. Fitzgerald lo sabía. Estudió bien a los seres humanos... ¿Saben?, yo conocí a algunos de sus personajes...

Los jóvenes la miraron con curiosidad, uno de ellos preguntó excitado.

—¿A Gatsby?

—No, no...

—¿A Daisy? —preguntó una jovencita que lucía *blue jeans*.

—No. A personajes secundarios... A Fra... bueno, muy secundarios, eso es lo

terrible. Ya ven, un personaje insignificante puede crecer hasta convertirse en un verdugo y deshacer la vida de muchos... —contestó, tratando de hablar con alguien que no fuera ella misma.

Los jóvenes la contemplaron con asombro, no entendían lo que quería decirles la desconocida y ella optó por alejarse de prisa.

—Está chiflada... —comentaron al verla huir entre la gente que caminaba por la gran avenida.

Verónica se escabulló entre los transeúntes, debía controlar el llanto que le subía del pecho como una tempestad. «¡Gatsby!... Si hubiera conocido a Gatsby no tendría que volver a la casa de Pascaline, que me da tanto miedo», se dijo mientras buscaba un taxi. ¿Por qué si estaba escrito su encuentro con personajes de Fitzgerald debían ser Francisco y Campion? Scott Fitzgerald fue injusto con ella, debió matar a Francisco en su novela. Entonces Frank hubiera muerto y Eddy, Alex, Rory y ella hubieran podido ser felices. Recordó a Ivette, ¿qué culpa podía tener aquella pobre vieja? «Scott lo dejó vivo... vivo...», se repitió con desesperación. También fue injusto con Gatsby ¿Por qué eligió matarlo a él? «¡Mató al amor!», se dijo con tristeza, una tristeza tan profunda que le impidió regresar a su casa en donde la esperaban los libros de Scott Fitzgerald y de Evelyn Waugh. Tenía subrayadas muchas páginas y acostumbraba releerlas. Waugh también había condenado a Sebastián a un final terrible y había dejado intacto a Anthony Blanch, el mestizo de sudamericano, judío y alguna otra raza. Los escritores les cambiaban los nombres, buscaban nombres similares para evitarse complicaciones; y aunque todos sabían que Anthony Blanch era Arturo Bartlet, se cuidaban de decirlo por escrito; «Mikel, es decir Sebastián, fue la primera víctima de Frank...», se dijo dando vueltas por el Faubourg Saint Honoré. Recordó, con estremecimiento que Eddy y Alex le habían encontrado parecido con Sebastián. «Los escritores son fatídicos, ellos escribieron mi destino... No pidieron mi opinión», se dijo con lágrimas en los ojos. ¿Cómo escapar a Frank si había visto en ella a una nueva encarnación del pobre Mikel? Era demasiado tarde para dirigirse a Evelyn o a Scott y pedirles que cambiaran los destinos de sus personajes. Ahora todo estaba escrito y era inútil rebelarse. «Está escrito, está escrito...», se repitió. Casi al amanecer subió a su habitación, buscó con ansia los libros de Evelyn Waugh y de Fitzgerald y los hojeó nerviosamente. Quería encontrar algún detalle que le indicara que podía salvarse todavía. Volvió las páginas para buscar al padre de Frank en su encuentro con Fitzgerald, encontró la cita con rapidez:

«El señor Pardo y de Ciudad Real, un guapo español de cabello gris y porte noble, con todas las marcas de la riqueza y del poder se paseaba frenético de arriba abajo, en su *suite* del hotel de Trois Mondes y contó la historia de su hijo con la misma falta de compostura que una mujer borracha.

—Ya no sé qué hacer. Mi hijo es un corrupto. Estaba corrompido en Harrow, en Kings College Cambridge. Está incorregiblemente corrompido. Y ahora que bebe se

nota más y más cómo es y provoca escándalos continuos. He ensayado todo. Hice un plan con un amigo doctor, los mandé juntos a una gira por España. Cada noche le inyectaba a Francisco una dosis de cantáridas y los dos se iban juntos a un burdel de categoría. Durante una semana pareció que esto iba a funcionar, pero el resultado fue nulo. Por fin, la semana pasada, en este mismo cuarto, más bien en ese baño —señaló el baño— hice que Francisco se desnudara hasta la cintura y le di de golpes con el rebenque... Exhausto por sus emociones, se sentó.

—Eso fue una estupidez. El viaje a España resultó inútil también, señor. Debo decirle que en estos casos no podemos prometer nada. Podemos hacer algo en el caso de la borrachera con la cooperación adecuada. Primero tengo que ver al chico y ganarme su confianza, para ver si se da cuenta de su problema.

El chico con el que Dick se sentó en la terraza tenía alrededor de veinte años, era guapo y estaba siempre alerta.

—Me gustaría conocer su manera de pensar —dijo Dick, y continuó —¿Piensa que su situación empeora y desea corregirla?

—Supongo que lo deseo, soy muy desdichado —dijo Francisco.

—¿Piensa que es provocada por la bebida o por la anormalidad?

—Pienso que la bebida es causada por lo otro —se quedó quieto unos momentos. De repente con una malicia irreprimible, rio diciendo: —No tiene remedio En Kings College me llamaban la Reina de Chile. Ese viaje a España lo único que logró fue que la vista de una mujer me produzca náuseas—. Dick lo paró en seco.

—Si usted es feliz en medio de este desastre no lo puedo ayudar y estoy perdiendo mi tiempo.

—No. Hablemos, desprecio tanto a los otros —había algo viril en el muchacho pervertido y ese algo se había convertido en una resistencia activa contra su padre. Tenía la mirada típicamente descarada que asumen los homosexuales al discutir el tema.

—Usted gastará su vida en esto y sus consecuencias y no tendrá tiempo ni energía para cualquier otro acto social decente. Si quiere enfrentarse al mundo tiene que empezar por controlar su sensualidad, sobre todo la bebida, que es la que la provoca.

Dick hablaba automáticamente, ya que había abandonado el caso diez minutos antes.

Hablaron amablemente durante una hora acerca de la casa del chico en Chile y sobre sus ambiciones. Fue lo más que Dick pudo entender a una personalidad como la de Francisco, desde un ángulo que no fuera el patológico. Comprendió que el encanto le permitía a Francisco cometer sus delitos y para Dick el encanto tenía una existencia

independiente...»

Verónica cerró el libro *Tender is the Night*. Conocía esos párrafos de memoria; sin embargo, los releía continuamente en busca de algún indicio que se le hubiera escapado en la lectura previa. El hotel de Trois Mondes era el Beau Rivage. Por Alex supo que después de esa escena con Fitzgerald, Francisco convenció a su madre de encerrar a su padre en el manicomio, pues ya preparaban el matrimonio de Cora y el viaje a Oriente. La familia de Francisco se había arruinado, es decir, había perdido parte de su fortuna, así lo confirmaba Evelyn Waugh en *Brideshead Revisited* cuando vuelve a ver a Anthony Blanch empobrecido y apartado de la sociedad. Se repitió la frase de Fitzgerald: «Comprendió que el encanto le permitía a Francisco cometer sus delitos...». Imaginó que Scott no previó la magnitud de los delitos que Francisco preparaba con frialdad. «¿Por qué utilizó justamente la palabra delitos?», se preguntó a solas en su habitación. Tal vez los escritores tenían el don de la adivinación. Alex le había contado que en esos días Fitzgerald andaba muy abatido y que carecía de voluntad para redimir a nadie; había gastado demasiadas energías tratando inútilmente de redimir a incurables. El jovenzuelo Francisco no le mereció más atención. Las apariciones de Luis Campion, o sea Eddy, eran más frecuentes, Eddy podía darle la pista que buscaba para que el rompecabezas de su vida quedara armado para siempre. Convencida, abrió nuevamente el libro:

«Sentado en la veranda en donde estaba Francisco, flotó un fantasma del pasado. Un hombre ondulante y muy alto se desprendió de los arbustos y se acercó a él y a Francisco con una débil resolución. Dick le dio la mano con aire distraído mientras pensaba: ‘Dios mío, he alborotado a toda una nidada’, y trató de recordar el nombre.

—Es usted el doctor Diver ¿verdad?

—Es usted el señor Dumphrey ¿verdad?

—Sí, Royal Dumphrey. Tuve el placer de cenar en su precioso jardín...

—¡Claro! —y tratando de enfriar el entusiasmo del señor Dumphrey, Dick empezó una cronología impersonal y agregó: —Eso era en mil novecientos veinticuatro o veinticinco...

Royal Dumphrey se dirigió a Francisco de una manera directa e íntima, pero éste último, avergonzándose de él, se unió a Dick tratando de cortarlo...»

Verónica sabía que Royal Dumphrey era el amante de Eddy, el judío inglés que lo había seguido hasta la Riviera y más tarde a Lausanne y que llevaba una vida alegre y despreocupada, como la de todos los *snobs* mundanos. En ese instante, Verónica descubrió que Francisco siempre había tratado de disimular su homosexualidad frente a las personas a las que le interesaba seducir o convencer de su inocencia o de su impotencia para corregir su conducta sexual. «¡Se avergonzó del amigo de Eddy!... ¡Deseaba causarle buena impresión a Fitzgerald!» Era claro que Dick Diver era el

nombre adoptado por el escritor para disfrazarse de médico en la novela. También era claro que Francisco había querido convencerlo de su desdicha. ¿Su desdicha? No. Deseaba borrar pistas, pues ya preparaba su entrada triunfal en el mundo con el crimen de Logan, y necesitaba aparecer como un jovenzuelo desvalido. Con Alex, ella había establecido las fechas exactas y todo coincidía de una manera escalofriante. «Y dicen que el crimen no paga... Yo he visto que el crimen es lo único que paga en este mundo», se dijo cabizbaja. El mismo Scott era más cruel con el indefenso Eddy. «Era tan terrible, que dejaba de ser terrible para convertirse sólo en alguien deshumanizado», decía de Eddy. Abrió el libro en un pasaje donde el escritor hablaba de su amigo:

«La voz del hombre del monóculo y de la botella surgió de pronto desde el cielo por encima de Rose Marie.

—Es usted una nadadora estupenda.

Ella no contestó.

—*Jolly good!* Mi nombre es Campion. Aquí hay una señora que dice que la vio en Sorrento la semana pasada y quisiera conocerla.

Ella miró a su alrededor tratando de disimular su disgusto. Rose Marie vio que el grupo que no estaba tostado por el sol la estaba esperando. Sin ganas se levantó y fue hacia ellos...»

Por Alex sabía que el grupo que no estaba tostado por el sol, era el de Eddy y sus amigos, «los advenedizos» ya que todos los amigos de Scott y Zelda se dedicaban a dorarse bajo el sol de la Riviera. Era un hecho que Fitzgerald había sido el autor de la moda de tostarse bajo el sol. Verónica continuó la lectura:

«—¿La conspiración? —preguntó Rose Marie, entendiéndola a medias. —¿Pero hay una conspiración?

—Querida, no lo sabemos —dijo la señora Abrams, con la risa convulsiva de las mujeres gordas.

—Nosotros no estamos en la conspiración. Nosotros somos la galería...

El señor Dumphrey, un joven afeminado de cabello rubio, hizo notar:

—Mamá Abrams es una conspiración.

Campion le sacudió el monóculo diciéndole:

—Royal, no seas terrorífico.

Rose Marie los miró incómoda, deseando haber venido con su madre. No le gustaba ese grupo, especialmente al compararlo con aquel otro que estaba en el otro extremo de la playa...»

Verónica sabía que el grupo sentado en el otro extremo de la playa era el de Scott Fitzgerald. Le pareció terrible que por entrar en aquel círculo selecto Eddy se hubiera prestado a convertirse en un juguete en manos de Frank, y en el cómplice de un crimen espantoso. Era un débil, y el escritor así lo había descrito en un pasaje que Verónica releyó:

«Ella se detuvo al ver a una figura sentada en la gran escalera blanca de la entrada. Entonces se dio cuenta de que era Luis Campion y que estaba llorando. Lloraba con sollozos profundos y ahogados, sacudiéndose como una mujer transida por el llanto.

—¿Lo puedo ayudar?

—Nadie me puede ayudar. Lo sabía. Sólo puedo culparme a mí mismo. Siempre es igual...»

Como de costumbre, Eddy no culpaba a nadie sino a sí mismo. Verónica lo había visto llorar algunas veces. Pobre Eddy, ahora era demasiado tarde para decirle el afecto que le había tenido. «El lo sabía y siempre quiso ayudarme», se dijo antes de cerrar el libro. Meditó largo rato, Fitzgerald no entendió a Frank, lo juzgó banal e intrascendente, no supo descubrir el mal que yacía activo en aquel jovenzuelo. Buscó *Brideshead Revisited* y lo abrió febrilmente.

«...cuando terminamos la tortilla de huevos y comíamos la langosta Newburg, llegó el último invitado.

—Querido, no pude llegar antes, estaba comiendo con mi absurdo tutor. Le pareció muy extraño que lo dejase, le dije que tenía que cambiarme.

Era alto, delgado, de piel oscura, ojos grandes y descarados. Nosotros íbamos vestidos de *tweed* y calcetines de lana. Él llevaba un traje untuoso color chocolate a rayas blancas muy vistosas, zapatos de ante, corbata grande de mariposa. Arrojó sus guantes de cuero amarillo al entrar a la habitación. Parecía medio francés, medio americano y medio judío: completamente exótico. ¡Este era y nadie necesitaba decírmelo: Anthony Blanch, el esteta por excelencia. El modelo perfecto de la iniquidad desde Cherwell Edge hasta Somerville. Me lo habían señalado en la calle muchas veces, cuando caminaba con su manera peculiar: a trancas, como un pavo real.»

Verónica visualizó a Frank, era asombroso el parecido físico con Anthony Blanch: «el modelo perfecto de la iniquidad». Evelyn Waugh lo había conocido mejor que Fitzgerald.

«...después de la comida se colocó en el balcón con un megáfono que sorprendentemente había aparecido en el *bric a brac* de Sebastián y en tonos lánguidos recitó pasajes de *The Waste Land* a la multitud de estudiantes que iban a las regatas... Después, entrando con ligereza en el cuarto exclamó.

—¡Cómo los he sorprendido! ¡Todos los remeros son Grace Darling para mí!

Al despedirse de Sebastián le dijo:

—Querido, me gustaría clavarte muchas flechas afiladas y dejarte como alfiletero — Dirigiéndose a mí me dijo:

—Me parece perfectamente brillante de Sebastián haberte descubierto. ¿Dónde te escondes? Vendré a tu guarida...»

Verónica supo que en ese momento Frank había decidido ponerle el cerco a Sebastián, abordar a todos sus amigos, interponerse entre ellos y el jovencito inglés, hasta llegar a su familia para destruirla. Continuó leyendo:

«...todo el curso había visto más a Anthony Blanch de lo que deseaba. Vivía ahora entre sus amigos, pero nuestros encuentros se debían más a su deseo que al mío, ya que le tenía bastante horror; era apenas mayor que yo, pero parecía estar cargado con la experiencia del judío errante. En realidad era un nómada sin nacionalidad.

Habían tratado de hacerlo un inglés en su infancia. Estuvo dos años en Eton y durante la primera guerra desafió a los submarinos para alcanzar a su madre en la Argentina... *cris cris* alrededor del mundo viajaba con su madre, con el *valet*, con la criada, los dos choferes y el segundo marido. Cuando volvió la paz regresaron a Europa, a hoteles y a villas alquiladas, estaciones termales para tomar las aguas, casinos y playas. A la edad de quince años, lo disfrazaron de chica y lo llevaron a jugar a la gran mesa del Jockey Club de Buenos Aires; él cenaba con Proust y con Gide, era muy amigo de Cocteau y de Diaghilev. Él mismo nos contaba que lo habían curado de la droga en California y de un complejo de Edipo en Viena. A veces parecíamos todos unos niños junto a él... Sus vicios florecían menos para perseguir el placer que para escandalizar y en medio de sus exhibiciones rebuscadas me recordaba a un niño vagabundo al que vi una vez en Nápoles, gesticulando con gestos obscenos y explícitos delante de un grupo de turistas ingleses... Así es que el salvaje que nosotros habíamos domado se hallaba todavía vivo y listo a saltar en él. Era cruel también, a la manera de los niños que dejan baldados a los insectos...

Una noche me invitó a cenar y me desconcertó saber que íbamos a cenar solos...»

A Verónica le maravillaba leer estos párrafos. Waugh decía en unas cuantas palabras lo que ella era incapaz de explicar: el salvaje, los gestos obscenos, su necesidad de dejar caer nombres conocidos y pretender que pertenecían a amigos suyos, eran característicos de Frank. Evelyn Waugh lo situaba en Argentina a diferencia de Scott,

que lo hacía aparecer chileno. Si estos dos escritores se habían ocupado de Frank, significaba que era un personaje fuera de lo normal. ¿Por qué había tenido que encontrarlo en su vida? Verónica continuó leyendo cómo Anthony Blanch bebió cuatro *cocktails* en el bar para escandalizar a los estudiantes y cómo acercaba su rostro para hablar con el escritor. Recordó la peculiar manera que tenía Frank de acercar su rostro al suyo, cuando decía algo con intención de escandalizarla. ¡Mírame a los ojos!, le ordenaba. Al salir del bar, Anthony Blanch le cuenta al narrador cómo veinte estudiantes ingleses fueron a buscarlo a su cuarto para acusarlo de vicios contra natura. Entre los estudiantes se encontraba uno llamado Bob Mulcaster, un amigo de Sebastián, al que Anthony Blanch acusa: Vino a Le Touquet en Pascuas y parece que de alguna manera extraña yo le dije que se quedara. Perdió una suma ridícula en las cartas y como resultado pensó que yo debía pagarle las comidas. Bueno, Mulcaster estaba en este grupo que me puso en «*mercury*».

«—Querido, podré ser invertido pero no soy insaciable. Vuelve cuando estés solo...

Lo amenazaron con darle una paliza y echarlo a una fuente y Anthony Blanch les contestó:

—Queridos grillos, si supieran algo de la psicología sexual sabrían que nada me daría más placer que ser maltratado por ustedes, niños rollizos. Sería un éxtasis de lo más perverso, si cualquiera de ustedes quiere ser mi socio en el placer vengan y agárrenme; pero si sólo quieren satisfacer algún impulso más oscuro de su líbido y desean verme bañar, vengan, queridos bellacos, a la fuente. Entonces, caminé con ellos y ninguno se me acercó. Me metí en la fuente y fue muy refrescante. Adopté algunas posturas hasta que se dieron vuelta y se alejaron cabizbajos. Escuché decir a Mulcaster: De todas maneras lo pusimos en *mercury*. ¿Sabes Charlie?, eso lo seguirán diciendo dentro de treinta años, cuando todos estén casados con mujeres flacas de pelos lisos como gallinas y tengan hijos cretinos parecidos a los cerdos, como ellos: emborrachándose en la misma mesa del club, vestidos con los abrigos del mismo color y todavía cuando se mencione mi nombre dirán: ¡Lo pusimos en Mercury una noche! Y sus hijas, como aves de corral, se echarán a reír y pensarán que su padre fue ¡muy hombre!... ¡Oh, la *fatigue du Nord*!

No era la primera vez que Anthony había sido bañado, yo lo sabía; pero parecía que el incidente lo trabajaba, ya que volvió a hablar de esto durante la cena.

—Bueno, no puedes imaginar que una cosa tan desagradable le suceda a Sebastián. ¿Verdad?

—No, no puedo imaginarlo —le dije.

—No, Sebastián tiene ¡*charme*! levantó su copa para verla a la luz de la vela y repitió ¡*Such charme*! ¿Sabes? Sebastián tiene una palabra buena para todos, tiene encanto... Veo que te ha cautivado completamente. Bueno, no me sorprende. Claro que no lo conoces desde hace tanto tiempo como yo. Estuve en la escuela con él, no me creerás

pero en ese tiempo la gente decía que era una putita. Bueno, sólo chicos malvados que lo conocían bien; todos los demás lo querían mucho, incluyendo a los maestros, claro. Supongo que los otros le tenían envidia. Él nunca se metía en problemas, a todos los demás nos pegaba de la manera más salvaje, pero nunca a Sebastián. Lo estoy viendo a la edad de quince años, todos los otros chicos tenían granos. Boy Mulcaster estaba verdaderamente escrofuloso, pero no Sebastián. Sólo tenía un grano muy terco en la nuca, Narciso con una pústula. Él y yo éramos católicos, de modo que íbamos juntos a Misa. Pasaba tanto tiempo en el confesionario que yo me preguntaba qué tenía que decir, ya que nunca hacía nada malo; nada completamente malo. Por lo menos nunca lo castigaron, tal vez sólo era *charming* a través de la rejilla del confesionario. Abandoné la escuela bajo un nubarrón, no sé por qué le llaman nubarrón, me parecía a mí más bien una luz inoportuna... Fue desconcertante lo observador que había sido mi tutor. ¡Las cosas que sabía de mí, y que yo pensé que nadie conocía, excepto Sebastián, que estaba al corriente! Fue una lección para mí: no fiarme nunca de los hombres suaves o de los *charming* niños de escuela. ¿Cuál de los dos me acusó?... Quiero presentarte Charlie con muchos amigos míos. Le he hablado a Cocteau de ti y está deslumbrado. ¿Ves, mi querido Charles? Tú eres esa cosa única: ¡un artista! ¿Y quién te reconoce? El otro día le dije a Sebastián: Charles es un artista, dibuja como un joven Ingres. ¿Sabes lo que me contestó? Sí, mi oso de peluche también dibuja muy bien, pero, claro, más moderno. ¡Qué encantador, qué divertido! Claro que los que tienen encanto no necesitan cerebro... Te traje aquí, Charles, y me está costando muy caro para hablarte de mí mismo, y resulta que sólo hablo de Sebastián. Es extraño porque no hay ningún misterio en él, excepto el que haya podido nacer en esa familia tan siniestra. No sé si conoces a su familia. Bueno, no creo que te permita jamás conocerla. Es demasiado astuto. Son verdaderamente aterradores. ¿Nunca has sentido algo aterrador en Sebastián?

—No, no...

—Quizás me lo imagino; es que a veces se parece tanto a ellos...»

Verónica continuó leyendo la descripción de la familia de Sebastián, que para ella era una escalofriante lección de perfidia. «¿Por qué odiaba así a Sebastián», se preguntó pensativa. Estaba decidido a aniquilarlo y empezó a destruirlo con calumnias corrosivas, Alex, Eddy y Rory le repitieron una y otra vez que Sebastián era un ser indefenso, que confió siempre en Frank, como confiaba en todos sus amigos y que jamás sospechó que mientras tanto él dedicaba sus esfuerzos a deshonorarlo. Por eso Eddy le tenía miedo; también él era incapaz de destruir a una persona con la lengua o de hacerle un daño premeditado. Eddy estaba contento consigo mismo y aceptaba sus fracasos con simpleza, era tan distinto de Frank, como puede serlo un alegre perrito de una cobra agazapada bajo un árbol. Con lancetazos de veneno había empezado la destrucción del infeliz Sebastián. Necesitaba leer y releer a Evelyn Waugh para conocer a su indescifrable enemigo. Continuó leyendo la descripción de la familia de Sebastián:

«El hermano mayor es algo arcaico, salió de una cueva que ha sido sellada por siglos. Su cara parece la cara de Sebastián esculpida por un azteca... Julia, la hermana, bueno, tú sabes lo que parece. ¿Quién no la conoce? Su fotografía aparece en los periódicos con la regularidad de los anuncios de las píldoras purgantes. Tiene una cara florentina del cuatrocientos perfecta. No tiene nada de inocente, tan alegre, tan correcta, tan poco afectada. Me pregunto si es incestuosa, aunque lo dudo, sólo quiere ¡poder! Debería existir una inquisición especial para quemarla. Hay otra hermana que todavía está en el colegio. No se sabe nada de ella, excepto que volvió loca a su gobernanta y ésta se tiró al río hace poco. Estoy seguro de que es abominable. Pero cuando llegas a los padres te encuentras ante un pozo sin fondo. ¡Querido, qué pareja! ... En Venecia, la madre llegó a todas las fiestas envuelta en una especie de capullo de gasa, como si tomara parte en una obra céltica o fuera una heroína de Maeterlinck; e insistía en ir a la iglesia... Bueno era una figura de risa ese año... tiene alrededor suyo a un grupo de presos esclavizados y flacos para su uso personal y exclusivo. Les chupa la sangre... Nunca escapan una vez que ella les ha hincado los dientes. Es brujería, no existe otra explicación...

—Como ves, no podemos culpar a Sebastián si a veces parece un poco insípido. Tú no lo culpas ¿verdad, Charles? Con esos orígenes pantanosos. ¿Qué puede hacer excepto posar como una criatura sencilla y *charming*. Sobre todo que tiene el último piso vacío...»

Después de releer el enorme párrafo, dedicado a la destrucción de Sebastián, a Verónica no le asombró que Charlie, el narrador, no hubiera dormido esa noche. A ella le parecía escuchar las entonaciones de voz de Frank, sus gestos, sus pausas, sus miradas oblicuas, todo dicho de una manera casual y sibilina. Frank había nacido muy viejo, en su persona no quedaba ninguna huella indicadora de su infancia. «Entonces, ya era viejo y ducho en el mal» se dijo, y compadeció a Charlie, que acababa de conocer a Sebastián. Y de pronto se le apareció Anthony Blanch, para destruir la incipiente amistad entre los dos jovencitos. «Lo dejó solo», se dijo y recordó que se había jactado con Geneviève de haberla dejado sola a ella. Esa era la mejor manera de deshacer a una persona. «¿Cómo lo sabía Frank si en aquella época todavía era estudiante?» Se le ocurrió pensar que el mal era una vocación, un conocimiento perverso del hombre, y sintió que nunca podría romper el hechizo lanzado contra ella como no pudo romperlo Sebastián. Sin embargo, debía encontrar la salida de aquel cuarto estrecho y solitario en el que se hallaba confinada y continuó leyendo:

«—Sebastián, ¿Anthony conoce a alguien de tu familia? —preguntó Charlie.

—Charles, qué raro estás hoy. No, no creo que los conozca —contestó Sebastián.

—¿Ni conoció a tu madre en Venecia?

—Creo que lo mencionó alguna vez, pero lo he olvidado. Mamá estaba viviendo en

casa de algunos primos nuestros italianos, los Foglieri, y Anthony apareció con su familia en un hotel. Hubo alguna fiesta que dieron los Foglieri a la que Anthony y su familia no fueron invitados. Sé que mamá comentó algo cuando le dije que Anthony era amigo mío. No entiendo por qué quería ser invitado a una fiesta de los Foglieri, la princesa está muy orgullosa de su sangre inglesa y sólo habla de eso. Bueno, nadie objetó a Anthony; bueno, no demasiado. Fue a su madre a la que consideraron difícil... Pero ¿por qué tanto interés?

—Quería saber cuánta verdad había en lo que Anthony me dijo anoche.

—Creo que ni una palabra. Ese es su gran encanto —dijo Sebastián.

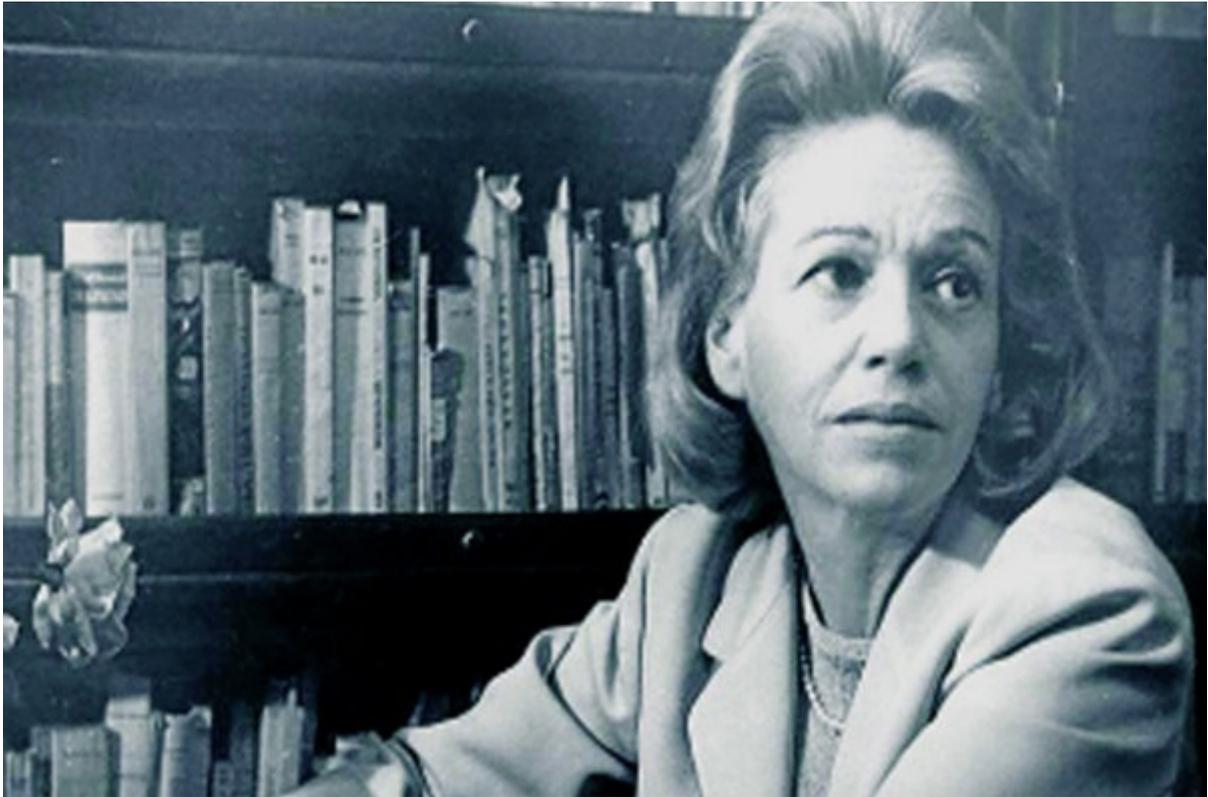
—Tú piensas que eso es encantador, yo creo que eso es diabólico. ¿Sabes que pasó toda la noche tratando de ponerme en contra tuya y casi lo logra?

—¡Qué tonto!...»

También Charlie consideraba diabólico a Frank. Había pocas personas que merecieran ese adjetivo. Lucifer es la imagen de la soberbia y Frank, llevado por la soberbia herida, decidió la destrucción de Sebastián. Una fiesta que para la víctima carecía de importancia determinó el odio continuado y su pérdida. «¡Ah, si la madre de Sebastián pudiera saber que tuvo que pagar con la sangre de su hijo el hecho de que sus familiares encontraran difícil a la madre de Frank!...», pensó Verónica, aterrorizada y buscando cual era la ofensa mortal que ella le había inferido a su amante. Frank se creía merecedor de gloria, dinero y dueño de las vidas de sus amigos y conocidos, y ¡ay! de aquel que osara ignorar sus privilegios. Después de reflexionar sobre Sebastián y la fiesta de los Foglieri, Verónica continuó leyendo *Brideshead Revisted*: «Me escribió, dice Sebastián, parece que Anthony ha tomado un piso en Munich, tiene un *affaire* con un policía».

Verónica cerró el libro. Sabía que fue entonces cuando Eddy decidió llamarlo para que le hiciera la corte a Cora y lo ayudara a casarla con el millonario. Frank estaba arruinado, su familia había perdido gran parte de su capital y Frank no dudó en matar a Logan para vengar a la fortuna, como antes exterminó a Sebastián para vengar una ofensa social... Amaneció, por la ventana entró la primera luz de la mañana y Verónica todavía ignoraba por qué se hallaba en aquel cuarto de criados, por qué no podía abandonarlo. Era presa de un carcelero invisible que paseaba por las páginas de dos novelas y por las calles de cualquier ciudad, mientras ella debía estar quieta y debía callar. ¿Por qué? Sabía que nunca iba a encontrar la respuesta... A Boy Mulcaster lo había descrito como a un sablista, sólo porque era amigo de Sebastián, «verdaderamente es un bulto caído del carro de la Historia», se dijo, tratando de encontrar una condena para aquel individuo poderoso que atropellaba a sus semejantes sin ningún escrúpulo. Pero, cambió de idea y se echó a reír. ¡Estaba loca! Ella era la que se había caído del tren y permanecía olvidada al lado de las vías férreas. Se dio cuenta de algo que ya sabía: Verónica había dejado de existir. Era

apenas un viejo maniquí uniformado de negro colocado detrás de un mostrador y así iba a continuar para siempre... De pronto recordó a un ser vibrante que entraba en los teatros, a los cafés o cruzaba las calles levantando miradas y se dijo «entonces, estaba viva, no había sido tocada por los dedos de la muerte llamada Frank...» Alguna vez vio una película: *La Muerte en Vacaciones* de Frederich March, era un hombre con una capa negra. El hombre entraba en un salón, cogía una flor y ésta se secaba en su mano; así se habían secado Sebastián, Logan, Eddy, Rory, Florence, Guy y ella, y supo que su suerte no iba a cambiar jamás porque se había decidido en el salón de los Verdía. Esa era la película que buscaba cuando corría a la orilla del Lago Mayor la noche en la que Frank buscaba a Bruno. Ya no necesitaba hallar la palabra fin. Esa palabra estaba en el caminillo del jardín de los Verdía, la mujer vestida de blanco se lo había dicho; pero ella se negó a escucharla y ahora era tarde, demasiado tarde... «Esa mujer lleva el traje de su última comunión», había dicho Ted y la mujer había desaparecido en su automóvil después de transmitirle su mensaje. Pensó que aquella aparición no era real, se había introducido en la fiesta con el único propósito de anunciarle el peligro que la acechaba. ¿Por qué no la escuchó? «Nadie escucha los presagios y nadie acepta las visiones mágicas» y se dejó caer sobre su cama de sirvienta. Dentro de poco debía presentarse ante Pascaline, colocarse atrás del mostrador y olvidar que alguna vez había sido Verónica... Alex era el último testigo de su existencia, «le escribiré, le escribiré...», se dijo mientras se lavaba la cara antes de dirigirse al mostrador.



ELENA GARRO (Puebla, México, 1916 - Cuernavaca, 1998). Narradora y dramaturga mexicana. Estudió literatura, coreografía y teatro en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde conoció a Octavio Paz, con quien se casó en 1937. Lo acompañó a España y fruto de ese viaje fue el libro testimonial *Memorias de España* (1937). Tuvieron una hija, Helena, y se divorciaron en 1959. Vivió varios años en Europa antes de regresar a México en 1963. Se había graduado tanto en la Universidad de California en Berkeley como en la Universidad de París.

A raíz de la masacre de Tlatelolco en 1968, fue al exilio primero en Estados Unidos y España, luego en Francia, donde permaneció veinte años. Al regresar a México vivió en Cuernavaca en donde murió de cáncer de pulmón el 22 de agosto de 1998.

Algunos críticos la consideran la segunda escritora mexicana más importante, tras Sor Juana Inés de la Cruz. A ella le molestaba la etiqueta de realismo mágico, sin embargo, numerosos autores señalan su novela *Los recuerdos del porvenir* (1963) escrita cuatro años antes que *Cien años de soledad* como el inicio de este movimiento literario. Publicó las novelas: *Los recuerdos del porvenir*, 1963; *Testimonios sobre Mariana*, 1981; *Reencuentro de personajes*, 1982; *La casa junto al río*, 1983; *Y matarazo no llamó...*, 1991; *Inés*, 1995; *Busca mi esquila & Primer amor*, 1998; *Un traje rojo para un duelo*, 1996; *Un corazón en un bote de basura*, 1996; *Mi hermanita Magdalena*, 1998 y *La vida empieza a las tres*, 1997.